

EL MUNDO PRE-INKA:
Los abismos del cóndor

Tomo I

3ª edic., corregida y aumentada / Agosto, 2000 / Lima • Perú

Alfonso Klauer

www.nuevahistoria.com
klauer@nuevahistoria.com

© *El mundo pre-inka: Los abismos del cóndor*
Alfonso Klauer, Lima, 2000
ISBN (Obra completa): 9972-817-02-4
ISBN (Tomo I): 9972-817-03-2
Depósito Legal: 2000-2712
© www.nuevahistoria.com
Alfonso Klauer, Lima, 2000
Reservados todos los derechos

ÍNDICE

TOMO I

• Introducción	5
Factores distorsionantes y vacíos de la Historia	5
Crítica general a la Historia tradicional	7
Sobre el “estado de la cuestión” en Historia	12
Nuestras hipótesis de trabajo	13
• Aclaraciones importantes sobre el texto	17
• El territorio andino	18
La más compleja geografía del mundo	19
La cordillera no está en la Geografía	28
La cordillera tampoco está en la Historia	29
El Fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur: un reto gigantesco	31
El fenómeno en la historia antigua del Perú	33
El fenómeno en la historia moderna del Perú	38
Las principales manifestaciones del fenómeno	40
“La Niña”: la otra cara del fenómeno	47
No un extra, sino protagonista de la historia	50
• El hombre en los Andes	52
Las migraciones originarias	52
Los primeros intereses del hombre andino	53
Una conducta racional	55
Proyecto Nacional	60
Proyecto Nacional vs. visión cíclica de la historia	63
• La agricultura en los Andes	70
• Gestación de las naciones andinas	85
¿Cada pueblo una cultura?	87
Muerte y exterminio en la historiografía	87
Crecimiento poblacional y continuidad creativa	89
Las constantes del tránsito cultural	91
El viejo mestizaje andino	93
!Cada pueblo muchas culturas!	95
El pueblo sechín	103
¿De México al Perú y todo el Perú?	104

• El Imperio Chavín	111
Orígenes	111
Primera fase: hegemonía tecnológica	112
La toponimia en la historia	116
Segunda fase: hegemonía militarista	125
El colapso del imperio	131
¿Fuerza objetiva o desconcierto subjetivo?	135
Chavín y la historiografía tradicional	137
¿Período Formativo o Imperio?	137
¿Cómo definimos “imperio”?	138
La caída y colapso de los imperios	139
Las invasiones bárbaras en los Andes	140
Los mayores vacíos de la Historia	140
Las causas objetivas y silenciadas del colapso	141
El ahistórico y antipedagógico disfraz	142
• Formación de las naciones andinas	144
Otra vez descentralización y progreso	144
Las grandes naciones andinas	145
Guerras inter-nacionales: causas y secuelas	147
Las grandes construcciones, ¿cuánto costaron?	152
Pachacámac y la nación lima	154
La cultura Nazca y la nación ica	155
El Titicaca: la común historia de las naciones inka y kolla	157
Nuevamente el centralismo en los Andes	163
Caminos, chasquis y desarrollo náutico en los Andes	164
Las culturas moche y mochica: paradigmas de la estratificación social	166
Las trampas de la divinización del poder	168
Notas bibliográficas	174
Índice de cuadros, gráficos, ilustraciones, mapas y anexos (Tomo I)	185

TOMO II

• El Imperio Wari	189
El comercio: vehículo pacífico de expansión cultural	193
El comercio: puente entre Chavín - Tiahuanaco y Wari	195
Estratificación e invasión: correlación de fuerzas	199
• Consolidación de las naciones andinas	211
La importancia de la riqueza agrícola	213
El pueblo tallán: condicionamientos histórico-geográficos	216
La nación chimú	220
De Sechín a Chimú: la historia vs. la Historia	224
El Imperio Chimú	227
La nación lima	232
Los pueblos Cañete y Yauyos	234
La nación ica	240
El hombre tras la huella del agua	241
Mercaderes, conquistadores nativos y toponimia	247
La toponimia andina y los conquistadores españoles	250
Chinchas, los primeros aliados de los inkas	253
Chincha y sus mercaderes: la historia vs. la Historia	254
Chincha: el subjetivismo en la Historia	257
Chincha: el pueblo y la élite hegemónica	258
Chincha: la aparición de la “propiedad privada” en los Andes	259
Chincha y su población: enjuiciamiento a la crítica	262
El Estado y el dilema consumo - inversión	265
El extremo sur: una historia sin Historia	273
La nación kolla	284
Las colonias kollas fuera del Altiplano	287
Las chullpas: sepulcros de inversión	291
La nación chanka	293
• Colofón: reeditemos la historia andina	295
Notas bibliográficas	308
Índice de cuadros, gráficos, ilustraciones, mapas y anexos	316
Bibliografía citada	318

Introducción

Factores distorsionantes y vacíos de la Historia

La Historia del Mundo Andino, es decir, la versión que se ha construido sobre su pasado, adolece –a nuestro juicio– del grave sesgo ocasionado por la convergencia de tres factores distorsionantes cuya impronta se remonta a dos mil o más años atrás.

- Ha sido elaborada, hasta ahora, a la luz y en función de la historia del “mundo antiguo”. Esto es, a la luz de la historia de Oriente Medio (Mesopotamia), África del Norte (Egipto) y de Europa (Grecia y Roma). No puede negarse, en efecto, que, de Herodoto en adelante, es decir, por espacio de 2 500 años, ha resultado prevaleciendo una perspectiva “europeísta” y hasta diríase que “greco-romana” de la Historia. En ese contexto, la historia andina, pues, es también “víctima” de esa distorsión etnocentrista.

Entre muchos, quizá el más notorio sesgo a este respecto –por trasplante mecánico, pero implícito, de la homogeneidad étnica de las grandes sociedades europeas– es el haberse impuesto una “visión unitaria” del mundo andino, cuando éste en verdad ha sido –y sigue siendo– un vasto y complejísimo mosaico de naciones. Quizá la prueba más ostensible es

el hecho de que, en una grotesca simplificación etnohistórica, mundialmente se identifique a los *peruanos* como *inkas*, cuando los únicos y legítimos herederos de éstos son apenas el 5 % de los *peruanos*. Otros, con el mismo y legítimo orgullo, son *chimú*, *icas*, *chankas*, *cajamarcas*, *tallanes*, *huancas*, *kollas* o *antis*, por ejemplo.

- Dentro de una versión general –como parte de la Historia de Occidente–, como en su versión particular –como Historia del Mundo Andino–, sufre además del consabido sesgo de haber sido elaborada, fundamentalmente, desde la perspectiva del poder. Prevalece y en esencia es, como se dice ya comúnmente, la “versión de los triunfadores”. Es víctima también, entonces, de la que podríamos denominar una distorsión cratocentrista.

En general se ha creído que la principal manifestación de este sesgo se da en el hecho de que la Historia tradicional –como nos lo recuerda Gloria Winffel– ha centrado toda su atención en los “*grandes* acontecimientos realizados por los *grandes* hombres de cada grupo social”¹.

A nuestro juicio, es aún más grave el hecho de que ese sesgado centramiento de la atención, ha servido para encubrir,

deliberadamente o por orfandad teórica, aspectos mucho más significativos y sustantivos.

En efecto, estimamos que las más notables y graves de las repercusiones de la óptica “cratocentrista” son que, sistemáticamente, de manera grotescamente implícita y retaceando e encubriendo la verdad histórica, se confunde e identifica “poder” con “pueblo” o con “nación”; y “estado” con “nación”.

Así, la Historia tradicional no ha tenido ningún reparo en presentar los intereses de las élites encaramadas en el poder como si fueran también los de sus respectivas naciones –o pueblos–. Y así también, para disimular por ejemplo sistemas imperiales de dominación, se considera como miembros de una misma nación a pueblos absolutamente distintos –con su propia identidad, lengua e historia–.

Y, por último, sibilinamente se desconoce que el Estado de una nación, de hecho, muchas veces se coloca de espaldas a la misma, es decir, actúa contra los intereses legítimos de la nación.

- Y es, finalmente, víctima de una distorsión antropocentrista. En la Historia de los Animales, y en la de las Plantas, objetiva y acertadamente siempre se ha puesto en evidencia, y explicitado, el rol protagonista que han jugado sobre aquéllos y éstas tanto el propio ser humano como el resto de la naturaleza: fenómenos astronómicos, geológicos, hidrológicos y climáticos.

Con perspectiva sustancialmente distinta, en cambio, ha sido elaborada la mal denominada Historia Universal –porque su objeto es sólo la historia de una de las especies de sólo uno de los planetas del

universo–. En general, la Historia de la Humanidad –como deberíamos llamarla– ha sido elaborada considerando al ser humano no sólo como protagonista, sino, en realidad, y he aquí la grave distorsión, cómo el único gran factor interviniente.

Comprensiblemente, porque ante la humanidad aparecen como elementos “permanentes y estables”, aún no ha sido necesario tomar en cuenta en la historia de los pueblos factores tales como los astronómicos, los grandes cambios geológicos o los grandes cambios termoglobales que generan las glaciaciones y deglaciaciones.

Pero resulta incomprensible que, por su notoria mayor recurrencia, la Historia siga relegando a un rol secundario otras alteraciones hidro-atmosféricas que, siendo menos espectaculares que aquéllas, han suscitado y suscitan enormes transformaciones en la vida de grandes sectores de la humanidad, según lo sugieren cada vez más y mayores evidencias.

Como se verá, la historia antigua del mundo andino, es la de pueblos que han estado completa y absolutamente a expensas de las fuerzas y accidentes de la naturaleza: la gran Cordillera de los Andes y el Fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur (“El Niño” – “La Niña”). Resultan incomprensibles las grandes transformaciones histórico-sociales del mundo andino antiguo si no se toman en cuenta los roles protagónicos que han tenido ambos grandes factores.

Casi rotundamente puede sostenerse que el mundo andino ha cambiado al compás de los agresivos golpes de la naturaleza. Y que los pueblos antiguos de los Andes, sin alcanzar a comprenderla, y menos a dominarla, han tenido que acatar sus casi

siempre nefastos designios, con estupefacción y resignado estoicismo.

Todavía ningún texto de Historia –y mucho menos aquellos que forman la conciencia histórica de nuestros jóvenes–, se aproxima siquiera un ápice a mostrar cuán extraordinariamente grandes han sido las fuerzas de la naturaleza. Y, en consecuencia, tampoco muestran cuánta decisiva gravitación han tenido en la historia de los pueblos de los Andes. Y lo que ofrece este texto es un pálido reflejo de lo que muy posiblemente ocurrió.

Crítica general a la Historia tradicional

La inmensa mayoría de los peruanos –como lo reconocen connotados especialistas, y como lo ponen de manifiesto muchas evidencias–, conocemos realmente muy poco de nuestra propia historia. Y no es que no la estudiemos. Porque muchísimas horas se dedica en el colegio y en la vida a ella.

Ocurre, simple y llanamente, que la versión tradicional, que hasta ahora es la única que se nos ofrece, es ininteligible, incomprendible. Más aún, doblemente incomprendible.

En primer lugar, porque la Historia tradicional es absolutamente inútil para explicar el presente. Y esto a su vez, en segundo término –y como veremos–, porque tiene gravísimas deficiencias en su estructura interna.

Veamos pues sucintamente cómo en efecto no explica el presente, que debería explicar a cabalidad.

a) El territorio del Perú es inmensamente

rico. Tanto que de él se han extraído cantidades inconmensurables de riqueza: en la antigüedad, durante el Imperio Inka, durante la Colonia –como bien sabe España– y durante la República.

No obstante, constituimos hoy uno de los pueblos más pobres del planeta. Ninguno de los textos masivos de Historia explica esa patética paradoja.

- b) Dicen los textos –implícitamente para unos casos y explícitamente para otros– que todos nuestros gobiernos y gobernantes –*kurakas*, Inkas, virreyes y presidentes– han sido virtualmente maravillosos, cada cual mejor que el otro. No obstante, constituimos hoy uno de los pueblos más subdesarrollados del planeta. ¿No es ostensible y patético que un conjunto sistemático de “buenas gestiones de gobierno” difícilmente conducirían a un resultado tan vergonzosamente pobre? Ninguno de los textos masivos de Historia explica tampoco esa grotesca contradicción.
- c) Constituimos un país étnica y culturalmente muy variado. Es decir, formamos hoy mismo parte de uno de los pocos territorios multinacionales del planeta –en trance de completo mestizaje y homogeneización étnico–lingüística–. Cada nación original se desarrolló durante milenios en su propio espacio. Deberíamos pues, con más profundas razones históricas que muchos otros, ser un país genuinamente descentralizado. Constituimos, sin embargo, uno de los territorios más absurdamente centralizados del mundo. Ninguno de los textos masivos de Historia explica además esa gruesa paradoja.
- d) Al cabo de tres supuestos y ponderados grandes esfuerzos de integración en la antigüedad: Chavín, Wari e Inka; de tres

siglos de compulsiva unificación colonial; y tras casi doscientos años de gobierno unitario; constituimos uno de los pueblos socialmente más heterogéneos y menos integrados, y políticamente más fragmentados, divididos y confrontacionales. Ninguno de los textos masivos de Historia explica tampoco esa grotesca contradicción.

- e) Hablan con fruición los textos de las grandes civilizaciones que han gestado los pueblos del Perú antiguo. Somos sin embargo uno de los pueblos más incivilizados e incultos del mundo. Y no podemos preciarnos tampoco de nuestro aún altísimo nivel de analfabetismo, y en particular femenino.

Ni de nuestro bajísimo nivel educacional formal. Ni de la pobrísima calidad intrínseca de la educación que la inmensa mayoría recibe en los colegios del Estado. En ninguno de los textos masivos de Historia encontraremos explícitamente las causas que expliquen tampoco esa patética paradoja.

- f) Insinúan los textos de Historia que las grandes realizaciones materiales de la antigüedad –Chavín de Huántar, las Líneas de Nazca, Tiahuanaco, Chan Chan, el Cusco y Machu Picchu, pero también los millones de hectáreas de andenes– han sido el fruto de grandes esfuerzos y muchísimo trabajo.

Mas –como veremos en el texto–, la mayoría de los peruanos cree somos subdesarrollados porque somos ociosos. En ninguno de los textos masivos de Historia encontraremos tampoco, ni implícita ni explícitamente formuladas, las causas que den cuenta de esa patética paradoja.

- g) Dentro de lo mucho que podría seguirse

diciendo, terminemos con que la Historia tampoco explica, por ejemplo, por qué en el Perú los gobernantes son los primeros en desacatar y violentar las propias leyes, propiciando que el incumplimiento sea masivo; por qué no se han afianzado valores como los de la honradez, la disciplina, el orden y la sinceridad; por qué se ha impuesto la perversa y esquizofrénica política de premiar todo aquello que se debería castigar y se castiga todo aquello que se debería premiar, etc.

En síntesis, los textos de Historia –los de divulgación masiva, que son real y objetivamente los que nos preocupan, porque son los que forman la conciencia histórica de la población–, no muestran qué ha ocurrido en el pasado que explique la situación en la que nos encontramos.

A pesar de que los historiadores se regodean con el slogan correspondiente, ninguno de los textos de Historia muestra qué errores se ha cometido en el pasado para sistemáticamente tratar de evitar el volver a cometerlos. Ni evidencian cuáles fueron los aciertos que, por el contrario, sistemáticamente deberíamos tratar de emular. Y no muestran qué condiciones o circunstancias adversas se han impuesto, y que deberíamos, en la medida de nuestras posibilidades, tratar de soslayar.

¿Está claro entonces por qué es absolutamente, incomprensible e inútil la predominante Historia tradicional? ¿Y por qué es pues también esencialmente aburrida? ¿Y por qué no concita sino el interés de una ínfima minoría, entre “especialistas” y eruditos. Al estudiante, sólo le cabe pues aprenderla de paporreta –si puede–. Y luego lamentar el penoso sinsabor de no recordar ni saber nada.

Veamos ahora entonces qué deficiencias estructurales de la Historia tradicional, hacen

que su discurso sea incomprensible, inútil y aburrido. A nuestro juicio, porque tiene graves deficiencias generales –como largamente mostramos en muchas partes del cuerpo de texto–, y que a nuestro juicio son fundamentalmente:

- 1) La secuencia discursiva responde a criterios estricta y pobremente cronológicos. Sólo busca, pues, llenar los “casilleros” del tiempo. Así, en el caso de la historia andina antigua, no busca desentrañar los “secretos” de por qué y cómo los pueblos –los protagonistas–, pasaron desde la recolección–caza a las primeras civilizaciones y terminaron a expensas de la expansión imperial inka.

No, simplemente se refiere qué “culturas” –no qué pueblos– se ha “descubierto” que se dieron en ese lapso, y qué evidencias arqueológicas –aunque con abrumadores e irrelevantes detalles intrascendentes–, han dejado en su existencia en los Andes.

No hay pues “hilo conductor”. No hay un criterio lógico que le dé unidad y organicidad al conjunto. Hay simple agregación y acumulación de información. No resulta entonces “una gran” historia. Sino una interminable sucesión de “muchas pequeñas historias”.

- 2) Ha sustituido completa y absolutamente lo relevante con lo accesorio, lo esencial con lo aparente, lo fundamental con lo anecdótico. Lo vanal ocupa el espacio que debió dedicarse a lo importante. Lo efímero, al de lo permanente. Lo circunstancial, al de lo trascendente. Lo epidérmico, al de lo profundo. Y lo particular se ofrece como sustituto válido de lo general.
- 3) Sin dejar de ser superflua y frívola, no pasa de ser sólo descriptiva. Está comple-

tamente exenta de análisis, reflexiones y esfuerzos de contrastación. Las interrogantes “cómo” y “por qué” han sido grotescamente excluidas de la Historia.

Con esas limitaciones, ha sido entonces incapaz de descubrir –en la autocrítica– que es abrumadoramente generalizadora, contradictoria e ilógica. Sólo cabe acceder a ella con los recursos de la memoria, mas no con los de la razón.

- 4) Es una densa, densísima recopilación de datos desestructurados. Resulta por demás obvio que la fase de acopio de los mismos se ha hecho prescindiendo de hipótesis previas. Y que otro tanto ha ocurrido en la fase de desarrollo y exposición de la información.
- 5) La Historia tradicional le ha impuesto a la historia andina su carácter estático, diríase que hasta artrítico. Así, la Historia no refleja en el dinamismo del hombre y, por consiguiente, de los pueblos.

La Historia tradicional es una secuencia interminable de escenas estáticas, ciertamente distintas unas de las otras. Pero que, sin explicaciones relacionales, han terminado caricaturizando el dinamismo y el cambio histórico–social.

Del brazo del célebre cliché “lo único permanente es el cambio”, la Historia no ha podido demostrar nunca, para la historia antigua, cómo y por qué se produjo cada cambio. Por ejemplo, por qué se produjo el tránsito entre “horizontes” e “intermedios”. Simplemente los ha registrado y certificado.

- 6) La inmensa mayoría de sus conclusiones implícitas –porque penosamente tiene pocas explícitas–, son absolutamente infundadas, no resisten el más mínimo análisis

lógico, ni contextual (geográfico y temporal) ni teórico.

- 7) Sin dinamismo ni creatividad, llena de vacilaciones y temores, sin asomo de espíritu autocrítico, e incluso sin responsabilidad ante los pueblos que han de estudiarla, los historiadores mantienen en la Historia una jerga absolutamente trasnochada e insustancial.

Pero además, y mucho más reprochable, esa jerga “especializada” es encubridora y deformante. He ahí el caso de los célebres términos “horizontes” e “intermedios”.

Por lo demás, la presuntuosa jerga “especializada” de la que hace gala la Historia tradicional, a pesar de su irrecusable antigüedad, es penosamente pobre y ambigua. No tiene, por ejemplo, definiciones precisas de “cultura” y “civilización”; ni de “grupo social”, “pueblo”, “nación” e “imperio”; ni de “conflicto”, “cambio” y “contradicción”, etc.

Frente a lo obvia y objetivamente económico, no discrimina entre “gasto” o “inversión”. Burdamente presenta todas las realizaciones materiales de la antigüedad como “grandes logros”, cuando muchas de ellos eventualmente fueron catastróficos errores o desaciertos.

Frente a lo obvia y objetivamente político, no discrimina entre “intereses”, “intereses conflictivos” e “intereses contradictorios”; ni entre “intereses del pueblo” e “intereses de las élites”; ni entre “intereses nacionales” e “intereses imperiales”.

- 8) Bajo el escudo de un falso principio de objetividad, la Historia tradicional es la quintaesencia del subjetivismo anti-histórico y anticientífico. Así, cuando se

da el caso –como en los de Chavín y el Tahuantinsuyo– confundiendo e identificando grotescamente “civilizaciones” con “imperios”, y tras endosar a éstos las virtudes de aquéllas, termina sacralizando imperios que fueron nefastos para los intereses de los pueblos sojuzgados.

La Historia tradicional andina es pues la antítesis de la ciencia. Y el historiador tradicional, aunque erudito, la antítesis del científico. Aquélla no explica ni pretende explicar nada: ni el pasado ni el presente. Y éste no explica ni quiere explicar nada. Ambos se dan por satisfechos describiendo, aunque sólo fueran piedras, huacos, tejidos o semillas.

El historiador, como el arqueólogo, han reducido a su más mínima expresión el concepto “descubrir”. Por desgracia lo han identificado con “desenterrar”, que ciertamente tiene mérito y demanda esfuerzo, pero no es lo mismo. La Historia pone de manifiesto que los historiadores no han descubierto una sola ley de la historia. Y habrá de verse –como creemos mostrar en esta obra–, y contra lo que prejuiciosa y apriorísticamente sostienen muchos, que son innumerables las que están pendientes y en trance de demostración y formulación.

Permítasenos pues, para terminar esta parte, un somero recuento de las que consideramos las más graves deficiencias específicas de la Historia tradicional, y que en el cuerpo del texto sometemos permanentemente a contrastación:

- 1) Las historias de los pueblos andinos de la antigüedad, siendo múltiples y estrechamente interrelacionadas, son tratadas como compartimentos estancos. No se las vincula.

Así, no se relaciona espacialmente a los pueblos. Salvo excepcionalmente, no

tienen vecinos, no tienen amigos, no tienen enemigos, no tienen aliados. No se influyen recíprocamente. No se afectan mutuamente. Y si se habla de comercio internacional, se presenta como un asunto anecdótico. Es inocuo, no afecta a ninguna de las partes y en ningún sentido.

- 2) La compartimentalización estanca se reproduce al interior de la historia de cada pueblo. Así, ningún pueblo tiene continuidad en su propia historia. No tienen antepasados. No tienen descendientes. Y entonces, salvo en el caso de los *inkas* (cusqueños), ninguno de los demás pueblos y naciones de la antigüedad tiene proyección en el presente.

La segmentación cronológica, teórico-pedagógica, diseñada en principio para comprender la realidad, ha terminado por sustituirla. Así, cada nuevo período, cada nuevo “horizonte”, se inicia con “pueblos nuevos”, distintos de los anteriores. Nadie explica cómo y de dónde aparecieron aquéllos. Y nadie explica cómo y por qué desaparecieron éstos. La historiografía extermina tácitamente a unos y crea fantásticamente a los otros.

- 3) La compartimentalización estanca, intrínsecamente infértil, ha terminado por inocular esa misma infertilidad a los pueblos. Así, a cada pueblo le corresponde una “cultura”, y sólo una. Muerta “su” cultura, muerto el pueblo. Y si no, se le da por muerto o se le hace desaparecer. Así de simple, arbitraria e irresponsablemente.
- 4) No ofrece ninguna explicación racional de cómo y por qué unos pueblos crecen y se agigantan en su territorio, desarrollando grandes culturas y concretando grandes realizaciones materiales; y por qué otros no pasan de una experiencia discre-

ta o discretísima. Ni se ofrece ninguna explicación de por qué unos pueblos alcanzan a hegemonizar imperialmente y otros no.

- No se ha hecho ningún esfuerzo por evaluar y aquilatar las distintas magnitudes de los distintos territorios y sus diferentes potencialidades. Es decir, arbitrariamente se ha prescindido del sustento económico de todo esfuerzo social.
 - No se ha hecho ningún esfuerzo por cuantificar las magnitudes demográficas de los pueblos y naciones objeto de estudio. Es decir, una vez más arbitrariamente, se ha prescindido del sustento social de toda realización histórica.
 - No se ha hecho ningún esfuerzo por relacionar e involucrar el sustento económico y el sustento demográfico a la hora de dar cuenta de las confrontaciones, derrotas y conquistas de los pueblos. Es decir, se les presenta como hechos inerciales que “sucedieron porque tenían que suceder”. Es decir, se ha prescindido del sustento político de toda relación histórico-social.
 - Y no se ha hecho ningún esfuerzo por conocer las motivaciones, valores y objetivos, ni las debilidades, vicios y ambiciones de los protagonistas de la historia. Se les trata como seres impolutos. En verdad se nos ha presentado clones sin defectos ni virtudes. Es decir, patéticamente, se ha prescindido del sustento humano de la historia.
- 5) Por exactamente las mismas razones, no ofrece nunca explicaciones de cómo y por qué sucumbieron las “culturas”, las “ci-

vilizaciones” y los “imperios” de la antigüedad. La explicitación de que “mueren como mueren los hombres” no es una respuesta científica, sino a lo sumo casera. Pero, por sobre todo, no responde a esas preguntas. Los médicos sí saben cómo y por qué mueren los hombres. La Historia debería saber otro tanto de las culturas, civilizaciones e imperios.

Sobre el “estado de la cuestión” en Historia

Durante años, en carne propia como estudiantes, y en la frustrante experiencia de nuestros hijos, venimos sufriendo al rechazar y renegar de la Historia tradicional que se nos viene ofreciendo y “conocemos”. Y sufriendo en la inabdicable ilusión de amar a esa otra que aún no conocemos.

En la inacabable búsqueda de la verdad, y en tanto llega, los pueblos del Perú tienen derecho a que se les presente otras versiones de la historia que reflejen mejor sus avatares. Y en las que ellos tengan el protagonismo, colectivo y anónimo pero real, y no quienes se lo han enajenado. A versiones cada vez más científicas. Cada vez más completas y objetivas. Cada vez más útiles e inteligibles. Y cada vez más amenas.

El reto es formidable. Pero tratándose de “nuestra historia”, la motivación resulta enorme. E inabdicable e inalienable el derecho a contribuir a reformularla.

María del Rosario Vega nos recordaba hace diez años sobre el concepto “estado de la cuestión”² en la ciencia. Pues bien, nuestros hijos estudian con textos de Física, Química o Matemática, por ejemplo, cuyo

contenido y alcances están “muy lejos” del estado de la cuestión en esas ciencias. Pero “muy cerca” de sus bases más sólidas y elementales. Es decir, van pues por buen camino.

Pero y ella lo sabe perfectamente, estudian la Historia del Perú en textos donde el estado de la cuestión casi no difiere del alcanzado hasta ahora por esa rama del conocimiento. Bien podría decirse que los textos de hoy –salvo los recursos gráficos, que no son precisamente un aporte de la Historia–, no son muy distintos ni están técnica y conceptualmente muy distantes de los escritos de Herodoto, que por cierto sí son muy entretenidos.

Ése es el estado de la cuestión que debe importarnos: aquél al cual acceden nuestros hijos. No aquel al que acceden unos cuantos y privilegiados “especialistas”. Debemos desterrar, por errónea, la trasnochada idea de que las ciencias progresan con el aporte de unos cuantos eruditos. No, progresan cuando son miles y millones los que están involucrados en su quehacer y en su dinámica. Es a miles y millones de niños a quienes tenemos que darles una sólida base en Historia, para que luego más gente se incorpore a su desarrollo.

Pero para terminar, cómo puede alguien preciarse del estado de la cuestión de la Historia del Perú, si ésta no es capaz de responder clara y sólidamente a ninguna de las interrogantes sobre nuestro acuciante presente como país.

Por lo demás, son los historiadores quienes tienen que responder por qué es tan pobre, ininteligible, inútil y aburrido “el estado de la cuestión” en Historia que llega a manos de nuestros hijos. Difícilmente serán los químicos o los contadores, por ejemplo, quienes mejor respondan a esa pregunta.

Pero eventualmente sí. Desde que recordamos que fue un médico, Julio C. Tello, quien, en su tiempo y para su tiempo, hizo algunos de los más grandes aportes a la Arqueología e Historia del Perú.

Nuestras hipótesis de trabajo

Hace diez años, conociendo suficientemente bien la geografía del país, acometimos la tarea de estudiar en conciencia la Historia del Perú.

Por todo lo que como aficionados habíamos leído, teníamos la convicción de que ella no había explícitamente formulado explicaciones coherentes y consistentes, y, mucho menos, válidas, sobre la terrible pobreza y subdesarrollo del Perú, habida cuenta de la enorme riqueza que se había extraído de su territorio.

Sin formación académica en Historia, pero con una multidisciplinaria formación técnica y humanista, iniciamos la lectura y fichaje provistos de las tres siguientes hipótesis generales:

A) La historia –"H"– (el pasado), necesaria e invariablemente, tiene que explicar el presente –"P"–.

Así, $P = f(H)$, nos dijimos en términos matemáticos.

B) Tiene que estar en la Historia, refundida, mimetizada, diluida y hasta disfrazada, la información que permita efectivamente dar cuenta del presente. Y,

C) Siendo que la Historia es, por analogía, un complejísimo rompecabezas, del que nadie tiene el "modelo" para armar; y que

la "versión tradicional" es sólo una, y no precisamente buena, entre muchas posibilidades de ensamble, debe haber otras formas de reunir las piezas encontradas en (B) para satisfacer la exigencia de (A).

Y a su turno, la búsqueda de la información estuvo también provista de las siguientes hipótesis específicas que había que responder; y/o probar; mantener provisoriamente en pie, si fuera necesario ante la falta de pruebas concluyentes; o descartar:

- 1) Los pueblos, como los individuos, se mueven en función de intereses y objetivos.
- 2) La conducta social, como la conducta individual, es eminentemente racional. Es coherente y consistente. No es puramente azarosa y, menos, espontaneísta y errática.
- 3) Los pueblos se comportan como fuerzas en la prosecución de sus objetivos. En cada circunstancia histórica, lo relevante ante los obstáculos y oposiciones es la correlación final de las fuerzas en juego. A más fuerza –material, económica, demográfica y militar–, más posibilidades de alcanzar los objetivos. Y otro tanto a mejor estrategia de acumulación de fuerzas, y a mayor habilidad en el uso de los recursos disponibles.
- 4) En ausencia de fuentes escritas originales de la historia antigua, las realizaciones materiales, y en particular la iconografía, deben ofrecer información valiosa que no ha sido suficiente ni adecuadamente interpretada y/o no ha sido "descubierta".
- 5) La ocupación inicial del territorio andino ha estado signada por el azar. Unos pueblos se asentaron en territorios objetivamente ricos, en tanto que otros, con pres-

- cindencia de su voluntad, en áreas muy pobres. Aquéllos, pues, tenían objetivamente mayores posibilidades de desarrollo que éstos.
- 6) Allí donde se generó excedentes de riqueza, éste sólo podía tener dos usos: gasto o inversión. ¿Cuál fue la proclividad a uno y otro destino en los pueblos del Perú antiguo?
 - 7) La presencia de élites de poder, con intereses distintos a los de la masa del pueblo, necesariamente sesga el uso de los excedentes hacia el gasto o consumo y, necesariamente, en su propio beneficio, y no el del pueblo.
 - 8) El centralismo –político, económico y demográfico– es una consecuencia de la existencia de élites excluyentes y de imperios.
 - 9) Las conquistas imperiales son, necesariamente, una agresión –política, económica, demográfica, étnica y cultural– contra los pueblos sojuzgados. Las supuestas “legitimaciones históricas” sólo son un pretexto.
 - 10) Toda agresión genera o incuba el rechazo correspondiente y proporcional. A mayor intensidad y duración de la agresión, mayor intensidad y persistencia del rechazo. La dispersión de la agresión genera identidad de intereses y solidaridad entre los agredidos. Los imperios, entonces, incuban y desatan las fuerzas de su propia destrucción.
 - 11) Las conquistas imperiales implican enriquecimiento fácil. Y éste, a su turno, impulsa al gasto con muchísima más proclividad que a la inversión. La tendencia a presupuestos cada vez más desfinanciados resulta altísima. Los imperios, entonces, incuban su autodebilitamiento y destrucción económica.
 - 12) El comercio –o trueque– libre es la forma más directa, persistente y pacífica, y, en consecuencia, más efectiva y duradera, de la influencia cultural recíproca.
 - 13) Con ningún pueblo se realiza tanto comercio como con los vecinos. De éstos, comercia más y resulta más influido aquel con más población y más fluidas líneas de comunicación.
 - 14) En general, el crecimiento y despegue económico y cultural de un pueblo no se explica dentro de sus propios límites sino dentro del contexto geopolítico en el que se encuentra.
 - 15) La capacidad de agresión natural del territorio andino es enorme. Frente a él, tenía que ser infinitesimal la capacidad de respuesta y neutralización que podían ejercer los pueblos de la antigüedad.
 - 16) Los valles del Perú –único gran sustento económico de los pueblos en la antigüedad–, eran minúsculos en relación con el área del territorio. La proporción era muy probablemente de 1 a 100. Así, los espacios poblacionalmente ocupados eran entonces notablemente reducidos. Las agresiones normales de la naturaleza andina –huaicos y terremotos, principalmente– resultan, pues, desproporcionadamente grandes y, en consecuencia, demolidoras.
 - 17) Las primitivas y poco eficientes técnicas de construcción de la antigüedad, imposibilitaban hacer frente a eventos de gigantesca envergadura de impacto como el fenómeno del Niño. Los pueblos estaban absolutamente a expensas de él, virtualmente inertes.

Hoy, diez años después, nuestra hipótesis a este respecto es: el Fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, tanto en su versión de lluvias e inundaciones, como en su versión de sequías, ha jugado un papel absolutamente decisivo en la historia de los pueblos e imperios andinos.

- 18) Las primitivas y poco eficientes técnicas hidráulicas de la antigüedad, y las primitivas técnicas de preservación de alimentos, imposibilitaban hacer frente con total eficiencia a las grandes sequías.
- 19) Aunque débilmente, conjeturábamos por entonces que, con mucho más gravitación que ningún otro fenómeno natural, los fenómenos climáticos habrían jugado un rol importantísimo en la historia del mundo andino. Y,
- 20) La forma más eficiente de protección pasiva contra los impactos de la naturaleza –huaicos, terremotos, inundaciones y sequías– era la dispersión de la población. Pero a más dispersión demográfica, correspondía mayor debilidad político-social, menor integración económica y cultural, mayor dificultad de difusión idiomática y menores posibilidades de intercambio comercial.

Por añadidura, provistos de muchas de esas mismas hipótesis y de otras pertinentes, en los últimos años hemos acometido el estudio del proceso histórico del “descubrimiento y conquista de América”. Los sorprendentes resultados se muestran en los dos tomos de *En las garras del imperio*.

A su turno, y más recientemente, provistos del mismo instrumental teórico y de hipótesis, nos hemos embarcado en la tarea de reformular la “historia de Grecia”. El desenlace, como se verá en su oportunidad, es simple y llanamente sorprendente. Y

igualmente habrá de sorprendernos a todos la “historia del Imperio Romano”.

Hoy no pasan de ser simples anécdotas personales. Mas para quienes quieran embarcarse con nosotros en la árdua y titánica tarea de reformular la Historia, bien vale la pena recordarlas. La primera –como quedará en evidencia en la lectura del cuerpo de la obra que presentamos–, es que, efectivamente, está en los textos de la Historia tradicional la información importante y relevante que se requiere para reformular su contenido. Mimetizada, encubierta y escondida, pero está.

Y la segunda, es que, en una infinidad de casos, la información relevante es precisamente aquella que la Historia tradicional ha sistemáticamente considerado como la accesorio, de escasa importancia. Al extremo que muchísimos valiosos datos apenas aparecen en las notas de pie de página.

Tal parece pues que la Historia tradicional en verdad encierra “dos historias”. La explícita y obvia, la eminentemente tradicional, a partir de lo que ella ha considerado importante, pero que no es sino lo accesorio. Y la implícita y encubierta, la “nueva Historia”, a partir de lo que ella ha considerado accesorio, pero que es efectivamente relevante.

Con esas, y muchísimas otras más hipótesis de detalle, emprendimos la realización de *Los abismos del cóndor* –período pre-incaico– y *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte* –Imperio Inka–.

He aquí este nuevo esfuerzo. Entregamos aquí la primera versión corregida y aumentada de *Los abismos del cóndor*. Tan corregida y tan aumentada que ha resultado en más del doble que el original. Pero como se verá, y de cara al debate científico, sobre todo por el hecho de que nos hemos visto precisados a

incluir innumerables digresiones explicativas y sustentatorias (presentadas generalmente en tipografía más pequeña y con títulos en color rojo).

Éstas, con el riesgo de desorientar al lector, muchas veces avanzan en el tiempo y hasta saltan de escenario, para luego retornar al tiempo y al espacio originales. Agradecemos desde ya su tolerancia.

Concédasenosla –con el corazón y con la mente–, para que algún día, superadas las polémicas y las discrepancias, construida la Historia como ciencia, nuestros hijos o quizá sólo nuestros bisnietos dispongan de una versión que sin ser extensa, sea útil y amena.

Aclaraciones importantes sobre el texto

Las siguientes aclaraciones son válidas para el primer y segundo tomos de esta obra.

- 1) Sistemáticamente haremos la distinción entre historia (con “h” minúscula) e Historia (con “H” mayúscula). Cuando usamos “historia” nos estamos refiriendo al “pasado”; y con “Historia” nos estaremos refiriendo a la o las “versiones escritas de ese pasado”. Y cada vez que hacemos referencia a una ciencia, en general procedemos con igual criterio.
- 2) Aprovechando los recursos gráficos disponibles, en cada párrafo nos hemos permitido destacar en color azul la idea central del mismo. Se puede tener una primera y panorámica idea del texto leyendo sólo esos destacados.
- 3) El cuerpo del texto está compuesto en tipografía de 12 puntos. Y digresiones, que hemos considerado muy importante hacer –dirigidas fundamentalmente al lector más interesado en temas de Historia–, en tipografía de 10 puntos.

Los títulos y subtítulos de cuerpo han sido destacados en verde. Y los de las digresiones en rojo.

- 4) Para enfatizar cuán étnico–culturalmente rica ha sido la historia andina, siempre ponemos en cursiva los gentilicios de los distintos pueblos y naciones –incluso los de otros continentes–.
- 5) Con bastante frecuencia hacemos uso de las “ “ (comillas). No sólo para reproducir citas textuales. Sino también para destacar algunos conceptos. Y como se verá en más de una ocasión, también para poner en tela de juicio el valor de algún concepto.
- 6) Salvo algunas excepciones, en las que aparecen comentarios o críticas del autor, todas las Notas–que en su inmensa mayoría son bibliográficas–, aparecen al final de los correspondientes tomos.
- 7) Cada tomo tiene su propio Índice de Mapas, Gráficos, Cuadros, Ilustraciones y Anexos.
- 8) La bibliografía citada en todo el texto aparece sólo al final del segundo tomo.

El territorio andino

20 000 años de irrepitable y asombrosa historia ha acumulado el hombre en el territorio andino.

Veinte millones de años de evolución habían llevado del *Pliopithecus*, al *Homo erectus* y, finalmente, al *Homo sapiens* que habita el planeta desde hace más de un millón de años. Ese largo proceso de hominización fue, sin embargo, sólo una pequeñísima fracción de los 4 500 millones de años de historia de la Tierra. La vida humana es, pues, una expresión muy tardía de la evolución.

Si, comparativamente, la antigüedad de la Tierra fuera un año, la historia del *Homo sapiens* sólo forma parte de lo ocurrido en la última hora. Y la historia del hombre andino es la de los últimos dos minutos, pero tan intensos y vitales, y tan llenos de vertiginosos y asombrosos cambios, que, sin duda, concitan el mayor interés.

Con el tiempo, sin embargo, la historia andina suscitará cada vez mayor interés. Y es que, como veremos —objetivamente y sin chauvinismos ni etnocentrismos de ninguna índole—, el vasto y complejo mundo de los Andes quizá ha sido el más rico de cuantos crisoles ha dado la Tierra para la experimentación de la vida de la especie humana.

En términos generales, habremos de considerar territorio andino al vasto espacio

americano cuya vida e historia ha estado y está dominada por la cordillera de los Andes.

Con aproximadamente 10 000 kilómetros de longitud, es la franja occidental de Sudamérica que se extiende desde las costas del mar Caribe hasta la Patagonia. Incluye una larga y muy estrecha faja costera bañada por el océano Pacífico, el territorio cordillerano propiamente dicho, y una franja de ancho variable que se interna en el bosque amazónico hasta 100 y 200 kilómetros al este de las cumbres de las montañas.

Corresponde, pues, a gran parte de los territorios actuales de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, pero también la faja occidental del territorio de Argentina.

Sin embargo, la historia que nos ocupa se circunscribe a lo que llamaremos el territorio andino central, esto es, gran parte de Ecuador, la mayor parte del Perú, el oeste de Bolivia y una parte del norte de Chile, que suman aproximadamente un millón y medio de kilómetros cuadrados. No obstante, habremos de referirnos a lo largo del texto, fundamentalmente, a lo ocurrido en territorio del Perú.

Por su ubicación latitudinal, entre la línea ecuatorial y poco más del paralelo 18° Sur, esto es, en un área típicamente subtropical del planeta, el territorio central andino bien

Mapa N° 1 El territorio andino



podría haber tenido las mismas características del plano e intensamente verde bosque húmedo de la Amazonía.

En otros términos: virtualmente sólo un gran clima, aunque con temperaturas cada vez menores a medida que se alargan las distancias desde la línea ecuatorial; y virtual-

mente también sólo un gran ecosistema en toda su extensión. La realidad geográfica peruana, sin embargo, es absolutamente distinta.

La más compleja geografía del mundo

Su extensión no es precisamente insignificante. No obstante, representa apenas el uno por ciento de las tierras del planeta. A pesar de ello, como ningún otro territorio de las mismas proporciones, y a despecho de lo que correspondería a su posición latitudinal, es quizás la mejor síntesis de toda la geografía del globo terráqueo.

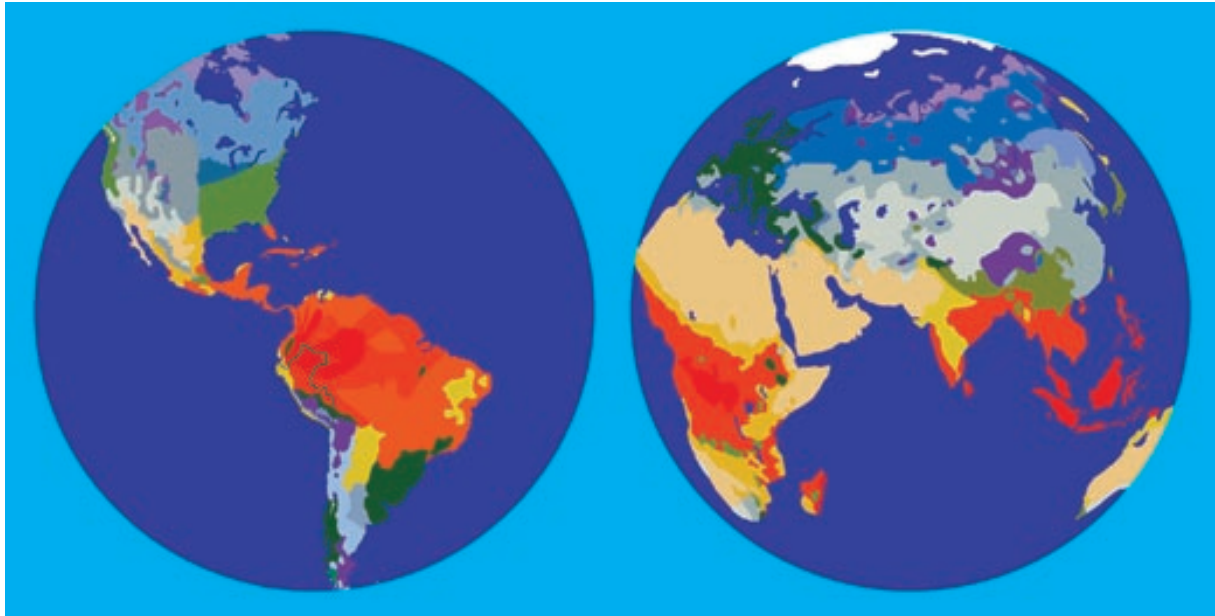
Cuenta el territorio andino peruano con montañas y valles, como los de Mesopotamia. Con desiertos, como los de Egipto. Pero también con extensas costas como las que dominaron Grecia y Roma. Con cumbres como las del Himalaya. Nevados y lagunas como las de los Alpes. Lagos y profundos cañones, como los de Norteamérica. Selvas como las de África. Y enormes cursos de agua, como los de Asia.

A todas luces, es uno de los rincones más singulares del planeta. Como no podía ser de otra manera, a su riquísima variedad geográfica, topográfica y edafológica, suma una variabilidad climática única, y una proverbial variedad de flora y fauna.

Todo ello es, sin embargo, el resultado de la fortuita convergencia de dos grandes y muy impactantes factores naturales:

- la presencia de la Cordillera de los Andes,
- y la presencia en sus costas de un complejo fenómeno océano-atmosférico del que uno de sus componentes es la Corriente de Humboldt.

Mapa N° 2 Los grandes ecosistemas del planeta



Elaboración propia.

Fuente:

– Atlas Mundial Microsoft Encarta 99.

En ningún otro rincón del planeta, de dimensiones equivalentes, se da tal riqueza y complejidad de ecosistemas como en el Perú.

Pero no puede soslayarse que su ubicación en el globo, preponderantemente subtropical, y su poco frecuente gran amplitud latitudinal³, que de norte a sur abarca 18 grados de la esfera terrestre, juegan un rol decisivo en el diseño de la complejidad del territorio peruano.

La cordillera de los Andes es, sin duda, su signo distintivo, su peculiaridad más obvia y saltante. Su formación es geológicamente muy reciente: data apenas de 20 millones de años, a consecuencia de un abrupto levantamiento del terreno a finales del período Terciario.

Las cumbres de los Andes peruanos, aun cuando se elevan a una altitud media de 4 500 metros sobre el nivel del mar, alcanzan

su cima en la Cordillera Blanca, en las cumbres del Huascarán, a casi 7 000 metros por sobre las aguas del océano, dando forma en conjunto a un perfil altitudinal significativamente elevado y muy distinto al que se da en la mayor parte de los países de la Tierra. Bástenos compararlo, por ejemplo, con el de España. Así, el más grande de los poblados peruanos a mayor altitud, Cerro de Pasco, está a 4 340 metros sobre el nivel del mar. Esto es, por encima de la cumbre más alta de España (3 482 msnm).

Tomando en consideración las distintas alturas sobre el nivel del mar a que da lugar la cordillera, el científico peruano Javier Pulgar Vidal ha definido la existencia de hasta ocho grandes regiones naturales con características climáticas sustancialmente

Gráfico N° 1 Perfil altimétrico: Perú - España



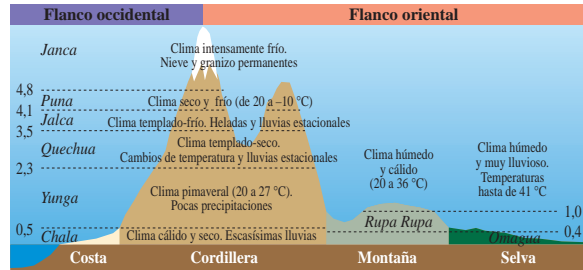
diferentes, a las que ha denominado en idiomas nativos (*quechua* y *aymara*). Sin duda es la Cordillera de los Andes el factor preponderante en la definición de las diferencias climáticas y ecológicas del flanco oriental del territorio peruano.

En él las temperaturas ambientales oscilan entre $-10\text{ }^{\circ}\text{C}$, en las cumbres de la cordillera, y $41\text{ }^{\circ}\text{C}$, en la selva. Y los pluviómetros registran grandes lluvias con precipitaciones anuales de 700 – 1 000 mm, en la zona cordillerana, 3 000 – 4 000 mm, en la franja de montaña, y hasta 8 000 mm en la Selva.

En el flanco occidental, en cambio, el estrecho y cálido rango de temperaturas ambientales (de 15 a $30\text{ }^{\circ}\text{C}$), y la virtual ausencia de lluvias (generalmente no más de 50 mm al año) con la consiguiente existencia de cuarenta desiertos entre uno y otro de otros tantos cortos y delgados valles, son la consecuencia de un complejo y extraño fenómeno hidro-atmosférico que se da en la franja del Pacífico adyacente a la costa, y al que bien corresponde denominar el “Fenómeno Humboldt”.

Según expresa el científico peruano Ronald Woodman ⁴, la concurrencia de: a) la dirección de los vientos alisios del Pacífico Sur, que en parte de su recorrido circulan sobre la costa peruana, b) el sentido de rotación de la Tierra, y, c) la corriente marina superfi-

Gráfico N° 2 Grandes regiones naturales del Perú



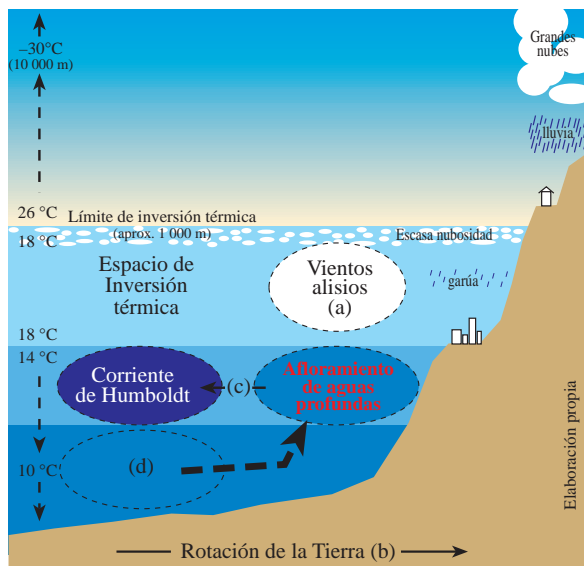
cial a que da lugar el empuje de los vientos alisios, dan lugar al permanente afloramiento de profundas aguas frías que, a la postre, son las causantes de las característicamente frías aguas superficiales del mar peruano. Así, éstas, con temperaturas de $14\text{ }^{\circ}\text{C}$ en invierno y $21\text{ }^{\circ}\text{C}$ en verano, están significativamente ($12\text{--}13\text{ }^{\circ}\text{C}$) por debajo de las que corresponderían a su ubicación latitudinal en el orbe ⁵.

Pues bien, hablando siempre del flanco occidental del territorio peruano, las finalmente frías temperaturas superficiales de las aguas costeras peruanas, no sólo limitan severamente la evaporación, sino que dan a su vez origen a otro fenómeno por igual extraño en el globo terráqueo. En efecto, son la causa de un inusual caso de “inversión térmica” en la atmósfera. Ello impide la formación de las grandes nubes (cúmulu-nimbus) que son normalmente las que dan origen a las lluvias (precipitaciones de 60–150 mm en un día), formándose tan sólo entonces escasas y delgadas nubes que a lo sumo dan lugar a pequeñas, breves y esporádicas lloviznas (garúa).

De allí que en la baja franja costera peruana las precipitaciones de todo el año sean menores que las que se registran en un día en la cordillera, la montaña y la selva. Pero también menores que las que se registran en las partes altas del flanco occidental del territorio, ubicadas por encima del límite de inver-

Gráfico N° 3

Vientos alisios, C. de Humboldt, afloramiento e inversión térmica



sión térmica, donde entonces sí se forman grandes nubes que dan lugar a las lluvias.

Las precipitaciones –cortas y esporádicas durante la mayor parte del año, e intensas y prolongadas durante la estación lluviosa (octubre a marzo)– de las partes altas del flanco occidental, así como los deshielos de la cordillera, son la fuente de formación de los 40 cortos ríos que discurren atravesando la costa peruana.

Éstos alcanzan sus máximas descargas al océano precisamente durante la temporada lluviosa de las partes altas. Pero es también durante ese período que se registran los *huai-cos* (avenidas de lodo y piedra) que destruyen todo a su paso y enturbian las aguas que los ríos llevan al mar.

En la costa –para seguir hablando todavía de ella–, el ya complejo espectro se complica en función de la latitud. En efecto, en las áreas en torno a la línea ecuatorial (Tumbes, Piura y en general el norte peruano), la mayor perpendicularidad de los rayos solares

calienta más tanto a la superficie del océano, como al aire y el suelo. Esos mismos tres factores son más fríos al promediar la faja costera (Lima, Ica, etc.) y todavía más fríos en el extremo sur del Perú (Moquegua y Tacna). Pero otro tanto ocurre también en la Cordillera, en la Montaña y en la Selva.

Dominado pues por los Andes y altamente influenciado por complejos fenómenos océano–atmosféricos, el territorio andino central exhibe entonces cuatro grandes zonas geográficas marcadamente distintas entre sí: la soleada, predominantemente desierta, plana y baja zona costera, adyacente al océano Pacífico; la fría, abrupta, rugosa y alta área cordillerana propiamente dicha y de la que forma parte el Altiplano; una calurosa zona de montaña, que en gran parte incluye a la verde y baja Cordillera Oriental, y, por último; la tórrica y boscosa zona occidental de la Selva o llano amazónico.

Hasta aquí, pues, cuatro deberían ser las grandes zonas geográficas y –siguiendo a Pulgar Vidal– ocho las grandes zonas natu-

Mapa N° 3 El complejo territorio andino central



Elaboración propia / El corte altitudinal puede verse en el Gráfico N° 6.

rales (climático-ecológicas) en el territorio andino central. Mas no es así. Hay multiplicidad de zonas geográficas, gran cantidad de climas y una aún mayor variedad de ecosistemas. Pero no sólo –como se ha visto– en función a las diferencias de latitud.

Y es que, a diferencia del único brazo que tiene la cordillera andina en su porción sur, allí donde se constituye en la frontera entre Argentina y Chile, en el territorio andino central se abre en dos, tres y hasta cuatro cadenas paralelas de montañas.

Este último es el caso del área donde la cordillera Occidental se divide en las llamadas cordilleras Negra y Blanca que perfilan uno de los paisajes más hermosos y sobrecogedores del planeta: el bellissimo y afamado Callejón de Huaylas, ante el que se yerquen majestuosos el Huascarán, el Huanchoy y el bellissimo Alpamayo –tres de las más altas cumbres nevadas de los Andes centrales–, en cuyas faldas, desde la laguna de Conococha hasta desembocar en el Pacífico, corre cada vez más torrentoso y caudaloso el río Santa, uno de los pocos ríos de la cuenca del Pacífico con agua todo el año.

Y caprichosa y arbitrariamente, constituyéndose casi como punto neurálgico de los Andes, las tres grandes cadenas de montañas se reúnen primero en el Nudo de Loja (Ecuador) y luego en el centro mismo del territorio andino central. Allí han dado forma al gigantesco Nudo de Pasco sobre el que se asienta una altísima y gélida meseta a más de 4 300 metros sobre el nivel del mar, en cuyas entrañas ha quedado depositada una de las más grandes y variadas concentraciones minerales del mundo ⁶.

En la zona sur, tras reunirse nuevamente en el Nudo de Vilcanota, se abre sólo en dos grandes brazos que dan forma a la altiplanicie del Collao, sobre la que se deposita el

más grande entre los más altos lagos de la Tierra: el Titicaca, cuyo espejo de agua está a 3 800 metros sobre el nivel del mar.

Entre uno y otro de los tres grandes nudos, en los grandes callejones que se forman entre las cadenas de montañas y entre sus innumerables estribaciones (que en el caso de la costa muchas veces llegan hasta el borde mismo del océano), han quedado formados cientos de pequeños valles y mesetas en todas las altitudes imaginables, entre mil y dos mil, o entre dos mil y tres mil y hasta a cinco mil metros sobre el nivel del mar.

A diferencia de las cuatro marcadas estaciones que se presentan en gran parte del hemisferio norte (en casi toda Norteamérica y Europa), sólo dos son los períodos estacionales claramente diferenciables que se presentan en el territorio central andino, pero a su vez sensiblemente distintos entre la Costa y el conjunto Cordillera-Montaña-Selva.

Como muestra el Gráfico N° 4 (en la página siguiente), en la Costa, habiéndose puesto como ejemplo el caso de Lima, en ausencia de lluvias (37,4 mm de promedio anual en un período de 19 años ⁷), son las temperaturas ambientales las que establecen la diferencia entre una y otra estaciones, presentándose en el período octubre-marzo (“primavera / verano”) las temperaturas más altas, tanto en el día como en la noche. Y el período abril-setiembre (“otoño / invierno”) es el de las temperaturas más frías y el de la eventual presencia de finas garúas.

Por el contrario, en la Cordillera (para el caso, Cusco) y en la Montaña (representada aquí por Tingo María), pero también en la Selva, la diferencia estacional es claramente establecida por la presencia de lluvias. Octubre-marzo (oficialmente “primavera / verano”) es paradójicamente el período llu-

vioso (¿efectivamente “otoño / invierno?”), concentrando el 85 y 65 % de las precipitaciones anuales, según se trate de la zona cordillerana o de las zonas de montaña y selva.

La difícil, compleja y hasta sorprendente definición de las estaciones en el Perú fue advertida ya en 1548 por el cronista español Pedro Cieza de León ⁸:

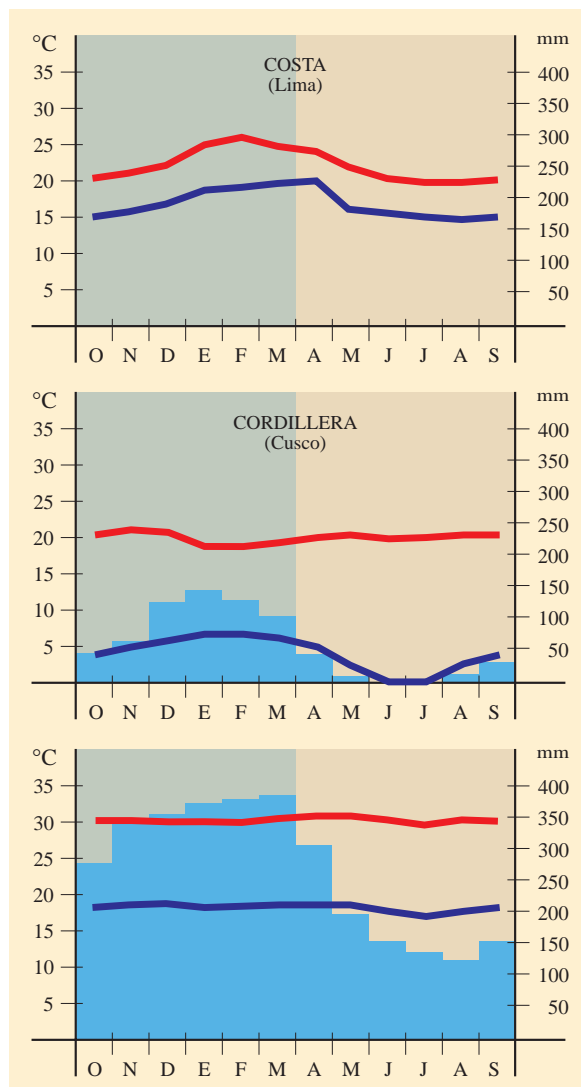
En las sierras –dice el cronista– comienza el verano en abril, y dura mayo, junio, julio, agosto, setiembre, y por octubre ya entra el invierno (...) mas en estos llanos junto a la mar del Sur es al contrario de todo lo susodicho, porque cuando en la serranía es verano, es en ellos invierno, pues vemos comenzar el verano por octubre y durar hasta abril, y entonces entra el invierno; y verdaderamente es cosa extraña considerar esta diferencia tan grande, siendo dentro de una tierra y en un reino...

En fin, a sólo 100 kilómetros de distancia, coexisten la “primavera / verano” de la costa con el “otoño / invierno” de la Cordillera.

En la Montaña y la Selva las temperaturas prácticamente no varían a lo largo del año. Las diferencias de temperatura se dejan sentir sólo entre el día y la noche, pero con cambios de apenas 10–12 °C entre el mediodía y la madrugada.

En la zona cordillerana, donde las temperaturas del mediodía son prácticamente estables a lo largo del año, lo característico es el mayor rango entre éstas y las bajas temperaturas de la noche, acrecentándose significativamente la diferencia en el período seco, y particularmente en los meses de junio y julio. No obstante, en el territorio central andino prácticamente en ninguna zona natural es muy amplio el rango entre las temperaturas máximas del período lluvioso y las mínimas de la estación seca. El siguiente cuadro resulta a este respecto muy ilustrativo.

Gráfico N° 4
Temperaturas y precipitaciones

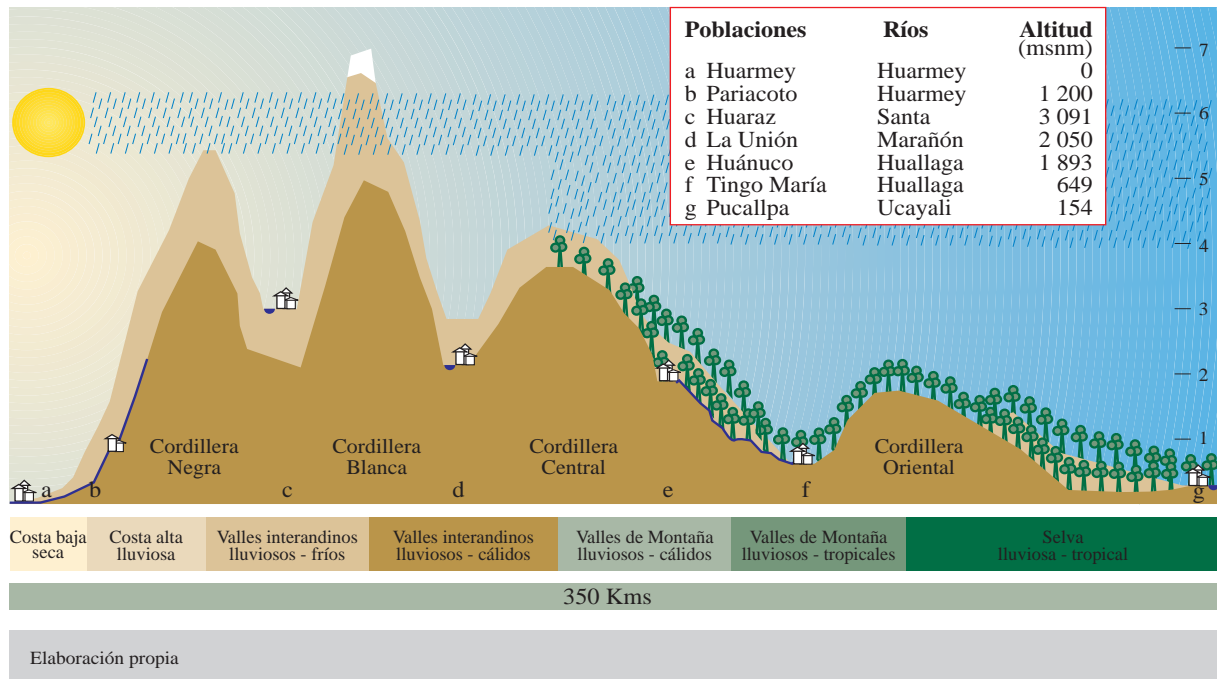


Elaboración propia.
 ■ Temperaturas ■ Precipitaciones
 Fuente:
 – **Mi tierra, Perú**, El Comercio, Lima, 1999, p. 59.

Ciudad	Zona Natural	Febrero		Junio		Rango anual
		Noche	Día	Noche	Día	
Lima	Costa	18	28	15	20	13
T. María	Montaña	18	30	16	32	16
Cusco	Cordillera	7	18	0	20	20

Así, a diferencia de los amplios rangos de temperatura que se dan en gran parte del

Gráfico N° 5
La mayor variedad climático-ecológica en el mínimo espacio



hemisferio norte (que alcanzan 30, 40 y hasta 50 °C), en el territorio central andino el máximo rango alcanza a 20 °C en la porción surcordillerana, esto es, en un área de aproximadamente 300 000 Km². Por excepción, sólo en las virtualmente deshabitadas punas (4 800 msnm o más) los rangos de temperatura llegan a 30 y hasta 40 °C.

Corresponde sin embargo insistir aquí sobre el rol que juega la latitud en la climatología del territorio central andino. En todas las zonas naturales, en efecto, aun cuando conservan sus propias especificidades, más cálidas son las temperaturas conforme nos acerquemos a la línea ecuatorial, o cada vez más bajas conforme nos alejemos de ella.

Por todo ello, bien puede pues entenderse ahora que el territorio central andino posea 28 de los 32 climas y 84 de los 103 ecosistemas que se dan en la Tierra. Esto es, en sólo el 1 % de la superficie de los continentes se

da el 88 % de los climas y el 82 % de los ecosistemas conocidos.

Es un caso único. No existe otro igual. No obstante, lo que habrá de asombrar más al hombre será la asombrosa proximidad en la que en este espacio se dan suelos, climas y ecosistemas tan distintos entre sí.

Por insólito que parezca, en no más de treinta kilómetros se puede pasar del más inhóspito y yermo desierto, al más acogedor y verde valle; o del frío más intenso a un calor agobiante; o cambiar de altitud en dos mil y hasta tres mil metros; o pasar de una fría y desértica abra de cordillera a un cálido valle interandino o a uno de montaña.

...y para decirlo más claro –dijo en 1548 el cronista Cieza de León–, parten por la mañana de tierra donde llueve, y antes de visperas se hallan en otra donde jamás se cree que llovió.⁹

Ése es, pues, el territorio central andino. En sus desiertos costeros, donde se dan tormentas de arena, prácticamente no hay agua: apenas son siete los ríos que mantienen regularmente agua durante todo el año.

El río Piura, uno de los más largos y de mayor caudal de la costa peruana, apenas tiene 243 kilómetros de recorrido, habida cuenta de que hace una larga y extraña curva desde sus nacientes hasta la desembocadura al mar. Normalmente arroja al mar 1 000 millones de metros cúbicos de agua por año: 500 veces menos que el aforo normal del Nilo.

En la cordillera, donde se dan tormentas de agua, la piedra ha prevalecido ya sobre la tierra por efecto de la erosión. Pero esa invencible cordillera, cuya mayor superficie es poco propicia para la producción alimenticia, es, sí, generosa en minerales, con enormes concentraciones de oro, plata, cobre, zinc, plomo y estaño.

Y el mar adyacente, en mérito al permanente afloramiento de aguas frías pero nutricionalmente muy ricas, abundantísimo en riqueza ictiológica, sobre todo en especies pelágicas: anchoveta, sardina, bonito, pejerrey, etc.

Éstas, a su vez, constituyen el principal alimento de grandes poblaciones de aves marinas cuyos excrementos, depositados por siglos en la superficie de las islas costeras, habrían de convertirse en una valiosísima fuente de fertilizantes nitrogenados.

La montaña y la amazonía, a su turno, albergan innumerables especies madereras y de flora menor así como la más rica y original fauna. Mas en su suelo habrá de explotarse también el caucho. Y del subsuelo extraerse ingentes cantidades de recursos energéticos no renovables (petróleo y gas).

En la costa, breves, discontinuas e insignificantes corrientes de agua. En la cordillera, largos, permanentes y torrentosos ríos. Y en la Amazonía los más largos y los más caudalosos cursos de agua del planeta. Aquí el exceso de arena, allá el exceso de piedra y más allá el exceso de agua son siempre una amenaza para la vida humana y freno para la producción alimenticia.

Cuando en un lado la hostilidad a la permanencia y al tráfico la establece la brusca sequedad del suelo, en otro lo hace la siempre abrupta topografía, el recio e imprevisible corte de la montaña.

Cuando no es el mar el que inunda la costa, toca a los volcanes incendiar los valles, o a la montaña desprender *huaicos* devastadores. O a los temblores y terremotos sacudirlo todo.

Los Andes son pues, sin duda, el más grande desequilibrio vivible del planeta y, muy probablemente, el último frente que toque vencer al hombre en la Tierra.

Mas ésas serían las condiciones habituales que iba a encontrar el hombre al llegar a este espacio. Y muy probablemente, aunque ya eran múltiples, durante mucho tiempo habría de creer que eran todas las que tendría que enfrentar.

Pronto, sin embargo, habría de caer en cuenta que, más allá de su voluntad, otro gran fenómeno natural actuaba también intervinando decisivamente sobre su mundo: el gran fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur.

Éste, con el tiempo, recibiría el nombre de “El Niño”, y en torno a él surgirían: “La Niña”, “No-Niño”, “Anti-Niño”, y, en nuestros días, “ENOS” –por “El Niño – Oscilación Sur”– y su equivalente en inglés, “ENSO”–¹⁰.

La cordillera no está en la Geografía

La importancia fáctica de la Cordillera de los Andes para los pueblos del Perú —como está visto—, es monumental y abrumadora. Corresponde sin embargo presentar aquí, pero en términos distintos, una síntesis de sus más importantes implicancias, sin que el orden represente necesariamente que unas sean más graves que otras, y en el entendido de que muchas de ellas interactúan recíprocamente:

- 1) Contribuye a definir las grandes regiones naturales del Perú.
- 2) Condiciona severamente la dirección de los vientos y la magnitud de las masas de nubes que éstos arrastran.
- 3) En función de la altitud condiciona muy variados rangos de temperaturas y precipitaciones.
- 4) Contribuye a crear una enorme variedad climático-ecológica en el territorio.
- 5) Divide el territorio en innumerables porciones aisladas.
- 6) Sus múltiples áreas por encima de 4 000 msnm, suman un espacio total muy grande, prácticamente inhabitable y agrícola-mente nulo.
- 7) Es enorme la suma de sus áreas de gran pendiente en las que, tanto la inversión en infraestructura agrícola como la explotación agronómica y pecuaria, son costosísimas. Dificultando y encareciendo también la aplicación de técnicas y equipos modernos de explotación.
- 8) Reúne en total más de 10 000 pequeños lagos y lagunas cuya explotación resulta costosísima.
- 9) Sus entrañas son repositorio de un sinnúmero de riquezas minerales.
- 10) Reúne en su superficie múltiples varie-

dades nativas de riqueza de flora y fauna.

- 11) Genera cuatro grandes sistemas hidrológicos significativamente distintos entre sí: a) el del Pacífico, en el que la inmensa mayoría de los ríos son de brevísimo curso y pobrísimas descargas anuales; b) el cordillerano-atlántico, de ríos torrenciales y valles que en su mayoría son abruptos y estrechísimos; c) el amazónico-atlántico, de muy caudalosos ríos, casi sin pendiente, que en la práctica impiden la formación de valles, y; d) el altiplánico, de ríos muy fríos, breves y de escaso caudal. Por lo demás, muchos de los ríos, sea por caudal o por torrente, contribuyen a agudizar el aislamiento de muchas porciones del territorio.
- 12) Desata con regularidad innumerables y muy destructivas avenidas de lodo y piedra.
- 13) Sus pendientes encarecen significativamente la construcción de viviendas.
- 14) Alturas y pendientes encarecen proporcionalmente aún más los proyectos viales y de transporte terrestre, con concomitancia en mayores costos en todos los sectores productivos.
- 15) Alturas y pendientes dificultan el desempeño y familiarización a muchísimos seres humanos habituados a tierras planas y bajas.

Todas éstas, hasta aquí, son pues las implicancias más obvias de la Cordillera de los Andes. Cada cual más trascendente, cada cual más importante. Cómo dudar hasta aquí entonces que ella es a todas luces el accidente natural más importante e inocultable de la geografía física del Perú. Que es factor trascendental e insoslayable en su geografía económica. Que si erróneamente se prescinde de su existencia no se puede entender la geografía humana del Perú. Que si se desconoce su silueta básica no se puede en-

tender ni conocer realmente su geografía política.

No obstante, ¡oh sorpresa!, casi ningún peruano la conoce. ¿Por qué? ¿Por que no figura en ningún mapa ni en ninguno de los atlas con los que estudian Geografía los estudiantes peruanos! ¿Y por qué esto? Porque todos los “especialistas” y sus editores –sin poner un granito arena adicional y originalidad–, siguen a pie juntillas las exigencias “pedagógicas” de los programas oficiales del Ministerio de Educación.

Éste nunca ha elaborado ni reclamado a nadie confeccionar un mapa de la Cordillera de los Andes. Y, menos entonces, ese diverso conjunto de mapas en los que debería aparecer ésta, en uno, con los límites políticos; en otro, con los valles peruanos; en un tercero, con los sistemas hidrológicos; y así, en tantos como veinte o venticinco. No se requieren más. Y con las modernas técnicas de edición gráfica digital de hoy, no se requiere más que “dos días de trabajo” para hacerlos. ¿Cuándo llegará ese día?

Entre tanto, hay que seguir trabajando con los libros y atlas que hay. Incluyendo ese de la editorial Bruño ¹¹ que, como los de mi tiempo ¹² de estudiante en el colegio La Salle, hace 37 años, teniendo venticinco mapas del Perú no tiene ninguno de los Andes. Y con este otro, del profesor Juan Augusto Benavides Estrada ¹³, que con sólo cinco mapas del Perú sirve de muy poco.

La cordillera tampoco está en la Historia

Debe tenerse presente sin embargo, que además hay otras implicancias profundas de la Cordillera de los Andes en nuestro mundo. Son menos obvias, pero por igual trascendentales. Veamos entonces unas pocas adicionales, que, como las ya citadas, están también

estrechamente vinculadas con la historia:

16) Sus valles, sus cumbres y sus nevados; los ríos que la laceran y desgarran y los ojos de agua esmeralda que la adornan; el Sol que mitiga sus fríos y la Luna que la entenece; las gigantes nubes de algodón que engalanan sus cimas y las copiosas lluvias que la desnudan; los relámpagos que la iluminan y los truenos que la despiertan; los volcanes que la hacen rabiar y los temblores y terremotos que la atormentan y desgajan; sí, todo en ella, convocó la arrobada pero también temerosa ideología mágico-religiosa de los pueblos andinos.

17) Sus cumbres han definido importantísimos límites fronterizos en el caso de la mayor parte de los pueblos y grandes naciones e imperios del Perú antiguo –como reiteradamente veremos en el texto–. De la misma manera que hoy también define límites en la mayor parte de los departamentos y provincias del país. Una y otra son meridianas constataciones históricas que, no obstante, la mayoría de los peruanos desconoce.

Y por ello, el estudiante, el trabajador y el profesional peruanos, desconocen asimismo que, en la gran mayoría de los casos, los viejísimos límites internacionales de los Andes preinkaicos, son sustancialmente los mismos de los departamentos de hoy.

Y ello prueba una continuidad espacio-temporal o geográfico-histórica, en la que no se ha reparado suficientemente bien en la Geografía, pero, con más gravedad aún, en la Historia, lo que en este caso es de exclusiva responsabilidad de la historiografía tradicional. Los *tallanes*, *mochicas*, *moches*, *chavín*, *limas* y *nazcas*; como los *cajamarcas*, *huánucos*, *tarmas*, *huancas*, *chankas*, *inkas* y *kollas*, y otros pueblos de hoy, siguen ocupando

los mismos ancestrales territorios que ocuparon sus remotos antepasados.

El desconomiento de ese profundo enraizamiento geografía–historia viene teniendo deplorables consecuencias. Ha dado origen, por ejemplo, a las absurdas delimitaciones que se han propuesto en los proyectos y/o los fracasados intentos de regionalización–descentralización del país. Incluso la famosa propuesta de Javier Pulgar Vidal, de regiones transversales, cada una con costa, cordillera y selva, demuestra el desconocimiento de la esencia de la realidad histórica del Perú.

Salvo el caso especialísimo de la nación *kolla* –que dominó costa, área cordillerana, Altiplano, y, según parece, también parte de su frontera de selva (en Bolivia)–, ningún otro pueblo ni nación en la historia de nuestro país ha dominado nunca las tres regiones naturales.

Así, cualquier agregación forzada –por más buena fe que contenga– está condenada al fracaso: porque pesa insoslayablemente la historia; ningún pueblo quiere aceptar que su vecino, su ancestral rival del otro lado de la cordillera, sea sede de la capital regional.

Casi en ningún caso, nada ni nadie ha podido romper esa continuidad fáctica que revelan los idiomas, los rostros, los usos y costumbres cotidianos o los mitos subsistentes, distintos aquí y allá. Ni siquiera lo han podido lograr los imperios más agresivos que se dieron en el mundo andino, ni los nativos ni los foráneos. Apelaron sí todos ellos o concretaron de hecho desestructuradores traslados masivos de población, y a la imposición tácita y homogenizante de su cultura imperial.

Los conquistadores, nativos y foráneos, habiendo contribuido unos más que otros

a mellar esa larga y sólida continuidad geográfico–histórica, no han podido destruirla. Ahí está entre nosotros, hoy, en el siglo XXI, viva y enhiesta: *chimú* distintos de *icas*, *chavín* distintos de *huancas*, *cajamarcas* distintos de *huánucos*, *antis* distintos de *limas*, *chankas* distintos de *tallanes*, *inkas* distintos de *kollas*.

- 18) Las alturas y pendientes de la cordillera –pero eventualmente también su pobreza agrícola concomitante–, han marcado en muchos casos el límite de avance de ejércitos de invasión, tanto costeños como cordilleranos: *mochicas*, *chavín*, *nazcas*, *chankas* y *chilenos*, por ejemplo.

Es pues –como lo demostraría una vez más Cáceres en la campaña de la Breña en el siglo XIX–, un “balcón” de gran y eficiente “vocación natural y estratégica de defensa”. No obstante, ha sido sistemática e inútilmente desperdiciado por las sucesivas élites de poder civil y militar en nuestros casi doscientos años de vida republicana. Con ello se han encarecido hasta el delirio los gastos de defensa del país, en detrimento de recursos para el desarrollo.

- 19) La Cordillera de los Andes estuvo en la mente de los estrategas político–económicos del imperialismo español cuando, en función de sus intereses, segmentaron drásticamente las actividades productivas del territorio peruano en: a) un área cordillerana eminentemente minera, o mejor, de grandes enclaves mineros, técnicamente modernos, productivamente orientados en exclusividad a las demandas del mercado externo, y con fuerza de trabajo casi esclavizada a la que se le “garantizó” subsistencia enfermiza, trato físico y moral traumático y vejatorio, y, en fin, vida efímera e infeliz, y; b) un área costera eminentemente agrícola, esto es, de “corregimientos” agrícolas, también mo-

ernos, en los mejores valles, y con fuerza de trabajo permanente y feudalizada, y brazeros eventuales sometidos unos más que otros casi a condiciones de servidumbre.

20) Patéticamente, también es la Cordillera de los Andes la que nos ayuda a poner en evidencia el modelo político–económico que –esta vez bajo la presión de los modernos imperios y sus grandes empresas transnacionales–, vienen poniendo en práctica en estos últimos casi doscientos años las élites gobernantes de nuestro país. Todos a una, sistemática e invariablemente una después de la otra, pero siempre en función de esos intereses y no los del resto del país, vienen reproduciendo sustancialmente el mismo esquema imperial que impuso Carlos V hace casi quinientos años: división especializada de enclaves mineros en la cordillera y no mineros fuera de ella, y centralismo frágil, efímero y subdesarrollante.

No se puede pues conocer y entender la historia del mundo andino –nuestro mundo–, si no se conoce la Cordillera de los Andes: es consustancial e indesligable de él. Así, cuando en los textos de Historia se habla de todo lo demás pero no se la toma en cuenta, ni se destaca su importancia y rol, en el fondo se está deformando y caricaturizando nuestra geografía y nuestra historia. Siendo, pues, muy largamente, el factor natural más importante de la historia peruana, es el que más deberíamos conocer. Pero, ¡oh sorpresa!, tampoco aparece nunca en los textos de Historia, ni siquiera en los de los especialistas.

Quizá para compensar esa inaudita y recurrente omisión, es que aquí, en este texto –pero también en el del Imperio Inka y en el que analizamos el imperialismo español, e-

ventualmente caemos en el extremo opuesto. Quizá hasta la hemos presentado allí donde no cumplía ningún rol. Apreciaremos su tolerancia y comprensión.

Fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur: un reto gigantesco

El hoy ya conocido y hasta familiar fenómeno habría de manifestarse, para los pobladores andinos de la antigüedad, muy dinámicamente, apareciendo y desapareciendo “misteriosamente”, como si actuara en función a la voluntad y estado de ánimo de gigantescas fuerzas sobrenaturales.

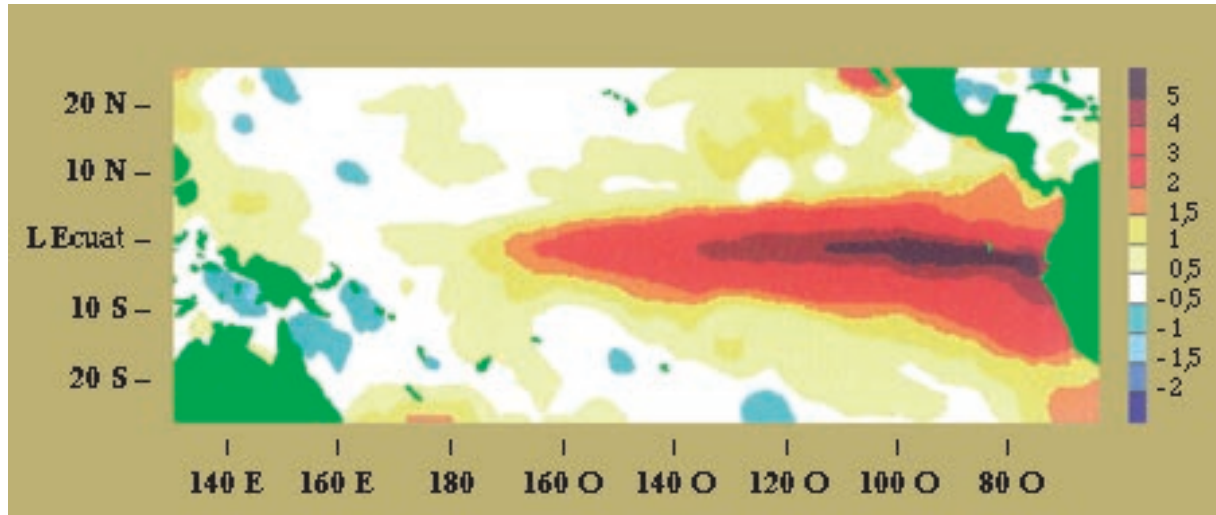
Es quizá tan antiguo como la formación misma de los Andes. O incluso quizá tan viejo como la Tierra misma. En todo caso –como señala Nicholls ¹⁴–, un indicio de su remota existencia nos la ofrece el hecho de que muchos de los animales nativos de Australia parecen haberse adaptado a las grandes fluctuaciones del clima y en especial a las significativas variaciones de las precipitaciones causadas por el fenómeno.

Contra lo que se creyó durante muchas décadas de este siglo, hoy se sabe que el fenómeno no es “una corriente marina caliente”. Se trata, más bien, de un complejo fenómeno océano–atmosférico de irregular recurrencia en el tiempo, de también irregular intensidad y área de impacto, más o menos variable fecha de inicio y además de muy distinta duración.

Así como se presenta en dos años continuos, puede volver a manifestarse tras varios años de ausencia. Los hay de baja, mediana, alta y muy severa intensidad. Pueden iniciar-

Gráfico N° 6

Anomalías de temperatura (°C) en la superficie del Pacífico Ecuatorial / 1997 *



* Promedio de 7 días en torno al 19 Nov 1997.

Fuente:

- Instituto Geofísico del Perú -IGP-, Internet, Image6.gif at www.igp.gob.pe

se en febrero, mayo o setiembre, y durar meses y hasta varios semestres continuos. Y así como en sus versiones más leves pueden afectar con inundaciones exclusivamente a Ecuador y Perú, y simultáneamente con sequías a Australia e Indonesia, o a la inversa; en sus versiones más graves pueden afectar al mundo entero.

El último gran fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur manifestado hasta la fecha, el de 1997, trajo como consecuencia, en un sentido, fuertes inundaciones en el norte de Perú, sur de Ecuador, el sureste de Brasil y Argentina, África oriental y en el oeste de Canadá y de Estados Unidos; y en otro, sequías en Australia, Indonesia, Filipinas, el altiplano de Perú y Bolivia, el noreste de Brasil, Centroamérica y África central.

Asimismo aumentaron los huracanes en el océano Pacífico, disminuyendo en cambio en el Caribe y en general en el Atlántico. En uno y otro extremo del planeta, pues, fue

sinónimo de destrucción cuando no de muerte, con daños gigantescos, virtualmente incalculables. Cómo no habría de serlo si su manifestación más ostensible, el anormal calentamiento de las aguas del Pacífico ecuatorial-oriental, frente a las costas de Ecuador y Perú, abarcó una longitud de casi 11 000 Km, entre los meridianos 180° y 80° Oeste, o desde el norte de Samoa hasta las costas de Sudamérica, esto es, la cuarta parte del perímetro terrestre.

Los eventos de 1982-83 y de 1997-98 dejaron al mundo la vívida experiencia de cuán enormes geográficamente alcanzan a ser los impactos de algunas de las versiones del fenómeno y cuán devastadoras sus consecuencias. Resultan pues cada vez más consistentes hipótesis que, en otras circunstancias, pudieron parecer exageradas y hasta tremendistas.

L.E. Moseley y otros, en 1981, y N.A. Mörner, en 1985, por ejemplo, han postulado

la hipótesis de “eventos El Niño extremadamente fuertes” (o “Mega-Niños”), y “eventos Súper-ENOS”, respectivamente ¹⁵, que habrían tenido lugar en distintos momentos de los últimos diez mil años, y que “habrían tenido duraciones de algunos decenios a un siglo y medio (...) dando como consecuencia profundas modificaciones en el paisaje y en las sociedades...” ¹⁶, en particular por cierto en las de la costa central y occidental de Sudamérica: Ecuador y Perú.

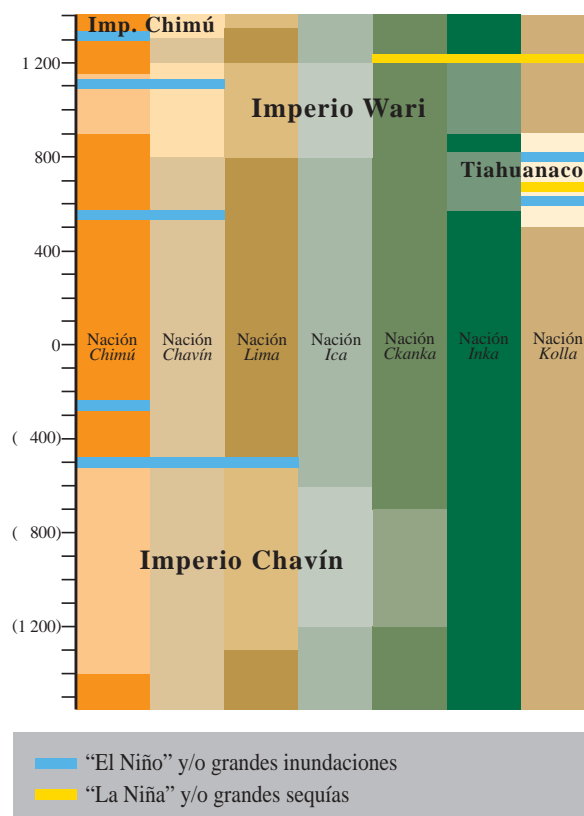
El fenómeno en la historia antigua del Perú

En el territorio peruano, la referencia que por ahora parece más remota 10 000 años o más alude a la ocurrencia de un aluvión previo a la ocupación humana en las costas de Ancón, 30 kilómetros al norte de Lima ¹⁷.

Con una datación de entre 10 000 a 7 500 años, la presencia de un molusco de aguas calientes (*Donax obesulus*), entre los restos arqueológicos de Anillo, en las proximidades de Ilo, cerca a Moquegua, casi en el extremo sur del Perú, “ha sido citada como una evidencia probable de ocurrencias del fenómeno El Niño” ¹⁸. Y también para este período pre-cerámico, pero esta vez en Asia, ligeramente al sur de Lima, “la espectacular abundancia [de restos del molusco] *Argopecten purpuratus* parece estar estrechamente relacionada con (...) episodios El Niño fuertes” ¹⁹.

Una vez más en las playas de Ancón hay indicios de otro evento de hace tanto como 4 500 años de antigüedad (pre Chavín), que eventualmente pudo ser el mismo que destruyó y sepultó con una avalancha de lodo el Templo de Punkurí, en Casma, 300 kilómetros al norte Lima, y el primer gran edificio de Cerro Sechín en las inmedia-

Gráfico N° 7
“El Niño” y “La Niña” en la historia:
grandes eventos y su impacto probable



ciones. En el mismo valle del río Casma, la investigadora L.E. Wells ha logrado rastrear indicios de fenómenos de hasta 3 200 años de antigüedad ²⁰.

Para un pasaje menos remoto, el colapso de la Civilización Chavín a la que sin embargo en el texto identificaremos como Imperio Chavín, de hace 2 500 años, la arqueóloga peruana Rebeca Carrión Cachot propuso la que Peter Kaulicke estima una “visión apocalíptica” ²¹.

Carrión postula que Chavín colapsó víctima de, entre otros fenómenos naturales, “... aluviones, cuyas huellas quedan en muchos sitios arqueológicos... [En la costa] se produjeron lluvias torrenciales e inundaciones que asolaron zonas íntegras; valles antes flore-

cientes con densas poblaciones y vida económica próspera fueron sepultados o arrasados por violentos aluviones. Ciertos valles sufrieron más que otros, entre ellos los de Lambayeque, Nepeña y principalmente Casma”²².

Chavín, pues, aunque por más razones que sólo las de la naturaleza como veremos más adelante—, habría colapsado en el contexto de un devastador evento océano-atmosférico. No obstante, según sólidas sospechas, los especialistas de Chavín habían sido precisamente los primeros en empezar a conocer —en los Andes— los “secretos” del fenómeno. En efecto, la presencia en sus manos de la afamada concha *spondylus* (o *mullu*, en *quechua*) —traída presumiblemente desde las costas de México, Panamá y Colombia, pero también desde las costas de Ecuador, según Jorge Marcos²³ les habría revelado valiosísima información hidro-meteorológica relacionada con el fenómeno. No obstante, como puede colegirse, ello no fue suficiente para que se vieran libres de sus gravísimas acechanzas.

Peter Kaulicke, refiriéndose a la Cultura Vicús (Alto Piura, Piura) habló de la ocurrencia de eventos importantes entre 250-300 dC y 550-600 dC²⁴.

Eventualmente el primero habría sido uno de los cuatro o cinco eventos que, según el reputado arqueólogo peruano Walter Alva, habrían afectado el Templo de Sipán²⁵, o, mejor —decimos—, a la población *mochica* de Sipán, en las inmediaciones de Lambayeque.

Puede además suponerse que el segundo habría sido —como advierten Uceda & Canziani— el último de al menos cuatro eventos sucesivos “que afectaron el Templo de la Luna en el valle del Río Moche [...lo...] que habría causado el abandono definitivo del sitio”²⁶, o, mejor también decimos, lo que ha-

bría marcado el inicio del colapso de la Cultura Moche.

En la primera edición de *Los abismos del cóndor* nos habíamos preguntado: “¿Fue Tiahuanaco la resultante de una larga, espléndida e inusual centuria de bonanza agrícola y pecuaria”²⁷, que sólo podría explicarse por una sustancial alteración de las condiciones hidro climatológicas? ¿Y cómo explicar su también enigmático colapso?

Como bien se sabe ahora, el anormal calentamiento de las aguas costeras del norte peruano, al propio tiempo que genera inundaciones en esa parte del territorio, da lugar a sequías en el Altiplano. Josyane Ronchail, por ejemplo, refiere que en el Altiplano boliviano “se verifica un déficit promedio de 30% [de lluvias] de enero a abril” en siete de ocho eventos El Niño²⁸.

Pero mucho más grave que ese déficit promedio de lluvias fue el que produjo el evento 1982-83 en Puno, en el lado peruano del lago. Allí en efecto, los promedios de precipitación de diciembre a febrero de los años “normales” (346 mm), se redujeron a sólo el 32 % (114 mm). Fue la peor sequía de Puno en 50 años: se perdió el 93 % de la cosecha de papa y el 80 % de las cosechas de cebada y quinua, resultando afectada el 95 % de la población²⁹. Una hecatombe.

Pero tanto o más grave es la conclusión que puede extraerse de los datos de precipitación en Copacabana (al borde del Titicaca) que proporcionan la propia J. Ronchail y R. Maldonado & S. Calle: entre 1972 y 1992 se viene registrando una notable tendencia decreciente de lluvias³⁰. Esto es, directamente influido por el fenómeno oceánico, y probablemente también por otros factores locales aún no precisados, el Altiplano estaría atravesando por un largo y cada vez más grave período de sequía. ¿Advierte la actual

larga crisis que el Altiplano estaría atravesando por un “mega-evento” como aquellos de los que se ha hablado líneas arriba?

En todo caso, directamente relacionada con el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, y eventualmente también con fenómenos atmosféricos focalizados en el Altiplano, la más remota crisis de prolongadas sequías –de las que se tiene conocimiento hoy–, habría ocurrido en torno a los años 700 dC. Y otras, quizá tanto o más graves, habrían ocurrido en el período 1200 – 1300 dC, así como en torno a 1800 dC –según da cuenta el historiador arequipeño Eloy Linares Málaga³¹.

Coherentemente entonces, es lógico asumir que en el Altiplano se hayan dado también grandes y prolongados eventos de naturaleza opuesta: de excepcionales lluvias generosas. Y que hayan sido precisamente éstos los que expliquen la extraordinaria e insólita capacidad de generación de riqueza de la que hizo gala Tiahuanaco, sobre ese altísimo, frío y poco hospitalario paraje del planeta. Sin duda aún no se puede dar respuestas categóricas. Pero los indicios en pro de la hipótesis cada vez asoman con mayor nitidez.

Es precisamente, por ejemplo, el caso de los resultados de investigaciones realizadas en los hielos de los nevados Quelcaya y Macusani de Puno. En ellos –según refiere Linares Málaga–, no sólo se ha encontrado evidencias de los períodos de sequía citados en el párrafo precedente, sino, lo que es muchísimo más importante, evidencias claras de “períodos de grandes lluvias en los años 650 y 800 dC”³², donde este último coincide, precisamente y no por simple casualidad, con el esplendor de Tiahuanaco. Dichos fenómenos se repitieron posteriormente en 1610, cuando ya el Altiplano formaba parte de la conquista española, y mal pudo la nación kolla sacar partido del

fenómeno. Y en 1900, durante el período republicano, cuando el acusado centralismo del Perú en torno a Lima impidió a los pueblos del Altiplano, una vez más, sacar alguna ventaja de tan excepcional y ventajosa situación.

Revisando la historia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, hemos venido acercándonos paulatinamente en el tiempo. Estamos ya a las puertas del surgimiento del segundo gran imperio de los Andes: Wari, con sede en la zona surcordillerana del territorio peruano y protagonizado por la nación *chanka*. Siendo un período bastante más reciente, 800–900 dC, aproximadamente, deberíamos pues contar con más evidencias del impacto de la naturaleza en los pueblos andinos de ese tiempo.

Nada por ahora sugiere directamente que el surgimiento del Imperio Wari y su expansión –como seguimos suponiendo para el caso de Tiahuanaco– tuvieran algo que ver con el clima y en general con la naturaleza. Mas la existencia de depósitos y graneros en Ñawinpuquio –la primera gran ciudad *chanka*, inmediatamente anterior al asalto imperial del territorio andino– nos advierte de la existencia de una producción excedentaria, fruto de lluvias generosas. Pero también de las reservas que se tomaba en relación con los ya conocidos e intermitentes períodos de sequía. Eran –en el lenguaje de los primeros cronistas que vieron ese tipo de edificaciones–, las precauciones en los períodos de “hartura”, para cubrir la escasez de los períodos de “esterilidad”³³.

Hay sin embargo como veremos bastante más adelante, otras razones como para suponer que la naturaleza habría jugado un papel decisivo en el surgimiento del segundo gran imperio andino. Tanto porque habría beneficiado directamente a sus protagonistas, como pueblo típicamente cordillerano, como

porque habría perjudicado con gravísimas inundaciones a los territorios costeros que luego fácilmente conquistó.

Durante la dominación Wari, que incluyó prácticamente toda la costa norte, un evento de grandes proporciones habría afectado gravemente el Alto Piura –según refiere Kaulicke³⁴. Habría sido el mismo fenómeno que según propusieron Nials y otros, bautizándolo además como “Chimu flood” (El Niño de Chimú) dio origen a una “enorme inundación ocurrida alrededor del año 1100 dC” en Trujillo³⁵.

Si así fue exactamente, es obvio que no sólo afectó pues a los dominados, sino también a los dominadores. No sólo porque la crisis político social que se habría desatado habría sido enorme. Sino porque dejaba al poder imperial sin su más importante fuente de generación de riquezas: los valles de Moche, Chicama y Reque. Ése, quizá, fue el inicio del fin de Wari.

Directamente relacionado en el tiempo con el colapso del Imperio Wari, está el “mega evento” de sequía –citado párrafos arriba–, registrado en el Altiplano en el período 1200–1300 dC. ¿Alcanzó a afectar a los territorios *inka* y *chanka*? Aún no se sabe. Pero sí se ha encontrado evidencias arqueológicas de que, cronológicamente en torno a la caída de Wari, se produjo en el territorio ayacuchano una gran sequía.

Y –según sabemos hoy–, el fenómeno fue muy probablemente panandino, desde que puede presumirse que fue de dimensiones planetarias. En efecto, se sabe con certeza que desde 1230–1240 dC Europa atravesó por graves crisis climáticas que desembocaron hacia 1270 dC en una “pequeña edad glacial”³⁶ con obvio decrecimiento de lluvias y desertificación, agregamos. Y como resultado de la cual la tasa de crecimiento de la

población *europea* descendió de 27,1 a 19,7 % por siglo³⁷.

Aún no está del todo claro si el evento de 1100 dC que afectó Trujillo, es el mismo que bautizado como El Niño de Naylamp³⁸ (“Naylamp flood”) por Craig & Shimada³⁹ inundó también Batán Grande, a 30 kilómetros al este de Lambayeque. O si El Niño de Naylamp fue el que ocurrió alrededor de 1330 dC⁴⁰.

Definir con precisión la fecha de ocurrencia de este último evento y el ámbito geográfico que afectó, podrían contribuir a explicar el proceso de expansión imperial *chimú*. Bien podría haber ocurrido postulamos a manera de hipótesis, que afectando sólo a Piura y Lambayeque, El Niño de Naylamp habría sido decisivo para facilitar la expansión imperial *chimú* hacia los territorios al norte de Trujillo.

Nada se ha dicho del papel que eventualmente desempeñó la naturaleza en el arrollador surgimiento del Imperio Inka, en las primeras décadas del siglo XV. Sólo para casi tres décadas después de haberse iniciado el proceso imperial de conquistas, una aislada referencia nos habla de un evento océano–atmosférico alrededor del año 1460 dC⁴¹, cuando todavía seguía en el poder el Inka Pachacútec el primer emperador del Tahuantinsuyo, es decir, casi setenta años antes de que asomaran los primeros conquistadores *europeos* en las costas del Perú. Desconociéndose la fecha exacta de la conquista de Chimú, eventualmente ese evento habría podido facilitar su caída.

La historia precolombina –hasta hoy conocida– del fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur termina con las referencias que proporciona W.H. Quinn sobre eventos ocurridos en 1525–26 y 1531–32⁴². Por azarosa casualidad, los primeros viajes ex-

ploratorios de los conquistadores *europeos* en las costas del Perú en los que capturaron frente a Tumbes a los niños *tallanes* que habrían de ser sus valiosos intérpretes ⁴³ se realizaron entre uno y otro evento, sin que alcanzaran pues todavía a vivir la experiencia. Y cuando estaban ya en el viaje que definitivamente los condujo a la conquista de los pueblos del Perú, viniendo de los tórridos climas de Centroamérica, ninguno de los conquistadores pudo percatarse –en la isla de Puná, frente a Guayaquil, en la Navidad de 1531 ⁴⁴–, que estaban en la plenitud de un gran evento océano atmosférico.

Y cuatro meses más tarde, en abril de 1532, cuando arribaron a Tumbes, seguramente tampoco fueron concientes de que los estragos causados en la agricultura ⁴⁵ por el fenómeno océano atmosférico y los destrozos que habían causado los ejércitos de Atahualpa, en represalia por la supuesta alianza de los *tallanes* con Huáscar se habían con-fabulado para facilitar la conquista de Tumbes y Piura, abriendo así al Viejo Mundo las puertas de los Andes.

Resulta harto evidente, pues, que como bien observan Macharé y Ortlieb, “los datos arqueológicos parecer ser útiles para documentar *eventos muy fuertes del fenómeno El Niño (...) cuyo impacto afectó en alto grado el normal desarrollo de las sociedades [del antiguo Perú]* ” ⁴⁶.

Hoy resulta muy claro que mientras más al sur llegan los efectos tanto más grave es el fenómeno. Puede entonces colegirse aunque con cargo a comprobación que aquéllos que impactaron desde Piura a Trujillo habrían sido de magnitud devastadora. ¿Y qué decir como se ha visto de los que afectaron hasta Casma? ¿Y fue aún peor o, como se supone alternativamente, sólo de impacto local, el evento que afectó Nazca, 450 kilómetros al sur de Lima, y sobre el que han reportado

Orefici y Grodzicki ⁴⁷? En todo caso, y como otros, el colapso de la afamada civilización de las Líneas de Nazca sigue siendo un gran misterio. ¿Y qué decir de aquel otro que llevó especies de aguas calientes hasta Ilo, en el extremo sur de la costa peruana? ¿Habría que denominarlo “híper ENOS”?

¿Puede entonces seguirse afirmando que la de Carrión Cachot es una visión apocalíptica, al cabo de lo que hoy conocemos del fenómeno? Ciertamente no. Menos aún considerando que, con la tecnología de entonces, cuando la inmensa mayoría de las viviendas y demás edificaciones eran exclusivamente de adobe con techaduras poco sólidas y permeables, las poblaciones del Perú antiguo eran inmensamente más vulnerables que hoy. Sin duda, los que hoy se considera fenómenos “moderados” debieron tener consecuencias devastadoras en el Perú precolombino.

Mal puede extrañar entonces que –como admite Kaulicke–, muchas de las catástrofes aluviónicas, y/o las sequías con las que se alternan, originadas por el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, hayan dado lugar a sustanciales cambios en los cursos de los ríos. Y, consecuentemente, al “abandono” ⁴⁸ temporal o definitivo que muchos pueblos de la antigüedad se vieron obligados a hacer de su territorio.

Ello permitiría explicar, entre otros, los innumerables casos en la costa peruana de restos arqueológicos en áreas hoy completamente secas y desérticas. Así, por ejemplo, en el extremo occidental de Piura (península de Illescas), en lo que hoy es el extremadamente seco desierto de Sechura, hasta el siglo XVII existió el cacicazgo de Nonura ⁴⁹. Y muchos testimonios arqueológicos insinúan cuán habitado estuvo el que hoy es el habitualmente seco cauce del río Cascajal que atraviesa el desierto ⁵⁰.

En general, a estos respectos, la historiografía tradicional lamentablemente ha dejado de explicitar que, durante la mayor parte del tiempo de la historia precolombina, el territorio andino estuvo ocupado por muchos pero demográficamente pequeños y medianos grupos humanos, en igualmente pequeños y medianos valles, que, en presencia de eventos de grandes proporciones, resultaban territorial y demográficamente totalmente asolados, sin que nadie quedara a salvo para acudir en auxilio de los siniestrados. Sólo cabía la migración forzada de los sobrevivientes.

Las naciones vecinas, con las que por lo general había conflicto, si acaso no habían sufrido los embates de la naturaleza, no estaban precisamente para acudir en ayuda, sino, por el contrario, para capitalizar el drama de las inmediaciones. Ellas eran generalmente las que terminaban expandiendo su territorio ocupando el que acababa de ser abandonado. De allí que Kaulicke admite que muchos de los territorios precipitadamente desocupados fueron reocupados posteriormente por poblaciones distintas a las originales⁵¹. ¿Pero quiénes pues, sino fundamentalmente las de la vecindad? En innumerables ocasiones el territorio andino ha sido escenario de esas y otras modalidades de despiadado canibalismo territorial.

Hoy puede sostenerse pues que el larguísimo período que va desde la primera ocupación humana del territorio andino, hasta los primeros triunfos militares de conquistadores europeos, ha estado estrecha y dramáticamente afectado por el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur.

La intervención de éste en la historia ha sido un factor recurrente e importantísimo, decisivo y trascendental, inmensamente más relevante que cientos de los datos de que está atiborraba la historiografía tradicional.

El fenómeno en la historia moderna del Perú

Pues bien, aunque reconociendo razonablemente una menor confiabilidad a los datos más antiguos, Quinn ofrece además el recuento de los fenómenos océano-atmosféricos del Pacífico Sur (de aquellos que tradicionalmente se viene reconociendo como “El Niño”) ocurridos entre 1535 y 1992⁵².

De acuerdo a la información hoy disponible, entre 1535 y la actualidad, y con diversas magnitudes, han ocurrido 122 fenómenos océano atmosféricos del Pacífico Sur (del tipo conocido como “El Niño”):

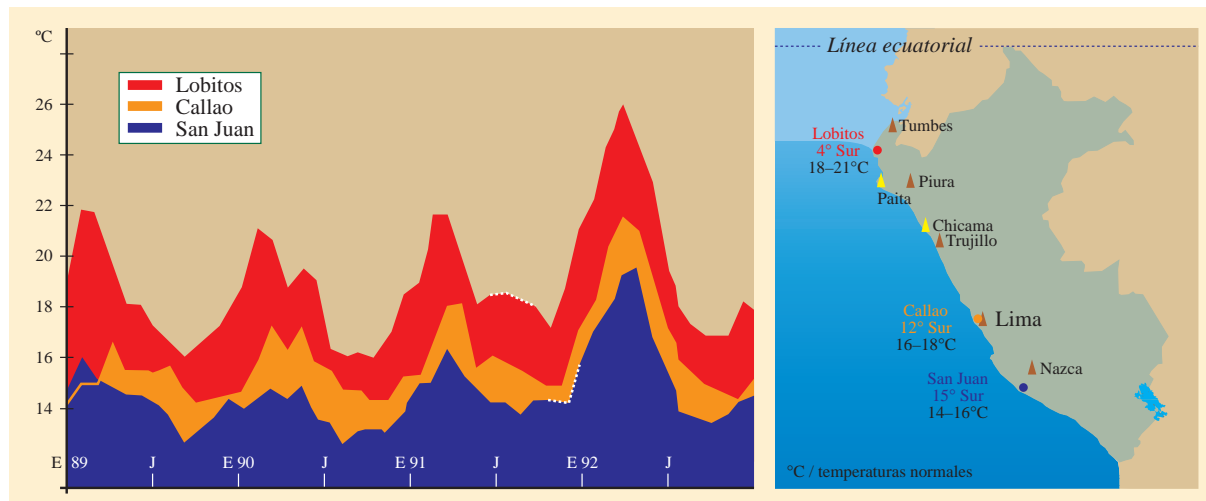
Magnitud	Eventos
Moderada	67
Fuerte	45
Muy fuerte	10

Por distintos tipos de evidencias (paleontológicas, arqueológicas y fuentes escritas) hoy por fin reunidas, se ha logrado concluir que los diez que más graves consecuencias produjeron en Ecuador y Perú fueron los de 1578–79, 1720, 1728, 1791, 1828, 1877–78, 1891, 1925–26, 1982–83⁵³ y 1997–98. Es decir, sólo en los siglos XVIII y XX se han presentado eventos muy fuertes con 15 o menos años de diferencia.

A consecuencia del fenómeno de 1578, la población de Piura se vio obligada a trasladarse a Paita, viéndose además afectada por el “diluvio” la ciudad de Lambayeque⁵⁴. En 1720 las copiosísimas lluvias y el desborde del río inundaron el entonces importante poblado de Zaña⁵⁵, a 30 kilómetros al sureste de Lambayeque, llegando las aguas en la ciudad a más de 3 metros de altura, de lo que dan testimonio los restos de tres grandes iglesias construidas por los conquistadores, que

Gráfico N° 8

La temperatura superficial del mar (TSM) en relación con la latitud



Elaboración propia.

Fuente:

Quispe. *Variaciones de la temperatura superficial del mar en Puerto Chicama y del Índice de Oscilación del Sur: 1925-1992*. En **Registro del fenómeno...**, Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 1993, Tomo 22, N° 1, p. 123. Observación: las porciones en línea punteada blanca no aparecen en el original; han sido arbitrariamente asumidas aquí (en función del desarrollo precedente de las curvas).

tuvieron que ser abandonadas conjuntamente con el bello balneario que allí había sido erigido desde las primeras décadas de la Colonia. En 1728 Sechura, en la costa de Piura, se vio sucesivamente siniestrada por un maremoto y copiosísimas lluvias. Pero éstas afectaron también otra vez a Zaña,

En 1791 el río Piura volvió a destruir parte de la ciudad, y nuevamente en Lambayeque los desbordes del río arrasaron sembríos. El fenómeno de 1828, además de afectar Piura, produjo inundaciones en Motupe (70 kilómetros al noreste de Lambayeque) e incluso el valle del río Santa ⁵⁶ (185 kilómetros al sur de Trujillo). Tuvo pues un singularmente grande radio de impacto.

Y tanto o mayor fue el de 1891: se desbordaron los ríos Tumbes y Chira; las lluvias en Piura se prolongaron por 60 días, alcanzando a tener el río Piura 150 metros de ancho y hasta 7 de profundidad (cuando la ma-

yor parte del año no pasa de 30 y un metro, respectivamente); Trujillo y la zona del río Santa fueron una vez más afectados; y el 20 de marzo se registró también el desborde del río Rímac, en Lima.

El fenómeno de 1925 debe ser recordado por ser el primero sobre el que se tiene información meteorológica precisa: en Piura se registró 1 200 mm de lluvias, con un récord de 375 mm el 16 de febrero en el pueblo costero de Zorritos (30 kilómetros al suroeste de Tumbes).

Aquel día, pues, se precipitó en Zorritos el equivalente de 3 a 5 grandes lluvias, o, si se prefiere, el equivalente a todas las lluvias de 8 años “normales” en la zona, o, por último, casi el equivalente a las lluvias de un siglo en Lima.

A fin de que tengamos un mejor conocimiento del fenómeno océano-atmosférico

co del Pacífico Sur, veamos pues un resumen de sus manifestaciones más obvias.

Las principales manifestaciones del fenómeno

Quizá la primera de todas es la significativa elevación de la temperatura superficial del mar (TSM), como consecuencia de la incursión en el litoral peruano-ecuatoriano de la gigantesca masa de aguas cálidas que llega desde el Pacífico Occidental.

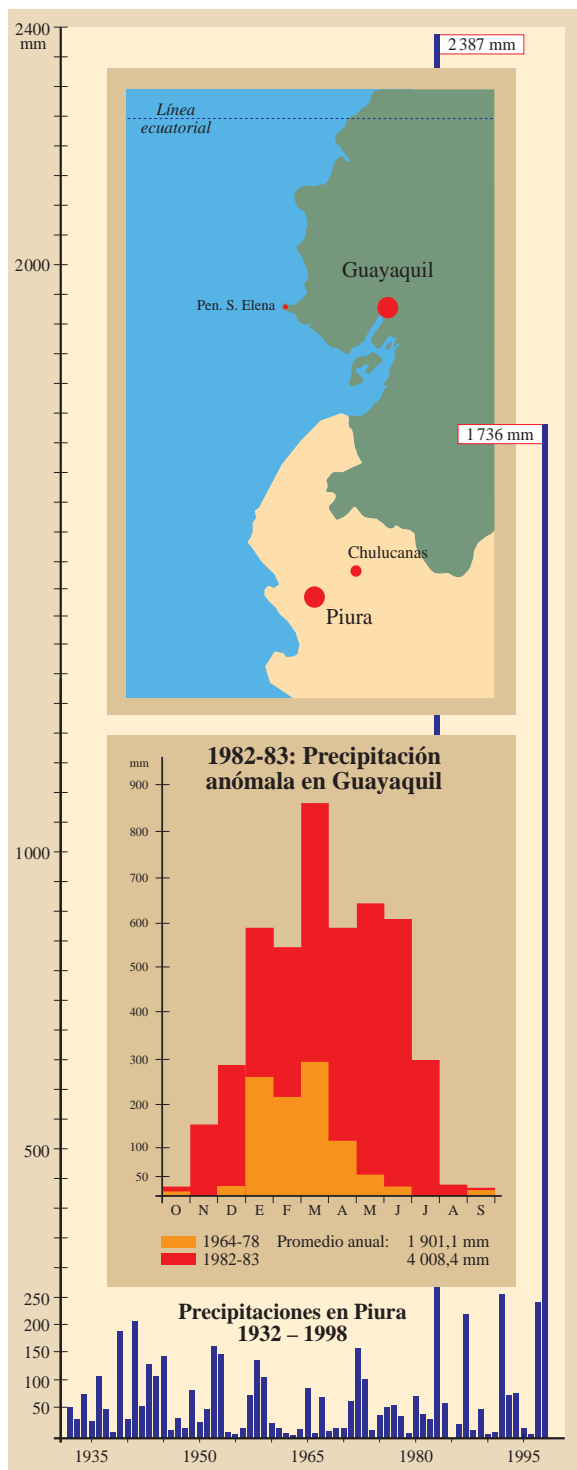
Como muestra con elocuencia el Gráfico N° 8, dependiendo de la latitud, las temperaturas “normales” de las aguas costeras peruanas fluctúan de 14, 16 y 18 °C, en invierno, a máximos de 16, 18 y hasta 21 °C en verano, según se mida frente a los puertos de San Juan, el Callao o Lobitos, respectivamente.

A partir de esas condiciones, el acercamiento de grandes masas de aguas calientes provenientes del oeste, no sólo es la causa de la anormal elevación de temperatura de las aguas costeras peruanas y de la atmósfera de la costa, sino que generalmente también contribuye a quebrar el fenómeno de inversión térmica y consecuentemente a desatar grandes lluvias.

Según anota Woodman, basta un incremento anómalo de temperaturas de sólo 2 °C para definir la presencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, aunque débil. Puede calificarse como eventos “medianos” los que sobrepasan los 3 °C de anomalía, e “intensos” aquellos en que la temperatura superficial del mar muestra anomalías de más de 4 °C ⁵⁷.

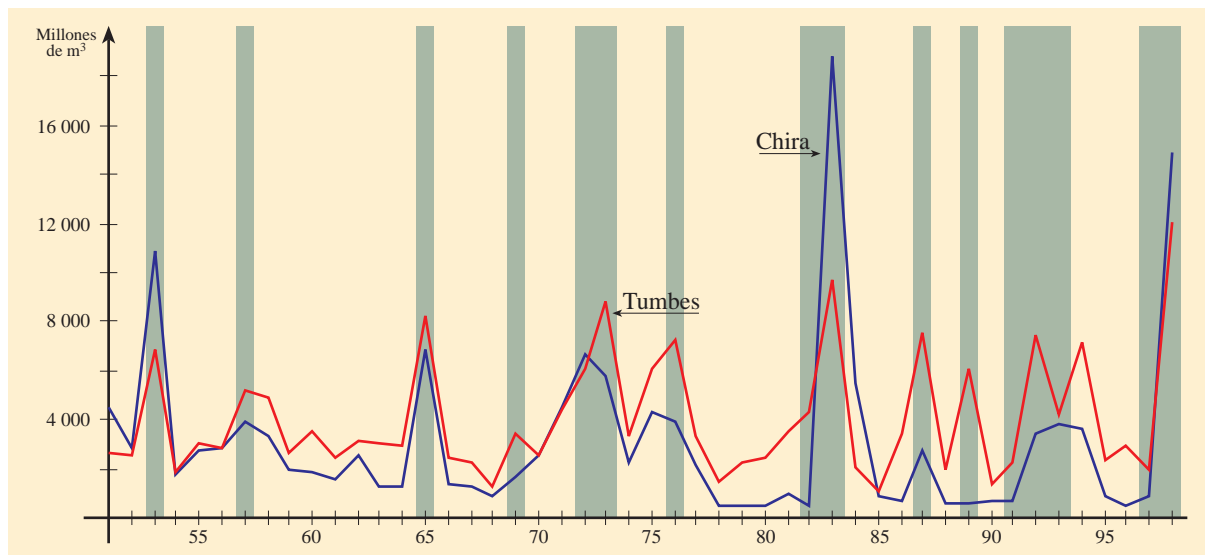
En este sentido como nítidamente muestra el gráfico “intenso” o “fuerte” fue el fenó-

Gráfico N° 9
1983 y 1998:
Precipitaciones extraordinarias



Fuentes: Mabres (ob. cit., p. 403) y Pourrut (ob. cit., p. 515).

Gráfico N° 10
El fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur
y las descargas de los ríos Tumbes y Chira



Elaboración propia.

■ Períodos de ocurrencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur.

Fuente:

Ministerio de Agricultura del Perú, Información agrometeorológica, Internet.

meno océano atmosférico observado entre finales de 1991 e inicios de 1992.

Estrechamente vinculada con el incremento anómalo de la temperatura superficial del mar, está pues la segunda de las más obvias manifestaciones de la presencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur: el incremento de las precipitaciones.

El primero en realizar un escrupuloso y meritorio recuento de las precipitaciones en Piura Piura fue Víctor Eguiguren, quien en una publicación de 1894⁵⁸ reunió una vasta información sobre las lluvias ocurridas entre 1791 y 1890.

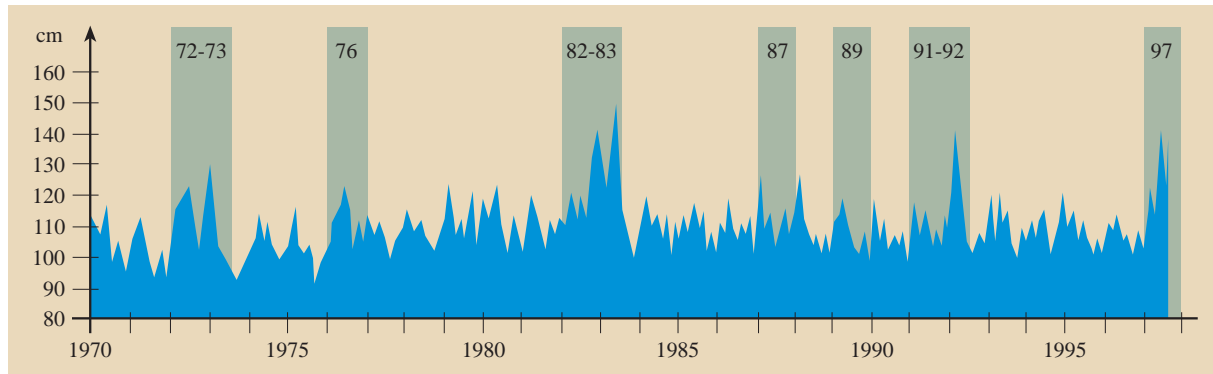
No menos valiosas son las recopilaciones realizadas por Santiago Távara, de 1791 a 1845, y Juan de Helguero, desde 1839 hasta 1864⁵⁹.

Aunque dependiendo mucho de los años que se tome en consideración, en general se acepta que el promedio de precipitaciones en la ciudad de Piura (incluyendo los años en que se presenta el fenómeno) es de 50 mm anuales (medidos en la estación meteorológica de San Miguel, Bajo Piura, en las inmediaciones de la capital del departamento)⁶⁰.

Pues bien, la presencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, en su versión más leve, virtualmente triplica el volumen de las precipitaciones en el área del departamento de Piura, elevándolas por encima de 135 mm anuales⁶¹.

Ello ocurrió, por ejemplo, en 1941, cuando la temperatura superficial del mar que se registró en Chicama fue apenas de 23 °C⁶², y sólo en el mes de marzo, habiendo probablemente llegado en las costas de Piura a 25–26 °C.

Gráfico N° 11 Elevación del nivel medio del mar (Callao - Perú)



Elaboración propia.

Nota: La curva que se presenta aquí coincide esencialmente con la que presenta la fuente. Sin embargo, ha sido difícil captar y registrar muchas pequeñísimas oscilaciones que aparecen en el original.

Fuente:

Universidad de Piura (Perú), Internet, www.udep.edu.pe

Sin embargo –sostiene Woodman–, cuando la TSM se eleva hasta 29 °C, “esperamos precipitaciones cercanas a los 800 mm por mes”⁶³, como en efecto ocurrió en 1983. Así, fueron registradas extraordinarias precipitaciones anuales de 1 761 mm, en la estación de San Miguel; 2 340, en la del aeropuerto de Piura; 2 957.7 mm en la población costera de El Alto; y un récord de 4 167 mm en el distrito de Chulucanas, a 60 kilómetros al este de la ciudad de Piura. En ésta, pues, llovió en 1983 tanto como en casi 50 años “normales”.

“Dudo exista un lugar en el mundo en el que se haya presentado una precipitación que difiera tanto del comportamiento normal” –ha expresado Woodman⁶⁴–.

En todo caso, y avalando esas expresiones, el Gráfico N° 9 ha mostrado también cómo el fenómeno de ese año “apenas” duplicó las precipitaciones en Guayaquil (Ecuador). Sin duda, pues, los pobladores del departamento de Piura asistieron a un verdadero diluvio en 1983. Y en 1998, aun cuando no se alcanzaron los récords anotados, las precipitaciones fueron también extraordinarias.

Relacionada a su vez con las dos anteriores, la tercera manifestación de la presencia del fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur es el consecuente significativo aumento de la descarga de los ríos.

Diversas investigaciones “han encontrado que existen una relación significativa entre la ocurrencia de El Niño – Oscilación del Sur (ENOS) y la hidrología de los países de la cuenca del océano Pacífico”⁶⁵.

Avalan esa relación causa efecto las muy diversas referencias que se ha hecho en páginas anteriores sobre las inundaciones causadas por los ríos La Leche (a Lambayeque y Batangrande), Reque (a Sipán), Zaña (a Zaña), Moche (al Templo de la Luna y Trujillo), etc.

El caso de los ríos peruanos Tumbes (o Puyango Tumbes) y Chira, pero sin duda también el Piura, es muy especial y significativo. No sólo se cuentan entre los de más largo curso y más amplia cuenca de toda la costa peruana sino que se encuentran ubicados en el área geográfica de mayor impacto

del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur.

Habida cuenta de esas dos poderosas razones, alcanza a entenderse porqué muestran una altísima relación entre sus descargas anuales y la ocurrencia del fenómeno, cualquiera sea la magnitud de éste. El Gráfico N° 10 no deja dudas a ese respecto. Sin excepción, en 48 años de registro, el Tumbes y el Chira han incrementado significativamente sus descargas en todos y cada uno de los once fenómenos experimentados.

La cercanía física del Chira con el Piura permite suponer que éste también responde con gran sensibilidad a la presencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur. Hay en todo caso la evidencia de cuánto se agigantó durante la ocurrencia del intenso fenómeno de 1983. En efecto, mientras su descarga anual alcanza en promedio 1 000 millones de metros cúbicos ⁶⁶, ese año, sólo en el período enero junio, aforó 10 955 millones de metros cúbicos ⁶⁷.

Pues bien, como también ocurre en el caso de las lluvias, en el de las descargas de los ríos resulta también de enorme importancia conocer sus picos máximos de descarga diaria, pues son éstos y no tanto la magnitud del volumen anual que transportan, los que dan lugar a los catastróficos desbordes que inundan campos de cultivo y ciudades.

Se sabe por ejemplo que el río Piura registró una descarga extraordinaria de 3 500 m³/seg en 1983, que sin embargo fue superada por la de 4 424 m³/seg que se registró el 12 de marzo de 1998 ⁶⁸. Y fue precisamente en esas circunstancias que se llevó de encuentro el tercio central de un enorme puente de concreto, inutilizándolo del todo.

Puede suponerse que ese mismo año en las riberas del Chira debió experimentarse

una similar zozobra, en tanto que de enero a abril fluyeron 17 500 millones de metros cúbicos ⁶⁹ y apenas 1 288 en los otros seis meses del año ⁷⁰.

Considerando siempre lo que ocurre en la vertiente occidental de los Andes, la descarga de los ríos de la costa peruana es producto tanto de las precipitaciones que se dan en las partes bajas de los valles (cuando el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur rompe el fenómeno de inversión térmica), como de las que se dan en las partes altas (por encima los 1 000 metros de altitud sobre el nivel del mar, donde —como se ha visto en el Gráfico N° 3—, no se da esa anomalía en la gradación térmica). Y estos últimos son precisamente los territorios donde se forman y adquieren mayor caudal esos cursos de agua.

Woodman afirma que, en presencia del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, cuando a nivel del mar aún faltan 1–2 °C en la temperatura superficial del mar para que se desate el proceso de lluvias, se dan ya precipitaciones en las partes altas de los valles, entre los 1 000 y 3 000 metros sobre el nivel del mar ⁷¹, que es donde forman su caudal los ríos de la costa y donde se generan las grandes y destructivas avenidas de piedra y lodo (*huaycos*).

Por lo demás, en los últimos y más intensos eventos de este siglo (1971–72, 1982–83 y 1997–98), tanto por las lluvias de las zonas bajas como por las de las zonas altas de la costa, se forman pequeños y medianos nuevos cauces transitorios (como el que resultó denominado “río Loco”, que en 1983 inundó el bosque de Batangrande, en Lambayeque ⁷²), se llenan de agua muchos de los que se daba por secos para siempre (como el Cascajal, en Piura), y llegan al mar otros que durante mucho tiempo habían dejado de hacerlo (como el río La Leche, en Lambayeque).

La cuarta de las más obvias manifestaciones circunstanciales y transitorias del fenómeno en las costas tropicales sudamericanas es la elevación del nivel del mar. No sólo por la adición de las grandes masas de agua que llegan desde el Pacífico Occidental, sino porque siendo calientes tienen mayor volumen que las aguas frías.

Como se ha visto en el Gráfico N° 11, es precisamente durante la ocurrencia de los fenómenos más severos cuando más se eleva el nivel medio del mar. En el caso del Callao llega pues a estar hasta 35 cm por encima del nivel “normal” y hasta 50 cm por sobre el nivel más bajo registrado (en 1975).

Y como ya puede suponerse, la elevación del nivel medio del mar es aún más pronunciada en la zona norte del Perú, allí donde el fenómeno se presenta en su máxima intensidad. Así, entre setiembre de 1982 y enero de 1983 y de marzo a junio de 1983 el nivel medio frente a Paita se elevó hasta llegar a estar 50 cm. por encima de su nivel “normal”⁷³.

No es difícil advertir que la elevación del nivel medio del mar constituye también una seria amenaza. No sólo porque queda inundada una amplia faja que normalmente está descubierta, acercándose peligrosamente el mar a muchas instalaciones. Sino porque al ser rebalsados los taludes naturales, llegan a inundarse grandes áreas cuyas cotas quedan por debajo del nivel del mar, como ha ocurrido en diversas ocasiones en el litoral de Tumbes y Piura, y en particular en el desierto de Sechura.

La elevación del nivel del mar representa además un grave riesgo contra las instalaciones portuarias, que quedan expuestas a empujes significativamente más grandes. Y muchos muelles artesanales y de recreo corren incluso el riesgo de quedar bajo las aguas.

La quinta de las manifestaciones más evidentes del fenómeno, y específicamente en las costas peruanas, es la formación de lagos y lagunas de vida más o menos corta en el desierto de Sechura.

Mapa N° 4
Lagos y lagunas en el desierto de Sechura



Son el resultado de las anómalas y copiosas precipitaciones en el desierto, de la formación de nuevos cursos de agua y/o el llenado de quebradas y viejos cauces que llegan desde las faldas de la cordillera y que sólo en estas excepcionales circunstancias llegan hasta el mar (como en el caso de los ríos Cascajal, Olmos, Motupe y La Leche), e incluso del desborde de los taludes de arena y consecuente incursión de aguas del océano.

Al iniciarse el proceso de lluvias durante el fenómeno puede percibirse hasta 9 lagunas distintas: Ñapique y Ramón, en el extremo sur del valle del Bajo Piura; Salinas de Sechura, Chocol, Sapayal y Namuc, en pleno desierto; Reventazón y Salinas de Mórrope en la misma costa; y la que se forma en la

Gran Depresión del desierto de Sechura cuyo fondo está a 34 metros por debajo del nivel del mar ⁷⁴.

En los grandes eventos de 1983 y 1998, salvo la de la Gran Depresión, que quedó aislada, el resto de las lagunas dio paso a la formación de un gran lago de hasta 200 kilómetros de longitud y 25 de ancho, por lo que se constituye, transitoriamente, en el segundo lago más grande de Sudamérica (después del Titicaca). La evacuación de las aguas a través del estuario de Virrila impide que el lago adquiriera aún mayores dimensiones.

Salvo las lagunas San Ramón y Ñapique, de vida más prolongada, la del gran lago, primero, y la de las pequeñas lagunas que van quedando, después, a lo sumo se prolongan entre 12 y 24 meses. Y es que la evaporación mina el nivel de las aguas hasta en un centímetro por día en las jornadas más ventosas del verano ⁷⁵.

No puede sin embargo concluirse este recuento sin hacer mención a la sexta de las más visibles manifestaciones del fenómeno océano atmosférico del Pacífico Sur: la simultaneidad de lluvias y sequías en áreas distintas del territorio andino y, como se ha adelantado, del planeta. Pero aun cuando el fenómeno es de viejísima data y en consecuencia tiempo es lo que más ha habido en el Perú no existen todavía estudios que demuestren bien el irregular impacto del fenómeno en todo el territorio.

“Con excepción de Puno –reconoce Woodman–, no existe una relación estadística clara entre El Niño y la precipitación en la zona central y en la vertiente oriental de los Andes” ⁷⁶.

“En el caso de Puno agrega más adelante, se notó una correlación negativa (sequía) con El Niño de 1983...”.

Y en efecto, como se ha visto en páginas anteriores, en diciembre febrero 1982 83, las precipitaciones en Puno se redujeron al 32 % de lo “normal”, constituyéndose en la peor sequía en 50 años: 2 millones 600 mil cabezas de ganado tuvieron que ser sacrificadas en la dramática escasez de agua ⁷⁷.

Sin duda la relación “lluvias en la costa norte sequías en la Cordillera” durante el fenómeno amerita ser profundamente estudiada, porque mal pueden desconocerse los datos que ofrecen las propias estadísticas oficiales ⁷⁸:

Evento Sequías

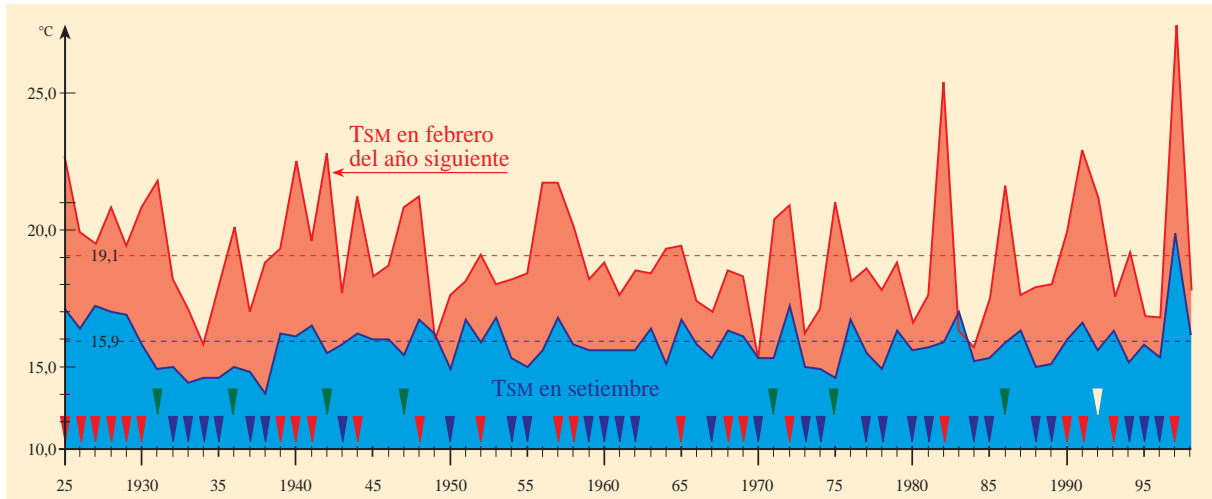
1969	48% de precipitaciones bajo lo normal de Cajamarca a Huánuco y 40% bajo lo normal en el resto del área cordillerana.
1982 83	50% de lluvias bajo lo normal en toda la zona surcordillerana.
1986 87	Déficit de 20% de lluvias en toda la Cordillera.
1989–90	40% de lluvias bajo lo normal de Cajamarca a Huánuco; 40% en Cusco; 75% en Arequipa y Puno.
1991–92	Sequía general en la Cordillera del orden de 40% de lluvias bajo lo normal.

Pues bien, todo lo que venimos revisando en las últimas páginas es el resultado de la utilización actual, tanto de modernos criterios científicos, como de los sistemas de control y evaluación más sofisticados.

¿Pero algo alcanzaron a comprender acaso los antiguos habitantes de las costas ecuatoriales sudamericanas, en Ecuador y Perú? Tal parece que sí, y en torno a la afa-

Gráfico N° 12

La TSM fue generalmente una buena advertencia temprana



Elaboración propia. Fuente citada: Juan Quispe Arce.

TSM correspondiente a la zona del Pacífico adyacente a la estación hidro-meteorológica de Puerto Chicama: 7° 42' S – 79° 27' O (en el departamento de La Libertad).

--- TSM promedio multianual (73 años) para el mes de setiembre (15,9 °C).

--- TSM promedio multianual (73 años) para el mes de febrero (19,1 °C).

▼ TSM por encima del promedio de setiembre que concuerda con TSM por encima del promedio en febrero del año siguiente. En general, advierte lluvias más copiosas que lo normal para el verano en Ecuador y Perú –en general también, tanto más copiosas cuanto más se eleva la TSM en setiembre respecto del promedio de dicho mes–. Este tipo de concordancia se registra en el gráfico en 25 años.

▼ TSM por debajo del promedio de setiembre que concuerda con TSM por debajo del promedio en febrero del año siguiente. En general, advierte sequías más o menos graves para el verano en Ecuador y Perú. Y, en general también, tanto más graves cuanto más baja la TSM en setiembre respecto del promedio de dicho mes. Este tipo de concordancia se registra en el gráfico en 29 casos.

Es decir, en el 71 % de los casos la TSM en setiembre ha sido una “advertencia temprana” de lo que ocurriría meses más tarde.

▼ Años de discrepancia, con TSM alta en febrero pero sin lluvias abundantes en Piura.

▼ Único año en que además de que la TSM de setiembre no advirtió de una TSM alta en febrero siguiente, se produjeron lluvias copiosísimas en Piura.

mada concha *Spondylus* giraría precisamente la cuestión. No obstante, casi toda la historiografía tradicional ha atribuido la sistemática presencia del *Spondylus* en el territorio andino, incluso durante la vigencia del Imperio Chavín, a razones que supuestamente tendrían un carácter exclusivamente religioso. Así, hoy, científicos como Díaz & Ortlieb textualmente expresan “la presencia de ejemplares de esta especie en sitios arqueológicos refleja el valor cultural de estas conchas...”⁷⁹.

El historiador ecuatoriano Jorge Marcos, sin embargo, postuló ya en 1979⁸⁰ una tesis sumamente distinta y por demás sugerente,

observando el trabajo de los antiguos y tradicionales pescadores submarinos del golfo de Guayaquil, que se sumergen sin otro auxilio que el de sus pulmones.

Marcos “descubrió” como también mostramos en la primera edición de *Los abismos del cóndor* que sólo alcanzan a extraer piezas de *Spondylus* cuando la temperatura superficial del mar se manifiesta anormalmente alta.

Ésa, pues, la constatación objetiva y sustancial. Y dedujo que, en razón de las mayores temperaturas a que da origen el fenómeno “El Niño”, el *Spondylus* migra desde

las partes más bajas del océano hacia capas que están al acceso de los buceadores.

Seguramente los especialistas observarán –u objetarán– que, en todo caso, se trataría, más bien, de una migración horizontal, desde las siempre más cálidas costas panameñas, colombianas e incluso del norte de Ecuador. Lo sustancial sin embargo sigue en pie: el *Spondylus* sólo está al alcance de la mano durante el anormal calentamiento del océano (que genera las condiciones para las lluvias en el área).

No obstante, la principal conclusión de Marcos fue que los especialistas hidro–meteorólogos de la antigüedad, incluso de Chavín, habrían también advertido esa importantísima relación.

Así, con el *Spondylus* en la mano, o en ausencia de él, estaban en condiciones de advertir, con meses de anticipación, si habría lluvias o sequía, sobre todo en los valles de la costa. ¿Podrá algún día probarse esta hipótesis histórico–científica? ¿Vamos a seguir creyendo que los antiguos peruanos simplemente rezaban al *Spondylus* clamando por lluvias?

Como muestra el Gráfico N° 12, la temperatura superficial del mar (TSM) resulta, por sí sola –sin mediar sofisticadas boyas electrónicas y menos costosísimos satélites artificiales– una importantísima advertencia temprana sea de lluvias o de sequías. Hasta podría decirse: el fenómeno se advierte en setiembre.

De ese gráfico se deduce también que el 71% de los años la TSM (en Chicama) “advierte” certeramente, ya en setiembre, cuál será la correspondiente en el mes de febrero que se avecina, o, si se prefiere, en el verano siguiente. Ya sea porque cuando es baja, más baja de lo “normal”, tempranamente advierte

de un verano frío y con pocas lluvias; o porque cuando es alta, más alta que lo “normal”, anticipa uno caliente y con lluvias. E incluso de las probables gradaciones que habrán de presentarse. En octubre y noviembre son incluso más certeros los anuncios. Y resultan, no obstante, “advertencias todavía tempranas”.

¿No habrían dominado también los antiguos peruanos ese simple y empírico método de anticipación hidro–meteorológica, que “sólo” falla en tres de diez casos? ¿No era suficiente termómetro la piel de los navegantes de los caballitos de totora de Trujillo, o la de los navegantes en balsa de Piura y Tumbes? ¿Y no bastaban sus observaciones en torno a las poblaciones de aves, tanto de las playas como de las islas cercanas que frecuentemente visitaban? ¿Y la pesca de especies que sólo aparecían cuando se incrementaba la calidez de las aguas? En fin, quizá la arqueología pueda finalmente acoger o desechar la hipótesis.

“La Niña”: la otra cara del fenómeno

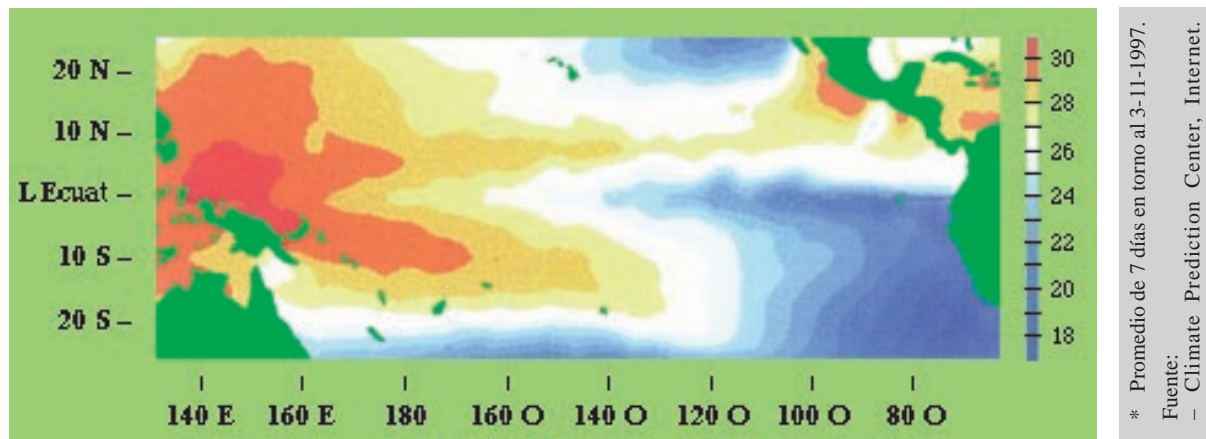
Pues bien, como muestra la historia, en la costa norte las lluvias torrenciales y las inundaciones subsecuentes producidas por el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, se han intercalado con períodos de sequía de también irregular duración y escasez de agua, pero también de muy diversa área de impacto.

A todas luces, sin embargo, esta cara del problema ha sido muchísimo menos estudiada. Quizá porque prevalece la errónea idea de que es un asunto menos grave.

Del recuento que realizó Santiago Távara se extrae, por ejemplo, que Piura ha sufrido sequías en los períodos 1791–1802, 1805–

Gráfico N° 13

“La Niña”: temperaturas absolutas en el océano / Noviembre 1999 *



1814, 1829, 1838–1843. Y Juan Helguero agrega que se sufrió sequías en 1847–49, 1851, 1853, 1855–56, 1858–1861, 1863, 1865, 1867–70, 1872–76, 1879, 1881–1883, 1885, 1890, 1892–98, 1900–1901 y 1903 ⁸¹.

De declaraciones recogidas por Jorge Moscol al exprefecto de Piura, Leguía y Martínez, se desprende además que la sequía se prolongó de 1904 a 1911 ⁸². Esto es, fueron secos 76 de 120 años en Piura. Así, entre 1791 y 1911, a consecuencia de las predominantes sequías, el 63% de las campañas agrícolas fueron pobres y empobrecedoras, habrá que recalcar—.

En algunos de esos períodos secos se vivieron situaciones realmente dramáticas. Así—como anota Moscol—, en los 12 años de sequía que se dieron entre 1791 y 1802 “se secaron los algarrobos, alimento del ganado” ⁸³.

En 1883 la escasez de lluvias en la costa y en las partes altas del valle fue tal que las aguas del río Piura ni siquiera llegaron a discurrir por el cauce que cruza la ciudad, y menos pues llegaron al océano ⁸⁴. Y citando al prefecto Leguía y Martínez, “la sequía más

larga que se recuerda en el Bajo Piura es la que se presentó después de las terribles lluvias del año 1891. La sequía duró veinte años” ⁸⁵.

A partir de 1932, en que empezó a hacerse registros meteorológicos, y hasta 1992, las lluvias fueron iguales o menores a 25 mm/año en 24 campañas agrícolas, y en otras 11 iguales o menores a 50 mm/año ⁸⁶ (ver Gráfico N° 9). El 40 % del tiempo fue pues de grave sequía, siendo el período más prolongado y crítico el de 1960–64.

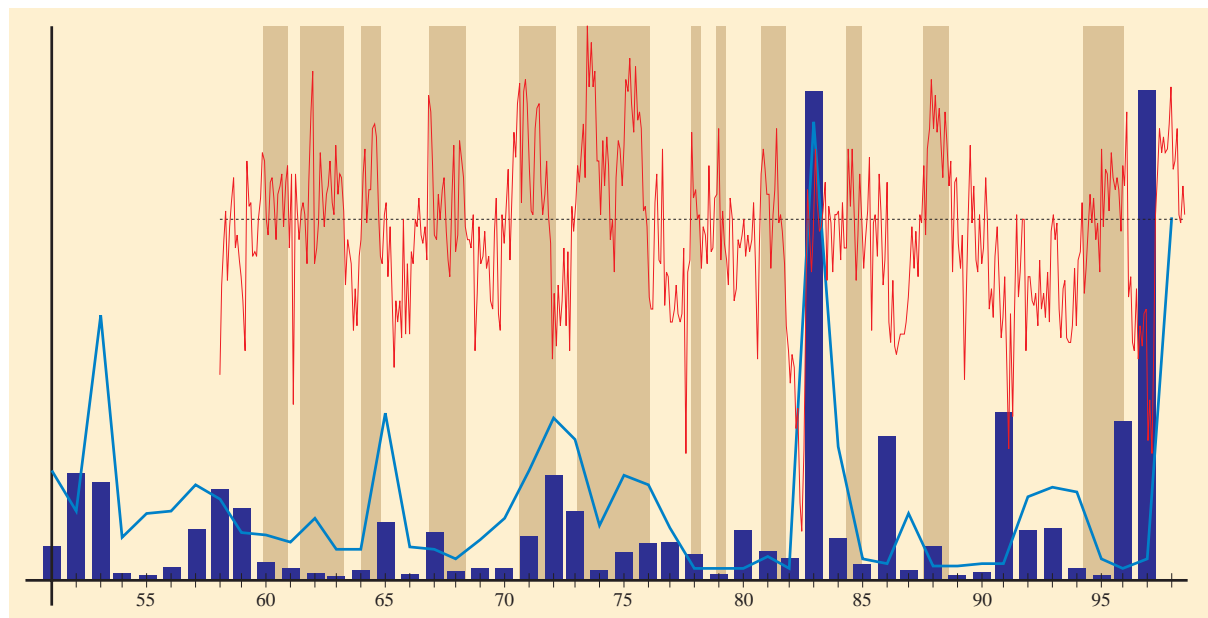
¿Puede con esos antecedentes seguirse creyendo que el asunto no es grave o es poco grave? No, lo es y en extremo. Y, con menores recursos tecnológicos disponibles, tanto o más grave aún fue en la antigüedad.

Debemos sin embargo preguntarnos, ¿cuál es la causa de estos recurrentes y costosos períodos de sequía que agudizan la escasez de agua en la costa peruana, y en la zona norte en particular?

La ciencia en estos últimos años ha empezado a hablar de un nuevo fenómeno al que se ha dado en denominar “La Niña”, pero

Gráfico N° 14

IOS positivo, escasas precipitaciones y bajas descargas del río Chira



Elaboración propia.

- Períodos de IOS positivos, escasas precipitaciones y bajas descargas del río Chira.
- Curva de descargas del río Chira.
- Precipitaciones en Piura.

Fuente:

- IOS: NOAA, Internet (soi.data at www.cdc.noaa.gov).
- Descargas del Chira: Ministerio de Agricultura del Perú, Información agrometeorológica, Internet.
- Precipitaciones en Piura: Mabres y otros, *Algunos apuntes...*, en *Registro del Fenómeno...*, IFEA, p. 403.

también “ENOS–fase fría”. Según la National Oceanographic and Atmospheric Agency de los Estados Unidos –NOAA–, “La Niña está caracterizada por inusuales temperaturas bajas en el océano Pacífico Ecuatorial”⁸⁷. Y debemos agregar, por la concentración de las masas calientes del océano en el extremo occidental del Pacífico, como se vio en el Gráfico N° 13.

El “ENOS fase fría” (“La Niña”) por lo general se presenta inmediatamente después del “ENOS fase caliente” (“El Niño”).

Todo parece indicar –como lo muestra el Gráfico N° 14– que también hay una estrecha relación, pero esta vez entre valores positivos del Índice de Oscilación Sur (“La Niña”), y

las anormalmente bajas temperaturas superficiales del mar, las escasas precipitaciones en Piura y las bajas descargas de río Chira en la misma área del norte del Perú.

Así como en el caso de “El Niño” con los valores negativos del IOS, aquí también la correspondencia, sin ser absoluta, es muy alta. En efecto, puede apreciarse que, desde 1958 a la fecha, 12 episodios con valores positivos del IOS están relacionados con hasta 18 años de escasas precipitaciones en Piura y menores descargas del río Chira que corre a pocos kilómetros de esa ciudad.

Habida cuenta de la larga recopilación que hemos realizado de siniestros ocasionados por el fenómeno “El Niño” en el territo-

rio peruano, es altísimo el porcentaje de años de sequía cuyo origen, mayoritariamente y durante milenios, hay que atribuir a “La Niña”. Mal puede por ello deducirse –como erróneamente aprecia Woodman– “que el fenómeno [La Niña] felizmente no acarrea ninguna amenaza”⁸⁸.

No un extra, sino protagonista de la historia

Sin duda, el fenómeno océano atmosférico del Pacífico Sur, en sus dos versiones, ha sido un gravísimo lastre para el desarrollo de los pueblos del Perú. Ese fenómeno natural ha sido, sin ápice de duda, uno de los grandes “protagonistas” de la historia peruana: un día determinó grandes cosechas y enriquecimiento, y en el siguiente sequías, hambruna y pobreza; aquí impulsó el crecimiento y expansión de un pueblo, allá la caída y el colapso de una civilización. Mal puede por ello seguir dejándose de lado.

Por obvio que pueda parecer, debe explicarse que en el remoto pasado que habremos de revisar, la vida y la obra humana fue muchísimo más vulnerable frente a cualesquiera de las versiones de ese fenómeno natural que en nuestros días.

Y por obvio que también pueda resultar, es igualmente pertinente poner de manifiesto que en el pasado –como incluso en el presente– absolutamente ningún fenómeno, ni natural ni humano, ha tenido tanto impacto y trascendencia como esos fenómenos climatológicos. Ha sido –y es– suficiente una gravísima alteración climática durante un “corto” período de tres años continuos, por ejemplo, para destruir, íntegras y sin remedio, costosísimas realizaciones logradas en tres “largos” siglos.

Nada que haya salido hasta ahora de la mano del hombre ha tenido resultados tan nefastos y devastadores.

Permítasenos aquí una primera digresión. Las grandes catástrofes climáticas y de órdenes equivalentes, y su devastador impacto en la vida de los pueblos, no son por cierto fenómenos privativos del territorio andino. Han sacudido también la historia antigua del hombre de Oriente y Occidente. Las “plagas de Egipto” y otras pestes son magníficos ejemplos. Pero si no se considera a éstos como los mejores ejemplos, tienen la palabra los científicos de la Universidad de Yale, que llevan años investigando y tratando de probar la muy probable relación entre el colapso de alguno de los imperios de Mesopotamia y la coincidente ocurrencia de una grave conmoción climatológica en dicha área.

La Historia es, sin duda, una de las áreas de conocimiento más antiguas de la humanidad. ¿Cómo entender, sin embargo, que la ciencia recién en este siglo se haya planteado como hipótesis que la naturaleza (el clima en este caso) habría jugado roles fundamentales en la historia de las civilizaciones? ¿Es que nunca hubo pistas que lo sugirieran? Pues claro que las hubo.

Y la historiografía de Occidente es la única responsable de haber cerrado los ojos –¡durante cientos de años!– despreciando valiosísima información de ese género.

El historiador norteamericano Robert López, por ejemplo –y hace nada menos que 34 años–, ha llamado seriamente la atención sobre “cuán ridículas” han venido han sido –y siguen siendo– estimadas por la inmensa mayoría de los historiadores las palabras de San Cipriano, obispo de Cartago contemporáneo de la debacle del Imperio Romano, cuando dijo: “*el invierno ya no tiene bastante lluvia*”⁸⁹.

¿Puede acaso ponerse en duda hoy que la “sequía de San Cipriano” como bien podría ser denominada, jugó un papel decisivo en la caída del Imperio Romano? ¿Cuáles son, sin embargo, los textos de Historia que dan cuenta de un hecho tan significativo y relevante como ése? ¿No deberían acaso decirlo todos los textos, sin excepción, dedicándole como correspondía muchísima más importancia que la que se dedica a los intrascendentes devaneos melódicos de un innombrable emperador romano, por ejemplo?

¿Pero fue acaso la de San Cipriano la primera advertencia escrita de la que se pudiera derivar una estrecha relación entre el clima y las grandes crisis políticas y sociales de la historia? No.

El propio Herodoto —el “padre de la Historia”—, hace dos mil quinientos años, en su relato sobre la asombrosa pirámide de Khefrén, dio pistas equivalentes a las que siglos más tarde daría pues San Cipriano ⁹⁰.

Pues bien, parecen haber sido también alteraciones de origen climático las principales gestoras del fenómeno exactamente inverso, esto es, de períodos de bonanza y enriquecimiento en los que el hombre, sin haber jugado papel activo alguno en su gestación, habría sí usufructuado grandes beneficios.

Si —como seriamente sospechamos—, esa relación entre climas particularmente benéficos y la concretización de grandes realizaciones humanas en los Andes es correcta, también a este respecto puede igualmente decirse, entonces, que ninguna acción del género humano, ni individual ni colectiva, ha sido hasta ahora, ni cualitativa ni cuantitativamente, tan benéfica, impactante y trascendental como una grande y generosa alteración climática, que de un golpe puede multiplicar varias o muchas veces la producción agrícola y ganadera de un pueblo, dotándolo de la noche a la mañana de una riqueza inestimable de amplio y generalizado beneficio.

Acéptesenos aquí entonces otra digresión. Porque, en efecto, ni la invención del carro de ruedas o la escritura, hace más de dos mil años; ni la electricidad, el automóvil o la informática, en nuestro tiempo, han tenido ni tienen impacto tan grande y amplio. Más allá de la voluntad del hombre, y en perspectiva planetaria, todas y cada una de ellas no han dejado todavía de ser más o menos elitistas, o, si se prefiere, de alcance y beneficio poco amplio y, en definitiva, poco democrático.

Basta reconocer, por ejemplo, que cuatro quintas partes de la humanidad de hoy no disfrutan todavía de

ninguno de los grandes inventos modernos, algunos de los cuales han cumplido ya un siglo de vida.

Por lo demás, los “golpes climáticos favorables”, y su trascendental impacto en la vida de los pueblos, no habrían sido tampoco fenómenos privativos del territorio andino. En todo caso, la ciencia tiene aún enormes retos por desentrañar a este respecto. Nuestra hipótesis es que en el surgimiento de la inmensa mayoría de las grandes civilizaciones de la humanidad —incluida por cierto la paradigmática civilización romana, pero también la carolingia, y las del Renacimiento y los grandes imperios de la Europa del siglo XV y siguientes— benéficos golpes climáticos habrían constituido un factor preponderante, muy significativo.

Y, complementariamente, pero derivada de ella, surge también la hipótesis que el papel “decisivo y protagónico” que hasta ahora la historiografía viene otorgando a los supuestos sujetos centrales de esas “hazañas”, pero en particular a los “líderes providenciales” —grandes, magnos, únicos, insuperables o como quiera que se les ha calificado—, no habría sido tal, sino, a lo sumo, casi completamente accesorio.

En todo caso, más difícil que probar o rechazar científicamente estas dos hipótesis —porque con el concurso de las más modernas técnicas y tecnologías ello ya no es un obstáculo muy serio—, será que los “historiadores tradicionales” acepten siquiera someterlas a estudio y confrontación con la realidad.

Porque el sólo hecho de tomar la determinación de asumir esas hipótesis para intentar confrontarlas con datos empíricos, supondría —en el menos mezquino y más objetivo de los casos— asumir implícitamente —aunque sólo fuera de manera transitoria— que cientos de los mitos que se ha construido sobre los “hombres providenciales” no habrían sido sino “gravísimos errores”, o “burdas falacias —por no decir “gruesas mentiras”—.

Y porque en tanto demore el trance de la comprobación —o del rechazo de esas hipótesis—, estará, pendiente como una espada de Damocles, la eventualidad de que, confirmadas, haya que reescribir casi íntegramente toda la historia de la humanidad (o cuando menos la de Occidente —confesamos conocer muy poco o nada la del Lejano Oriente—).

El hombre en los Andes

Las migraciones originarias

La vida humana, sin embargo, no es originaria de los Andes. El hombre llegó a América desde otras latitudes y en diversos momentos.

Hoy es ampliamente compartida la hipótesis inmigracionista que esbozó por primera vez el padre Acosta en el siglo XVI ⁹¹, y que contemporáneamente formuló Alex Hrdlicka ⁹². Así, el hombre habría llegado a América desde Asia, atravesando el estrecho de Bering.

Mapa N° 5 El Estrecho de Bering



A fines del Pleistoceno, en efecto, bruscos enfriamientos de la Tierra incrementaron el espesor del casquete polar, produciéndose el descenso en el nivel de los mares. Quedó así al descubierto, por tiempo prolongado, un puente que facilitó el tránsito de los primeros contingentes humanos que poblaron las tierras de América.

Ello explica la similitud fisonómica entre los primeros pobladores americanos y los descendientes del tronco paleomongoloide de Asia. La pigmentación de la piel y de los ojos; el grosor y la forma de los cabellos; la proyección y ensanchamiento de los pómulos ⁹³, así como la existencia de lenguas polisintéticas y aglutinantes ⁹⁴, son también signos que otorgan verosimilitud a esta hipótesis inmigracionista.

En coherencia con esa hipótesis del poblamiento inicial de América de norte a sur, aparecen vestigios más recientes conforme se avanza desde el ártico hacia las zonas australes ⁹⁵.

Complementariamente, y dentro de la misma vertiente inmigracionista, Paul Rivet sostiene que, hace 5 000 o 3 000 años, arrastrados por las grandes corrientes oceánicas, portando elementos culturales significativamente más avanzados que los que habían traído los migrantes asiáticos miles de años antes, también pudieron haber llegado a tierras sudamericanas algunos grupos desde

Melanesia y Polinesia ⁹⁶. Lazos, hondas, arcos, macanas estrelladas, estólicas, cerbatanas, balsas y *quipus*, son algunos de los elementos culturales comunes entre americanos y melanesios ⁹⁷. Según Rivet, el tifus exantemático fue traído también por estos inmigrantes melanesios ⁹⁸.

Mapa N° 6 Australia - Polinesia - América



Con los *polinesios* son comunes elementos tales como el hacha de piedra con mango acodado, el abanico de fibras trenzadas que se usaba para avivar el fuego, el tarugo de adorno del lóbulo perforado de la oreja, el *poncho* como prenda de vestir, la *tacla* o palo cavador igual al que usaron los *maoríes* de Nueva Zelanda ⁹⁹.

En el *quechua* o *runa simi* y en las lenguas de Polinesia, palabras tales como “agua”, “nube”, “comer”, “mudo”, “padre”, “fortaleza” o “herida”, cuando no tienen expresiones iguales, las tienen equivalentes. Y no deja de ser sorprendente que “*inga*” (fonética y semánticamente tan parecido al “*inka*” de los *quechuas*), entre los *polinesios* signifique “caudillo guerrero” ¹⁰⁰.

Mendes Correia y otros autores sostienen que, además, pequeños contingentes huma-

nos, siguiendo la ruta Antártica, habrían arribado desde Australia ¹⁰¹. La similitud del cráneo de los *onas* de la Patagonia con el de los *australianos*, y la existencia de objetos comunes como las mantas de piel o las chozas en forma de colmena ¹⁰² permiten la formulación de esta hipótesis.

Mas hay por último indicios como con detalle veremos más adelante, que sugieren que hace aproximadamente 4 500 – 4 000 años se habría producido una importante migración centroamericana, y específicamente *mexicana (olmeca)* hacia la costa norte del Perú.

Entre los viajes de los primeros inmigrantes que cruzaron el estrecho de Bering hace 40 000 años ¹⁰³, y los de sus descendientes que empezaron a poblar el subcontinente sudamericano y los Andes hace 22 000 años, transcurrieron cientos de generaciones. En ese larguísimo periplo, de tantos miles de años, los primeros grupos migrantes fueron ubicándose en las zonas septentrionales de América. Y sólo algunos grupos, de entre sus tardíos descendientes, alcanzaron por fin el vasto territorio sudamericano y, dentro de él, el especialísimo territorio andino y empezaron a poblarlo.

Estos últimos, es decir, aquellos que atravesaron el istmo de Panamá y llegaron al amplio territorio dominado por los Andes, se constituyeron en los habitantes y conquistadores de un singular rincón del planeta.

Los primeros intereses del hombre andino

22 000 años atrás –o más–, en la última etapa del Pleistoceno, los hombres que lle-

garon a los Andes, aunque muy rudos, nunca vivieron solos, aislados. Estuvieron siempre conformando grupos, acompañándose, protegiéndose, desarrollando cada individuo un claro, inconfundible e imprescindible sentido de pertenencia a un grupo. Esos conjuntos, unidos por vínculos familiares, sobrellevaron una vida muy simple y de rutinas primitivas.

Tuvieron que enfrentar el mismo reto que la naturaleza imponía a todos los seres vivos: subsistencia y supervivencia de los individuos, del grupo y de la especie.

Para subsistir, los grupos tuvieron que estar siempre en busca de tres elementos indispensables, complementarios e insustituibles: agua dulce, alimento y protección.

Ríos y pequeñas corrientes; lagos, lagunas, *cochas* –o lagunillas– y *puquios* –o fuentes de agua subterránea–; y, por excepción, en situaciones extraordinarias, directamente la lluvia, fueron sus diversas fuentes de agua dulce. El hombre andino –como invariablemente el resto de los habitantes del planeta– siempre fijó su residencia, que no era sino transitoria en esta etapa de la historia, en las inmediaciones de fuentes de agua dulce.

La inmensa mayoría de los textos de Historia y Geografía –por alguna razón que no alcanzamos a entender a cabalidad–, casi nunca explicitan categóricamente que, en efecto, todos los pueblos de la Tierra se han asentado siempre, y por cierto incluso hoy, en torno a fuentes de agua dulce, dado que ésta es, valga la reiteración, indispensable e insustituible para la vida.

Al explicitarlo con vehemencia en este texto –de la misma manera que haremos otras explicitaciones equivalentes–, queremos contribuir a mostrar la “racionalidad” intrínseca (aunque implícita) de esa –como de muchísimas otras– conductas, en las que el hombre

demuestra fehaciente y concluyentemente que actúa en función de sus intereses y objetivos, y no de manera azarosa o arbitraria (como de hecho y de manera errónea terminan sugiriendo implícitamente muchos autores).

No deja de ser paradójico que muchos textos de Historia que están plagados de nimias cosas obvias, obvien, en cambio, la tan “obvia” condición indispensable del agua dulce para el ser humano.

La tierra de los valles ofrecía frutos y raíces que los grupos recolectaban, y, complementariamente, por medio de rudimentarias formas de caza y pesca, el hombre se aprovisionó de la carne de animales de todo género. La piel de los animales más grandes fue su primera forma de abrigo, y la tierra prestó sus cuevas como refugio.

Muchos rincones eran pródigos en agua y alimento, mas no tenían refugios naturales. En territorio vecino podía haber la cueva más amplia y toda una gama de frutos disponibles, pero el abastecimiento de agua no era accesible o resultaba insuficiente. En fin, el territorio andino ofrecía todas las combinaciones posibles: ausencia total de esos elementos o presencia de sólo uno o dos cualesquiera de ellos. Pocos, distantes entre sí, y siempre difíciles de encontrar, debían ser los rincones que ofrecían, al mismo tiempo, y aunque fuera por un breve período, el suficiente abastecimiento de agua dulce, alimento y abrigo.

El primitivo hombre andino, más allá de su voluntad y de sus deseos, sólo pudo establecer su morada allí donde encontró, juntos, esos tres elementos. Bastaba que empezara a escasear uno de ellos para que tuviera que migrar todo el grupo, o una parte de él, en busca de un nuevo lugar donde volver a encontrarlos.

A su turno, a la promiscuidad sexual más amplia –como parte de una ideología implícita todavía muy simple y rudimentaria– le tocó la tarea de garantizar la supervivencia de la especie. Los grupos andinos, en efecto, no se dieron ningún tipo de restricción en la actividad sexual.

Y como parte de esa misma simple y rudimentaria ideología, habían ya empezado a elaborar ingeniosas creencias en torno al origen de la vida, y al origen de sí mismos y del cúmulo de objetos del firmamento que cotidianamente miraban alhelados. E igualmente ingeniosas y míticas explicaciones a los fenómenos de la naturaleza que más los gratificaban y aquellos por los que más pánico sentían.

Por lo demás, resulta virtualmente imposible desentrañar con qué lenguajes se comunicaban entre sí los miembros de estos primeros grupos pobladores de los Andes. Mas no cabe duda que, 20 000 años atrás, más de un idioma ya había empezado a tomar forma en el espacio andino.

De la misma manera, no cabe duda tampoco de que –aunque también desconocidas por nosotros– habían acumulado un sinnúmero de usos y costumbres, individuales, familiares y grupales, de trabajo, socialización, entretenimiento, observación de la naturaleza, etc., con las que llenaban las horas a la luz del Sol y a la sombra de la Luna y las estrellas.

Así, puede concluirse que el primer conjunto de intereses que tuvo, quizo mantener y defendió cada uno de los múltiples originarios grupos que poblaron los Andes estuvo entonces conformado por:

- la vida de cada uno de los miembros del grupo;
- la existencia del propio grupo;

- sus germinales ideologías y creencias;
- su idioma;
- sus usos y costumbres;
- sus fuentes de agua dulce, alimentos y abrigo.

Es decir, además de la vida misma, formaban parte del conjunto de intereses de los primitivos hombres andinos todo aquello que, a su vez, les permitía garantizar la existencia de esa vida. Los intereses, en definitiva, no eran sino todo aquello que tenían, amaban y querían mantener, y que sin desmayo defendieron de las agresiones de la naturaleza, los animales y, eventualmente, de otros individuos y grupos.

Una conducta racional

Todas las evidencias permiten concluir que la conducta de estos primitivos grupos andinos fue coherente con el mandato vital de subsistencia y supervivencia de la especie.

Los antiguos recolectores y cazadores pudieron haberse conducido inadecuadamente y erróneamente, de manera tal que atentaran contra su vida y la de la especie. No obstante, por el contrario, enfrentaron con éxito el reto de la subsistencia, se protegieron adecuadamente y, a través de la procreación, fueron aumentando en número y poblando el espacio andino. Así garantizaron la permanencia de la especie humana en este rincón del planeta. Es decir, actuaron en el sentido de mantener el primero y más caro de todos los intereses: el de la vida.

Ello es particularmente importante de destacar si se recuerda que, a fines del Pleistoceno, la Tierra experimentó bruscos cambios climáticos, a consecuencia de los que se extinguieron muchas especies. Extensos bos-

ques quedaron convertidos en desiertos. Los megaterios, mastodontes, esmilodones o tigres de dientes de sable, perezosos gigantes, gliptodontes, o los pequeños y primitivos caballos, fueron incapaces de superar los cambios que se operaron sobre la superficie de la Tierra e inexorablemente se extinguieron.

Los grupos humanos andinos, en cambio, como otros en el resto del planeta, en defensa de sus propios intereses, lograron sobrevivir a costa de adaptarse a las nuevas circunstancias. Entre muchas decisiones, aceptaron modificar algunos de sus hábitos de consumo, sustituyendo la carne de las especies que se extinguieron por la de aquellas que, como el *guanaco*, pasaron a poblar la superficie de los Andes.

Actuar, voluntaria y concientemente, en su propio beneficio, eludiendo todo aquello que lo afecta, es sello distintivo de la vida humana. Protegiéndose del clima y de la intemperie, buscando agua dulce y alimento, adaptándose a los cambios por violentos que fuesen, y huyendo de la agresión de la naturaleza y de las grandes fieras, fueron, allá en el Pleistoceno, las conductas racionales que adoptó el grupo en defensa del más caro de sus intereses: la supervivencia.

Así lo hicieron todos los grupos primitivos de recolectores y cazadores que habitaron los Andes en los primeros 10 000 años de poblamiento de esta parte del planeta.

De ello dan testimonio fidedigno los hallazgos de Pacaicasa, Pikimachay, Ancón, Chivateros, Paján, Ayacucho, Viscachani, Oquendo, Toquepala, Lauricocha, Arenal, Huanta, San Nicolás, Yauca, Ocoña, Pampa Colorada, Playa Chira, Puyenca, Sumbay, Toquepala y Tarata, entre otros.

A la fecha, los que casi unánimemente se reconoce como los restos arqueológicos más

antiguos encontrados en el Perú, corresponden al que ha sido denominado “Hombre de Pacaicasa”, que habitó hace aproximadamente 22 000 años, entre las cordilleras occidental y central, a casi 2 700 m.s.n.m., en la cueva Pikimachay, en lo que hoy es la provincia de Huanta, en Ayacucho (véase ubicación destacada con el número “16” en el Mapa N° 7). Se trata de instrumentos de piedra (y no de restos humanos) descubiertos en 1969 por el arqueólogo norteamericano Richard Mac Neish ¹⁰⁴.

La ubicación tan austral, cordillerana y mediterránea de esos restos permite inferir las siguientes conclusiones hipotéticas:

- a) Aceptando como más antiguas las migraciones procedentes del norte (desde el Estrecho de Bering, pasando por la costa norte y centroamericana), restos presumiblemente más antiguos, en las partes bajas de la costa peruana, aún estarían por ser encontrados, o;
- b) Habrían sido destruidos por el océano al elevarse el nivel de las aguas durante las últimas dos deglaciaciones.

No obstante, pocos son los historiadores que, como Eloy Linares Málaga, reconocen que pruebas científicas de radiocarbono 14 –realizadas en laboratorios de Alemania en 1965– han reportado para restos arqueológicos encontrados en el valle de Yauca, en la costa norte de Arequipa –destacado en el Mapa N° 7 con el número “25”– una antigüedad tan remota como 26 000 años aC ¹⁰⁵. De confirmarse y admitirse definitivamente, éstos pasarían a ser, más razonable y consistentemente, las evidencias más antiguas de ocupación del territorio andino central.

Por lo demás, como se muestra en el Mapa N° 7, resulta obvia la relación física y proximidad de los dos centros arqueológicos

Mapa N° 7
Sitios de Recolección y Caza



de mayor antigüedad: la costa del valle de Yauca, en Arequipa, y la cueva de Pikimachay, en Ayacucho.

En efecto, la cabecera del río Yauca está en las inmediaciones de la correspondiente del afluente más austral del río Pampas, que a su turno está próximo al área de Pikimachay. Ésa, muy probablemente, fue la ruta de refugio que, aterrorizados, habrían tomado los habitantes de la costa del valle de Yauca al elevarse el nivel de las aguas durante la penúltima deglaciación. Poco podría extrañar pues que, en el futuro, logren hallarse en esa ruta vestigios de antigüedad intermedia entre Yauca y Pikimachay.

Los remotos vestigios de poblamiento andino ponen en evidencia que, en aquel lejano período preagrícola, aunque dejando todavía muchos espacios deshabitados, el hombre iba ocupando, en forma paulatina, el extenso territorio. Muy lentamente, la población fue creciendo. Y los grupos se subdividían dispersándose en diferentes direcciones.

La propia vida, empero, no era pues el único interés que tenían y defendían los recolectores-cazadores. También formaban parte del conjunto de sus intereses las fuentes de las que se proveían de agua dulce, así como los espacios de los que se abastecían de raíces, frutos y pequeños animales. Y los grandes animales recién muertos que encontraban, de cuyas carnes se nutrían y con cuyas pieles obtenían abrigo. Pero también la cueva en la que se guarecían.

Las evidencias de migración, en busca de los elementos básicos para la vida, muestran que los grupos siempre estuvieron enfrentando y sobreponiéndose, generalmente con éxito, a situaciones de escasez, que se presentaban cada vez que el consumo del grupo agotaba las fuentes de alimentos animales y vegetales que circundaban la cueva.

Pero además, los accidentes y catástrofes en que es pródiga la geografía andina, daban lugar también con frecuencia a diversas variantes de situaciones de escasez: ya como bloqueo o inutilización de la cueva por catástrofes telúricas, sea como inundación de las áreas de recolección y caza, o, por el contrario, como sequías que disminuían o eliminaban la disponibilidad de agua dulce, por ejemplo.

Puede sin embargo presumirse que –como hoy–, las catástrofes de origen telúrico, ya fueran terremotos o erupciones volcánicas –aunque sobrecogedoras–, fueron siempre esporádicas, muy distantes en el tiempo unas de otras, y de presencia absolutamente arbitraria e impredecible. Las variaciones climáticas, en cambio, mostraron siempre una gran regularidad.

El clima, en el contexto de ciclos estacionales regulares, recurrentemente daba lugar a situaciones de sequía que se alternaban con períodos de inundación. Eventualmente una y otra adquirirían sin embargo dimensiones dramáticas. Y tanto en uno como en otro caso, las consecuencias eran semejantes: desaparecían los frutos de la superficie y se alejaban las especies que proporcionaban alimento y abrigo.

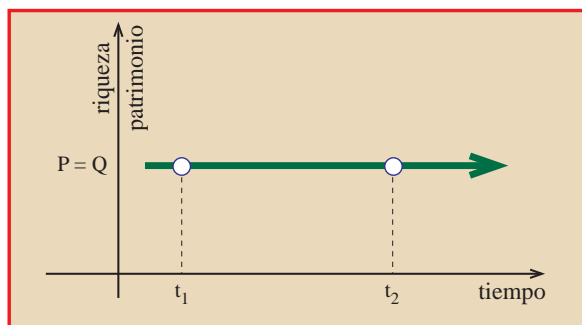
Durante miles de años el hombre andino vivió respondiendo a una sola preocupación: preservar el conjunto de sus intereses, o, si se prefiere, salvar rutinariamente el presente. Cada día, pues –como se representa en el Gráfico N° 15–, no era sino una reiteración del anterior. El presente (t_1) y los bienes que se había conseguido (b_1) eran una simple repetición ($b_1 = b_0$) de los que se había disfrutado en el pasado (t_0).

Mas al cabo de la milenaria observación de los ciclos de la naturaleza, y específicamente de los ciclos estelares, el hombre estu-

vo en condiciones de internalizar y asumir una nueva preocupación: el futuro.

La reiterativa alternancia del día y la noche hizo que el hombre tomara conciencia de la existencia inevitable del futuro inmediato: el mañana. La repetición de los ciclos de la luna mostró otra versión del futuro: el próximo mes. La reiteración de las estaciones enseñó un nuevo registro: el próximo año. Apreciaciones aún más distantes del futuro fueron dadas cuando se logró registrar las evoluciones de los cometas, al cotejar su propia experiencia con la información que habían transmitido las generaciones precedentes. Así, los ciclos de la naturaleza desarrollaron en el hombre una clara convicción de la existencia del futuro.

Gráfico N° 15
Pasado = presente
(ausencia de proyecto)



Mas en ese estadio de la evolución de la vida humana ya no sólo había conciencia del devenir. En efecto, se había desarrollado también la conciencia de la necesidad de prever. Y es que el hombre había adquirido conciencia de que con los cambios estelares estaban asociados cambios climáticos.

La aparición del Sol estaba asociada con calor, o aumento de temperatura, y la de la Luna con frío, o menor temperatura, y había que prever un tipo distinto de abrigo para cada caso.

Con los períodos del año en que el Sol asomaba en el firmamento en una determinada ubicación, dejando un cierto ángulo de sombra cuando estaba en el cenit, estaba asociada una estación, por ejemplo la de ausencia de lluvias y el máximo de temperatura; y con su aparición en otra ubicación, dejando un diferente ángulo de sombra al mediodía, estaba asociada otra, por ejemplo, la temporada lluviosa y de mínima temperatura, que, por lo general, representaba también destructivos aluviones de lodo y piedras, con sus secuelas de destrucción y desabastecimiento alimenticio. Conociéndose por reiterada experiencia que ello invariablemente ocurriría, había pues que prever.

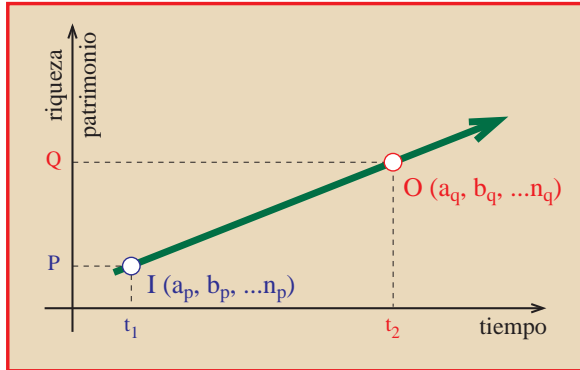
Así, a partir de un cierto momento, la siempre presente escasez relativa se fue enfrentando con sentido de anticipación. A partir de entonces le resultó claro al hombre que no era suficiente desplegar esfuerzos para satisfacer las necesidades del día: se hacía necesario prever, anticiparse.

Para garantizar la subsistencia y la supervivencia del individuo, del grupo y de la especie, era necesario asegurar el abastecimiento de agua, alimento y abrigo ya no sólo del día, sino de los próximos meses, e incluso de los próximos años. De esa manera, en la mente del recolector-cazador se fueron concibiendo, aunque no necesariamente de manera conciente, los primeros objetivos.

En un imprecisable momento (t_1), a los intereses (I) –todo aquello que se tiene y quiere mantener–, se agregaron los objetivos (O) –todo aquello que se desea y prevé alcanzar, en algún momento del futuro (t_2).

Si los intereses que defendía el recolector-cazador eran: (1) su vida y la del grupo, y (2) las condiciones materiales que había conquistado, a partir del usufructo de cierta área territorial, y de bosques y canteras, por

Gráfico N° 16 Diagrama básico (I) de Proyecto Nacional



Ejemplo hipotético		
	I = Intereses	O = Objetivos
Tierra disponible	$a_p = 10\ 000\ \text{Km}^2$	$a_q = 30\ 000\ \text{Km}^2$
Área de bosques	$b_p = 1\ 000\ \text{Km}^2$	$b_q = 5\ 000\ \text{Km}^2$
Área de canteras	$n_p = 100\ \text{Km}^2$	$n_q = 1\ 000\ \text{Km}^2$
Riqueza/Patrimonio	$P = a_p + b_p + \dots n_p$	$Q = a_q + b_q + \dots n_q$
Tiempo (momento)	$t_1 = \text{Siglo V}$	$t_2 = \text{Siglo XV}$

ejemplo y entre otros elementos; sus primeros objetivos fueron: (1) asegurar la pervivencia de su propia vida y la del grupo, y (2) asegurar e incrementar el abastecimiento futuro de agua, abrigo, así como incrementar las tierras de usufructo, bosques y canteras.

Con la existencia de intereses por defender y de objetivos por alcanzar en un tiempo determinado, los grupos andinos de recolectores-cazadores habían logrado configurar, cada uno, su propio “proyecto vital”, anticipo de lo que, para las naciones, habría de ser su “proyecto nacional”.

A tal efecto, de hecho, e independientemente de que sus miembros fueran o no conscientes de ello, cada grupo de recolectores-cazadores quedó convertido en la fuerza social que, superando todo tipo de obstáculos y movilizándolo en su legítimo beneficio todos y cuantos recursos disponía, impulsaba la consecución de sus también propios y legítimos objetivos.

Proyecto Nacional

Grupo humano, intereses, objetivos, fuerzas sociales, obstáculos, recursos y legítimo

beneficio, he ahí los siete elementos del modelo teórico de Proyecto Nacional que proponemos en este libro. Y él es –bien vale la pena advertirlo aquí–, precisamente el sustento de fondo de este libro.

La definición que postulamos es entonces la siguiente:

Proyecto Nacional es el proceso mediante el cual, un *pueblo*, a partir del conjunto de sus *intereses*, con el concurso de sus *fuerzas* y superando *obstáculos* y oposiciones, moviliza sus *recursos* en su legítimo *beneficio* con el propósito de alcanzar sus *objetivos*.

Este modelo teórico de Proyecto Nacional que acabamos de formular, ha sido definido por el historiador peruano Manuel Burga como “misterioso razonamiento ... que ... proviene de una exageración de la teoría de las técnicas prospectivas...”¹⁰⁶.

¿Qué resulta misterioso? ¿El hombre andino de la antigüedad sea como individuo, *ayllu*, etnia, pueblo o nación no tenía acaso un conjunto de intereses que defender, y que constantemente defendió hasta con su vida?

¿Y no tuvo acaso también objetivos conscientes o inconscientes pero reales que lo im-

pulsaron a alcanzar cada vez más metas: más y mejores tierras, más y mejor vestuario, más y mejor vivienda, más y mejor conocimiento, etc.?

¿Tenemos que aceptar acaso la nunca demostrada hipótesis de que el indetenible progreso que se experimentó durante miles de años fue una progresión fortuita?

Si así hubiese sido, el decurso histórico habría sido, necesariamente, errático: el azar es consustancialmente errático. Pero la transición “recolección → agricultura incipiente → agricultura desarrollada → civilización” no fue errática. Fue consistentemente creciente. ¿Y qué, entonces, si no fueron objetivos –implícitos–, fue lo que le dio consistencia a esa incuestionable progresión ascendente? ¿Cuál es o cuáles son las hipótesis alternativas más verosímiles?

¿Quizá la misma o una equivalente a la que formuló Jorge Basadre, el más acucioso historiador de la República? Harto se ha difundido y calado su idea de que el Perú es un “país de desconcertadas gentes” –como nos lo recuerda Alfredo Bryce Echenique¹⁰⁷? ¿Diremos también que los antiguos peruanos que en miles de años transitaron desde la recolección–caza hasta sus magníficas civilizaciones lo hicieron también en medio del desconcierto general.

¿Y cuando hablemos de las conquistas y sojuzgamiento que sufrieron muchos pueblos en la historia andina, tendremos de aceptar que ocurrió ello por “desconcierto” de las víctimas y con el “desconcertado asombro” de los conquistadores?

No, el desconcierto ha sido en todo caso del maestro. Aunque fuera inadvertidamente, no es ni científico ni justo encubrir con el vocablo “desconcierto” realidades absolutamente distintas: colonización, sojuzgamiento,

dependencia y otros lastres de similar y menor trascendencia y peso.

Si la hipótesis de Basadre fuera consistente, explíquese entonces por qué en medio de un presunto y nunca comprobado desconcierto general, casi invariablemente unas reducidísimas élites han alcanzado todos y más de los privilegios que ambicionaban.

¿Acaso porque con una extraña y asombrosa buena suerte siempre les tocó los boletos premiados? Y qué casualidad que el “desconcierto” sólo afectó siempre a las grandes mayorías. Lamentablemente, la propuesta de Basadre, aceptada tanto tiempo con tanta unanimidad, es insostenible. No resiste análisis.

De otro lado, ¿no desborda acaso la historiografía tradicional en testimonios que prueban la infinidad de tipos de recursos que en gigantesca magnitud movilizaron los pueblos andinos durante su milenaria historia.

Por otra parte, ¿no es acaso razonable considerar a cada uno de los grupos andinos como fuerza social? ¿No se comportaron como tales al movilizar gigantescos recursos, o al enfrentar en guerra a otro u otros pueblos? ¿Y no fueron la naturaleza hostil (habida cuenta además de las catástrofes que episódicamente generaba), y las ambiciones de otros pueblos, serios obstáculos en el camino de los pueblos hacia sus objetivos?

Y para concluir, si instintivamente los animales defienden sus intereses, a fin de cuentas en su propio beneficio, cuán más legítimo es que los seres humanos lo hagan. También de los más antiguos, conocidos y célebres mitos de Occidente se desprende lo mismo: “descansó al sétimo día” (en su propio y legítimo beneficio); y “cogió la manzana” (en su propio y legítimo beneficio). ¿Quién, mentalmente saludable, no ha actua-

do en función de ese patrón vital en la historia de la humanidad? ¿El suicidio insano es la excepción que confirma la regla? No, precisamente porque hay insanía de por medio.

Más de una vez se ha oído hablar de la existencia de pueblos con “espíritu tanático”. Ese espíritu ciertamente es enfermizo. Pero más allá de eso, ¿cuáles han sido específicamente esos pueblos con espíritu suicida? ¿Alguien puede proporcionar un solo ejemplo, una prueba sólida? Muy difícilmente habrá de encontrarse.

Parece razonable, pues, asumir como norma humana actuar en legítimo beneficio propio. Mas muchas –como veremos–, son entonces las causas de por qué, actuando recurrentemente en función de sus intereses y beneficio propio, muchos pueblos han tenido sin embargo, más allá de su voluntad, un infeliz destino final.

El historiador peruano Pablo Macera sostiene que “el 97 % de las acciones humanas (...) son *sucias porque son intencionales y para el beneficio de cada uno*”¹⁰⁸. Resulta poco importante discutir la cifra. Entendemos que es sólo una figura: por decir “la inmensa mayoría”.

Pero yerra sin embargo Macera cuando afirma que las acciones humanas “son sucias porque son intencionales”. Ninguna especie animal ha podido escapar nunca de sus condicionamientos genéticos. Están “condenados” a circunscribirse a ellos. De allí que, intrínsecamente, carecen de objetivos.

El hombre en cambio los tiene. De allí el progreso, el cambio, la evolución cultural y material. Así, la intencionalidad es intrínseca al hombre. Y, en tanto ser social, ni las intenciones ni las acciones humanas son en sí mismas sucias. Sino en referencia a otros seres humanos. Así, sólo son “sucias” cuando a-

fectan o agreden a otros seres humanos. Pero no cuando, en ausencia de ello, benefician a quien individual o colectivamente las realiza.

En otro enjuiciamiento a nuestra propuesta de Proyecto Nacional, el historiador Franciso Del Solar¹⁰⁹ cree discrepar. Y sustenta la que supone discrepancia científica, en el hecho de que nuestra propuesta teórica disiente con la del que fue Centro de Altos Estudios Militares (hoy Nacionales) –CAEN–, que él presume teoría, y que asume sin dudas ni murmuraciones.

Yerra estentóreamente el historiador Del Solar. Debería saber que la del CAEN, en rigor, no es ni puede presuponerse como una teoría científica. Una suma interminable de buenos pero idealistas deseos no es una teoría. Es sólo una legítima y sincera lista de nobles propósitos. Nada más, aunque por cierto nada menos tampoco.

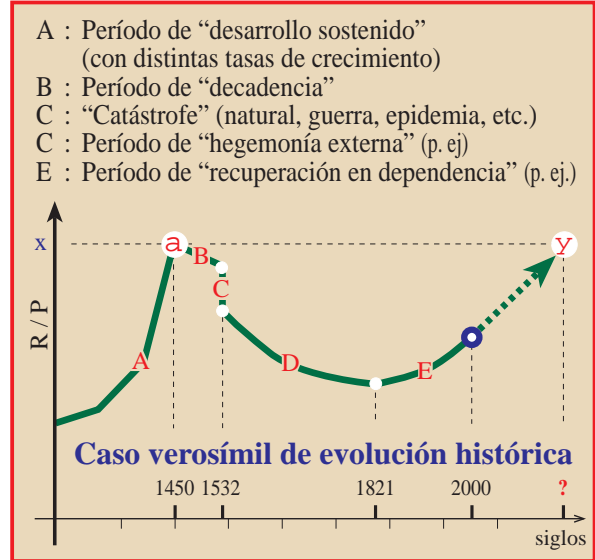
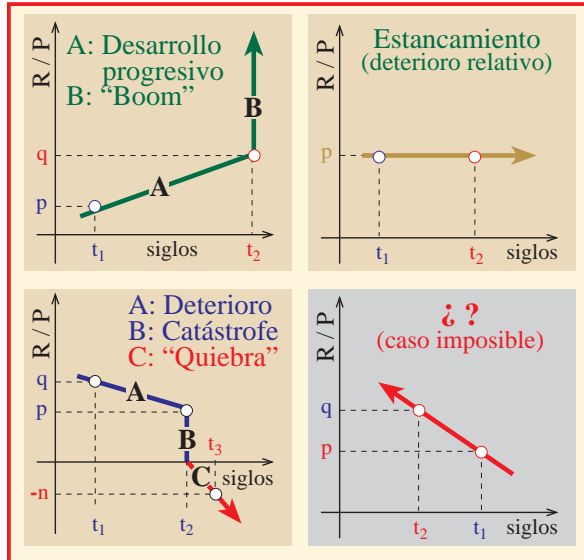
Veamos entonces un aspecto más relevante de las acotaciones del historiador Del Solar. Afirma que el autor de este libro “parte de la equivocada concepción de proyecto nacional que engendró el historiador Pablo Macera”.

Pues bien, no hay una sola línea en *Los proyectos nacionales* de Macera¹¹⁰, que permita deducir que el modelo teórico que proponemos haya partido de las concepciones que sobre este asunto tiene nuestro reputado historiador. Ninguna. A mayor abundamiento y como prueba concluyente de sustanciales discrepancias, en la revisión que haremos de la historia andina, mostraremos, en cada caso –Mochica, Chavín, Wari, etc.– nuestras profundas discrepancias con las aseveraciones que hace Macera sobre los proyectos históricos de dichos pueblos.

No obstante, mal podríamos desconocer que con Macera se comparte el uso de sus-

Anexo N° 1

Diagramas teóricos de Proyecto Nacional



tantivos instrumentos teóricos aportados, en particular a las ciencias sociales, por el materialismo histórico.

Por cierto, sólo en el contexto de la más transnochada ortodoxia, ello resulta descalificador. Pero, ¿qué aporta hoy a la ciencia esa estrecha y miope ortodoxia? Nada. Menos mal que los portaestandartes de la ortodoxia científica están en proceso de extinción. No sólo no enriquecen el debate, sino que son una rémora inútil para la ciencia.

Proyecto Nacional vs. visión cíclica de la historia

En otro orden de cosas, pero estrechamente relacionado con el esquema teórico que estamos postulando, permítasenos una aclaración importante. La presentación de nuestras abstracciones gráficas sobre "Proyecto Nacional" en la primera edición de este texto, suscitó, entre otras, la crítica que señaló que nuestra propuesta delataba una "visión lineal de la historia"¹¹¹.

Más aún, se dijo que de manera absurda e inapropiada había sido aplicada precisamente al mundo andino, que se caracterizó por tener una "visión cíclica y hasta circular de la historia".

Sin duda nuestros gráficos y sus explicaciones correspondientes no fueron suficientemente claros. Lo cierto, sin embargo, es que el autor de este texto no tiene ni sombra de una "visión lineal de la historia" y, menos todavía, una "visión cíclica y circular" de la misma.

En efecto, no está en nuestro pensamiento y tampoco en nuestra intención sugerir y menos afirmar que, en su evolución histórica, todos los pueblos deben o van a pasar por los mismos "estadios" (por los que supuestamente habrían ya pasado aquellos que están más desarrollados).

Pero menos aún todavía está en nuestra intención plantear que algunos podrían o pueden, cíclica y circularmente, retornar al pasado. Ese "retorno al pasado" sí es, simple

y llanamente, un absurdo. Los gráficos del Anexo N° 1 (página anterior) nos ayudarán a explicarnos.

Estos gráficos son “representaciones” de la realidad, de ahí que también son abstracciones. En ellos se representa dos parámetros de la vida de los pueblos y naciones, pero también de los individuos: su riqueza (o patrimonio) y el tiempo (cada uno de los momentos para los que se ha cuantificado y registrado aquélla). Ambos son sin embargo parámetros continuos y no discretos.

Teóricamente, los innumerables componentes del patrimonio material, inmaterial y espiritual de un pueblo son pasibles de ser cuantificados, y asimismo de ser convertidos a una sola unidad de medida (hectareaje de tierras, cabezas de ganado, dólares o yenes). Algunos componentes, como los materiales (tierras y recursos de agua, canteras y ganado, viviendas, caminos, herramientas y equipos, vestuario, etc.), pueden eventualmente resultar fácil y objetivamente cuantificables. Equivaldrían, pues, a los activos tangibles.

Otros, como los inmateriales y espirituales (conocimientos, ideología, valores, formas de organización, prácticas sociales, antepasados, etc.), ofrecerán sin duda enormes dificultades de cuantificación. Su valoración es eminentemente subjetiva. Serían los activos intangibles (el *goodwill* de la contabilidad moderna).

Así, unos y otros valores, finalmente agregados o sumados, darían distintos totales que en los gráficos están representados por “-n”, “p”, “q” y “x”. El tiempo, por último, puede expresarse en cualquiera de sus correspondientes unidades de medida (días, años o siglos, por ejemplo).

En el gráfico de la izquierda se muestran las únicas grandes variantes, teóricamente

conceptualizables, de la evolución de la riqueza en el tiempo. El recuadro superior izquierdo muestra dos posibilidades: una a la que arbitrariamente hemos denominado desarrollo progresivo, representa el caso de un sostenido crecimiento de riqueza en el tiempo; y otra, boom, el equivalente al premio de una lotería, que es el caso por ejemplo un fabuloso hallazgo de petróleo.

El segundo recuadro, muestra un caso típico de estancamiento, que puede suponer en la práctica un deterioro relativo, porque simultáneamente otros pueblos podrían estar progresando.

El siguiente expresa los casos de pérdida progresiva de riqueza; de catástrofes naturales, conflagraciones, epidemias, etc., en las que los pueblos ven en un “instante” disminuir sensiblemente el patrimonio que habían acumulado; y el caso teórico de patrimonio negativo o quiebra, que dándose en empresas e individuos virtualmente nunca se ha dado en un pueblo.

Estos son los “únicos” casos factibles. Porque el último y destacado recuadro muestra un caso que, siendo conceptualizable, es factualmente imposible: no se puede retroceder en el tiempo. Mas volveremos sobre esto.

El gráfico de la derecha representa un caso hipotético de desarrollo histórico: el de un pueblo que, en el transcurso de su historia, experimenta cambios notables en la cuantía de su patrimonio o, lo que también es lo mismo, de sus intereses. Así, los verá crecer en algunos períodos (A y E). Y decrecer en otros (B, C y D).

Más aún, puede razonablemente presumirse que ese pueblo –como todos los del planeta–, habiendo experimentado y luego perdido un nivel excepcional de patrimonio

–como el que representa “a”–, durante largo tiempo tenga como objetivo recuperarlo –lo que a su turno está representado por “y”–.

Debe quedar claro que lo que aquí hemos representado en gráficos de dos dimensiones, es también susceptible de expresarse en tres: en un lado la riqueza material, en el otro la inmaterial, y en el tercero el tiempo. En tal caso, la línea quebrada del gráfico de la derecha podría transformarse, en su versión más compleja, en una línea helicoidal. No obstante, no podría expresar tampoco ningún “retroceso en el tiempo”. En este esquema el tiempo es el único parámetro que no puede disminuir.

Volvamos entonces al mundo concreto con esos elementos de juicio. Así, en referencia a la ideología andina –y en particular a la visión del decurso de la vida que forma parte de ella–, los especialistas reconocen la existencia, irrefutable y legítima, de una visión cíclica de la historia.

El mito de Inkari es una magnífica demostración de ésta. Dice sintéticamente por ejemplo Luis Huarcaya (Apu Warkay): cuando el cuerpo del descuartizado Inka Pachacútec *esté nuevamente curado y completo, con su cabeza sobre sus hombros, volverá en el (...) Quinto Sol (...), justo, honesto y humanista, amante de la Pacha y unificador de una nueva nación* ¹¹².

Es decir, el modelo teórico que estamos planteando permite representar adecuadamente lo sustantivo del mito de Inkari: aquello que presuntamente se habría alcanzado con el Inka Pachacútec, esto es, justicia, honestidad, humanismo, etc., que el gráfico muestra como “a” (patrimonio “x” en el año 1450)–; se anhela desde entonces “volver a alcanzar”. ¿Cuándo? ¿Acaso retornando a 1450, que aunque quisiéramos no se puede? No, no por ser mito es necesariamente absur-

do: en el Quinto Sol, es decir, en un momento obviamente posterior a 1450, y, como van las cosas, también posterior a 1999.

Huarcaya, cargado de idealismo –y casi en la ruta de Nostradamus–, afirma que el Quinto Sol es precisamente la “fecha en la que estamos” ¹¹³. ¿Hoy? ¿Algún día del año 2000? ¿Alguna de las décadas del siglo XXI? ¿O acaso alguno de los siglos del Tercer Milenio?

A nuestro juicio, lo más probable es que “y” –el conjunto de nuestros legítimos e inabdicables objetivos de justicia social, auténtica democracia, desarrollo económico y espiritual pleno, descentralización, genuina independencia, etc.–, aún mediando un contexto internacional favorable, sólo podremos concretarlo al cabo de siglos.

Objetivamente, es muy difícil lograrlo antes: ningún pueblo, en ninguna época y con sus propios recursos, ha alcanzado el desarrollo en menos de un siglo. ¿Por qué habríamos de lograrlo nosotros?

Quede pues, absolutamente claro, que no tenemos ni postulamos una “visión lineal de la historia”. Pero, aún más importante, esperamos haber esclarecido que la visión cíclica del mundo andino no es ni absurda ni circular. Quizá parezca esto último a primera vista, pero no lo es. Malhadada la suerte que los que han creído que “ciclo” es necesariamente igual a “circulo”. Mas retornemos pues ahora a lo nuestro.

En ese contexto fueron mejorando la eficacia de sus instrumentos de caza y pesca. Así, los primeros toscos mazos y gruesos proyectiles fueron dando paso a cada vez más finas y elaboradas puntas que, lanzadas desde lejos –minimizando los riesgos del cazador–, herían y mataban a más y mejores animales que con las armas primitivas.

Los primeros cazadores que hicieron estas puntas las confeccionaron hacia el año 10 000 aC ¹¹⁴, encontrándose testimonios de ello en Chivateros, Lauricocha y Toquepala ¹¹⁵; pero también en Wanaqueros, Viscachani y muchos otros ¹¹⁶.

Es decir, por igual en Lima, como en Huánuco, Arequipa y en Tacna.

Poco más tarde, hacia el año 6 000 aC ¹¹⁷, el hombre andino confeccionó ingeniosos anzuelos de conchas.

El movimiento migratorio errático, en busca de agua dulce, alimento y abrigo, debió ser característico de los primeros tiempos en la ocupación de los Andes. Pero, fundamentalmente, porque todavía se tenía un enorme desconocimiento del territorio sobre el cual se encontraban. Sin embargo, la defensa de los intereses, el conocimiento del territorio y de los ciclos de la naturaleza, y la necesidad de alcanzar los objetivos previstos por el grupo, explican que algunos grupos abandonaran esa conducta y, previsoramente, adoptaran otra.

En ese sentido, quizá el primer gran cambio fue restringir la trashumancia a sólo una determinada área dentro del vasto territorio andino. Siempre que, por cierto, dicha área fuera lo suficientemente extensa y ecológicamente variada para que, en una porción, permitiera satisfacer las necesidades de una temporada y, en otra, solventara los requerimientos de la siguiente ¹¹⁸.

Ése debió ser el caso de los grupos que, en la zona costera de los Andes, de junio a octubre, habitaban las lomas aprovechando los frutos del verdor de las mismas y cazando a la población animal que ese mismo verdor atraía. Y que, entre noviembre y mayo, cuando se secaban las lomas, se desplazaban a ocupar las caletas en busca de peces y

mariscos. A la temporada siguiente, cuando otra vez reverdecían las lomas, volvían a ellas.

Ése debió ser también el caso de los grupos que, esta vez en los valles cordilleranos, ocupaban las partes bajas durante la temporada de lluvias, de diciembre a marzo, recolectando los frutos que brotaban en presencia del agua. Y que en la temporada siguiente, de abril a noviembre, se desplazaban a las partes altas para proveerse, fundamentalmente, de carne de camélidos. Tanto éstos como aquéllos grupos humanos, con pleno sentido de anticipación, repitieron por milenios el ciclo.

En esta versión –como en la original publicada en 1989–, más de una vez, en sustitución de “camélidos” –o más exacta y propiamente aún, de “camélidos sudamericanos”–, utilizamos el término *auquénidos*, harto conocido y difundido entre los peruanos. Es éste, en la mente de todavía la inmensa mayoría de nosotros, el vocablo que genéricamente nomina a la *llama*, el *guanaco*, la *vicuña* y la *alpaca*.

Pues bien, ¿puede considerarse un error, y, más aún, un error grave, recurrir en un texto como éste al vocablo “auquénidos” como sustituto y hasta sinónimo de “camélidos sudamericanos”? Más todavía, ¿puede considerársele un “error monumental”?

Sí, para el historiador peruano Manuel Burga, sí. En su crítica a nuestro texto puede leerse: “...no quisiera eludir –para dar una idea cabal de este libro–, dos cosas monumentales y a la vez representativas. La primera es el uso frecuentísimo de ‘auquénido’ (que no existe en ningún diccionario) por ‘camélido’ (la expresión correcta)...” ¹¹⁹.

Dejaremos la revisión de su segunda “monumental crítica” para más adelante.

Nuestro crítico olvida que en los textos con los que él mismo estudió, no aparecía aún el término “camélidos” para referirse a dichos cuadrúpedos. Sólo se usaba y conocía el de “auquénidos”. Y desconoce que todavía hoy los textos con los que estudian nuestros hijos casi fundamentalmente utilizan el vocablo “auquénidos” (y muy poco en cambio el de “camélidos”). Véase, por ejemplo, el emblemático y difundidísimo *Atlas del Perú* Benavides Estrada ¹²⁰; o el no menos difundido *Atlas universal y del Perú* de la editorial Bruño ¹²¹. ¿Habría que endosar la “monumental crítica” a los autores editorialmente más exitosos de textos escolares?

¿Ha leído nuestro crítico a los reputadísimos historiadores Del Busto y Macera? Claro que sí, sin el más mínimo asomo de duda. ¿Acaso, hablando de Tiahuanaco no utiliza el doctor Del Busto el término “auquénidos” (*Perú Preincaico*, p. 264), que repite cuando habla de Wari (*Perú Preincaico*, p. 277), e insiste cuando se refiere a la ganadería *inka* (*Perú Incaico*, p. 162), y a las caravanas comerciales de los *tallanes* (*Perú Incaico*, p. 264), y reitera cuando relata la Conquista (*La Conquista del Perú*, p. 179, p. 255, p. 258, etc.)?

Pero también Macera utiliza el término “auquénidos” ¹²². ¿Y no sabe además que, con muy justificadas y explicables razones, los autores de libros escolares basan sus textos en los de historiadores tan reconocidos como Del Busto y Macera? ¿Debemos entonces trasladar la “monumental crítica” a los más conocidos y reproducidos historiadores peruanos?

No, ni a ellos ni a ninguno. La aludida crítica no pasa de ser una observación adjetiva, absolutamente insustancial, de muy poca monta. No merecería siquiera una réplica, sino fuera por el hecho de que descubre, delata y anticipa: a) cuál subjetiva y hepática,

epidérmica y poco seria es la crítica de la historiografía tradicional a la crítica que se hace a ella, y; b) cuán epidérmico y sí sesgado y recortado –como reiteradamente veremos más adelante–, es el criterio “científico” con el que la historiografía tradicional ha enfrentado el estudio y revisión de innumerables y trascendentales pasajes de la historia andina, para lo que, en cambio, no hay el más mínimo afán autocrítico.

Al establecer objetivos, proyectándose al futuro, el hombre andino había empezado a trascender, ocupando parte de su mente y de sus acciones cotidianas en función del futuro. Conciente de que ese futuro era inexorable, de que invariablemente otros hombres ocuparían los Andes después de él, quiso –anticipándose y proyectándose– dejarles su propio y directo testimonio y así garantizar que él también estaría presente en el futuro.

Así, por ejemplo, hace 10 000 años, pintando escenas de caza –familiares a cualquier artista–, el hombre de las cuevas de Toquepala consiguió, efectivamente, estar presente entre los hombres de hoy y de mañana.

La vida cotidiana del hombre en los Andes dejó de tener ritmo inercial, mecánico. Y pasó a orientarse conciente, voluntariamente. Al fijar sus propios objetivos, y para alcanzarlos, el hombre empezó a apelar a todo cuanto encontró e imaginó que fuera capaz de propiciar, estimular, o pudiera intervenir para que se cumplan sus aspiraciones.

Cuando se creyó que la fuerza y la voluntad del grupo no eran suficientes, comenzó a apelarse el auxilio de la supuesta voluntad de los miembros del grupo que habían muerto. Los muertos, pues, pasaron a tener gran importancia. Se les empezó a tratar cuidadosamente, apareciendo los primeros ritos funerarios propiciatorios. Las prácticas iniciales de este género datan de hace 10 000 años,

siendo hasta hoy las más antiguas de América. El hombre de las cuevas de Lauricocha, por ejemplo, enterró cadáveres de manera tal que se colige la práctica de un rito sepulcral ¹²³ cuyos objetivos eran seguramente propiciatorios.

Pero se apeló además a la supuesta voluntad de los animales y de los astros; pero también a la hipotética voluntad de la tierra y de las montañas, etc. Con el auxilio de todas esas supuestas voluntades, de todos esos “espíritus”, el grupo propiciaba incrementar las fuerzas favorales al logro de sus objetivos. Y con el auxilio de ellos buscaba alejar y ahuyentar a las fuerzas desfavorables, aquellas que le impedían o dificultaban concretar sus aspiraciones. La convocatoria a todos esos “espíritus” había dado origen a la religión, al sentimiento místico y religioso. 10 000 años atrás el hombre de Lauricocha era ya un ser religioso ¹²⁴.

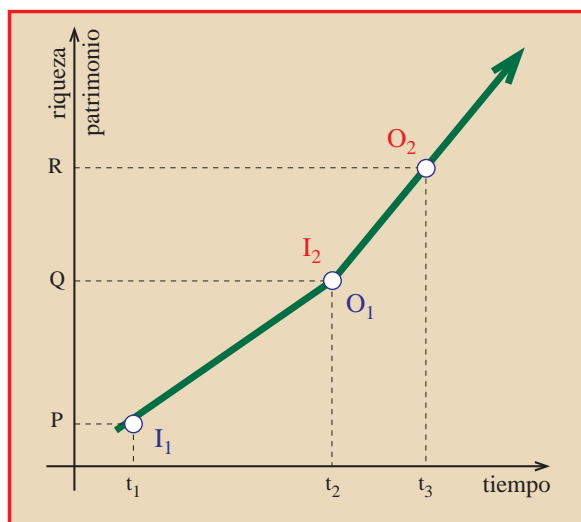
En los Andes, con cierta periodicidad, la tierra atentaba gravemente contra los intereses de los grupos recolectores–cazadores alejando la consecución de sus objetivos.

Aludes, huaicos, desbordes de los ríos, erupciones volcánicas, temblores y terremotos eran, supuestamente, muestra patética de la ira e indignación que en muchas ocasiones asaltaba al espíritu de la tierra. Empezó así a desarrollarse un intenso sentimiento místico de temor a ella. Y a dedicarse especial y precavido esfuerzo para aplacar tales iras. La tierra quedó así convertida en elemento central de la religión andina.

Provisto de mazos, puntas y anzuelos; empleando ardides diversos como trampas y máscaras ¹²⁵, y apelando a ritos propiciatorios, el recolector–cazador–pescador de los Andes ya no tuvo que esperar encontrarse con animales muertos para alimentarse: salió pues a buscarlos.

Eso acarrió una importante modificación en el espectro de intereses objetivos de los grupos recolectores cazadores. En efecto, cuando se logró producir los primeros elementos técnicos que facilitaron el abastecimiento alimenticio, los animales vivos que el grupo había previsto cazar en los días siguientes– dejaron de formar parte de los objetivos y pasaron a ser parte del conjunto de intereses que tenía y debía defender el grupo.

Gráfico N° 17
Diagrama básico (II) de Proyecto Nacional



Las disputas que antes, eventualmente, se producían para definir a qué grupo humano correspondía en derecho un animal muerto, se dieron, en adelante, para definir a qué grupo correspondían las manadas que rondaban la cueva. Por cierto, los nuevos instrumentos de caza y pesca quedaron también incorporados al conjunto de los intereses que debían ser defendidos.

Se fue concretando así un proceso novedoso, privilegio del grupo humano: el objetivo inicial (O₁), una vez alcanzado, se convirtió en un nuevo interés a defender (I₂) y, en su reemplazo, se diseñaron nuevos objetivos (O₂) por alcanzar en el futuro.

Para los grupos recolectores–cazadores un objetivo siguiente fue el ser capaces de suplir a la naturaleza allí donde ella mostrara deficiencias de abastecimiento de uno o más de los elementos vitales.

Donde la naturaleza ofrecía abastecimiento de agua dulce y alimento, pero no de cuevas, los grupos iniciaron la construcción de sucedáneos de éstas.

Probablemente ése sea el caso de esos primeros albergues levantados con piedras superpuestas y formando paredes semicirculares de 10 a 14 mts. en las proximidades de Paiján hacia el año 8 000 aC ¹²⁶; o el de esas chozar circulares y semisubterráneas en Paracas hacia el año 6 000 aC ¹²⁷.

Donde había cuevas y agua, pero la mayor carencia era probablemente de alimentos, los grupos se fueron ingeniando sustitutos a la recolección. Como en El Guitarrero, en el Callejón de Huaylas, en cuya cueva se han identificado los hasta ahora más antiguos restos conocidos de plantas domésticas en el planeta ¹²⁸: 7 500 aC 8 500 aC ¹²⁹; o en la cueva Pikimachay, en Ayacucho, donde sus pobladores demostraron que en las proximidades del año 6 000 aC habían logrado la primera domesticación de auquénidos ¹³⁰ y hacia el 5 000 aC eran ya probados horticultores de quinua, calabaza, etc. ¹³¹.

Así, al cabo de casi 15 000 años de vida en los Andes, el hombre concluyó lo que Huamán Poma menciona como la Primera Edad, de los Wari Wiracocha Runa –”hombres creados por el Fundador” ¹³². Y se lanzó, en todo el espacio de los Andes, a una nueva etapa.

La agricultura en los Andes

El hombre acumuló sus primeros 15 000 años de historia en los Andes recolectando los frutos silvestres, pescando en ríos, lagos y mares, y cazando en la superficie de la tierra. Para el hombre andino esas primitivas formas de trabajo fueron su primera fuente de conocimiento.

No obstante, la observación de la naturaleza había ido adquiriendo cada vez mayor importancia como fuente de información. Los milenios que transcurridos habían posibilitado al hombre andino descubrir que en la naturaleza se repetían –casi invariablemente– una serie de rutinas: en la vida de los animales y de las plantas, en el clima, en el comportamiento de las aguas y, por cierto, en los variados y asombrosos objetos que tachonaban el firmamento de día y de noche.

El hombre andino había estado observando que en cada valle las plantas se desarrollaban en una determinada época y no en otra; que las que crecían en un valle no siempre crecían en otro. Pero también que los animales se apareaban sólo durante el celo de las hembras, poniendo en evidencia, además, que el nacimiento de las crías tenía relación con la cópula.

Y se había estado percatando también de que las aguas –del cielo y de la tierra– aumentaban, y hasta se encrespaban, en una temporada, y se calmaban en la siguiente: la

temporada de lluvias se sucedía con el tiempo de secano y, en situaciones extremas, las inundaciones cedían el paso a sequías que anticipaban nuevas inundaciones.

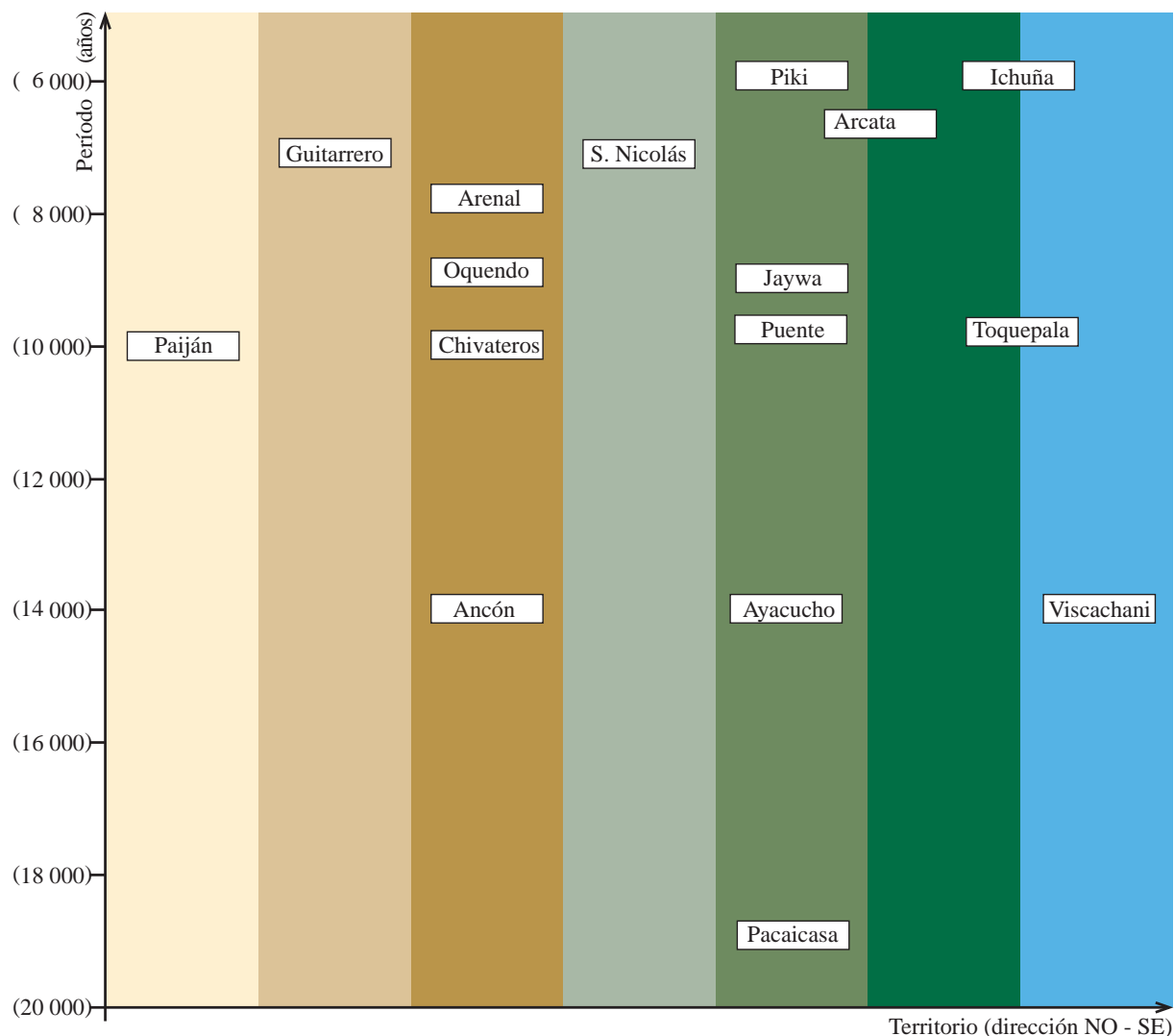
Así, el hombre andino poco a poco llegó a desentrañar algunos de los secretos de cada uno de esos misteriosos ciclos: su duración y el tiempo que separaba un ciclo del siguiente.

Pero el poblador de los Andes descubrió algo todavía más trascendente que la existencia misma de tales ciclos reiterativos. Con agudeza e ingenio, adquirió conciencia de que entre algunos de esos ciclos había relación: la variedad de la fauna estaba en función de la variedad de la flora; la magnitud de las poblaciones animales dependía del volumen disponible de alimentos vegetales; la existencia, calidad y cantidad de la flora y de la fauna dependían de la presencia de sequías, inundaciones o de volúmenes regulares de agua; los flujos del agua marina y fluvial y del agua de las nubes estaban relacionados entre sí y, además, con el ritmo que seguían los astros del firmamento.

Así fue aproximándose el hombre andino al conocimiento de las leyes de la naturaleza. Y, con ello, a la realización de dos de sus más caros objetivos: agricultura y ganadería.

La más antigua agricultura se dio en los Andes, con carácter precursor, y por entonces

Gráfico N° 18
Panorama cronológico andino (20 000) - (5 000) / Sitios



como hecho aislado y extraordinario, hacia el año 7 500 aC, en torno a la cueva de Guitarrero, en el bellissimo Callejón de Huaylas.

El frijol y el ají allí encontrados “son hasta el momento los más antiguos restos de plantas cultivadas” en el planeta –insiste a este respecto el historiador Earle Smith ¹³³.

En otros espacios del territorio andino, hacia el año 5 000 aC, se había alcanzado la domesticación de la quinua y muy probablemente también de la papa ¹³⁴. Algo más tarde

se llegó a domesticar el zapallo, el pallar, la calabaza y quizá también el algodón, la lúcuma y el algarrobo ¹³⁵. Y los primeros animales en ser objeto de domesticación fueron el cuy y la llama ¹³⁶.

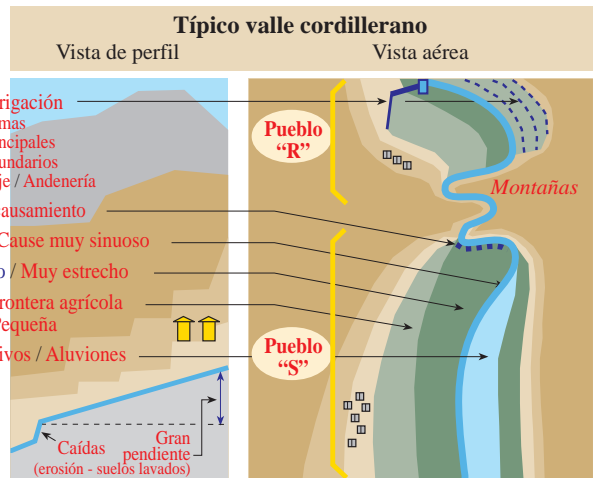
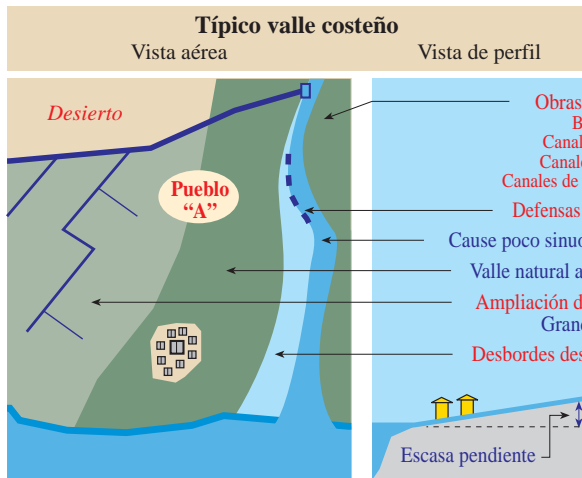
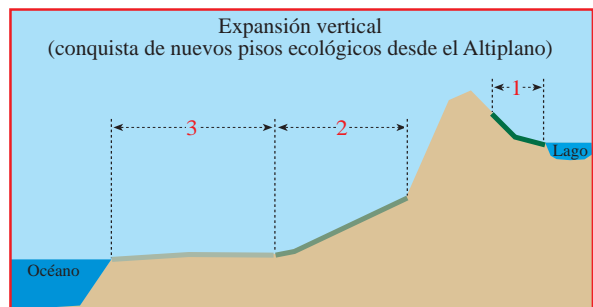
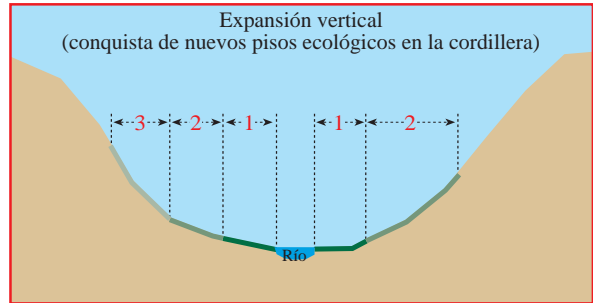
Sin embargo, las primeras versiones de agricultura y ganadería no representaron aún un cambio en la conducta nómada o trashumante del hombre andino, que siguió desplazándose de cueva en cueva. Pero allí donde encontró agua dulce en cantidad suficiente y tierras fértiles para sus primeras

Mapa N° 8

Sitios de Recolección - Caza y de Agricultura Incipiente



Gráfico N° 19
Procesos típicos de expansión territorial



siembras, aunque hiciera falta una cueva aparente, ya estaba el grupo en condiciones de construir artificialmente, en las inmediaciones del terreno por trabajar, sus primeras viviendas: chozas cónicas de troncos y juncos, o de piedra allí donde ésta se encontró en abundancia.

Se trataba, pues, de construcciones muy simples, fáciles de reproducir en cualquier otro lugar a donde el grupo se desplazara.

Los espacios inhabitados eran todavía, al fin y al cabo, abundantes.

La ganadería, la pesca con anzuelo y la agricultura, aunque incipientes, proporcionaron más y mejor alimento.

Pero también mejor vestido, que, con las nuevas viviendas que se fue construyendo, brindaron mayor protección contra las inclemencias del clima. Es decir, las condicio-

nes para el crecimiento poblacional se iban dando progresiva e inexorablemente.

El incremento de la población fue, inadvertidamente, el más notable estímulo para la explotación y el aprovechamiento de las tierras y para el progreso de la agricultura.

Pero sólo cientos de años después de iniciar las primeras actividades agrícolas, los grupos de convirtieron en sedentarios, estableciéndose, invariablemente en los valles, en las inmediaciones de fuentes permanentes de agua dulce. E, invariablemente también, esas primeras ubicaciones coincidían además con tierras bajas, las más ricas y productivas de los valles, como la propia naturaleza, con el mayor verdor de esas áreas, se lo había estado demostrando por centurias.

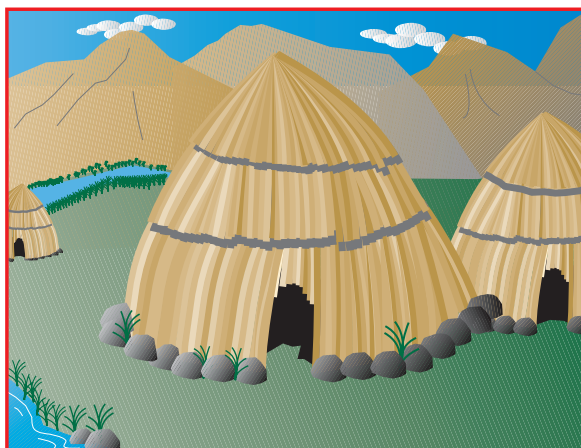
Paulatinamente, conforme las poblaciones crecieron en número, y a medida que los frutos que proporcionaba la agricultura resultaban escasos, los grupos humanos se fueron subdividiendo y ocupando nuevos espacios en el territorio de los Andes, en áreas cada vez más alejadas del núcleo inicial de asentamiento. En la costa, cada vez en las partes más estrechas y altas de los valles, o en las zonas más próximas a los desiertos. Así debió ocurrir, por ejemplo, en el caso de Paiján. En la cordillera, en zonas cada vez más altas y cada vez más abruptas, como debió ocurrir en Lauricocha y Pacaicasa.

Es decir, en uno y otro caso, a cada subdivisión correspondían tierras cada vez menos fértiles, o, si se prefiere, cada vez agrícola-mente más pobres y con menor disponibilidad de agua.

En tanto nómades, los grupos humanos se identificaban fundamentalmente consigo mismos. Convertidos en sedentarios, en cambio, empezaron a identificarse también con el territorio en el que se habían asentado. Para

el nómade sólo era importante el grupo humano dentro del que había nacido, y con el que se desplazaba de un lugar a otro. Por el contrario, para el individuo sedentario, tan importante como el grupo al que pertenecía era la tierra donde había nacido.

Ilustración N° 1 Vivienda primitiva



Con el sedentarismo aparecen el más remoto y primigenio significado de “patria” y el más remoto y primigenio sentimiento de “nacionalidad”: afecto por el territorio donde se nació y en donde nacieron, vivieron y murieron padres, abuelos y otros antepasados; territorio que, para la inmensa mayoría de los miembros del grupo, era el lugar donde previsiblemente habría de transcurrir toda la vida.

Una vez establecido el grupo en un valle, ese punto quedó pues convertido en el centro de expansión e irradiación de los subgrupos en que se fue dividiendo la población conforma crecía numéricamente.

Con la ocupación de nuevos espacios, a través de los subgrupos que se desprendían del grupo original –y con el cual existían relaciones de parentesco–, los individuos se

fueron sintiendo partícipes e identificándose con grupos cada vez más numerosos y con áreas cada vez más grandes.

Pero el sedenterismo no sólo dio origen al sentimiento de nacionalidad y a la ocupación generalmente radial del territorio. La vida sedentaria gestó, además, la aparición de nuevas actividades, de nuevos quehaceres.

En efecto, el uso sistemático de los tiempos libres en la vida sedentaria coadyuvó al desarrollo de otras beneficiosas actividades: tejido, arquitectura y confección de utensilios. No es una simple casualidad, por eso, que en la cueva de Guitarrero, junto con las evidencias de la primera domesticación de plantas se haya encontrado las pruebas del primer esfuerzo del hombre andino por confeccionar bolsas y cestos tejidos, también los más antiguos hasta hoy conocidos en América ¹³⁷.

Las fibras de junco, primero, y el algodón y las lanas de camélidos sudamericanos, después, proporcionaron no sólo mejor abrigo sino también un avance notable para la pesca. A partir del año 4 000 aC ¹³⁸, en efecto, las redes tejidas multiplicaron por mil la captura de peces ¹³⁹.

Ello permitió que fuera en la pesca, muy probablemente, donde por primera vez se dio una producción mayor a la de los requerimientos inmediatos de la población. Ese excedente de producción fue la condición inicial para el intercambio de bienes con otros grupos.

Y como resulta obvio suponer, ese exceso de producción también se dio después en la agricultura y en la ganadería, quizá al principio más que por acción del hombre por acción de la propia naturaleza que, en favorables y fortuitas combinaciones de suelo y clima, permitió cosechas y ganado abundantes.

Más tarde se generaron nuevos excedentes, pero ya por acción conciente del hombre, como resultado del incesante crecimiento de sus conocimientos y de la aplicación de éstos en el mejoramiento de las técnicas agrícolas y ganadería y en la creación de más y mejores herramientas de trabajo.

En ese contexto de progreso continuo y creciente, las viviendas fueron diseñadas cada vez de mayor calidad. Aparecieron también las primeras construcciones para uso de toda la comunidad: centros cívico-religiosos que cumplían también la función de observatorios astro-meteorológicos.

Y se iniciaron seguramente los primeros ensayos que, a la postre, permitieron a la comunidad resolver un sinnúmero de problemas de almacenamiento, de cocción de alimentos y de transporte de líquidos, poniéndose además de manifiesto las que quizá serían las primeras expresiones artístico-religiosas.

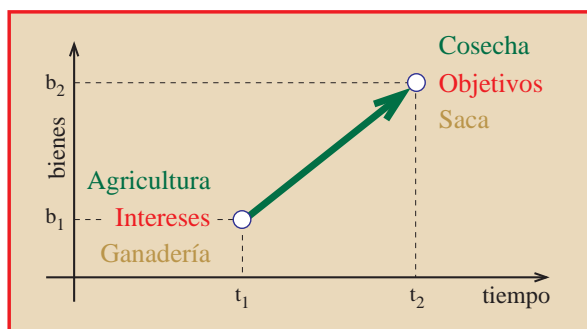
Es decir, si los primeros 15 000 años de vida del hombre andino habían transcurrido –por lo menos en apariencia– dentro de la sencillez y simplicidad de la recolección-caza, en el nuevo período que se había iniciado, habrían de operarse cambios muy significativos, modificándose e incrementándose drásticamente el conjunto de sus intereses y objetivos.

Ciertamente, el territorio, el hato de ganado domesticado y los pastos que lo alimentaban, la tierra de cultivo y el agua que la fertilizaba, las semillas y la cosecha que se obtendrían de la tierra, los bosques, las viviendas construidas, los centros comunitarios, los productos excedentes que serían objeto de trueque –o de almacenamiento para los períodos de escasez–, los tejidos, la cerámica, los instrumentos necesarios para todas y cada una de sus actividades, todo ello, pasó pues a

formar parte del conjunto, ya grande, de intereses que defendía cada uno de los grupos andinos.

Y, por cierto, en ese momento de la historia eran también muy diversos los conocimientos de todo orden que se había acumulado: técnicas agrícolas y pecuarias, técnicas de construcción y de elaboración de cerámica y de tejidos, astronomía, comercio, etc, todo lo cual formaba también parte del patrimonio de cada grupo. Los intereses de cada grupo, pues, no estaban compuestos únicamente por bienes y objetos materiales, sino, además, por conocimientos. Y las creencias religiosas –cada vez más elaboradas– y el idioma completaban el conjunto de intereses que cada grupo andino tenía y defendía.

Gráfico N° 20
Agricultura y Ganadería
como proyectos



Así, el hombre andino fue, paulatinamente, identificándose con todos y cada uno de esos elementos.

El individuo, el grupo al que pertenecía y el conjunto diverso y amplio de los intereses del grupo, constituían una identidad. Cualquier sustracción o fraccionamiento de ese conjunto atentaba contra los intereses del grupo.

Mas no sólo eso. Si desde el período anterior el grupo, además de identificarse con sus

intereses, lo hacía también con sus objetivos, esta identidad adquirió mayor consistencia durante la fase de desarrollo de la agricultura y la ganadería.

En efecto, en tanto objetivos inmediatos, la cosecha, en el caso de la agricultura. y la saca, en el caso de la ganadería, afianzaron significativamente la importancia –y familiaridad– que para el hombre andino fue teniendo el futuro –aquello que estaba próximo a ocurrir–, y del que formaban parte, lógicamente, todos los objetivos del grupo.

Desde muy antiguo, el hombre andino, de la misma manera que defendió el mantenimiento de sus intereses, venía pugnando por la consecución de sus objetivos. Y así como huía de todo aquello que afectaba sus intereses, rechazaba todo aquello que le impedía alcanzar sus objetivos.

En otros términos, e independientemente de que se tuviera o no conciencia de ello, de muy antigua data fueron los proyectos que, en beneficio de sí mismo, había diseñado y fue implementando cada grupo andino. O, si se prefiere, en cada rincón de los Andes cada grupo tenía implícitamente diseñado su propio proyecto y lo iba llevando a la práctica.

Todos y cada uno de los proyectos en ejecución suponían, pues, la presencia de un grupo humano –sujeto protagónico y fuerza social–, con intereses por defender y, a partir de la movilización de los recursos disponibles, con objetivos por alcanzar.

Los intereses de dos grupos distintos, aunque podían ser equivalentes, no eran los mismos. Así, cada grupo tenía un hato de ganado, pero no el mismo hato. Cada grupo iba a defender un pedazo de tierra, pero no la misma tierra. Cada grupo defendía su fuente de agua dulce. Cada grupo estaba formando una lengua para comunicarse, mas no la

misma lengua que el vecino, ni las mismas creencias religiosas ni los mismos conocimientos. Tampoco se poseía los mismos utensilios, ni los mismos artefactos. Distintas eran también las costumbres culinarias, de vestido, de música y recreativas.

Así, los hombres de Huaca Prieta, en el valle de Chicama, tenían y defendían su singular conjunto de intereses, que puede resumirse o representarse como I_{HP}. Otro tanto ocurría con los hombres de El Paraíso (o Chuquitanta) en el valle del Chillón, cuyo también singular conjunto de intereses puede representarse entonces como I_{EP}. Y otro tanto para cada uno de cuantos grupos habitaban los Andes en aquel período.

cuando dos grupos pretendían como propio, por ejemplo, un mismo pedazo del territorio limítrofe común.

En estrecha relación con sus intereses, I_{HP}, los hombres de Huaca Prieta tenían diseñados sus propios objetivos: O_{HP}. Así también acaeció con los hombres de El Paraíso y con el resto de los grupos que ocupaban los Andes.

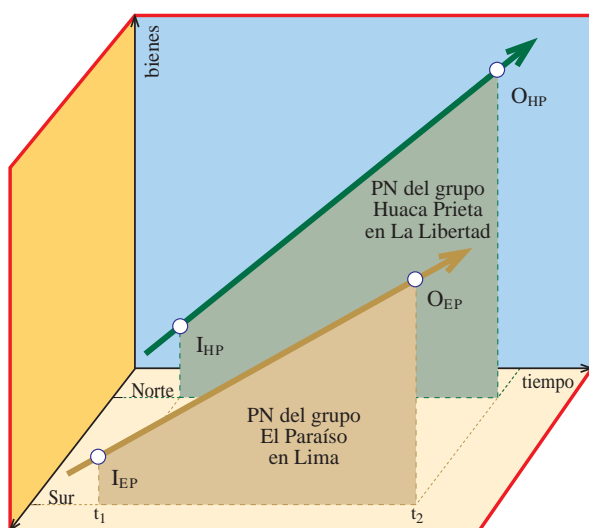
Y como en algún momento del período inicial de ocupación de los Andes algunos grupos se dieron el nombre de *ayllu*, cada *ayllu* tenía entonces, aunque de manera implícita, su propio proyecto.

Esos *ayllus* originales sólo estaban constituidos por conjuntos de familias emparentadas ¹⁴⁰. Sin embargo, con el sedentarismo, producido el establecimiento del *ayllu* en un territorio, el *ayllu* quedó convertido en un grupo en el que, si bien las familias mantenían entre sí relaciones de parentesco, lo predominante pasó a ser la identificación de las distintas familias con el territorio sobre el que se asentaban. Así la comunidad, el *ayllu*, ligado originalmente por vínculos de sangre, devino en entidad territorial económica ¹⁴¹.

En el proyecto de cada *ayllu* la propiedad sobre la tierra y el trabajo necesario para hacerla producir eran colectivos. Así como era común también el usufructo de los pastos, aguas y bosques que había en ese territorio. En el proyecto de los *ayllus* quedó bautizada como *ayni* la actividad comunitaria que ejercitaba el grupo en beneficio de sí mismo: sea para cultivar la tierra o extraerle sus frutos, o para construir todo cuanto beneficiara al grupo: viviendas, centros comunales, etc.

La aparición de la agricultura, que no ocurrió al mismo tiempo en todo el espacio andino, representó una gigantesca transformación. Según Barraclough, “significó que

Gráfico N° 21
Proyectos Nacionales simultáneos

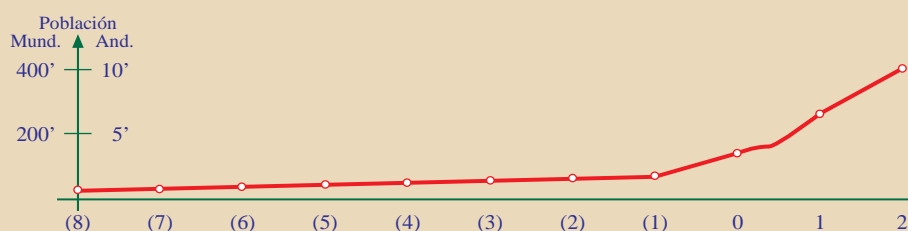


No podía darse la circunstancia de que dos o más grupos compartiesen íntegramente el mismo conjunto de intereses. Aunque sí podían tener uno o más intereses en común: idioma, conocimientos y/o religión, por ejemplo.

Dicha comunidad de intereses no era necesariamente conflictiva. Pero podía serlo

Cuadro N° 1
Evolución probable de la población andina (20 000) - (2 000)

Período	Año aC	Población (miles)	Tasa por siglo b/
Recolección y caza	(20 000)	40 a/	-
	(19 000)	44	1,00
	(18 000)	49	1,00
	(17 000)	54	1,00
	(16 000)	60	1,00
	(15 000)	66	1,00
	(14 000)	73	1,00
	(13 000)	80	1,00
	(12 000)	80	1,00
	(11 000)	98	1,00
	(10 000)	108	1,00
	(9 000)	122	1,18
	(8 000)	135	1,06
Agricultura incipiente	(7 000)	149	0,96
	(6 000)	162	0,87
	(5 000)	180	1,06
	(4 000)	198	0,96
	(3 000)	216	0,87
	(2 000)	433	7,18



- a/ Para efectos de cálculo, se ha supuesto esta cifra como el acumulado de las migraciones asiáticas iniciales que arribaron al territorio andino.
- b/ Se asume la tasa de crecimiento que, para la población mundial, presenta el “Gran Atlas Salvat” (Tomo 7, p. 316). Sin embargo, los períodos con tasas negativas en aquélla han sido corregidos extrapolando las cifras de los períodos adyacentes.

se podía mantener, en un área similar, 25 veces más personas con la agricultura”¹⁴² que mediante la recolección caza. La agricultura supuso el desplazamiento de la actividad de recolección caza; la aparición de las primeras especializaciones; el desarrollo de subgrupos y consiguientemente de subproyectos en cada *ayllu*, etc.

La concurrencia en el tiempo de tantos y tan bruscos cambios desarrolló dos tipos de

contradicciones: dentro de cada grupo y entre los distintos grupos.

Supuso, efectivamente, un incremento muy significativo en los volúmenes disponibles de alimentos para el hombre. Pero también una mejoría en la calidad de su dieta alimenticia. Por añadidura, mejoró también el abastecimiento y la calidad de la dieta alimenticia del ganado, con lo que las poblaciones animales se incrementaron, redundan-

do en una mayor y mejor disponibilidad de comestibles para el hombre. Al mejorar la calidad de la dieta, mejoraron los estándares de salud disminuyendo la mortalidad: la tasa de aumento poblacional acaso se multiplicó varias veces.

Permítasenos aquí una nueva dilucidación aclaratoria. Virtualmente nunca antes se ha dado cifras en torno a la población andina del período precolombino. Ello ha constituido, sin duda, una de las más significativas omisiones de la historiografía tradicional: impedía tener una idea, aunque fuera en órdenes de magnitud, de la cuantía y fuerza demográfica de los pueblos que interactuaban construyendo el mundo andino.

Así, con el propósito de llevar ese vacío, asumimos, como punto de partida, una verosímil población inicial de 40 000 habitantes para el 20 000 aC (que eventualmente puede incluso ser excesiva para el área del territorio peruano), y trabajado con la forma de la curva (o tendencia y tasas periódicas) de crecimiento de la población mundial en sus estadios iniciales, y, como dato final, el también verosímil y generalmente aceptado dato de una población de diez millones de habitantes hacia el siglo XV dC.

En todo caso, nada ni nadie ha sugerido ni mostrado nunca que la población andina tuviera en su fase inicial características diferentes al resto de la población mundial, como para que en ese período tuviera otras tasas de crecimiento y menos aún sustancialmente distintas a las del promedio del mundo.

Los datos que se obtiene –mostrados en este y otros cuadros más adelante–, son absolutamente referenciales. A lo sumo importa el orden de magnitud que insinúan para cada momento histórico. Y asumiendo, gruesamente, que su distribución en el territorio era porcentualmente semejante a la de hoy, per-

mitirá acercarnos cuantitativamente a las muy probables dimensiones de cada uno de los más importantes pueblos de entonces. Mas adelante volveremos sin embargo sobre este aspecto tan importante.

De otro lado, se produjo una notable alteración en la composición social. Poco a poco, al interior de los grupos humanos, habían ido apareciendo cada vez más individuos que se dedicaban a la agricultura. Estos eran los elementos social y tecnológicamente de vanguardia.

No obstante, al inicio del proceso, necesariamente eran más numerosos y tenían todavía preeminencia dentro del conjunto los recolectores–cazadores. Paulatinamente, sin embargo, y a medida que la actividad agrícola mostraba sus excelencias, fueron siendo cada vez más numerosos los agricultores. Llegó así un momento en el que ambos grupos eran igualmente numerosos.

Aun cuando el proceso debió ser muy prolongado –quizá hasta de siglos–, la definitiva preeminencia político–social de los agricultores probablemente sólo fue conquistada con violencia, que adquirió quizá caracteres más graves y drásticos en unos grupos que en otros. Entre los recolectores–cazadores continuó, inexorablemente, el proceso de disminución numérica hasta que finalmente no quedó nadie que se dedicara a esa actividad.

La tarea agrícola dio paso a la aparición de las actividades productivas especializadas. En el período anterior, cuando las diferencias dentro de cada grupo sólo se justificaban en razón del sexo y edad de los individuos, todos los productores habían sido recolectores–cazadores. Con la aparición de la agricultura, en cambio, dentro del conjunto de los agricultores fueron surgiendo las personas que poco a poco dejaron el trabajo

directo de la tierra hasta asumir, a tiempo completo, la tarea de desarrollar los conocimientos indispensables para potenciar esa actividad.

Habría sido imposible materializar el desarrollo y uso generalizado de la agricultura sin dominar el conocimiento del manejo del recurso complementario indispensable: el agua de riego e incluso el agua de las lluvias. Con los agricultores empezaron a alternar entonces los primeros e importantísimos especialistas: astro–hidro–meteorólogos.

Paulatinamente, a medida que sus conocimientos eran más precisos, y, por ello, sus predicciones –astronómicas, hidrológicas y meteorológicas– más certeras, fueron alcanzando un justificado mayor prestigio.

Quizá más drásticamente de lo que ocurría en otras latitudes del planeta, en el territorio andino, tanto en los valles de la costa como en los de la cordillera, las alteraciones de los flujos de agua responden a múltiples variables: la posición de los astros –Sol, Tierra y Luna, fundamentalmente–; la presencia dominante y recurrente de las dos variantes del fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur que generan, respectivamente, mayor abundancia de lluvias o su escasez; la temperatura, que provoca mayor o menor evaporación; el tipo y la altura de las masas de nubes originadas en el Atlántico, que cuando, ocasionalmente, remontan por encima de la cordillera generan grandes precipitaciones en los Andes; el congelamiento de los cultivos –“helada”–; la propia altura de la cordillera; la calidad de los suelos y su capacidad de retención de líquido; la presencia o no de corrientes acuíferas subterráneas; etc.

La concurrencia y combinación de varios o muchos de esos factores explica la existencia de ciclos con períodos de abundancia de

agua para la agricultura que se alternaban con períodos de escasez. Ciclos cuyos mínimos y máximos no son siempre iguales. Ciclos con pequeñas fluctuaciones. Ciclos con grandes fluctuaciones cuyos mínimos de agua generan sequías exterminadoras y ciclos con excesos de agua que producen catastróficas inundaciones.

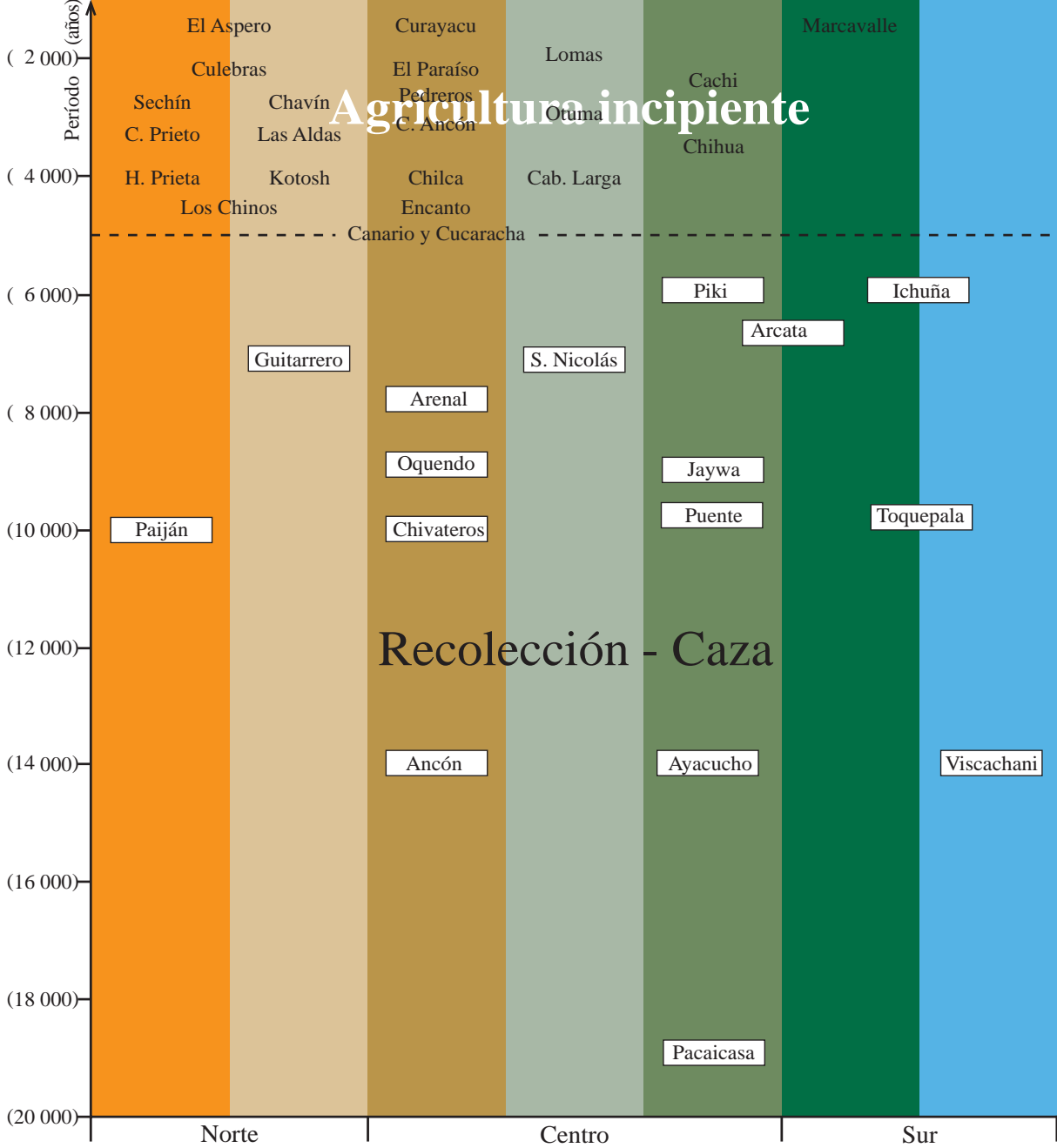
Por todas esas razones, acceder al conocimiento cabal de ese recurso tan importante y tan cambiante, era, sin ninguna duda, un logro muy alto. Dentro de cada grupo sólo pudieron alcanzarlo aquellos individuos que se dedicaron largas horas y temporadas en contemplación y observación de la naturaleza.

Al iniciarse la trascendental fase de agricultura en los Andes, la única especialidad fue, quizá pues, la de los nombrados astro–hidro–meteorólogos. Los agricultores se dedicaban a otras actividades sólo complementariamente: textilería, alfarería, construcción, etc.

Cada una de éstas, sin embargo, incubaba una nueva especialización que, a la larga, por fin se fue dando. Cada vez más personas dentro del *ayllu* dejaron de tener la agricultura o ganadería como actividad principal. Poco a poco se fueron especializando los constructores, ceramistas, tejedores. Así, la población dedicada a ocupaciones no agrícolas y ganaderas fue creciendo. Y en esos sectores de la población fue concentrándose el mayor prestigio y, con él, el poder de decisión dentro del *ayllu*.

En el período anterior, de recolección y caza, la jerarquización establecía una diferencia episódica y transitoria entre los integrantes de los *ayllus*. Porque, muy posiblemente, los puestos jerárquicos fueron rotativos. Con la aparición de la agricultura, sin embargo, es posible que los puestos

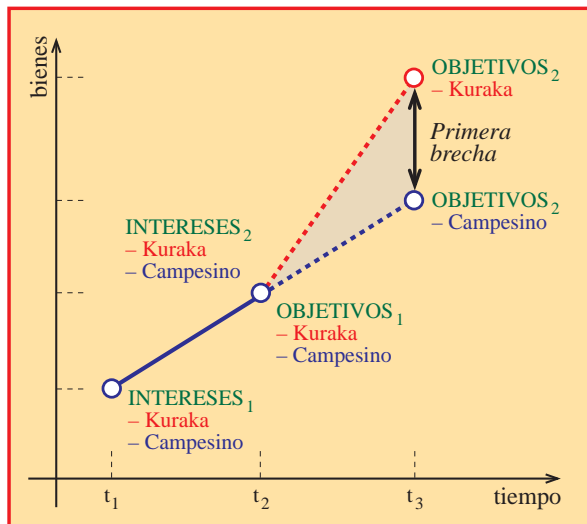
Gráfico N° 22
Panorama cronológico andino (20 000) - (1 500) / Períodos y Sitios



jerárquicos, en tanto se fueron también especializando, adquirieron la condición de estables. Y, muy probablemente también, y desde el principio, la máxima jerarquía recayó sobre los prestigiados astro-hidro-meteorólogos.

No obstante, durante esta fase de agricultura incipiente, la desigualdad social entre subalternos y jefes *-kurakas-* no era todavía muy acusada ¹⁴³. Puede así sostenerse que entre unos y otros había una perfecta comunidad de intereses y objetivos.

Gráfico N° 23
Primera diferenciación social:
proyectos resultantes

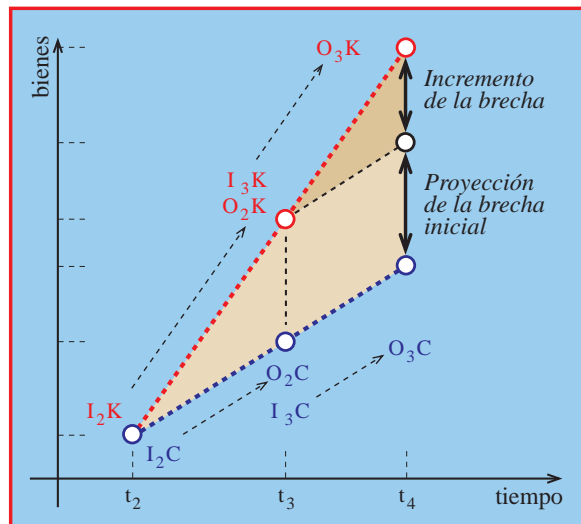


Sin embargo, cuanto más complejo se volvió el trabajo administrativo, tanto más se desligó el *kuraka* de las tareas inmediatas de la producción, ocupándose el resto del *ayllu* del trabajo agrícola y ganadero que correspondía a aquél ¹⁴⁴. Entre el *kuraka* y la gente común se fue dando un intercambio de distintas formas de actividad: el *kuraka* entregaba trabajo administrativo y, a cambio, recibía los frutos del trabajo productivo de la comunidad.

Al principio esas relaciones de intercambio fueron simétricas. El agricultor proporcionaba alimentos y abrigo a cambio de dirección e información hidro-meteorológica útil, en proporciones tales que ambos obtenían beneficios materiales equivalentes.

Con el tiempo, sin embargo, el intercambio fue haciéndose asimétrico. El *kuraka* –jefe jerárquico, pero también especialista astro-hidro-meteorólogo– alcanzó a ser beneficiario del *ayni* para la construcción de su vivienda y para la parte del trabajo agrícola y ganadero que le correspondía, pero sin par-

Gráfico N° 24
Segunda diferenciación social:
proyectos resultantes



ticipar, recíprocamente, en la construcción de las viviendas ni en la parte del trabajo productivo en beneficio de los otros ¹⁴⁵.

Cuanto más numeroso se fue haciendo el *ayllu* tanto más beneficios fue adquiriendo el *kuraka*: en alimentos, vestidos, vivienda, utensilios. Y, para cuando aparecieron los primeros privilegios, al *kuraka* correspondió el de tener varias mujeres, ataviarse con joyas y disponer de servidores personales, entre otros.

Es decir, si al comienzo todos en el *ayllu* tenían los mismos intereses y objetivos, con el tiempo habían aparecido dos conjuntos distintos de intereses: el que tenía y defendía el *kuraka* –y con él otros especialistas–, y el que tenía y defendía el hombre común.

El conjunto de intereses que tenía y defendía el *kuraka* era mayor que el de los restantes componentes de la población. Y si los intereses ya no eran iguales, tampoco lo eran pues los objetivos. Pero, más aún, se habían gestado las condiciones para que la

brecha de intereses fuera cada vez más acusada.

En la práctica, pues, al interior de cada *ayllu* se fueron incubando dos proyectos distintos: el del grupo dirigente y el del resto de la población. Mas aún no eran proyectos contradictorios.

En cada *ayllu*, frente a la posibilidad de elegir entre dos subproyectos alternativos, el sector dirigente, sin duda, optó por el propio. Una evidencia de ello es el hecho de que, en el contexto de aparición de la agricultura, el territorio de los Andes se pobló, de manera repentina y brusca, de desproporcionados y costosísimos “centros ceremoniales – observatorios astro–meteorológicos” que demandaron los especialistas ¹⁴⁶.

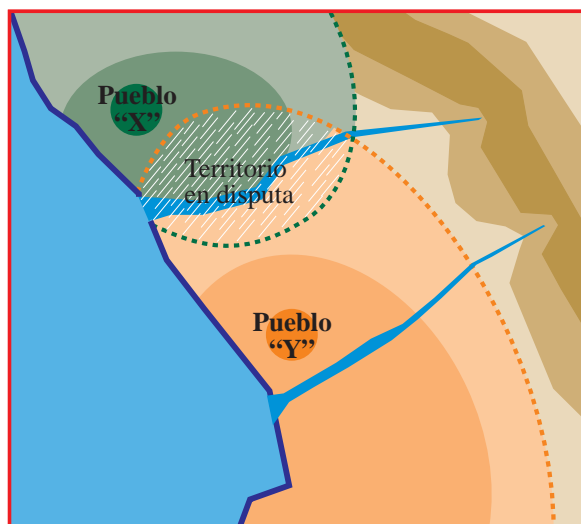
Mas los distintos proyectos no eran todavía contradictorios porque de la inversión realizada en tiempo y esfuerzo para erigir tales monumentales obras usufructuaba tanto el grupo dirigente como el resto de la población, que obtenía así valiosa información.

Por último, conjuntamente con la aparición de la agricultura se acrecentaron los conflictos entre distintos grupos que ocupaban el territorio andino.

La mayor disponibilidad de productos alimenticios había generado aumento de la población. Esto, a su vez, había causado una mayor demanda de alimentos que obligó a trabajar nuevas tierras.

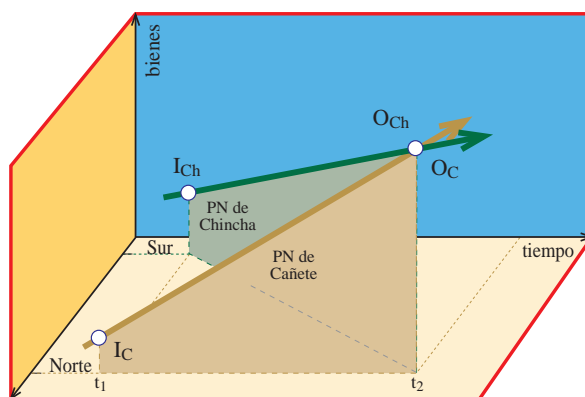
Así fueron creciendo los territorios trabajados hasta que los confines de un pueblo se toparon con los del vecino. De allí en adelante, una misma porción de tierra formaba parte de los conjuntos de intereses o, eventualmente, de los conjuntos de objetivos de dos –o incluso más– grupos o pueblos. Así,

Gráfico N° 25
Expansión territorial conflictiva



sea como disputa de intereses, o como disputa de objetivos, toda expansión territorial tenía que ser conquistada por la fuerza, con la guerra.

Gráfico N° 26
Proyectos Nacionales conflictivos



Y no solamente hubo violencia y demostraciones de fuerza. En muchas ocasiones, el enemigo derrotado no sólo perdió una parte o la totalidad de sus tierras. Sino que, durante un largo período, los prisioneros de los pueblos derrotados fueron canibalizados y exterminados ¹⁴⁷, tal y como parece haber

ocurrido, por ejemplo, en Curayacu (Lima), El Aspero (Supe), Guitarrero (Callejón de Huaylas) y Huaca Negra (Virú).

Probablemente no sea una simple coincidencia que todos estos territorios fueran parte del espacio costero que, como más de un indicio sugiere, habrían disputado los *sechín* con los *chavín*, y que definitivamente caería más tarde dominado por éstos últimos.

Eventualmente, pues, las prácticas de canibalismo se hayan dado en el contexto de la disputa *sechín-chavín*. No obstante –aun cuando se desconoce a ciencia cierta si las prácticas de la costa son o no más antiguas–, en la cordillera también se ha encontrado evidencias de canibalismo: Huacaloma (Cajamarca), Pachamachay (Junín), Pukara (Puno).

Es decir, en prácticamente todas las grandes áreas del territorio andino se ha encontrado evidencias de canibalismo: porcentajes significativos de restos de huesos humanos entre los restos de comida ¹⁴⁸. Aun cuando no hay datos precisos sobre cuán antigua fue esta práctica en el territorio peruano, su mayor incidencia en la costa y como veremos más tarde, el probable origen *centroamericano-africano* de los *sechín*, permiten conjeturar que ella podría haber sido introducida por éstos.

A través de la guerra, del exterminio y el canibalismo, los distintos grupos en los Andes iniciaron un largo camino en el que otros hombres, o mejor, otros pueblos, iban a ser el más importante obstáculo para la concreción del proyecto implícito que cada uno de ellos llevaba adelante. La naturaleza, pues, había dejado de ser el único reto a enfrentar y vencer.

Todo parece indicar que este período de desarrollo inicial de la agricultura corres-

ponde, en la tradición de las Cuatro Edades que recogió Huamán Poma de Ayala, a la que denominó Segunda Edad: *Wari Runa* –“Hombres Fundadores” ¹⁴⁹.

Gestación de las naciones andinas

Dos gigantescos pasos había dado pues el hombre andino en los primeros 18 000 años de su historia: había ocupado prácticamente íntegro el territorio, y sentado las bases de un explosivo desarrollo técnico en muy variadas facetas de actividad. Pero, por encima de todo, había logrado poner en producción un territorio muy poco dotado e incluso inoperante para la agricultura ¹⁵⁰.

El salto de la cultura de agricultura incipiente a la cultura de agricultura desarrollada, pudo ocurrir de distintas modalidades. En algunos casos pudo gestarse en el seno del mismo pueblo. De manera autónoma –aunque probablemente traumática–, pasaron pues de una a otra. Otros pueblos pudieron experimentar el tránsito a la sombra de la dominación que ejerció un vecino conquistador. Con muchos otros pudo ocurrir que accedieron a la agricultura desarrollada y a las grandes culturas andinas a través del intercambio pacífico, de la influencia directa de los vecinos inmediatos –de espacio y/o tiempo–, o de la influencia indirecta de más poderosos vecinos mediatos.

Los *ayllus*, cada uno más numeroso que otro, albergaban ahora a varias generaciones y numerosas familias, entre las que había relaciones de parentesco, aunque cada vez más débiles y lejanas. Así, transformados en *ayllus* territoriales, terminaron constituyendo organizaciones mayores: tribus, primero,

grandes pueblos, después, y finalmente naciones poblacionalmente grandes.

Debe sin embargo además destacarse que, más claramente que en el período precedente de agricultura incipiente, ahora los pueblos, conciente y deliberadamente, decidían más y mejor la ubicación de sus centros poblados, que cada vez serían más grandes.

Seguramente que, como en el caso del tránsito de la recolección–caza a la agricultura incipiente, la consolidación de la agricultura desarrollada fue traumática, pudiendo haber estado cargada de violencia. Ello probablemente ocurrió en los pueblos donde los nuevos especialistas agrarios –portadores de novísimas soluciones técnicas–, no pertenecían al grupo dirigente.

La habilidad de los innovadores y la puesta en práctica de sus ideas invariablemente reportaba prestigio, y éste, a su vez, más temprano o más tarde, reportaba un sustancial incremento de poder. Pero los pequeños grupos dirigentes, seguramente, no deseaban ni estaban dispuestos a perder una parte y menos aún todo el poder, ni a cederlo gratuitamente a nadie, habida cuenta de los aún pequeños pero significativos privilegios que implicaba.

El conflicto, el enfrentamiento interno, debió ser en esas circunstancias insoslayable.

Difícilmente podía evitarse. Y habría traído consigo violencia. Y habría significado la aparición de un nuevo liderazgo y la cancelación, e incluso quizá hasta el exterminio del grupo dirigente sustituido. En muchos casos, como puede suponerse, el nuevo liderazgo se ejerció desde la sede de residencia del grupo triunfador.

Resuelto el enfrentamiento, los pueblos crecieron y se desarrollaron. Pero no aislados entre ellos, ni con el mundo que los circundaba en los Andes. Los pueblos tuvieron siempre contacto con sus vecinos. Los hombres que habitaban las fronteras fueron la avanzada que entraba en relación –esporádica en unos casos y frecuente en otros– con los pueblos vecinos.

En este estadio de la historia ni los desiertos de la costa, ni las cumbres nevadas, como tampoco las profundas gargantas y sus torrencios ríos, ni el océano Pacífico resultaban ya obstáculos infranqueable. Como tampoco lo fue la enmarañada selva amazónica.

Esos elementos de la naturaleza, fronteras naturales entre los pueblos, terminaron permeabilizados por la acción creadora del hombre. Las fronteras naturales se cruzaron por simple afán de aventura, unas veces; o para ampliar los conocimientos, en otras ocasiones. También comenzaron a remontarse para intercambiar bienes. Y, claro está, muchas veces, con fines expansivos.

Centroamérica, la zona ecuatorial y el bosque amazónico se hicieron presentes en los Andes centrales en las formas más variadas.

Así, las técnicas líticas y de construcción de los *sechín* y de los *chavín* pudieron haber estado influidas por los *olmecas* centroamericanos –como por demás, y como veremos, parece obvio–. Las técnicas cerámicas y re-

presentaciones religiosas de los antiguos *cajamarcas* en Condorhuasi fueron influidas aparentemente desde la cultura Valdivia de Ecuador. Los antiguos *chimú* tomaron una serie de giros idiomáticos originarios la selva tropical. El contacto con los vecinos fue, pues, una realidad. Y enriqueció la vida de los pueblos andinos.

En la costa norte –como claramente lo insinúan los datos que se ha representado en el Mapa N° 9– múltiples testimonios dan cuenta de la existencia en formación de la que a la postre habría de ser la nación *chimú*, constituida fundamentalmente –como proponemos–, por los pueblos *mochica* de Lambayeque, y *moche* de La Libertad. La similitud fonética de los tres nombres es har- to sugerente de una mutua y fuerte filiación que –como veremos– no era sólo lingüística.

Eran los herederos directos de los viejos recolectores–cazadores de Paiján (ver Mapa N° 7). Y herederos también de quienes habían ensayado la agricultura incipiente en Huaca Prieta (en la zona costera del valle de Chicama) y en Cerro Prieto y Los Chinos, todos en La Libertad (ver Mapa N° 8).

En éste, el período de agricultura desarrollada, el pueblo *mochica* se desarrollaba en las estribaciones cordilleranas en Chongoyape y, en la costa, en otros puntos de los pequeños valles de Lambayeque.

Y ligeramente más al sur, el pueblo *moche* se desarrollaba, entre otros asentamientos: en Cupisnique, en la zona costera del valle de Chicama, y Salinar, en la parte alta del mismo; Caballo Muerto, en el valle de Moche; Guañape y Gallinazo, en el valle de Virú; todos en La Libertad, y; Punkurí y Cerro Blanco, en el valle de Nepeña, en Ancash.

¿Cada pueblo una cultura?

Nuestra propuesta de que en estos asentamientos agrícolas se estaba dando forma a los pueblos *mochica* y *moche*, y de que éstos a su vez estaban dando forma a la nación *chimú*, es esencialmente distinta a las inconsistentes y desestructuradas versiones historiográficas más difundidas. Procuraremos pues presentar lo más claramente posible nuestra hipótesis.

No puede sin embargo dejar de explicitarse antes que una de las mayores observaciones que debe hacerse a la historiografía tradicional andina, es el de haber presentado en compartimentos estancos la vastísima información arqueológica encontrada en el territorio andino. En efecto, virtualmente no se hace ningún intento de relación entre los pobladores que, en un mismo territorio, se sucedieron en el tiempo dando forma a distintas culturas.

Quizá los ejemplos paradigmáticos nos lo proporcionan José Antonio Del Busto en su difundido texto *Perú Preincaico*, y la novísima y costosa edición de *Culturas Preincaicas* que, en estos días (agosto del 2000), en forma de fascículos y con la colaboración de muchos historiadores modernos, viene publicando en Lima el diario “El Comercio”.

En dichos textos –como en casi todos–, aun cuando claramente aparecen ocupando el mismo territorio en distintos momentos de la historia, nada vincula a los hombres de Paiján con los habitantes de Cerro Prieto y Huaca Prieta, por ejemplo; ni a éstos con los de Cupisnique y Salinar; ni a éstos con quienes concretaron la Cultura Moche; ni a éstos, por último, con los protagonistas de la Cultura Chimú. Simple y llanamente se les presenta como culturas distintas que se superponen en el mismo territorio pero sin

antecedentes, o relación con sus predecesores; y sin proyección, o relación con sus descendientes.

A unos y otros se les hace aparecer en el territorio –y en la Historia–, sin que se explique cómo y de dónde surgieron. Y de igual manera se les hace desaparecer –del espacio y de la Historia–.

¿Habían muerto todos habitantes de la ocupación precedente, de allí que no se les vincula con la que le sucedió en el mismo espacio? Si se postula que así habría ocurrido, ¿no significa eso, implícitamente al menos, el muy probable absurdo de que cada vez que apareció una cultura se inició poblacionalmente de “cero”?

Muerte y exterminio en la historiografía

De la lectura de la mayoría de los textos de la historia andina queda la extraña sensación –nunca aclarada por los autores– de que muchos pueblos aparecieron y desaparecieron –del mapa y de la historia– como por encanto y sin explicación.

Como si en un determinado momento, la muerte, como un fortísimo y trágico huracán, hubiera arrasado y eliminado a todos sus habitantes. Así, las tierras ocupadas por éstos habrían quedado por algún tiempo baldías. Y, como por encanto, un nuevo pueblo, numeroso –y cuya procedencia casi siempre se deja en el misterio–, con una cultura distinta, pero coincidentemente siempre “superior” a la del pueblo que se esfumó, ocupa de pronto las tierras de éste.

Ni por un instante se suponga que estamos exagerando. Veámoslo pues rápida-

mente. Ningún historiador duda que la historia antigua del Perú se sustenta, fundamentalmente a su vez, en por lo menos la historia de los siguientes grandes pueblos: *chavín*, *paracas*, *nazca*, *mochica*, *moche*, *inka* y *kolla*. Pues bien, salvo para casos excepcionales, la mayoría de los autores por lo general no explicita cómo y de dónde surgieron esos pueblos. ¿Fueron acaso “adanes” sin padre, y sin madre que los alumbrara?

Y, salvo en el caso del pueblo *inka*, en el que la conquista española resulta inocultable e insoslayable, generalmente tampoco se explicita con claridad cómo y por qué aquellos otros dejaron de estar presentes en la historia. ¿Desaparecieron del mapa sin huella ni rastro? Si así hubiera ocurrido, ¿cómo y por qué desaparecieron?

Del Busto, que probablemente es uno de los historiadores peruanos más publicados y leídos, no tiene reparos en afirmar, por ejemplo: “Así como murieron sus hombres murió también la Cultura Chavín (...) se ignora cómo murió...”¹⁵¹; ni en concluir luego su capítulo sobre la Cultura Mochica con la expresión: “El Intermedio Temprano agoniza y se impone el Horizonte Medio”¹⁵². Más adelante veremos que expresiones como “agoniza” y “se impone” resultan sólo elipses retóricas que encubren y retacean la verdad.

Tampoco es posible construir nuestra historia prescindiendo de Wari: nada menos que uno de los imperios que se impuso en una enorme proporción de los Andes. No obstante, los textos no explicitan claramente qué pueblo fue el protagonista del mismo. Menos pues pueden decirnos cómo y de dónde surgió. Mas tampoco nos informan qué ocurrió finalmente con él a la caída del imperio.

Del Busto, por ejemplo, culmina el capítulo sobre la Cultura Huari (Wari) diciendo:

“Empieza una nueva época. Es el Intermedio Tardío que nace por muerte del Horizonte Medio”¹⁵³.

La historiografía tradicional como también veremos más adelante, sin rubor ni escándalo, con dudosa escrupulosidad y aún más dudoso rigor científico, no sólo ha redactado las actas de defunción de dos de aquellos a los que llama “horizontes”. También ha hecho desaparecer, conjuntamente con sus culturas, civilizaciones e imperios, a prácticamente todos y cada uno de los grandes pueblos que hicieron la historia antigua del Perú.

¿Quiénes han sido entonces nuestros abuelos? ¿Se comprende entonces por qué en el Perú de hoy prácticamente nadie se identifica como *moche-mochica* o *chimú*? ¿Y que nadie se identifique como *chavín*? ¿Y que nadie se reconozcan a sí mismo como *chanka* (o *wari*)? Así, pues, por una nefasta omisión que no tiene atenuantes, la historiografía es corresponsable del gravísimo problema de identidad que existe hoy entre nosotros, los *peruanos*.

Sin duda, algunos poco numerosos pueblos pudieron haber experimentado la muerte súbita de todos sus habitantes, quizá a costa de una gravísima epidemia, de un maremoto o de una gran catástrofe telúrica. Otros pudieron haber sido exterminados por algún enemigo. Uno y otro caso, sin embargo, deben haber sido excepcionales, aislados, y que sin duda habrían afectado a pueblos numéricamente muy pequeños.

Con la mayoría inmensa mayoría de los pueblos tiene que haber ocurrido algo distinto: las epidemias, catástrofes, guerras o conquistas militares, refriegas, revueltas o revoluciones, eliminaban a una parte –grande o pequeña, pero una parte al fin y al cabo– de la población. Y en los casos de las guerras y

de las conquistas imperiales, presumiblemente fueron las élites derrotadas y los campesinos–soldados muertos o esclavizados, los sectores más afectados. Pero cualquiera que fuera la causa del descenso poblacional, el resto de la población afectada continuaba viviendo: transformándose autónomamente, o sometido a un pueblo dominante; alternando con otros pueblos, transfiriéndoles y recibiendo elementos culturales. En definitiva: sobrevivieron a las catástrofes.

Hoy se conoce bastante más sobre el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, y su ocasional terrible gravedad. En la época que revisamos, con centros poblados casi exclusivamente de adobe, los eventos más drásticos debieron tener consecuencias catastróficas. Así, es también presumible que, al ver completamente destruidos sus centros poblados y plantíos, muchos pueblos de la costa se hayan visto forzados a desplazarse, aunque dentro de sus mismos valles, reinstalándose en otro espacio. Allí, necesariamente, consumaban la construcción de un nuevo centro urbano.

No debería extrañar, entonces, que –como ocurre hoy después de cada catástrofe–, los nuevos centros urbanos tuvieran configuración distinta a los que fueron abandonados. Ya no eran el resultado del crecimiento natural. Ya no eran agregaciones poblacionales centenarias, informes y desordenadas. Sin que nadie se lo propusiera, se habían creado las condiciones para nuevos diseños urbanos planificados, y en consecuencia, más y bien ordenados.

Mal puede concluirse pues, que necesariamente todo nuevo centro urbano correspondió a un pueblo o grupo humano distinto al anterior. Y, en rigor, tampoco podría hablarse de una nueva cultura, aunque el planificado orden convoque el asombro y desconcierto de los arqueólogos.

Así, hasta con sorpresa, nos encontramos frente a la posibilidad de que el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, no sólo no habría contribuido al presunto exterminio de pueblos y naciones enteras. Sino que, paradójicamente, habría impulsado la aparición de desconcertantes nuevos centros poblados que, sin duda, dinamizaron y terminaron enriqueciendo culturalmente a las poblaciones que habían sido afectadas.

He ahí entonces la importancia de las hipótesis histórico–geográficas contextuales. De lo contrario, seguiremos asistiendo a ver cómo el fenómeno natural afecta y desconcierta, no sólo la historia sino también a la Historia de nuestros pueblos.

Crecimiento poblacional y continuidad creativa

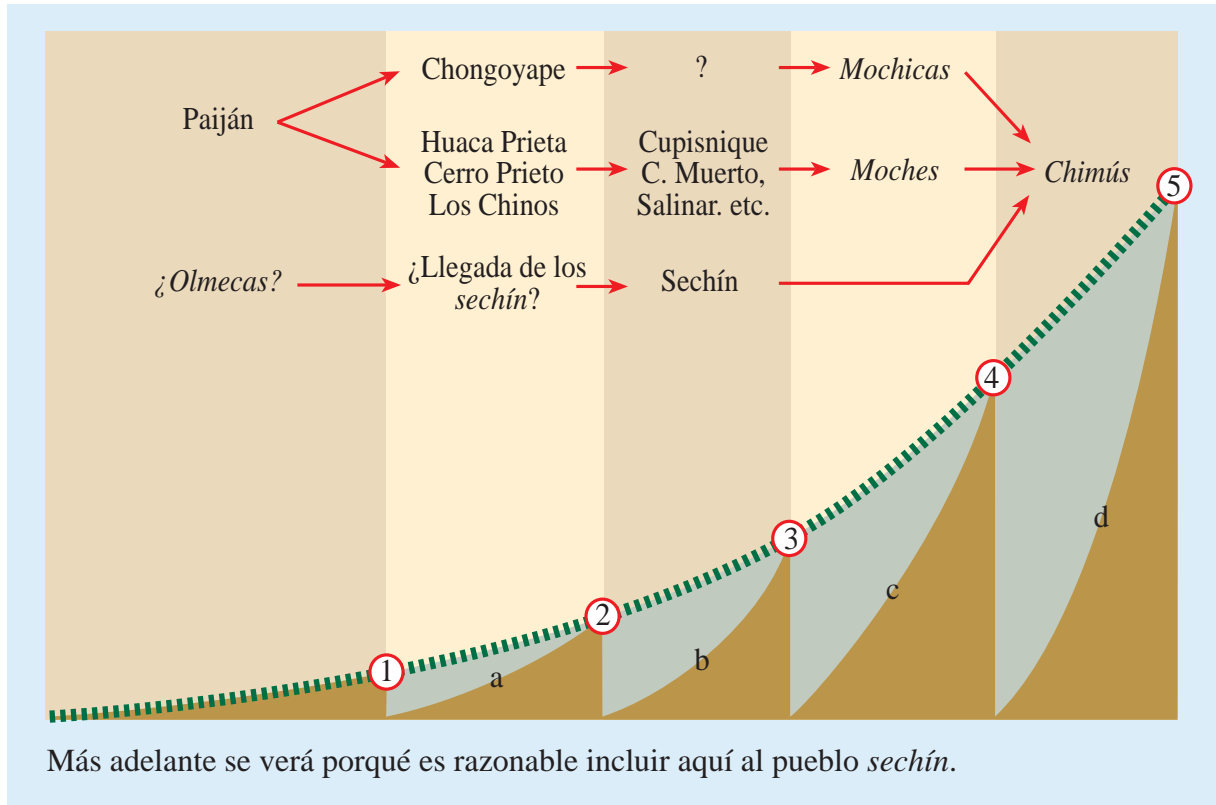
La implícita y sutil pero hartamente presente hipótesis “exterminacionista” –pero que nunca nadie ha osado formular explícitamente– no resiste el menor análisis demográfico.

En efecto, para que el territorio andino tuviera en el siglo XV la población que encontraron los españoles –(5) en el gráfico el Anexo 2, en la página siguiente–, la curva de crecimiento poblacional –en este caso de la nación *chimú* (aunque el criterio es válido para todos los casos de pueblos “exterminados”)– habría sido entonces tan insólita y extraña como la curva dentada del gráfico, tan distinta a la más probable –continua y creciente– marcada en línea punteada (con tendencia o tasas de crecimiento similares a la de la población mundial).

Pero aún más discutible: en cada período la población andina habría tenido tasas de crecimiento tan extraordinarias como las que

Anexo N° 2

Hipótesis de crecimiento poblacional



se señala como “a”, “b”, etc., lo que es sencillamente inverosímil. ¿Qué de extraordinario tenía la población andina para asumir que hubiera tenido sucesivos exterminios seguidos por tasas de crecimiento tan insospechadamente pronunciadas, y distintas a las de la población mundial?

A todas luces es pues más razonable aceptar que hubo continuidad en el crecimiento poblacional, en lugar de drásticas e inexplicables hecatombes demográficas. Ello implica entonces que, por ejemplo en el departamento de La Libertad, las poblaciones que llevaron a cabo la ocupación inicial en Paiján, y las experiencias posteriores de Huaca Prieta, Cerro Prieto y Los Chinos, dieron luego origen a las culturas Cupisnique y Salinar y demás del área, que fueron más tarde objeto de la dominación Chavín, tras la cual la

cada vez más crecida población forma luego la cultura Moche, que fue conquistada por el Imperio Wari, y así se llega a la cultura Chimú y luego a la Inka.

De la misma manera que, siglos más tarde, la cultura de la Colonia se construyó a partir de la población del precedente Imperio Inka, y la de la República a partir de la que quedó a fines de la Colonia.

En síntesis, la sucesión y cambio cultural, con violencia y hasta genocidios de por medio, no habría representado casi nunca el exterminio de la población de la cultura precedente. Si alguna vez ocurrió –en tiempos más bien muy remotos–, debe considerársele la excepción, y no la regla –como errónea e implícitamente se sugiere en la historiografía tradicional andina–.

Las constantes del tránsito cultural

Para el caso que venimos revisando de formación de la nación *chimú* –probablemente idéntico al del resto de naciones andinas–, subsisten sin embargo vacíos de explicación que terminen de dar cuenta de los distintas modalidades como se habrían producido en el tiempo los tránsitos y enlaces entre cada cultura y la siguiente. Y que expliquen que cada nuevo centro de irradiación cultural ha surgido casi siempre en distinta ubicación geográfica que el que lo precedió. Pero hay suficiente información como para postular hipótesis que llenen esos vacíos. Veamos.

Aún tenemos dudas sobre el surgimiento del Imperio Chavín. No está claro si se produjo en un contexto de violencia. Su colapso, en cambio, habría sido un típico caso de revuelta independentista generalizada. El surgimiento del Imperio Wari fue el resultado de cruentas guerras de conquista típicamente imperialistas. Y su destrucción habría sido también un caso de revuelta independentista. A su turno, la formación del Imperio Inka, si bien concretó conquistas “diplomáticas”, en su mayoría fueron cruentas agresiones imperialistas que incluyeron varios casos de despiadado genocidio –como se verá en *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte*–.

El tránsito Imperio Inka, Colonia y República es clarísimo y archiconocido. La Colonia surgió tras la derrota militar y liquidación del Imperio Inka. Y la República tras la derrota militar y expulsión del Perú de las huestes virreinales españolas.

Así, una primera constante de innumerables cambios de posta “culturales”, ha sido entonces la violencia. Conquistadora o independentista, pero igual violencia, guerrera y

militarista. Y para decirlo en otros términos, casi siempre las nuevas culturas surgieron de la mano de las élites militarmente triunfantes.

Por otro lado, en el tránsito Imperio Inka – Colonia se produjo el traslado del Cusco a Lima del nuevo centro cultural y hegemónico. No así en el tránsito Colonia – República. Siguió siendo Lima el centro. ¿Pero acaso quebrando lo que ya asoma como una segunda constante? No, la capital siguió siendo Lima por el hecho de que las principales fuerzas expedicionarias e independentistas vinieron de afuera, pero no a conquistar el Perú sino a contribuir a liberarlo del yugo español.

¿Puede caber alguna duda de que si la élite militar y política independentista hubiera sido nativa, oriunda y residente en Huancaayo, por ejemplo, la capital de la República no habría sido trasladada allí?

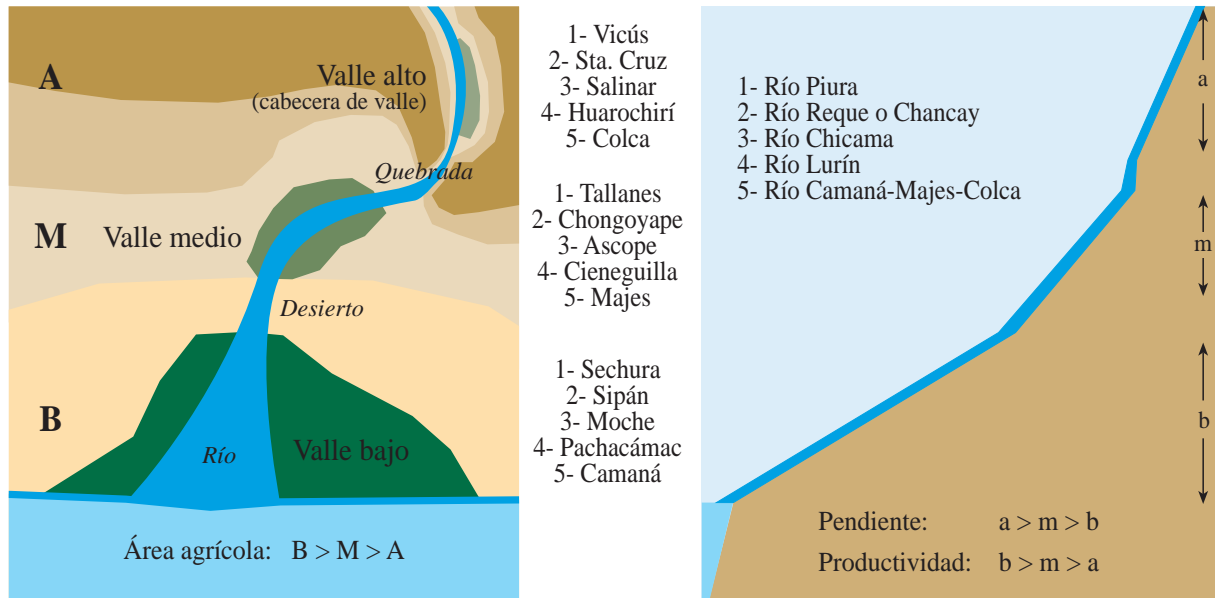
En todo caso, la “historia comparada”, o si se prefiere, el testimonio de muchos de los casos de la vieja historia de Occidente, sí permite precisar que una segunda constante en el paso de una cultura a la que le sigue es la aparición de un nuevo centro físico de irradiación y poder.

Así ocurrió en Egipto, donde hubo hasta tres capitales sucesivas, y en Mesopotamia, donde hubo incluso más. ¿Pero acaso los Andes nativos no experimentaron ostensiblemente lo mismo? ¿Acaso no podría hablarse de tres grandes capitales en otros tantos momentos de la historia andina: Chavín, Wari y Cusco, cada una de las cuales sustituyó a los innumerables centros de poder de los pueblos conquistados?

Por obvio que parezca, debe pues explicarse también entonces la que debe considerarse una tercera constante, porque no necesariamente es parte de la segunda. Cada

Anexo N° 3

Agricultura: fuente de poder y sustento de culturas



nueva cultura nace con el triunfo y consolidación de una nueva élite.

No obstante, las tres primeras convergen en advertirnos –para el caso de todos los pueblos y de todas las naciones andinas–, de la existencia de por lo menos una cuarta constante, la que resumiremos en una palabra: descentralización.

En efecto –si eventualmente para toda la historia andina no fue la única explicación–, resulta bastante razonable asumir que el dinámico surgimiento de sucesivas élites fue una consecuencia de la existencia de muchos centros de poder alternativos y no sólo uno, que es lo característico del centralismo.

Y esa presunta descentralización tendría a su vez una explicación coherente: la agricultura. No sólo porque era –y es– intrínsecamente descentralista (porque de otra manera no puede desarrollarse). Sino porque esa actividad –aunque no hay información empírica que lo sustente–, razonablemente puede

presumirse que ocupaba por entonces al 95% o más de las poblaciones de cada uno de los pueblos y naciones de los Andes.

Quizá la única excepción fue la de los *kollas* altiplánicos, donde un alto porcentaje de la población estuvo exclusivamente dedicado a la ganadería, esto es, a la explotación de su enorme riqueza de auquénidos. Éstos, por alimentarse de un pasto nutricionalmente muy pobre, necesaria e inadvertidamente, obligaban a la dispersión de la población en el altiplano. Así, también la ganadería fomentó la descentralización productiva y poblacional.

Para la mayoría de los pueblos, la agricultura era pues, virtualmente, la única gran actividad productiva. Casi todas las restantes, cerámica, textilería, construcción, etc., eran realizadas no tanto por especialistas, cuyo número seguramente era aún muy reducido, sino por los mismos campesinos –o pastores, en el caso de los *kollas*–, como complemento de sus tareas agrícolas –o ganaderas–.

No obstante, esa característica intrínsecamente descentralista de la agricultura –y la ganadería– aún no explica la generación de grupos de poder. ¿Qué explicaría entonces que dentro de cada pueblo y dentro de cada nación hubiera distintos grupos potencialmente fuertes y capaces en un momento de entrar en disputa con el poder de turno y derrocarlo? ¿Y en su momento el surgimiento de élites independentistas contra los imperios? ¿Y finalmente el surgimiento de naciones poderosas con capacidad para guerrear sucesivamente contra otras y conquistarlas?

Nuestra hipótesis, que aparece entonces como una quinta constante, es que –para todo el territorio y para toda la historia andina antigua–, la esencia de la cuestión está una vez más en la agricultura. Porque era la única actividad productiva capaz de generar excedentes, en consecuencia riqueza, y en definitiva poder, en distintos puntos geográficos, a las distintas etnias y/o grupos más o menos distintos y competitivos de que se componían los distintos pueblos y naciones en formación.

Esa multiplicidad de potenciales centros de poder alternativos, fue sobre todo evidente allí donde un mismo pueblo dominaba dos o más valles, separados por desiertos o montañas que impedían la integración y control absolutos –como nítidamente se verá en más de uno de los mapas que se presenta más adelante–.

En tales casos, que fueron precisa y particularmente los de los *moches*, *mochicas* e *icas*, cada uno de los valles que controlaban, en definitiva, incubaba un grupo de poder que, en un determinado momento, dadas específicas circunstancias, podía, con éxito o sin él, hacer frente al poder central intentando arrebatarle la hegemonía. A ese respecto, no puede considerarse una simple casualidad que, en la historia de esos pueblos, sus dis-

tintos centros de irradiación cultural hayan surgido en valles diferentes. Ni que el poder central se haya intermitentemente desplazado de un valle a otro. En el caso de los *moches*, entre los valles de Chicama y Moche. Y entre los *icas*, entre los valles de Pisco, Nazca y Chincha.

Más aún –como sugiere el gráfico del Anexo N° 3, en la página precedente–, dada la empinada y quebrada topografía por la que atraviesan los ríos andinos –tanto en la costa como en la cordillera–, casi todos crean dos y más valles en su recorrido, mutuamente poco comunicados, ya sea por estrechísimas y empinadas quebradas o por espacios desérticos.

Así, en un mismo valle, lograron desarrollarse centros de irradiación cultural diferentes y/o poderes distintos y alternativos y/o simplemente pueblos distintos, como se muestra para el caso de cinco importantes ríos de la vertiente del Pacífico o de la costa peruana.

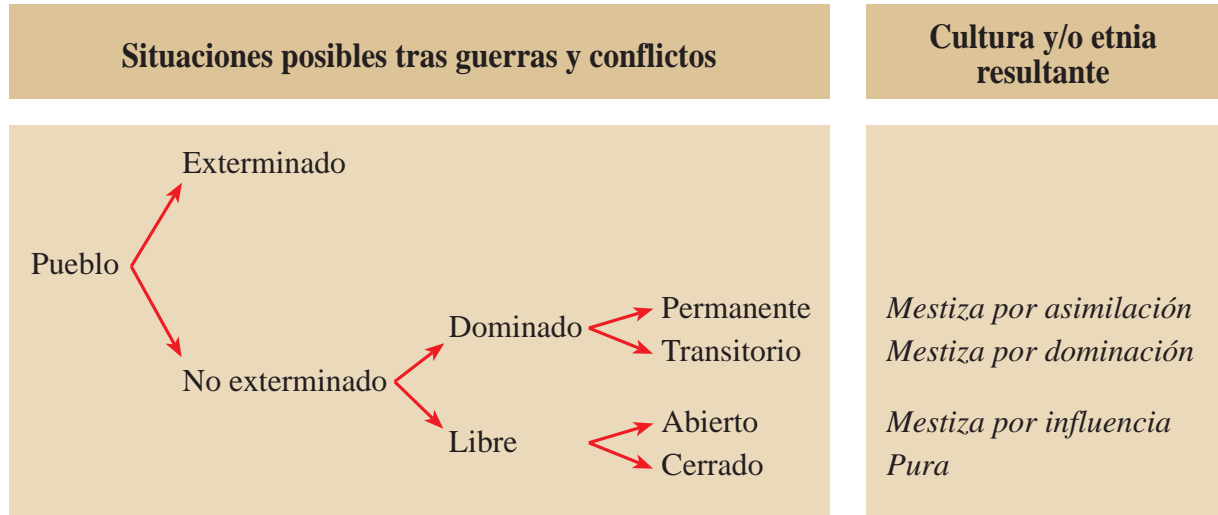
En general –como también sugiere el gráfico–, son los valles bajos los más extensos, productivos y, en definitiva los más ricos. Así, en el caso de los *mochicas*, sobre el río Reque; de los *moches*, sobre el río Chicama; o de los *limas*, sobre el río Lurín; fue cerca a la costa donde finalmente se dio el mayor desarrollo, y donde se concentró el mayor poder, dominándose además a todos los pueblos río arriba del valle. En otros, por accidentes de la naturaleza, son los valles medios los más ricos. He ahí los de Piura, Ica, Nazca y Santa, por ejemplo.

El viejo mestizaje andino

Si el surgimiento de nuevas culturas puede consistentemente relacionarse con la apa-

Anexo N° 4

Hipótesis de mestizaje étnico y cultural



rición y consolidación de élites o grupos de poder militarmente triunfantes, en muchísimos casos el surgimiento de éstos puede relacionarse a su vez con nuevas guerras y conflictos.

Así por ejemplo, Pachacútec, y su grupo familiar *–panaca–*, desplazaron al poder de turno en el Cusco, cuando asumieron el liderazgo militar para enfrentar la amenaza *chanka* en el siglo XV. Y se consolidaron y encaramaron en el poder al cabo de su resonante triunfo militar. Tras ello, es bien sabido, se desató el expansionismo militarista que dio forma al Imperio Inka. ¿No es lícito asumir que procesos de esa misma naturaleza se hubieran dado también antes? En todo caso, resulta una hipótesis más a estudiar.

Está en cambio comprobado hasta la saciedad –en los Andes y en el mundo– que todas las guerras, y mucho más todavía las que conducen a la formación de imperios, han concretado complejos procesos de mestizaje, tanto cultural como étnico. En todas las guerras los triunfadores han sembrado su sangre en infinitas violaciones a las mujeres de los pueblos derrotados y/o conquistados.

Y como hicieron los conquistadores *inkas* y *chankas*, y como puede suponerse también los *chavín*, las guerras triunfantes de los imperios pusieron en práctica masivos y compulsivos traslados poblacionales *–mitimaes–*, injertando grupos enormes de una nación en otra, generalmente muy distante. Qué duda cabe que a éstos les cupo también la tarea de incrementar la fuerza e impacto del proceso de mestizaje étnico y cultural.

Así, finalmente y en líneas generales, como alternativa a la presunta y nunca probaba “desaparición” de muchos pueblos andinos, es posible plantear entonces un esquema como el que se muestra en el Anexo 4.

Los cuatro tipos de formaciones culturales a los que se llega son, sin embargo, sólo los básicos.

El mestizaje étnico y cultural se complejiza indefinidamente desde que un mismo pueblo puede haber pasado –y de hecho así ha ocurrido– por múltiples guerras, así como por etapas de libertad y sojuzgamiento sucesivas, y no de uno sino hasta de varias naciones imperiales.

El esquema, siendo válido para las “culturas” (actitudes, conductas, conocimientos, costumbres, etc.) de los pueblos, no lo es necesariamente para los aspectos étnicos (genéticos y fenotípicos) de los habitantes que poseen esas culturas.

Porque, por ejemplo, se puede ser hoy “culturalmente” *occidental* y “étnicamente” *mochica*, *chavín* o *chanka*, o de cualesquiera de las múltiples variedades de mestizaje genético que se dan en el Perú. Y con esa doble identidad actual tenemos orgullosamente que reconocernos la inmensa mayoría de los *peruanos*, porque –a despecho de la historiografía tradicional– nuestras múltiples raíces étnicas ancestrales no han desaparecido: asoman inequívocamente en nuestros propios rostros.

!Cada pueblo muchas culturas!

Acerquémonos pues otra vez a la historia de la naciente nación *chimú*. El padre Vargas Ugarte puso en evidencia que, en el siglo XVI, los únicos habitantes que se autodenominaban “mochicas” eran los del área de Lambayeque y cuyo idioma era el “muchik”. Un magnífico representante del genuino pueblo “mochica” es precisamente el ya célebre “señor de Sipán”.

Sin embargo, y sin duda a partir del parecido fonético, un error generalizado –que se mantiene mucho tiempo vigente–, llama también “Mochica” a la cultura “Moche”, que desarrolló (aprox. entre el 100 aC y el 700 dC) el pueblo *moche* y cuyo centro urbano más importante estuvo ubicado en el valle de Moche (en departamento de La Libertad), 250 Kms. al sur de Lambayeque. Este otro pueblo, en el siglo XVI, hablaba también el “muchik”, pero se autorreconocía con el

nombre “chimú” y su cultura ha sido por eso denominada “Chimú”.

Pues bien, descartando la hipótesis “exterminacionista” y adoptando en su lugar la de continuidad demográfica, y haciendo además también nuestra la precisión etnohistórica realizada por el padre Vargas Ugarte, es que –con cargo a mayores precisiones más adelante– seguimos asumiendo que los pobladores agrícolas de Lambayeque estaban dando forma al pueblo *mochica*, y los de La Libertad al pueblo *moche*. Y que unos y otros gestaban a su vez la nación *chimú*.

Permítasenos entonces extraer algunas conclusiones válidas para el conjunto de la historia andina que queda por presentar:

a) Cada “pueblo”, a lo largo de su historia, ha sido capaz de crear y/o adoptar varias “culturas”. De hecho, en la historia de la humanidad, los “pueblos” han demostrado mayor longevidad que sus “culturas”.

Los “pueblos” son más estables que las “culturas” que ellos mismos libremente crean, adoptan y/o que, bajo procesos de dominación, fueron obligados o impelidos a adoptar. Dentro de un mismo “pueblo” las “culturas” se suceden una a otra, mas el “pueblo” sigue siendo el mismo.

b) Cada una de las sucesivas “culturas” que un “pueblo” desarrolla, adopta y/o se ve obligado a asumir a lo largo de su historia tiene que seguir siendo identificada con un nombre propio.

c) Pero también es imprescindible distinguir entre las distintas y sucesivas “culturas” y el “pueblo” (o “nación”) que las creó y/o adoptó. Ello permite, por ejemplo, establecer el siguiente esquema y progresión para el caso de la “nación” *chimú* y los dos principales “pueblos” que la formaron: *moche* y *mochica*:

Nación Chimú

Pueblo: *moche*

Territorio: La Libertad

Pueblo: *mochica*

Territorio: Lambayeque

Siglo	Culturas (o formaciones culturales)	
(C)	Paiján	?
(XXV)	Huaca Prieta	?
(X)	Cupisnique (som. a Chavín)	Chongoyape (som. a Chavín)
(VIII)	Chavín (por dominación)	Chavín (por dominación)
(V)	Salinar	?
VII	Moche	Mochica
X	Wari (por dominación)	Wari (por dominación)
XIII	Chimú	Chimú (por dominación)
XIV	Inka (por dominación)	Inka (por dominación)
XVI	Colonial (por dominación)	Colonial (por dominación)
XIX	Republicana (por asimilación)	Republicana (por asimilación)

Es posible pues registrar la historia de las “culturas”: las creaciones humanas. Pero es fundamental registrar la historia de los “pueblos”: los protagonistas, creadores y/o asimiladores de las culturas. En este trabajo queremos privilegiar el registro de la historia de los pueblos, sin descuidar, no obstante, el reconocimiento y explicitación de sus sucesivas y distintas formaciones culturales.

Por todos esos motivos, pero por sobre todo por el de continuidad demográfico–geográfico–histórica, haremos sistemática y reiteradamente mención a las siete grandes “naciones” del mundo andino peruano: *chimú*, *chavín*, *lima*, *ica*, *chanka*, *inka* y *kolla*, y a muchos otros medianos y pequeños pueblos que compartieron con ellas el vasto territorio andino.

Porque simultáneamente que los nacientes *chimú* –*moches* y *mochicas*–, no menos

numerosas, y con también milenarios antecedentes, eran las evidencias de formación, en la costa central, de las que serían las naciones *lima* e *ica*. Y la cordillera fue albergando en su seno a innumerables pueblos que habrían de formar las naciones *chavín*, *chanka*, *inka* y *kolla* –como se aprecia en el Mapa N° 9, en la página siguiente–.

Muchos grupos humanos en esta fase inicial de desarrollo intenso de la agricultura convergían a la formación de los que serían los grandes pueblos y las grandes naciones andinas.

Los identificaremos por los nombres de las culturas que ha bautizado la historiografía tradicional, y (entre paréntesis) por los de los pueblos o naciones a que daban origen.

Un primer grupo estaba asentado en la costa norte: Vicús, en Piura (*tallanes*); Chon-



goyape, en Lambayeque (*mochicas*); y Salinar, Cupisnique, Caballo Muerto, Queneto, Alto de la Guitarra, Guañape, Gallinazo, Puncurí, Ipuna y Cerro Blanco, en La Libertad (*moches*).

Poco más al sur un segundo conjunto lo integraban Toril, Sechín, Moxeque y Las Haldas, en la costa de Ancash (acaso *sechín* todos ellos), y Chavín, Huaylas y Huaricanga, en el área cordillerana de ese territorio. Colindaba con éstos últimos, al otro lado de la cordillera Blanca, Kotosh, en Huánuco. Gran parte de las poblaciones de este segundo complejo espectro, a la postre sería la principal base de la nación *chavín*.

Más al sur estaban, en un tercer grupo, El Aspero, Ancón, El Paraíso, Garagay, Tablada de Lurín, Manchay, Cardal y Curayacu, en Lima (*limas*); y Disco Verde, Pucato Nuevo, Paracas y Ocucaje, en Ica (*icas*). Y, a la derecha de éstos, tras la cordillera, Chupas, en Ayacucho (*chankas*).

Los *chavín*, pues, eran sólo uno entre los diversos pueblos de esos tres grandes grupos. Siglos más tarde, sin embargo –como muestra el mapa–, los conquistarían y dominarían a todos ellos.

Fuera del imperio, pero altamente influidos por su vecindad, quedarían, Huayurgo, Udima, Pacopampa, Condorhuasi y Torrecillas, en Cajamarca (*cajamarcas*). Y lejos de su alcance, en el sureste cordillerano, Marcavalle, en Cusco (*inkas*); Qaluyo y Pukara, en Puno (*kollas*), y Tutisucanyo, en Ucayali (*antis*).

En torno a ellos, la arqueología, ante la abrumadora evidencia empírica, ha logrado mostrarnos dos hechos concluyentes. Para todo el conjunto, y entendiendo a todo el territorio como una unidad de hecho, factual, en primer lugar la indubitable demostración de que, apuntalado en el desarrollo de la agricultura, estaba en marcha y riquísimo y fértil proceso de descentralización y de ocupación plena del territorio andino.

Siendo que la mayoría de los pueblos y naciones señaladas, desarrolló y consolidó las citadas culturas en el amplio período 2500–1200 aC, obsérvese pues cuán remota puede identificarse la ocupación *inka* de su territorio –que contrasta enormemente con la que por lo general refiere la historiografía tradicional a ese pueblo, al que se le hace “aparecer” muchos siglos después–.

El largo y lento proceso de poblamiento que se experimentó, fue llevando a la población del territorio andino –de la costa y de la cordillera– de unos pocos miles de hombres en los años 20 000 aC, hasta algo más de medio millón de habitantes hacia el año 1500 aC, según puede estimarse.

Cuadro N° 2
Población andina (2 000) - (1 000)

Año aC	Población (miles)	Tasa de crecim. por siglo
(2 000)	433	7.18
(1 000)	915	7.78

La explotación agrícola intensa había generado incrementos tales en la producción alimenticia y de fibras de abrigo, que las poblaciones experimentaron incrementos en la tasa de fecundidad, disminución de la tasa de mortalidad y elevación del promedio de vida.

Desde el inicio del desarrollo intenso de la agricultura todos los pueblos venían enfrentando el mismo conjunto de problemas básicos: abastecimiento alimenticio y de agua; provisión de abrigo y techo; almacenamiento y acarreo de productos líquidos y sólidos; generación cada vez más eficiente de energía; neutralización de peligros por acechanzas de la naturaleza y de los animales; convivencia y rivalidad con otros pueblos; entretenimiento; pérdida de seres queridos; conocimiento de la naturaleza; comunicación física y oral; miedos, temores; y muchos otros.

Cada pueblo, sin embargo, y básicamente en función a las peculiaridades de su territorio, había adoptado generalmente soluciones propias a esos problemas. Es decir, en el contexto de su propio proyecto implícito, cada pueblo había ido forjando su propia cultura, o, si se prefiere, complejos sistemas culturales propios que, como se ha listado, eran muchos en los Andes de aquel entonces.

En el contexto de ese proceso de creciente complejidad, la consolidación de la agricultura intensiva significó pues un nuevo punto de partida, un nuevo hito en la historia de los pueblos: dejaban atrás sus culturas primitivas y empezaban a construir las que serían las grandes culturas andinas.

Así, los cada vez más grandes excedentes que se fue generando la tierra cultivada, posibilitaron que algunos contingentes de población pudieran dejar el espacio rural y asumir otras tareas en el espacio urbano. Comenzaba entonces a ser cada vez creciente el

número de especialistas en los pueblos andinos. Y los resultados de su labor, siempre a expensas de los excedentes que generaba la agricultura, eran cada vez más sorprendentes y diversos.

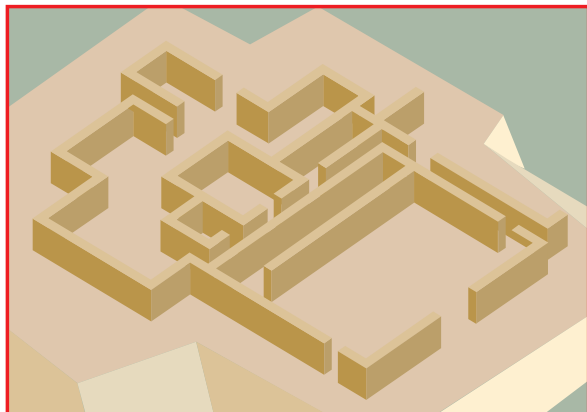
No sólo los grandes edificios que se levantaron en El Aspero, en Supe, al norte de Lima; y el de El Paraíso (también llamado Chuquitanta), en Lima misma (a sólo unos kilómetros del actual aeropuerto de la capital del Perú), que son los que presentamos en las Ilustraciones N° 2 y 4, en la página siguiente. Sino también los famosos y grandes edificios en forma de “U”, muchos de los que, entre los pueblos de la larga enumeración anterior, fueron construidos incluso antes que sus equivalentes en Chavín de Huántar.

Pero en todos los pueblos involucrados en ese complejo y numeroso conjunto, se ha constatado también la existencia de grandes unidades urbanas que lideraban la creación cultural y desde donde se irradiaba al resto de cada nación, pero sobre todo a los periféricos pequeños centros poblados de la misma. Hasta dos docenas de centros urbanos eran más grandes que Chavín –como lo acaba de recordar el arqueólogo norteamericano Richard Burger¹⁵⁴.

También a través del *ayni*, ese ya milenar trabajo del *ayllu* y de los pueblos más grandes en beneficio de sí mismos, las aldeas y centros urbanos mayores fueron dotadas de más y mejores centros administrativos y religiosos.

Respecto a otras manifestaciones de creación cultural fructífera, de Kotosh (Huánuco), en las cercanías cordilleranas de Chavín, han quedado las renombradas “manos cruzadas” del templo de este nombre (ver Ilustración N° 3). Y de Garagay (Lima), han quedado también hermosas esculturas–murales.

Ilustraciones N° 2 - 3 - 4
El Aspero - Kotosh - El Paraíso



Fuentes:

- Kauffmann, **Manual...**, p. 161.
- Del Busto, Perú Preincaico, p. 77.
- Foto del autor.

Quizá no sea difícil convenir en que, tanto la ampliación y modernización de las áreas habitacionales de los centros urbanos, como los grandes edificios administrativos y religiosos erigidos también en ellos, así como las expresiones artísticas esculturales en ellos

materializadas, no dejaban todas ellas de ser formas de consumo.

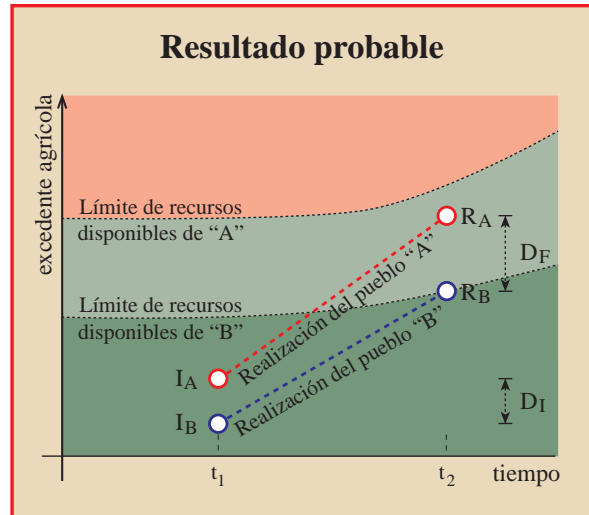
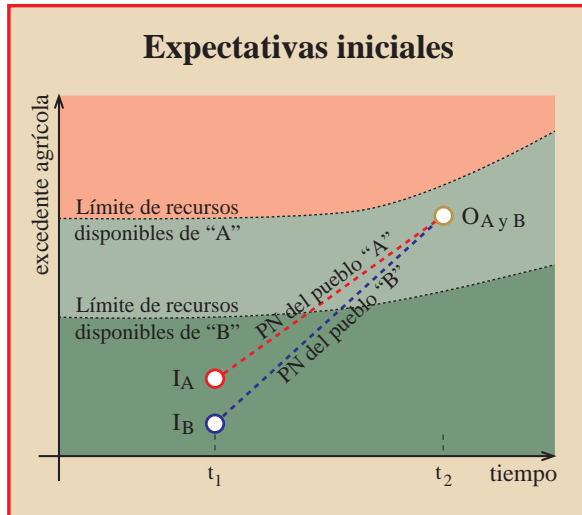
Se generalizó también la construcción de obras hidráulicas, como muchos de los canales de regadío que han quedado de Sechín. Sin duda, por otra parte, las sucesivas mejoras en las características hidrodinámicas de las mismas, sólo pueden explicarse por la presencia de los novísimos, muy apreciados y respetados especialistas en esa materia.

Se construyó asimismo almacenes para guardar temporalmente los excedentes agrícolas. Y las estrechas vías peatonales que enlazaban entre sí las aldeas, y a éstas con el centro urbano más importante, fueron ensanchadas y quizá hasta se les disminuyó las pendientes. Eran ahora caminos más amplios y seguros.

Sorprendentemente, en otro orden de cosas y en clara demostración de cuán familiarizados estaban ya con el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, los protagonistas de Manchay, en las proximidades de Pachacámac (Lima), dejaron el testimonio de un gigantesco muro de 7 metros de alto por 6 de ancho, y de 700 metros de largo, que el doctor Burger presume estaba destinado a minimizar los efectos de los aludes a que dan lugar las intensas lluvias que genera el fenómeno ¹⁵⁵.

Puede pues hablarse, para una fecha tan remota como esa, de los primeros grandes esfuerzos para contrarrestar los siniestros del evento climático: parapetos contra deslizamientos provocados por El Niño. Quizá otros pueblos también lo hicieron. Y presumiblemente más todavía los pueblos del norte de Lima, más próximos al centro de impacto más frecuente del fenómeno. Eventualmente todavía están en pie o semiderruidos, y erróneamente se les sigue atribuyendo sólo un rol de defensa militar.

Gráfico N° 27
Riqueza disponible y Proyecto Nacional



Pues bien, quizá también es fácil convenir en que, tanto las obras hidráulicas, como los caminos, almacenes y parapetos de defensa contra la naturaleza, eran formas ostensibles de inversión, eficiente y reproductiva.

En el nuevo contexto aparecieron también y se generalizaron otras dos nuevas y estrechamente relacionadas actividades productivas: la minería y la metalurgia del estaño y del cobre, pero también del oro, como lo demostraría Chavín.

La del cobre permitió la confección de herramientas diversas, adornos y utensilios, así como puntas altamente eficientes para la caza y armas de guerra. Es decir, nuevos instrumentos y nuevas tecnologías, imposibles de imaginar en el contexto de la vida nómada. Y la del oro dio paso a la confección de adornos y otras formas equivalentes de consumo de élite.

Y a diferencia de sus antecesores, que no la conocieron, estos pueblos de agricultura avanzada contaban también ahora con la cerámica, de tan versátiles usos prácticos y cotidianos en la cocción de alimentos, trans-

porte de líquidos, almacenamiento de excedentes agrícolas; pero también de uso artístico-decorativo, de consumo más bien elitista.

Puede entonces definirse que, tanto la minería y metalurgia, como la cerámica, tuvieron un doble propósito: consumo e inversión.

En un rico y dinámico proceso de retroalimentación, el mejoramiento de las técnicas agronómicas, así como el de las técnicas de irrigación y de control calendario del tiempo, contribuyeron a elevar aún más la cantidad y la calidad de las cosechas, incrementándose así los niveles de vida y aumentando aún más el volumen de la producción excedentaria, que empezaba así a crecer en progresión geométrica.

Los cada vez mayores excedentes empezaron entonces a tener hasta tres destinos diferentes, aunque nunca más de los únicos dos usos posibles: inversión o consumo.

Por lo general, sin embargo, inmediatamente después de la cosecha eran almacenados, para luego progresivamente llegar a su destino final al cabo de meses.

Una fracción, quizá la mayor en esta etapa de la historia, solventaría nuevas formas de inversión productiva: más canales de regadío, más y mejores caminos, nuevos almacenes y/o nuevos muros de defensa contra la naturaleza.

Una segunda fracción tenía como destino el consumo equitativo entre toda la población, ya fuera de tipo directo o indirecto. El primer caso era por ejemplo el del consumo de excedentes en las fiestas populares. Y el segundo el de la parte del excedente que se gastaba en la construcción de edificios administrativos, por ejemplo.

La tercera y última fracción era apropiada por el *kuraka* del *ayllu* o por el grupo dirigente que, en la cúspide jerárquica, tenía la administración general y concentraba la mayor cuota de poder del pueblo o de la nación en formación. Tenía pues como destino un consumo inequitativo o discriminado y selectivo. Era el caso de la parte del excedente que solventaba los privilegios habitacionales, de indumentaria, afeites y adornos de que empezó a hacer gala la élite en el poder.

La apropiación discriminatoria de una parte cada vez más creciente del excedente por el sector dirigente de la población, fue distanciando cada vez más los intereses de aquél respecto de los de ésta. Unos y otros, sin embargo, habían acumulado ya intereses significativamente mayores que los que habían detentado sus antepasados.

Pero si bien todos los pueblos de esa etapa a grandes rasgos estaban experimentando las mismas grandes líneas de evolución, no a todos habría de corresponder exactamente igual suerte. Ya de partida, más allá de la voluntad y aspiraciones de sus integrantes, había diferencias más o menos relevantes de riqueza agrícola y forestal, ganadera y pes-

quera o minera, disponible para unos u otros. Objetivamente las diferencias de riquezas naturales disponibles definían un destino distinto: no todos los pueblos, aunque lo pretendieran, podían alcanzar los mismos objetivos; la propia naturaleza imponía inexorablemente más o menos severas restricciones a algunos de ellos –como pretende ilustrar el Gráfico N° 27, en la página anterior–.

Pero habrían de darse también condiciones climáticas fortuitas, que favorecerían a unos pueblos y perjudicarían a otros. Unos además tenían poblaciones mucho más numerosas que otros. Había mayor o menor satisfacción de las necesidades alimenticias por habitante, con probable déficit en algunos pueblos y superávit en otros. Tenían desiguales desarrollos tecnológicos. Todas esas variables, sin duda, suscitaron, finalmente, desiguales condiciones generales.

No todos los pueblos, pues, estaban objetivamente en igualdad de condiciones. Mal podían entonces todos conquistar objetivos cualitativa y cuantitativamente equivalentes, ni defender con la misma fuerza el patrimonio que habían acumulado. Y esas diferencias objetivas fueron decisivas cuando se vieron envueltos en el trance de cotejar sus fuerzas con vecinos próximos o mediatos.

En efecto, estando posesionado el hombre andino de prácticamente todos los valles de la costa y de la cordillera, la única manera de que disponía un pueblo para incrementar sus espacios de libre disposición –y los recursos que en él se hallaban– era arrebatándoselos a otro que, por lo general, era su vecino.

Ese objetivo de acrecentar los recursos –agua, tierra cultivable, ganado, bancos marinos, bosques, canteras, minas, etc.– estaba presente en todos los pueblos de los Andes. En unos para resolver problemas de escasez

alimenticia, en otros porque deseaban recuperar anteriores niveles de vida y en otros porque, con similar derecho, anhelaban mejorarlos.

Trabados en guerra dos pueblos, sabían que el éxito y los beneficios con que se habría de alzar el vencedor se obtendrían a costa del fracaso y de las pérdidas del vencido. Los habitantes del pueblo vencido podían tener diferentes destinos, pero siempre un común denominador: veían gravemente afectados sus intereses.

La derrota suponía para muchos la pérdida de la vida. Entre los sobrevivientes, algunos abandonaban y perdían sus tierras, cosechas, ganado, bosques, minas, viviendas, y se refugiaban, en pequeños núcleos, en parajes inhóspitos, cada vez más alejados de los ríos de la costa, o cada vez a mayor altura, en la cordillera.

Otros de los sobrevivientes lograban conservar sus viviendas y una parte de sus tierras y ganado, pero debían, a cambio, pagar tributo al vencedor. Podían ser obligados a asimilar una nueva religión, un nuevo idioma y nuevas costumbres. El pueblo vencedor, por regla general, imponía su propia cultura y, en desigual intercambio, virtualmente asimilaba todo avance tecnológico que encontraba en el pueblo al que había derrotado.

Así, los pueblos derrotados veían reducirse a la mínima expresión el conjunto de sus intereses. Los triunfadores, en cambio, observaban un nada despreciable incremento de los suyos: tierras, cosechas, bosques, minas, ganado, pieles, tejidos, redes, instrumentos, cerámica, tecnologías diversas, etc.

En general, es posible afirmar que la guerra suponía la eliminación, transformación o aplazamiento indefinido del proyecto del pueblo derrotado, según fuera extermina-

do, definitivamente asimilado o temporalmente dominado. E implicaba –transitoriamente por lo menos– la potenciación del proyecto del pueblo conquistador.

Para unos y otros, entonces, ya no era más la naturaleza el único elemento que había que superar. En adelante, en el contexto de su proyecto implícito, para que un pueblo alcanzara los objetivos que se había propuesto, era necesario superar los obstáculos y oposiciones que planteaban otros pueblos.

Las guerras tuvieron, probablemente, además, otras consecuencias de singular importancia. Muchos de los guerreros vencedores violaban y embarazaban a las mujeres del pueblo vencido. Los hijos de este mestizaje eran objeto de variadas formas de repudio, tanto en el pueblo de la madre como en el del padre. En particular, fueron repudiados por sus hermanos –paternos en el pueblo conquistador, y maternos en el pueblo conquistado–, con quienes, precisamente –y como ostensible prueba de rechazo–, quedó prohibido el matrimonio.

Así, fueron desarrollándose formas de parentesco que tanto el pueblo vencedor como el vencido consideraban inferiores, y respecto de las cuales las líneas no mestizas aparecieron como superiores ¹⁵⁶.

La restricción del matrimonio entre hermanos adquirió más tarde gran difusión, dando lugar a nuevas consecuencias. En efecto, al renunciar los hombres a sus derechos sobre ciertas mujeres madres, hermanas e hijas las hicieron disponibles para otros, pero, simultáneamente, adquirieron el derecho sobre las mujeres de otras familias. Estas nuevas relaciones, de carácter exogámico, suponían consanguinidad y alianza ¹⁵⁷ con los miembros del *ayllu* y del pueblo de donde provenía el cónyuge.

El pueblo sechín

Pues bien, todo parece indicar que entre los pueblos asentados en los Andes en este período, el de características guerreras más pronunciadas fue *sechín*. Su principal asentamiento, en la costa norte Casma, reúne, en efecto, las evidencias y los testimonios de violencia más acusados.

Sechín, como se ha dicho cuando hablábamos del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, habría sido el primero de los grandes pueblos del período de agricultura avanzada que experimentó de cerca los terribles estragos del fenómeno. Una gran avalan-

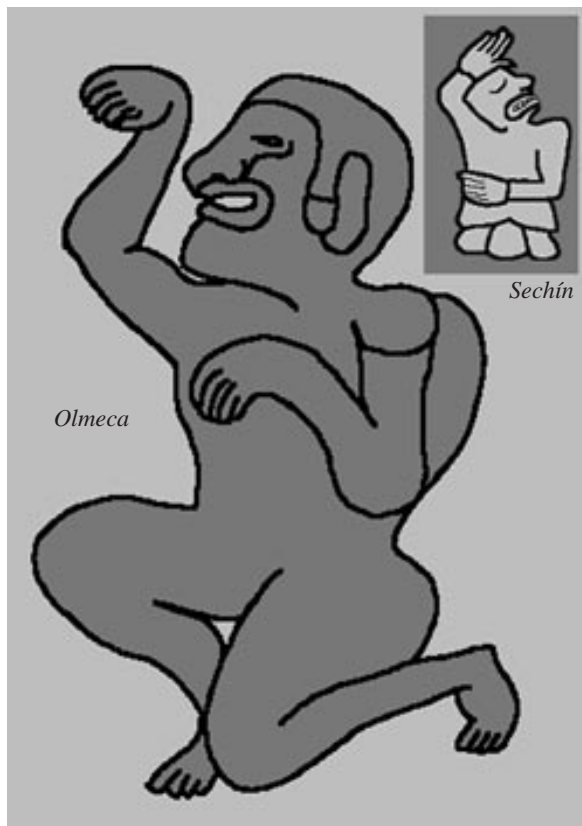
cha en efecto virtualmente sepultó el primer gran edificio de Cerro Sechín.

¿Acusaría la violencia que registran los monolitos de *Sechín* el drama de desabastecimiento general y hambruna que se habría producido como consecuencia del fenómeno?

Los insólitos monolitos de los *sechín*, trabajados con contenidos temáticos, diseño (facciones y expresiones corporales de los personajes) y técnica de grabado de notable similitud con restos de raíz y profunda influencia cultural *olmeca* en Monte Albán, insinúan el posible origen centroamericano de los *sechín* ¹⁵⁸.

Ilustración N° 5

Monolitos *Olmeca* y *Sechín* / Guerrero *sechín*



Fuentes:

- Salvat, *Historia Universal*, Vol. XV, p. 1825.
- Kauffmann, *Manual...*, p. 176.



Fuente:

- Kauffmann, *Manual...*, p. 180.

Miloslav Stingl afirma: “...si (...) comparamos los retratos de los *olmeca* que conocemos de Monte Albán, en Oaxaca, México, con los tan afines de (...) *sechín* (...), no podemos entonces borrar de nosotros la impresión de estar frente a los miembros de un mismo grupo que representaban y participaban de una misma e idéntica cultura” ¹⁵⁹.

El arqueólogo peruano Federico Kauffmann a su turno dice: “por la técnica de ornamentar la piedra (incisiones sobre planos) y la colocación de la misma en paramentos, puede señalarse semejanzas entre Monte Albán y Sechín” ¹⁶⁰.

Difícilmente –coincidimos– se trata de una simple semejanza, y muchísimo menos, un simple fruto del azar. No. Probabilísticamente, resulta impensable que el asombroso parecido que exhiben las ilustraciones mostradas sea un hecho fortuito. No son, sin duda, obra del mismo artista. Pero son, de modo irrecusable, producto de la misma “escuela”, fruto de la misma “cultura”. Y tampoco sería una simple casualidad que, como los *sechín*, se repete a los *olmecas* no ser precisamente un pueblo pacífico –como refiere G. Barraclough ¹⁶¹.

Y otro tanto se ha desprendido del diseño del Templo de las Haldas (en las inmediaciones de Sechín), que hasta se ha postulado “copia bastante fiel” del Templo de la Venta, en el Golfo de México ¹⁶².

¿De México al Perú y todo el Perú?

Por cierto, la similitud, por sí sola, no es prueba suficiente para establecer que los *sechín* migraran de México hacia el Perú. Por

que de ella podría desprenderse también una migración en sentido contrario.

De allí que determinar la antigüedad de los restos arqueológicos era fundamental: necesariamente el más antiguo debía ser considerado el punto de partida de la migración (lo contrario no sería sino un absurdo insostenible, a menos que se pudiera probar la existencia de otro factor aún más antiguo que los restos mencionados).

Pues bien, recurriendo a la técnica de radiocarbono 14, la arqueóloga peruana Rosa Fung llegó a determinar la antigüedad de los templos: 1300 aC para el Templo de Las Haldas cerca a Sechín, y sólo 814 aC para el Templo de la Venta de México ¹⁶³. Sostuvo entonces que, a la inversa de lo postulado por arqueólogos norteamericanos, la migración habría partido desde el Perú. “...la teoría de Rosa Fung resulta cuestionadora” –admite Del Busto ¹⁶⁴.

¿Puede considerarse concluyente y suficiente la demostración de Rosa Fung? En nuestro concepto no. ¿Cuánto se sabe realmente de la antigüedad de los respectivos monolitos? ¿Pueden o no ser anteriores a los templos?

Barraclough proporciona un dato que parece darle la razón a Rosa Fung. Refiere él que los monolitos de Monte Albán son sólo del 500 aC ¹⁶⁵. Es decir, serían tanto como mil años posteriores a Sechín.

¿Avala ello la hipótesis de que quienes “copiaron” fueron entonces los *mexicanos*? En apariencia sí, más no en su esencia misma. Como veremos, en el 500 aC en los Andes hegemonizaba todavía ampliamente la cultura Chavín.

¿Por qué entonces –a través de los comerciantes– habrían de copiar los *mexicanos*

un estilo primitivo y rudimentario, cuando habrían podido copiar lo más sofisticado de Chavín? ¿No sugiere nuestra pregunta la precariedad de la hipótesis anterior?

No obstante, y para dilucidar finalmente quién inspiró o influyó sobre quién, no puede soslayarse la necesidad de recurrir a otros datos y criterios cuya antigüedad, cuando no se conoce, amerita ser estudiada y desentrañada. Algunos de ellos, y que nos parecen más relevantes, son los siguientes:

- a) El poblamiento remoto de Centroamérica se produjo bastante tiempo antes que el del Perú: los hallazgos en Tlapacoya, México, tienen comprobadamente 29 100 años de antigüedad ¹⁶⁶; en tanto que el sólo presumiblemente más antiguo del Perú (Yauca) tendría 28 000 años.
- b) A despecho de ello, Barraclough, como muchos arqueólogos e historiadores peruanos, refieren que la agricultura, la primera de las grandes conquistas del hombre en la Tierra, se dió antes en el Perú que en México.

“En Perú –dice a este respecto el famoso historiador inglés–, ciertas especies de plantas, entre ellas las calabazas, porotos y pimientos, ya se habrían cultivado hacia el 8500 aC. Posiblemente 2 000 años después, [recién] se habría cultivado el maíz en México” ¹⁶⁷.

- c) No obstante, hacia el 2000 aC la primera de las grandes culturas que surgieron en México “la olmeca”, como refiere explícitamente Barraclough ¹⁶⁸, contaba ya con “la ciudad de Monte Albán, en Oaxaca [que] tenía una población de hasta 16 000 personas” ¹⁶⁹; cuando en los Andes sus contemporáneos peruanos, Huaca Prieta y Kotosh, eran todavía centros poblados muy pequeños.

Y hacia el 1500 aC, ya varias culturas *centroamericanas* contaban con “estelas y monumentos conmemorativos de gobernantes (...), el sistema de escritura jeroglífica, una compleja notación de cálculos basados en el calendario”, y jugaban un deporte como el fútbol, con pelota de goma, en lo que hoy llamamos un estadio “especialmente construido” para ese efecto ¹⁷⁰; cuando aparentemente Chavín, la precursora de las culturas peruanas, aún no había empezado siquiera a construir su primero y único gran edificio, el famoso Templo Viejo.

Hasta aquí podría concluirse que si las primeras grandes civilizaciones se dieron en México antes que en el Perú, es razonable concluir que a través del comercio ultramarino, necesariamente también desarrollado antes en aquellos pueblos doblemente costeros– es “más probable” que aquél haya influido antes a éste que viceversa.

Insistimos, no es necesariamente cierto; pero sí “más probable” que así hayan ocurrido las cosas. Y, sin duda, esa primera influencia cultural fue un acontecimiento completamente azaroso. Nadie lo programó. Por lo demás, a nadie acredita y a nadie desacredita. Habría sido un hecho histórico objetivo, no susceptible de juicios de valor –a menos que prevalezca el chauvinismo anticientífico–.

En otros órdenes de cosas, debe tenerse en cuenta también estos otros elementos de juicio y criterios:

- d) El único gran mito de origen claramente identificable en la costa norte del Perú (territorio en el que se desarrollaron los hechos que estamos analizando), es el contenido en la Leyenda de Naylamp que, sin embargo –y erróneamente en nuestro concepto–, muchos historiadores

reservan para la imprecisa explicación del origen de un hecho mucho más tardío: la cultura Lambayeque –o Mochica–, contemporánea a la Moche, ambas mil años posteriores a Sechín.

Pues bien, recogida por el cronista Cabello de Valboa, la Leyenda de Naylamp refiere que:

en tiempos muy antiguos [mucho antes pues del surgimiento de la cultura Lambayeque, como bien puede imaginarse, y acaso precisamente en tiempos de Sechín] vino de la parte suprema de este Pirú [¿el norte, Centroamérica, México?] con gran flota de balsas un (...) hombre de mucho valor y calidad llamado Naimlap (...y...) trajo en su compañía muchas gentes...¹⁷¹.

La Leyenda de Naylamp habla además, sugerentemente, de “grandes caracoles”: ¿acaso el *spondylus* de los mares tropicales de Centroamérica y del norte del continente (y que no existen en la costa del Perú)?

¿Hay en México una leyenda equivalente, que pueda insinuar, aunque remotamente –como en la Leyenda de Naylamp–, una migración que, a la inversa, haya llegado desde el territorio andino?

Pues bien, diversos elementos que se citan en la Leyenda, permiten por de pronto desplazar sus alcances descriptivos 250 Kms. más al sur de Lambayeque (acercándola a Sechín).

Habla ella en efecto de: 1) tañedores o músicos, 2) andas o literas, 3) aprecio por las bebidas o licores, 4) afición a la pintura facial, 5) camisetas labradas, 6) adornos de plumas, 7) hombres que llevaban cuentas, y, 8) grandes balsas¹⁷² (véase

más adelante, por ejemplo, las Ilustraciones N° 19, 20 y 21).

Es decir, todos, sin excepción, elementos archipresentes en la vida e iconografía *moche* de La Libertad (que por lo demás es notoriamente parecida a la de los *mochicas* de Lambayeque, en las que, por añadidura, reiteradamente está presente, además, la figura emblemática del *tumi*).

Así, pues, *moches* y *mochicas* –y no sólo éstos últimos, como pretende la historiografía tradicional– estarían emparentados con la leyenda –inmigracionista– de Naylamp.

e) De otro lado, Del Busto recoge que *Cie–Quich* habría sido el nombre de uno de los “monarcas máximos” en el territorio de Moche, en La Libertad¹⁷³, suficientemente importante, “majestuoso y soberbio”, “gran caudillo”, como para que fuera retratado en la cerámica del área¹⁷⁴.

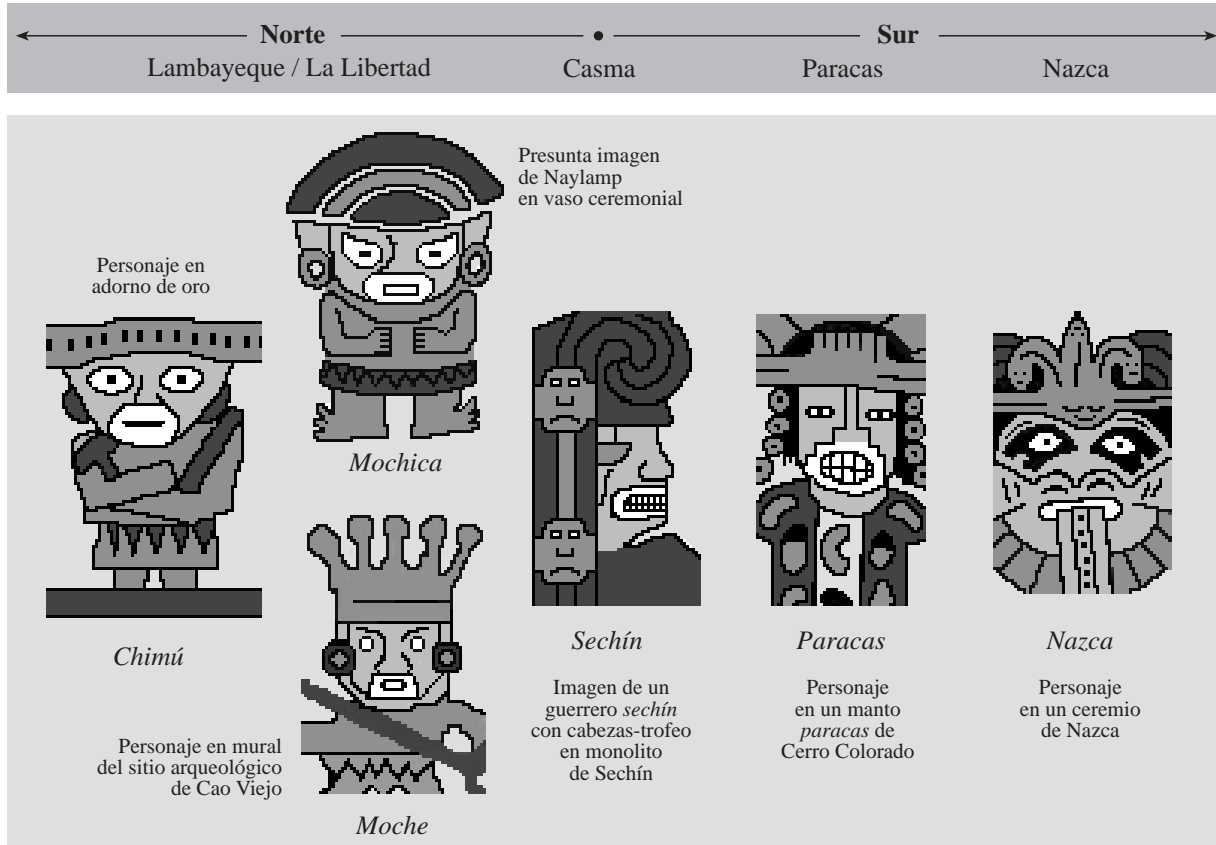
Y recoge asimismo que el que habría sido el último monarca (*mochica*) en Lambayeque se habría llamado *Xecfuin*¹⁷⁵, en extraña similitud fonética con el nombre anterior. ¿Pero es acaso difícil asociar fonéticamente *Cie–Quich* y *Xec–fuin* con *Se–chín*?

f) La iconografía contenida tanto en la cerámica como en la orfebrería y en la pintura y escultura mural aportan otros indicios que también merecen ser tomados en cuenta.

En efecto, el característico y muy extraño labio grueso presente en la lítica *olmeca* de Oaxaca (México) y *sechín*, de tipo negroide según Frederic Engel¹⁷⁶, habrá de estar presente durante tanto como dos mil años en la costa norte del Perú: en los murales pintados de los *moche*, en vasos

Ilustración N° 6

¿Presencia y/o influencia *sechín* en toda la costa?



Fuente:
 – En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 113, 143, 174, 306 y 307.

ceremoniales de los *mochicas* (representando presuntamente, según Del Busto, nada menos que a Naylamp¹⁷⁷), y por último en la orfebrería *chimú* del siglo XV dC. Y, aunque una vez más en la costa, reiterativamente está también presente en los mantos *paracas* y, siglos más tarde, en la cerámica *nazca*.

La Cultura Nazca, durante su esplendor, nos muestra en su arte rostros negroides. Es decir, cuando a su vez Nazca era el punto de la costa más próximo y con mejores y estrechos vínculos con Tiahuanaco, también en su apogeo. No sería por ello una simple casualidad que –como a-

caba de difundir la televisión por cable¹⁷⁸, el Altiplano también albergue monolitos con imágenes de rostros negroides e incluso insólitos personajes barbados. ¿A-caso unos y otros también de origen *sechín*?

Una vez más en el área cordillerana, una cabeza lítica con esas mismas características faciales negroides, encontrada en el sitio de Querullpa Chico II, en el valle alto del río Majes, en la provincia de Castilla en Arequipa, ha sido reconocida por Linares Málaga como de origen Tiahuanaco¹⁷⁹, pero bien podría ser de origen Nazca.



Elaboración propia. / Escultura *olmeca* de pronunciados rasgos negroides (1200 - 900 aC).

Fuente: Barraclough, **Atlas de la Historia Universal**, pp. 84-85.

Asumamos por un instante con Engel, que efectivamente el grueso labio insinúa un típico rasgo negroide. Es difícil, muy difícil, imaginar una migración siquiera accidental de África a los Andes. No así al golfo de México.

Al fin y al cabo –como muestra el Mapa N° 10–, los vientos alisios del Atlántico –los mismos que siglos más tarde trajeron a Colón hasta las inmediaciones de ese golfo–, pudieron también accidentalmente traer antes habitantes del occidente *africano*, los que sin duda habrían causado enorme impresión entre los *olmecas* y otros *centroamericanos*.

Por lo demás, como muestra el mapa, tanto el territorio *olmeca* como Oaxaca están virtualmente en un istmo, la parte más estrecha de México, con costas tanto en el Atlántico, por donde habrían llegado los *africanos*; como en el Pacífico, por donde habrían viajado ellos –o sus descendientes– y sus anfitriones hacia el Perú.

Datos demográficos contundentes muestran sin embargo que las eventuales migraciones *africanas* a Centroamérica debieron ser escasas y numéricamente muy reducidas.

Así, el mestizaje genético, si lo hubo, habría perdido presencia en pocas generaciones. Quizá por ello no había indicios de población negroide –aunque sí de tez oscura– entre los *centroamericanos* que encontraron los conquistadores *europeos* siglos más tarde.

g) Habiendo ingresado a terrenos de la etnología y demografía, hay pues otro aspecto a considerar, aunque siempre a título de hipótesis, en la probable y antigua presencia *mexicana* en la historia del Perú. Terrenos sobre los que, dicho sea de paso, la historiografía tradicional ha sido exageradamente aprensiva. Porque habiendo hablado ella de las migraciones originarias que poblaron el territorio andino, prácticamente nunca ha precisado cuáles son en efecto los pueblos del Perú en los que se expresa tal o cual ascendencia genotípica y fenotípica, o, si se prefiere, en quiénes y cómo se manifiesta eventualmente hoy la vieja impronta de los primeros inmigrantes *asiáticos*, de Oceanía, o de otros rincones del planeta.

Son harto elocuentes sin embargo los diversos orígenes étnicos de las diversas manifestaciones fenotípicas que hoy exis-

ten en el territorio peruano. No se requiere ser un observador muy acucioso para distinguir las diferencias que exhiben en el rostro los *aymaras* del Altiplano respecto de los *ashaninkas* de la Amazonía, y los *quechuas* del Cusco. Y las de todos ellos con, por ejemplo, los campesinos de casi toda la costa peruana, tanto del norte como del sur.

Y no puede soslayarse que, de todos esos rostros, sólo los de los campesinos de la costa peruana, se nos presentan casi como hermanos con sus homólogos *mexicanos*. ¿No coadyuva acaso esa similitud a la hipótesis inmigracionista? Ciertamente. Pero no nos dice si la fuente original estuvo en México o en el territorio andino. Una vez más, entonces, estamos ante la necesidad de recurrir a otro factor para definir una respuesta probable.

Así, sólo tomando en consideración que la población *mexicana* actual es tanto como veinte veces mayor que la de la costa del Perú (excluyendo numéricamente la población actual de Lima), salta como evidente que, de haber habido alguna migración, ésta indudablemente habría partido de México al Perú, y en ningún modo a la inversa.

¿Puede la genética moderna contribuir a afirmar o descartar la validez de la hipótesis –habida cuenta incluso del intenso mestizaje autóctono–europeo que se operó en los siglos siguientes en uno y otro territorio–?

- h) Ni la Etnología, ni la Demografía ni la Historia parecen haber enfrentado nunca otro de los enigmas étnicos y fenotípicos del Perú: Cajamarca. ¿Sigue siendo el tema un tabú? Pues bien, para nadie es un secreto que la inmensa mayoría de los campesinos norcordilleranos de ese terri-

torio son de tez significativamente clara –si se la compara con la de sus pares surcordilleranos–, y, en promedio, de una talla aparentemente más alta que éstos.

Y para nadie es tampoco un secreto que orgullosamente se reputan descendientes de “enormes hombres blancos”. Coincidentemente, los monolitos de *sechín* sugieren tanto lo uno como lo otro.

Hay, no obstante, otros indicios que apuntan en el sentido de que habría habido una fuerte y consistente presencia cultural –básicamente étnica y etno–lingüística– de *sechín* en Cajamarca y muchísimos otros rincones del territorio andino que, como veremos, incluyen Huaura y Yauyos pero también Cañete. Pero además incluso en Camaná –como también habrá de verse posteriormente– y Tiahuanaco.

- i) Adicionalmente –y para terminar–, veremos insistentemente, a lo largo del texto, cuán profunda y vasta puede considerarse la influencia lingüística *centroamericana*, y *mexicana* especialmente, que, a través de los topónimos, parece descubrirse en todo el territorio andino y, en general, sudamericano.

Aventureros y temibles guerreros, provistos de sólidas y contundentes armas, los *sechín* habrían terminado su largo periplo hasta la costa norte del Perú aproximadamente hace 4 000 años. Habría sido un viaje presumiblemente marítimo. Porque hay buenas razones para imaginarlo –como veremos más adelante–.

Y terminaron por fin instalándose en torno a Casma. Esto es, en un área ocupada desde tiempos muy remotos (si con todo derecho nos retrotraemos hasta el Hombre de Paiján, por ejemplo). En mérito a ello, puede sospecharse con razón que la zona contaba con

población autóctona, sino numerosa, profundamente identificada con sus valles ancestrales.

Recurriendo a las cifras proporcionadas en el Cuadro N° 2 (de páginas anteriores), puede estimarse que hacia el 2 000 aC aproximadamente 450 000 personas habitaban el conjunto de los 20 valles de la costa norte peruana.

Esto es, en grueso promedio, no más de 23 000 habitantes, o no más de 4 600 varones adultos por valle. Mas no concentrados en grandes poblados –que no los había–, sino profusamente desperdigados a lo largo y ancho de cada valle, en grupos apenas minúsculos. Y tanto más importante, casi desprovistos de armas e infraestructura de defensa militar. Así –imaginémoslo– una imprevista incursión de 200 invasores fuertemente armados habría resultado demoledora

Los monolitos de Sechín despejan cualquier duda: la desproporción de equipamiento (y tecnología bélica) habría sido apabullante.

Violencia, cuando menos, es el espíritu que transmiten aquellas piedras, retrato de los acontecimientos: de un lado, individuos armados de contundentes objetos; y del otro, rostros con inequívocos gestos de rabia y odio; patéticas expresiones de dolor; cuerpos seccionados, decapitados, brazos sueltos, vísceras regadas, etc.

Los impresionantes restos líticos de Sechín dan cuenta, sin género de duda, de sangrientos y prolongados conflictos. He allí los victimarios y sus víctimas; los vencedores y los vencidos ¹⁸⁰.

Eventualmente pues, habrían sido también entonces los *sechín* quienes instauraron las prácticas de canibalismo en los Andes.

Porque, hasta donde hay evidencias irrefutables, son las piedras de Sechín las que contienen las primeras y más antiguas imágenes de cabezas–trofeo como atavío de orgullosos y triunfantes guerreros según claramente se observa en la imagen correspondiente de la Ilustración N° 6 (en la página 107).

Difícilmente hubo pues gran resistencia a los invasores. Y éstos, posicionados de una importante cabecera de playa en las costas de Casma, poco a poco fueron convirtiéndose en el azote de sus vecinos inmediatos y mediatos de la costa norte.

Los *sechín* quizá enfrentaron y derrotaron a muchos pequeños y antiguos pueblos de la región. Sus artistas, sin embargo –sea por propia iniciativa o a instancia de sus jefes–, dejaron a la posteridad sólo la imagen de dos de los más importantes protagonistas: de un lado, la de ellos mismos, por supuesto; y, del otro, la de los que a la postre habrían sido sus más significativos y enconados rivales. Aquéllos: erguidos, fieros, soberbios y triunfantes. Éstos: doblegados, mansos, humillados y vencidos.

Ni la guerra entre dos “pequeños” adversarios, ni el enfrentamiento entre uno “grande” uno “chico” habrían generado tanta violencia como la que registran las piedras de Sechín. Ello sólo fue posible cuando contrastaron sus fuerzas dos “grandes” adversarios. “Grandes” tanto por la animosidad en que estaban envueltos, como por la proporción y magnitud objetiva de las fuerzas que cada uno poseía.

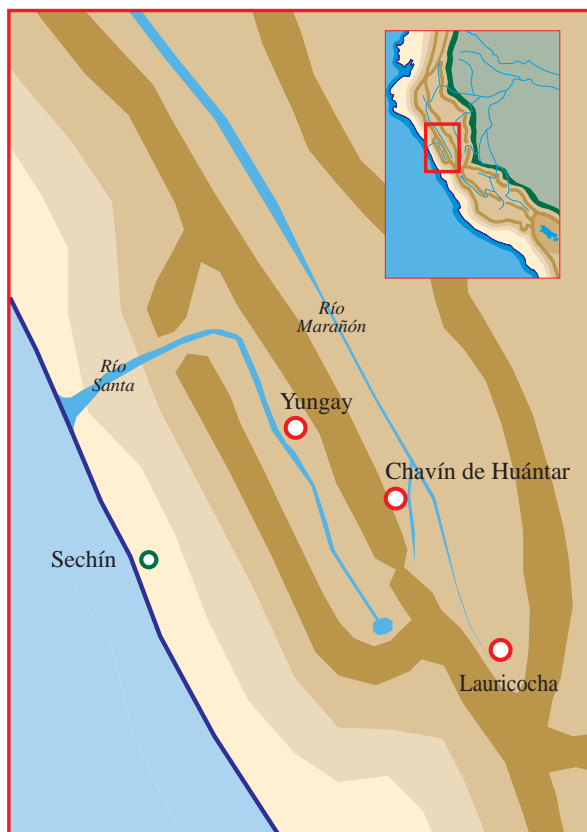
Relativamente cerca de los *sechín*, pero ya no en la costa sino en el macizo andino, tras la cordillera Negra, se hallaban asentados, desde muchos siglos atrás, los *chavín*, en el Callejón de Huaylas y en el contiguo Callejón de Conchucos.

El Imperio Chavín

Orígenes

Como se ha dicho bastante atrás, algunos de los primeros habitantes de ese bello y sobrecogedor paraje del territorio andino habían ocupado la cueva El Guitarrero en Yungay, hacia el año 7 500 aC ¹⁸¹.

Mapa N° 11
Yungay - Chavín de Huántar - Lauricocha



El frijol y el ají encontrados en la cueva El Guitarrero tienen progenitores silvestres en las vertientes orientales de los Andes. Eso hace presumir que fueron llevados al Callejón de Huaylas desde el este, desde el área amazónica ¹⁸², remontando el río Marañón.

Quizá se encargaron del traslado a Chavín los descendientes de los hombres que, 10 000 años aC, habitaron la cueva de Lauricocha, en la cabecera del río Marañón. Al fin y al cabo, siguiendo las aguas de éste y remontando las de su afluente, el Paccha, se llegaba, en pocas jornadas a pie, de Lauricocha a Chavín de Huántar y luego al área donde está ubicada la cueva El Guitarrero.

El frijol y el ají hallados en la cueva El Guitarrero son los más antiguos restos de plantas cultivadas encontradas en los Andes. Es decir, los primeros *chavín*, los habitantes de esa área de la cordillera andina, estuvieron ya en ese remoto momento a la vanguardia del avance técnico. Quizá ellos fueron los primeros en experimentar el tránsito de la recolección-caza a la agricultura incipiente. Y quizá por eso, probablemente también, antes que ningún otro pueblo en los Andes, vivieron la gran transformación que supuso el advenimiento de la agricultura intensiva.

Los remotos antecedentes de Lauricocha (10 000 aC) y de El Guitarrero (7 500 aC) serían los hitos y vestigios más importantes de una prolongada ocupación territorial que, en

creciente y exitosa tecnificación, alumbró, hacia el año 1500 aC, la impresionante cultura de la que hizo gala el pueblo chavín.

Sus mayores logros se concretaron en la agricultura y en las actividades afines: técnicas hidráulicas y conocimientos astronómico-meteorológicos. Pero también en la arquitectura.

La sorprendente habilidad en el trabajo de la piedra pudo lograrse, precisamente, porque el éxito en la faena agrícola permitió liberar a muchos hombres de esa tarea, concentrándolos y especializándolos en la arquitectura y artesanía de la piedra.

El viejo Castillo de Chavín –o Templo Temprano como lo denominan generalmente los historiadores¹⁸³, y el famoso Lanzón de Chavín, resultan pruebas portentosas.

Primera fase: hegemonía tecnológica

El pueblo *chavín* albergó pues en su seno a muchos de entre los primeros destacados arquitectos y constructores, a eximios artesanos líticos, consumados agricultores, técnicos hidráulicos, especialistas astro-hidro-meteorólogos.

De otro lado, la presencia en Chavín de Huántar del *spondylus*¹⁸⁴ permite, efectivamente, colegir el alcance, conocimientos y habilidad que alcanzaron los especialistas astro-hidro-meteorólogos del pueblo *chavín*.

El *spondylus* –o *mullu* como la denominaron los pueblos andinos–, que eventualmente llegó por primera vez en manos de los inmigrantes y/o comerciantes centroamerica-

nos –como se ha dicho–, es una concha marina roja, de gran sensibilidad térmica, con residencia habitual en aguas tropicales. No aparece en las frías costas del centro y sur del Pacífico, pero se aproxima a las latitudes de la línea ecuatorial cada vez que se presenta el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur (en su versión “El Niño”). Es decir, la presencia –o ausencia– del *mullu* en las proximidades del norte peruano está directamente relacionada con la proximidad –o lejanía– del fenómeno.

La accesibilidad al molusco es pues una clara advertencia de la proximidad de las llu-

Ilustración N° 7 Lanzón de Chavín



Fuente:
– Del Busto, *Perú Preincaico*, p. 99.

vias en las costas al sur de la línea ecuatorial ¹⁸⁵. En efecto, desde que los pescadores y buceadores en Ecuador capturan las primeras piezas de *mullu*, hasta que ocurren las primeras precipitaciones en las costas subtropicales andinas, transcurren tres o cuatro meses. Y en las temporadas en que el *mullu* no aflora, la sequía es grave.

Todo permite suponer que los más calificados especialistas hidro-meteorológicos de Chavín de Huántar —que al propio tiempo eran sin duda los Sumos Sacerdotes—, fueron los primeros en llegar a conocer y desentrañar los secretos que encerraba la presencia del *mullu* en la proximidad de las costas del norte del Perú.

Para mayúsculo asombro de sus coetáneos, del propio pueblo *chavín* y de los pueblos aledaños, ello permitía a los Sumos Sacerdotes del templo-castillo de Chavín de Huántar conocer, hasta con cuatro meses de anticipación, y con gran certeza, la presencia o no de lluvias, y decidir el inicio, postergación o cancelación de la temporada de siembra.

Los secretos que encerraba el *mullu* eran pues valiosísimos e inestimables. Y, sin género de duda, quienes habían logrado desentrañarlo adquirieron un poder igualmente inestimable, por lo menos durante el largo período en que el secreto se mantuvo sin ser compartido con otros que no fueran los Sumos Sacerdotes de Chavín de Huántar.

Para los neófitos, del propio pueblo *chavín* y de los pueblos aledaños, primero, y del resto de los pueblos de los Andes más tarde, sólo una cosa estaba en claro: había que adorar y rendir culto al *mullu*. Así, según se creía, a más y más devotas plegarias, a más y más complejos y ricos sacrificios, mejores resultados se obtendría en la agricultura. No es difícil imaginar que los rituales en torno al

mullu se generalizaron entonces en los Andes, habida cuenta de la creencia de que el *mullu* que llegaba y se adoraba en cada temporada sería invariablemente fiel a las plegarias de sus adoradores.

A partir de Chavín, y en adelante, en prácticamente todos los pueblos de los Andes, hay evidencias de la presencia de ejemplares de *mullu* expresamente llevados cada temporada desde el norte ecuatorial y tropical. Algunos pueblos alejados organizaron incluso equipos especialmente entrenados de corredores que trasladaban miles de kilómetros uno o más de un ejemplar del molusco “sagrado” y lo ponían en manos de los especialistas y Sumos Sacerdotes.

La asombrosa “bondad del ritual”, primero y durante un largo período, y las verdades del secreto, después, se transmitieron durante siglos por muchísimas generaciones, pueblos y territorios. Ello explica, por ejemplo, que en Wari, la capital del Imperio Wari, en la zona cordillerana de Ayacucho —1 000 años después de la caída del Imperio Chavín—, también se hayan encontrado restos del *spondylus* ¹⁸⁶. Y que llegara luego a oídos de los “sacerdotes” del Imperio Inka. Éstos, para programar adecuadamente las faenas agrícolas, demandaron insistentemente el *mullu*.

La importancia fue tal que efectivamente se dispuso la formación de brigadas especiales de *chasquis* “*mollo chasqui camayoc*” cuya función era llevar el *mullu* desde Ecuador al Cusco ¹⁸⁷. En uno y otro notable caso, llegando el *mullu*, llegaba la información hidro-meteorológica requerida, o, en su defecto, el elemento central e insustituible del importantísimo ritual propiciatorio de lluvias.

Hoy se conoce a ciencia cierta cuán graves y geográficamente extensas son las repercusiones de algunos grandes episodios del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico

Sur. Afectan y parecen haber afectado a México en muchas ocasiones, como ocurrió con el último gran evento del siglo que acaba de terminar.

La Leyenda de Naylamp sugiere que, para los pueblos *centroamericanos*, la importancia mítica de los grandes caracoles marinos como el *spondylus* habría sido remotísima. Y, aunque para un período muy posterior, ello quedó absolutamente en evidencia, por ejemplo, cuando en la gran ciudad *azteca* de Teohitucán que conquistó Hernán Cortés, se encontró hasta dos grandes talleres de conchas marinas ¹⁸⁸.

¿Fueron los pueblos de México los primeros en desentrañar la relación entre el *spondylus* y el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur? ¿Llegaron esos secretos a los Andes a través de los *sechín*?

Son concluyentes las evidencias del extraordinario avance técnico que en su tiempo alcanzó el pueblo *chavín*. Y a diferencia de *sechín*, pudo preciarse, aparentemente al menos, de haber logrado un alto desarrollo cultural y material en un clima apacible.

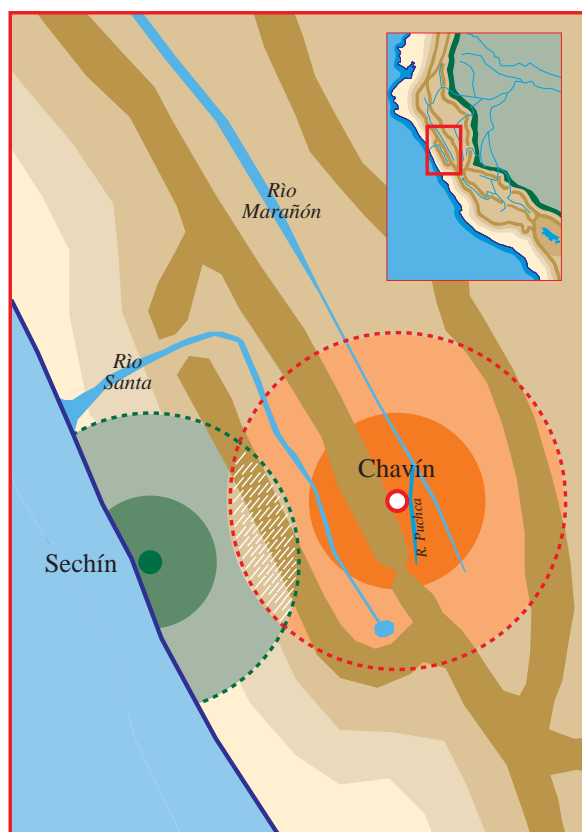
El personaje representado en el afamado “lanzón de Chavín”, si bien tiene expresión fiera, está desarmado, en elocuente testimonio del carácter pacífico que en ese período ostentaba dicho pueblo y que retrató el artista (ver Ilustración N° 9 que se muestra más adelante).

Aunque con distinta modalidad, *sechín* y *chavín* se fueron expandiendo hasta que tuvieron una frontera común: la Cordillera Negra.

Por las abras, cada vez que uno de ellos intentaba cruzar la cordillera, se topaba con el otro. Sea que se tomara la ruta Recuay–Aija–Huarmey. O que se pasara por la

vía Caraz–Moro–Nepeña. Similar fenómeno ocurría un poco más al norte, en el paso Caraz–Huallanca–Chimbote. Y, por supuesto, en el camino Huaraz–Pariacoto–Casma.

Gráfico N° 28 Expansión Sechín - Chavín



A partir de ese momento la expansión de cualquiera de ellos tenía que pagar el precio de la confrontación. Para ambos era indispensable resolver favorablemente el enfrentamiento. Ninguno de los dos podía imaginar continuar su expansión por los fértiles valles costeros sin liquidar el poder del otro: esa era la única manera de asegurar la retaguardia.

Durante un largo período inicial la confrontación habría favorecido a los *sechín*. Las monolitos de Casma retratan nítidamente a los habitantes de dos pueblos distintos, ata-

Ilustración N° 8 - 9
Víctima de *sechín* – Detalle del Lanzón



Fuentes:
– Kauffmann, *Manual...*, p. 176.
– Kauffmann, *Manual...*, p. 257.

viados con ropas que los diferencian con claridad: unos, con una suerte de breve pantalón, son los guerreros triunfantes, los *sechín*; los otros, sus víctimas.

Todo parece indicar que las víctimas –tal y como fueron vistas por los artesanos *sechín*–, con los brazos en una peculiar postura y ataviados con un también característico faldón, eran los habitantes del pueblo *chavín*. Porque esa peculiar postura de los brazos y el característico faldón (que hemos destacado en los gráficos) están también presentes en el célebre lanzón que –autorretratando esas dos importantes costumbres–, grabaron a su vez los artistas *chavín*.



Esas dos notables coincidencias no pueden considerarse una simple casualidad. Parece, más bien, la evidencia de que las notables víctimas que los *sechín* registraron en sus piedras eran pues sus más connotados rivales: los *chavín*.

El sistemático enfrentamiento y el adverso resultado que durante largo tiempo experimentaron, podría explicar que los *chavín* mantuvieran reservado, a buen recaudo, tras la cordillera Blanca, su centro administrativo–ceremonial más importante: Chavín de Huántar.

Hechos fortuitos, motivos desconocidos,

eventuales alianzas militares de los *chavín* con otros pueblos dominados por los *sechín*, graves errores estratégicos de éstos, cataclismos, epidemias, destructivas lluvias torrenciales precipitadas por el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, etc., fueron quizá, todas ellas o algunas de ellas, las razones que se habrían confabulado contra los *sechín*.

Lo cierto es que en las proximidades del año 1500 aC el poblado central de Sechín resultó destruido, siendo muy probablemente exterminado el grupo dirigente, alcanzando a sobrevivir la población campesina, y sin duda mayoritariamente femenina.

Más de un indicio –como ya hemos advertido anteriormente–, permite suponer que los sobrevivientes *sechín* se exparcieron en gran parte del territorio andino.

Como es obvio, la avalancha *chavín* cayó desde la cordillera. Algunos indicios permiten incluso hacer la conjetura de que, entre las distintas rutas de que disponían, habrían bajado por la ruta Conococha – Pativilca (por donde hoy llega la carretera más importante al Callejón de Huaylas), cortando en cuña a la población *sechín*, y lanzándola –como lo sugieren muchas de las evidencias que habremos de ver repetidamente– en una complicadísima y vasta diáspora.

Ello explicaría que el grueso o una parte muy considerable del campesino pueblo *sechín*, huyera precipitadamente hacia el norte, tanto a los valles de La Libertad como de Lambayeque, para a la postre terminar fusionándose, aquí con los *mochica* y allá con los *moche*, y dejando en ambos una huella impercedera. Mas estando en esos territorios muchos pudieron refundirse tras la cordillera, en los remotos valles interandinos de Cajamarca, donde también habrían dejado una huella indeleble.

Y explicaría que un grupo eventualmente minoritario huyera en dirección sur, refugiándose en distintas partes del camino, entre los *limas*, los *paracas*, los *nazcas*, y aparentemente incluso aún más al sur.

Y ésto a su vez ayudaría a explicar cuán recurrentes son las imágenes de cabezas–trofeo en los mantos *paracas* y en la iconografía *nazca*. Pero además, en el valle medio del río Majes, en Toro Muerto –en el camino entre Nazca y Tiahuanaco–, hay también un petroglifo de un “hombre con cabeza–trofeo”¹⁸⁹. ¿Llegaron finalmente desde Nazca algunos *sechín* al Altiplano de Tiahuanaco? ¿Llegaron en todo caso mucho más tarde, aquí y allá, a través de la sangre de sus descendientes?

La toponimia en la historia

Miloslav Stigl nos recuerda que fue el arqueólogo peruano Julio C. Tello quién “descubrió que el nombre [Chavín] procedía de un idioma del Caribe”¹⁹⁰.

Si fueron los *sechín* quienes trajeron ese idioma, habrían sido ellos, entonces, quienes bautizaron a sus rivales cordilleranos como “chavín”. Ése no habría sido pues como veremos más adelante, ni el primer ni único caso en la historia en que el gentilicio de un pueblo le fue dado por otro.

Pues bien, quizá más que ninguna otra especialidad, podría ser la lingüística la que mejores luces termine de dar sobre la eventual diáspora de los *sechín* en el territorio andino.

En el intento de diseñar una primera hipótesis aproximativa se ese género, nos hemos permitido un recuento parcial de nom-

bres de poblados –pero también de culturas y gentilicios– en los que están presentes la “ch”, “x” y su equivalente “j”, y las terminaciones en “pe” y “que”, que parecen características de la lengua “muchik” de los *chímú*, que conjeturamos fue también la lengua que trajeron del sur de México los *sechín*.

¿Qué representa en términos lingüísticos –nos preguntamos– la reiterativa presencia del sonido de la “ch” en *se-chín*, *cha-vín*, *mo-che*, *mo-chi-ca* y *chi-mú*, pero también en *Chan-chan*, esto es, precisamente en los nombres de mayor significación en la historia del norte antiguo del Perú, y en muchísimos otros del área, como *Chi-lete* y *Chil-cal* –el remoto nombre de Paita¹⁹¹?

¿Y en *Cahua-chi* la capital de los *nazcas*, *chan-ka* y *Chin-cha*, así como en muchos otros nombres de importancia de la historia del sur del Perú?

¿Será una simple coincidencia que dicho sonido esté también presente en muchos de los más emblemáticos nombres de la historia de Centroamérica, como *Te-noch-titlán* y *Chi-chen-itzá*? ¿Pero además en los de algunas de las comidas más características de ambos territorios: *cebi-che* y *chil-cano*, aquí, y *en-chi-ladas*, allá?

Otro tanto puede decirse para el caso del sonido de la “x”, presente en Centroamérica en *Oa-xa-ca*, *Tax-co*, *Mé-xi-co*, etc. que fonéticamente sonó a los cronistas y conquistadores españoles igual que la “j” de *Ja-lisco*, *Ju-chitán*, *Guana-juá-to*, etc. Pues bien, están entre nosotros presente en *Ca-xa-mar-ca*, grafía y voz de los primeros cronistas¹⁹², y que todavía hoy reivindican orgullosamente muchos de los habitantes de ese territorio. En *Xa-qui-xa-guana*¹⁹³ o *Jaquijaguana*. En *Coli-xa*, un actualmente inidentificable pueblo del antiguo entorno de Pachacámac. Lo está además en *Guax-chapaicho* y *Xa-xa*,

nombres respectivamente de los últimos *kurakas* prehispánicos de Huaura y Yauyos¹⁹⁴. Y en *Ma-xouri* (nombre ya desaparecido en la toponimia del valle de Chala, en la costa de Arequipa).

Por lo demás, Linares Málaga nos recuerda que el nombre de la etnia Tiahuanaco de los *pacajes*, antiguamente se escribía *pacaxes*¹⁹⁵. Y Cieza de León también escribía *Xauxa* en vez de *Jauja*¹⁹⁶. ¿Tendrían acaso el mismo origen nombres como *Ca-jas*, *Jayanca*, *Ju-nín*, por ejemplo, u otros de los que figuran en el mapa del Anexo 5, en la página siguiente? ¿También pues una simple coincidencia?

A su turno –como veremos–, el sonido “que” parece tener mucha relación con el fonema “ec”. Aquél está presente en *Tla-que-pa-que* y *Que-rétaro*, en México; y en *Que-recotillo*, *Que-recoto* y muchos más, incluyendo *que-chua*, en el Perú.

A su vez, la terminación “ec” está presente en *Ala-ec* –nombre genérico de grandes caudillos *moche*¹⁹⁷ y en *Aia Pa-ec*, dios *moche* de grandes colmillos¹⁹⁸. Pero también en *Apur-lec* personaje *mochica* representado en *Batan Grande*¹⁹⁹, pero asimismo nombre de un desaparecido centro poblado *mochica*²⁰⁰. Y está también en *Fempe-llec*, nombre del supuesto último descendiente conocido de *Naylamp*²⁰¹. Y en *Yampa-llec*, ídolo *mochica* del que según *Del Busto*²⁰² habría derivado el nombre de *Lambaye-que*.

Puede presumirse entonces que un vocablo con la misma terminación debió dar origen a los nombres *Jequetepe-que*, *Re-que*, *Ñapi-que* e incluso *Viña-que*, el nombre del primer gran centro poblado de los *chankas*.

Muy significativamente, la misma terminación “ec” aparece también en el nombre de la lengua –¿dialecto, idioma, otra denomi-

Anexo N° 5

Hipótesis: Toponimia de origen centroamericano en los Andes



nación del mismo idioma?— que se habló entre *mochicas* y *moches*: el *sec*.

Y nada menos que en el viejo nombre de los famosos geoglifos de Nazca: *seque* (“camino religioso” —según el afamado arqueólogo peruano Toribio Mejía Xesspe²⁰³).

Por último según referencias orales que hemos recibido de un reputado notario camanejo²⁰⁴, los dos poblados de antiquísimos pescadores —*changos* (“muchachos”, en México²⁰⁵)— de la costa de Arequipa, que hoy se denominan *Chu-le*, uno en Ocoña y el otro en Camaná, se habrían llamado en realidad *Chu-lec*.

Pues bien, ¿será también una simple coincidencia que en el área del sur de México, en torno a *Oaxaca* —de donde presumiblemente migraron los *sechín*, esté tan reiterativamente presente la misma terminación “ec”: *Teote-pec*, *Omete-pec*, *Zacate-pec*, *Jamilte-pec*, *Tutute-pec*, *Tehuante-pec*, *Ixte-pec*, *Suchixte-pec*, etc.? Pero está también en el emblemático nombre *Chapulte-pec*. ¿Y tendrá acaso el mismo origen el paradigmático nombre *inka Pa-cha-cu-tec*?

Por su parte, la terminación en “pe” de *Motu-pe*, *Mocu-pe*, *Su-pe*, *Tu-pe*, *Sunampe*, y del reiterado *Guadalu-pe*, etc.; aún cuando no muy presente en México, lo está en el que parece original *Guadalu-pe*, así como en *Yogo-pe*.

Como esas, bien podrían someterse a examen los casos de las terminaciones en “an”, de *Si-pán*, *Si-cán* y *Ba-tán*, del área de Lambayeque; *Ca-tán*, en el valle de Jequetepeque; *Jul-cán*, en la cabecera del río Moche, etc., por ejemplo; equivalentes a *Tuxpán*, *Tec-pán*, *Pijijia-pán*, *Ji-quil-pán* y otros, de México.

Así como el caso de la raíz “gua” o “hua”,

presente en innumerables nombres y topónimos del Perú como *Moque-gua*, *Gua-dalu-pe*, *Huan-cayo*, *Huan-cavelica*, *Huá-nuco*, *Huán-tar*, *Huas-carán*, *Huan-doy*, *Huayanca*, *Luna-hua-ná*, o *Hua-capuy*; y a su vez en *Gua-najuato*, *Gua-dalajara*, *Nicaragua*, *Mana-gua*, *Teoti-hua-cán*, *Coa-huayana*, *Tamia-hua*, *Hua-juapán*, *Te-hua-cán*, etc., en Centroamérica.

¿Responderá además a la misma razón el legendario nombre *inka Gua-nacaure*? ¿Y el no menos importante nombre kolla *Tia-huanaco* o *Tia-gua-naco* —como escribió Cieza de León—²⁰⁶? ¿O los de *Hua-yna* o *Gua-yna* Cápac y sus hijos *Huás-car* y *Ata-hual-pa* o *Ata-gual-pa*? ¿Y el del propio *Gua-mán* Poma?

Como todas éstas, merecen también ser analizadas, por ejemplo y entre otras, la partícula “ya”: del *Ma-ya*, *Ya-lalag* y *Cela-ya* centroamericanos; y *Ya-után*, *Ya-uca*, *Yau-ri*, *Ya-naoca*, *A-ya-cucho*, etc. de los Andes.

Como puede apreciarse, las coincidencias son numéricamente abrumadoras. Pero lo son aún más por el hecho hartamente mostrado de que en muchos de los nombres se dan hasta dos de los sonidos a los que se ha pasado revista.

Mal podría extrañar que en Ecuador, inmediatamente al norte del Perú, se diera otro tanto. Sea por influencia llegada desde el Perú o directamente desde Centroamérica. Bástenos algunos ejemplos: *Pichincha*, *Chinchi* y *Machala*, para el caso de la “ch”; *Cojimés*, *Jama*, *Loja* y *Jipijapa*, para la “j”; *Cotopaxi*, para la “x”; *Caráquez*, para “que”; *Guayaquil*, *Guano* y *Guamote*, para “gua”, y; *Yaguachi*, para “ya”. A su vez, en Colombia, muy sintomáticamente, casi sólo en el área próxima al Pacífico aparecen nombres como: *Chirichiri*, *Chocó*; *Tuquerres* y *Caquetá*; o *Popayán*.

Por su parte, en Bolivia, es fundamentalmente en las áreas circunlacustres de La Paz, Oruro y Potosí, allí donde hubo mayor impacto de Tiahuanaco, donde se encuentran reiteradamente nombres como: Achacachi, Viacha, Charaña, Challapata o Machacamarcá; Tequeje, Lajoya, Cajuata, Chiñijo y Tarija; Huata, Curahuara, Huanuní y Guarina; así como Yaco.

En el norte y centro de Chile, finalmente encontramos, Chile mismo, Chuquicamata, Chañaral, Chillán o Chaca; Iquique; Juncal; Quillagua, Pisagua, Aconcagua, Rancagua, Colchagua, Talcahuano o Huara; y Oyahue.

Sorprendentemente, aunque casi sólo la sílaba “gua”, se prolonga hasta Paraguay, donde además aparece en Guaraní, Guachalla, Iguazú o Guaira; y, por último, en Uruguay.

En el caso de Venezuela, resulta obvio que la proximidad de su costa atlántica con la de México, contribuiría a explicar la presencia de nombres como: Machiques y Tachira; Paraguana, Churuguara, Acarigua, Aragua, Guárico y Guaira; Cojedes y Guajira; o Yacuy, etc.

¿Puede considerarse una simple casualidad que todas esas partículas estén mucho menos presentes en el sur de Chile, y virtualmente ausentes en el oriente de Colombia, sur de Venezuela, en Uruguay, Argentina y Brasil?

Pues bien, si la hipótesis fuera refrendada por la lingüística y la etno-historia, quedaría demostrado: a) cuán evidente el origen centroamericano de *sechín*; b) como señala el gráfico, cuán vasta y dispersa fue la diáspora *sechín* en el territorio andino; c) cuán profunda fue la influencia *sechín* en casi todas las culturas de los Andes Centrales, y; d) cuán intensa la influencia *mexicana* en buena parte del continente sudamericano.

Como bien se sabe, no es nueva la teoría aloctonista que postuló la existencia de un impulso u origen externo de la cultura andina, de procedencia marítima y centroamericana. Hace bastante más de medio siglo la postuló el antropólogo alemán Friedrich Max Uhle.

Según él, inmigrantes venidos del norte, llegaron por mar a la costa andina trayendo consigo el maíz, textiles, alfarería, orfebrería aurífera, conocimientos agrícolas, la práctica de enterrar cabezas solas separadas del cuerpo, la técnica de construcción con ladrillos secados al sol (adobes), etc. Eso —a nuestro juicio— es lo sustantivo de dicha teoría. Resultando accesorias las hipotéticas precisiones de Uhle sobre el ingreso de los migrantes al Perú por Ica —o como también podríamos suponer por Casma y/o Moche—; y si portaban o no específicamente la cultura Maya —u otra mucho más antigua—.

Dicha teoría fue ardorosamente rebatida por Julio C. Tello, el célebre médico ²⁰⁷ y “padre de la arqueología peruana”. De allí en más pasó casi tres décadas en el olvido. No obstante, más tarde como lo recuerda Del Busto ²⁰⁸, fue retomada por el afamado arqueólogo peruano Federico Kauffmann, cuyos sólidos argumentos no tuvieron sin embargo mayor acogida.

Casi inmediatamente después fue replanteada por los arqueólogos norteamericanos Coe, Strong, Porter y Willey, que a su turno fueron refutados, muy débilmente aunque con gran éxito, por la arqueóloga peruana Rosa Fung. Así, hoy es apenas recordada, casi de soslayo —como cumpliéndose un rito—, en muchos textos de Historia. Es, por ejemplo, el caso de José María Morante ²⁰⁹, Eloy Linares ²¹⁰ y muchos más.

Todo parece indicar, pues con lo visto y con lo que habrá de verse más adelante, que

la tan debatida hipótesis tiene hartos merecimientos para volver a ser desempolvada y puesta a prueba. Hoy se cuenta con más y mejores técnicas que antes para ello. Pero tanto o más importante que el instrumental teórico y técnico a utilizar, será el despojarse de prejuicios y del pernicioso chauvinismo anticientífico que tanto daño hace a la ciencia y, en particular, a la Historia.

Cierto es sin embargo que la concluyente derrota de los *sechín* dejó a los *chavín* la ruta libre para su expansión por la costa. Sin duda el pueblo *chavín* jugó un rol importante en la caída y liquidación de los *sechín*. Mas no debió ser el único que luchó contra éstos. Por tanto, había otros pueblos con quienes compartir el mérito y el enorme prestigio que se derivaban de la sonada victoria.

Es posible concluir, sin embargo, que los dirigentes del pueblo *chavín* lograron monopolizar el mérito de la liquidación de *sechín*. Es probable que lograran ingeniárselas para persuadir y convencer a los pueblos vecinos que un poder extraordinario y sobrenatural los acompañaba.

En todo caso, con el omnipotente y mágico *mullu* entre las manos –y sus secretos de por medio–, ya era suficientemente asombrosa la capacidad de los Sumos Sacerdotes *chavín* para predecir certeramente la presencia o no de lluvias.

Asombrados con la caída y desaparición de *sechín*, su persistente y feroz victimario, los pueblos, quizá pues, estaban dispuestos a creer cualquier versión que difundieran los *chavín*, por extraordinaria e inverosímil que pareciese.

La coartada de los dirigentes *chavín*, no obstante, era inmejorable y consistente. En efecto, el poder extraordinario y sobrenatural que les terminaron atribuyendo los pueblos

–y que seguramente ellos empezaron autoatribuyéndose–, tenía mucha correspondencia con sus efectivos y magníficos conocimientos agrícolas, astronómicos, meteorológicos, hidráulicos, artísticos, artesanales, de construcción, etc.

Bajo todas esas circunstancias, es posible imaginar a los pueblos que con gran violencia habían sido sojuzgados por los *sechín*, volcarse a rendir culto a los dioses del pueblo *chavín*, y hasta pleitesía a sus generales.

Así, el centro religioso y ceremonial de Chavín de Huántar pasó a ser, en adelante, foco de atención e interés para los habitantes



de un área cada vez más grande del territorio andino.

Estaban pues creadas las condiciones para que muchos otros pueblos, de la costa y de la cordillera, cayeran subyugados por el “encanto” tecnológico y religioso que con gran habilidad mostraron y administraron los dirigentes *chavín*.

El pueblo *chavín* encontró así abiertas de par en par las puertas para expandir su influencia y hegemonizar en un área grande del

territorio de los Andes. Corría por entonces, aproximadamente, el año 1200 aC.

Respecto de los pueblos que fueron dominados, el pueblo *chavín*, y en particular sus dirigentes, pasaron a constituirse en lo que Toynbee denomina “minoría creadora”²¹¹. Exhibiendo un gran despliegue técnico objetivo, y supuestos asombrosos poderes “sobrenaturales”, la “minoría creadora” *chavín* habría logrado ganarse la adhesión y sumisión voluntaria de muchos de los pueblos vecinos.

La “minoría creadora” *chavín* puso a disposición de los pueblos sus vastos conocimientos técnicos. También les permitió compartir la bondad y omnipotente protección de sus dioses. Recíprocamente, los pueblos se convirtieron en tributarios de Chavín. Así, Chavín de Huántar empezó a recepcionar importantes volúmenes de excedente que aportaban los pueblos, ya en especies o en fuerza de trabajo. Y los dirigentes *chavín* se vieron, casi de improviso, administrando recursos en cantidades que nunca antes habrían podido sospechar.

El pueblo *chavín*, desde su centro administrativo y ceremonial en Chavín de Huántar, alcanzó pues a conformar el primer imperio en la historia del hombre andino.

El Imperio Chavín constituyó la primera versión de expansión pan-andina. Representó un proceso de intensa integración de los diferentes sistemas ecológicos²¹² de la costa, de la cordillera y del bosque tropical. Fue el primer ente supranacional andino.

El surgimiento del Imperio Chavín coincide –sorprendentemente– con el inicio de lo que, en la tradición de las Cuatro Edades, Huamán Poma de Ayala señala como la Tercera Edad: Purun Runa –“Hombres de la Montaña”²¹³.

Grandes y pequeños pueblos, cientos de *ayllus*, en un área de aproximadamente 300 000 kilómetros cuadrados²¹⁴, cayeron bajo la fascinación que les produjo la “minoría creadora” *chavín*.

Tallanes, en Piura; *mochicas*, en Lambayeque; *moches*, en La Libertad; *cajamarcas*, en Cajamarca; *huancas*, en el valle del Mantaro; *tarmas*, en las inmediaciones de éste; *limas* y *yauyos*, en la costa y cordillera de Lima, respectivamente; *icas*, en Ica; y *chankas*, en Ayacucho, entre otros, recibieron el impacto de la oleada tecnológica y religiosa que exportaban los *chavín* y con las que los subyugaron.

Las barreras idiomáticas no fueron ningún obstáculo. Quizá una población de hasta 400 000 personas participó protagónicamente, de una u otra manera, al surgimiento y consolidación del primer imperio de los Andes.

Antes de la expansión imperial, Chavín de Huántar era ya un centro urbano²¹⁵. Ciertamente, pequeño en área y población, pero con características urbanas, desde que incluía tanto al viejo y afamado templo observatorio castillo, como la residencia de los sacerdotes y las de otros especialistas que trabajaban en él²¹⁶.

Este centro “urbano teocrático”²¹⁷ creció en el contexto del proceso de expansión imperial. La presencia de miles de peregrinos obligó a ampliar el viejo templo. Ello permite entender que, al cabo de varios siglos, sobre el viejo castillo se construyera uno nuevo, el Templo Tardío, tan grande que –como admite Del Busto–, “no responde a la población de la comarca”²¹⁸ (aunque por cierto no nos advierte de cuán numerosa habría sido o podido ser esa población).

Se construyó además grandes áreas donde congrega a las multitudes; almacenes y

depósitos donde guardar las ofrendas y tributos, y donde reunir los insumos necesarios para la producción ²¹⁹. Sin duda, esos mismos miles de peregrinos de los diversos pueblos andinos contribuyeron con su trabajo a la ejecución de tales obras.

Uno de los juicios de que fue objeto la primera edición de *Los abismos del cóndor* fue precisamente suscitado por la novedosa inclusión de cuadros numéricos de lo que reiteradamente definimos (en aquella y esta edición) como evolución probable de la población andina.

No se les concedió valor el hipotético que explícitamente tenían. Ni se reconoció –como se dijo en aquella ocasión y se repite en ésta– que la importancia de las cifras no era otra que la de ofrecernos “órdenes de magnitud”. Arbitraria y erróneamente, en cambio, los críticos atribuyeron a nuestras cifras “valor estadístico” (que el autor de este libro sabía y sabe que no tienen). Así, la historiadora peruana Liliana Regalado de Hurtado afirmó que el libro aparece con “cuadros estadísticos, sin que tengamos idea de dónde se ha obtenido cálculos tan precisos...” ²²⁰.

Los críticos, sin embargo, pudieron hacerse una idea. Porque en el texto original (pp. 10 11) explícita y gráficamente se hace referencia al hecho de que:

(a) estábamos asumiendo que en el territorio andino se habría reproducido la curva de crecimiento de la población mundial. Y las cifras resultantes –mal que nos pese– se derivan de los cálculos correspondientes, luego de asumir –como se ha dicho en páginas precedentes– una hipotética población inicial y;

(b) para el siglo XV, la población que supuestamente a su vez encontraron los conquistadores españoles.

Uno y otro dato, ¿no resultan acaso útiles para reconstruir la progresión de poblamiento precolombino del territorio peruano? ¿El hecho de que no se les halla usado antes para tal efecto, significa acaso que no debemos ni podemos usarlos?

¿No es acaso más importante aproximarnos a las probables dimensiones de población andina antigua –aunque sólo fuera en órdenes de magnitud–, que definir el color de los *huacos*, o la dimensión de los templos o el número de adobes o piedras con que fueron erigidos?

Resulta sin embargo asombroso, por decir lo menos, que la autocrítica no aparezca por ningún lado, ni complaciente ni severa, cuando los propios historiadores hacen afirmaciones rotundas como la que reiteramos de J.A. Del Busto: “el vasto templo no responde a la población de la comarca”. Si se desconoce la magnitud poblacional de Chavín, cómo se puede afirmar y aceptar que esa población era menor que la que correspondía a la magnitud del templo. Cómo.

La historiografía tradicional tiene que admitir que una de sus omisiones más clamorosas viene siendo precisamente la de los cálculos y aproximaciones cuantitativas, pero en asuntos efectivamente relevantes: demografía, producción, estimación de excedentes generados, estimación del costo o monto de los excedentes que los pueblos andinos destinaron a gasto y a inversión, etc. Esos y otros cálculos pueden hacer valiosas contribuciones para un conocimiento más adecuado de nuestra historia.

Pero tanto o más importante que saber si las magnitudes del Templo correspondían o no con la población de la comarca, es advertir, con el dato de la probable población dominada, cuántos hombres podían ser reclutados para las obras que decidía emprender el poder imperial, y cuántos eran los tributarios en general. Así, a partir de la cifra de 400 000 probables habitantes del Imperio Chavín, puede colegirse que hubo hasta 160 000 adultos tributarios (20% del total), de los que la mitad, los hombres, pudieron además ser reclutados para trabajar en las *mitas* que decidía el poder imperial.

Los peregrinos portaban las más variadas formas de ofrendas y tributo: llamas y venados; cuyes domésticos y patos; pescado de la costa y *mullu* de los mares ecuatoriales; así como vajilla de terracota llevada desde Cajamarca y de las costas del norte, de Ancash y de Lima ²²¹. Se llevó también la famosa obsidiana (vidrio de origen volcánico) desde Ayacucho pero también pudo llegar de Centroamérica. Y hasta se ha llegado a estimar que el 30% de la cerámica que se usó durante el esplendor imperial era de origen foráneo a Chavín ²²².

Los pueblos tributarios llegaban también premunidos de conocimientos especializados

de muy distinto género, que seguramente los especialistas *chavín* se encargaban de recopilar. Chavín de Huántar se convirtió pues en un punto de convergencia de bienes materiales, de información y de conocimientos de la más diversa índole ²²³.

La evidencia de uniformidad y homogeneidad cultural que se operó durante ese período en los Andes, permite concluir, sin embargo, que los peregrinos regresaban a sus tierras habiendo concretado un valioso intercambio.

Obtenían, ciertamente, y por ejemplo, importante información en torno a algunos de los secretos de la meteorología (léase el *mullu* y su relación “mágica” con las lluvias). Pero también nuevos conocimientos agrícolas e hidráulicos. Aprendían nuevas técnicas para el trabajo de la piedra. Conocían de novedosas modalidades de cerámica, textilería y pintura.

Es decir, Chavín de Huántar se constituyó, además, en polo central de difusión cultural e incuestionable vaso comunicante. Difundió los elementos culturales en que eventualmente estaba especializado cada pueblo tributario. Y, por supuesto, los elementos culturales propios del pueblo *chavín*. Bien puede decirse que allí todos aprendían de todo y de todos.

A todas luces, la “minoría creadora” *chavín* fue el centro de dos grandes procesos de intercambio. Uno, en el que ella misma entregaba conocimientos avanzados y, a cambio, recibía recursos materiales de muy distinta especie. Y, otro, en el que Chavín de Huántar era el escenario central de un rico y variado intercambio entre los distintos y distantes pueblos de los Andes que allí periódicamente convergían y se congregaban. Chavín, al entrar en relación con otros pueblos y al servir de vínculo entre unos y otros,

recibiendo y difundiendo, jugó pues un decisivo papel de vaso comunicante.

Las evidencias de difusión en el vasto territorio hegemonizado son múltiples. La simbología *chavín* está presente en los templos de Pacopampa, Condorhuasi y Udimá, en Cajamarca. En la cerámica y joyas de oro de Chongoyape, en Lambayeque. En los murales de Caballo Muerto, en Trujillo, y de Garagay, en Lima. Así como en las telas pintadas de Paracas, en Ica.

Chavín contribuyó asimismo a perfeccionar las técnicas de irrigación. Difundió e incrementó el cultivo del maíz, así como el uso de la papa y de la carne de llama en la dieta alimenticia. Propició la producción organizada y uniforme de bella cerámica. En la actividad textil difundió el uso de la pintura, incrementó el uso del pelo de camélidos y, a través de la utilización de telares, estandarizó el tamaño de las telas.

En la arquitectura, propició el uso combinado de las distintas formas que se habían venido utilizando hasta ese momento —pirámides truncas, patios hundidos, terraplenes—; alentó la decoración de las paredes, e inició la construcción de edificios subterráneos. Y difundió, por cierto, las más elaboradas técnicas de escultura y grabado de la piedra —que muy probablemente, y a su turno, los *chavín* habían aprendido de los *sechín*—.

Mas cómo negar y dejar de considerar que, casi consustancialmente con la difusión de todos y cada uno de esos elementos culturales, los *chavín* fueron incuestionablemente difundiendo su idioma.

Mas, ¿cuál era éste? El extrañísimo pero casi unánime silencio de la historiografía tradicional al respecto, impide asegurar a ciencia cierta que, como insinúan diversos indicios, habría sido nada menos que el *quechua*

(o, mejor, el *proto-quechua*). Algo más adelante, sin embargo, habremos de ahondar en la presentación de esta hipótesis.

Porque mal haríamos en afianzar esa estela de silencio que sólo ha contribuido a dar forma a una de las distorsiones más grandes de la historia andina: atribuirle a la postre al Imperio Inka, gratuita y erróneamente, y entre muchos otros, ese “mérito”, que no le corresponde.

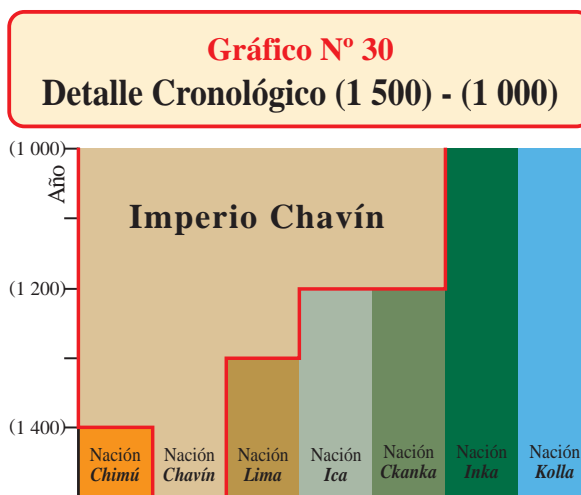
Allende las fronteras que alcanzó este primer imperio de los Andes, y aun cuando no cayeron directamente bajo su hegemonía, el pueblo *inka* del Cusco y los *kollas* del Altiplano no pudieron resistir la influencia de su imperial y poderoso vecino.

Segunda fase: hegemonía militarista

No obstante, la seducción y el encanto que suscitó en los Andes la “minoría creadora” *chavín* en mérito a sus avances técnicos y tecnológicos, llegó a su fin al cabo de tanto como cinco siglos. El vaso comunicante había cumplido su rol, minimizando o haciendo desaparecer la supremacía tecnológica que al inicio del proceso hegemónico y expansivo había exhibido *chavín*.

Pero durante la vigencia de su imperio pacífico y tecnológico, inadvertidamente, la “minoría creadora” había experimentado un significativo cambio. Seguía siendo minoría, pero había perdido las condiciones objetivas por las que, de modo implícito, los demás pueblos la habían reconocido como “creadora”. El sistema de vasos comunicantes que ella misma había creado le habían hecho perder su condición de adalid y vanguardia

tecnológica. Sin embargo, esa minoría *chavín*, y en particular los dirigentes, no estuvieron dispuestos a perder los beneficios –y privilegios– de que habían estado usufructuando.

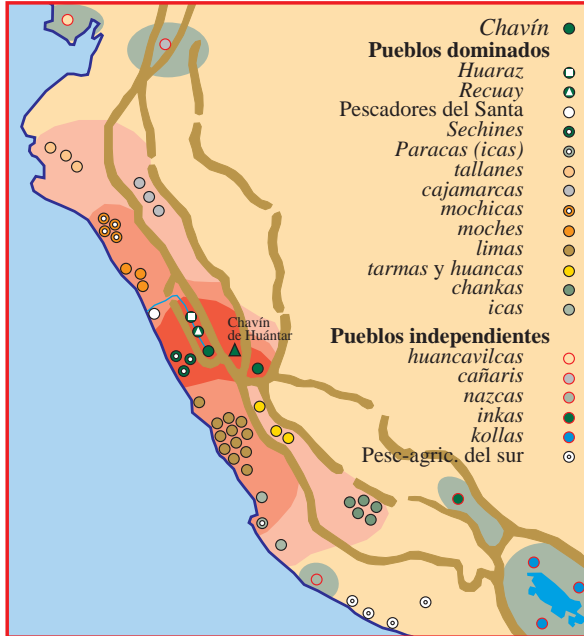


Así –tal como razona Toynbee refiriéndose a acontecimientos similares acaecidos en otras latitudes–, la “minoría creadora” *chavín* se transformó en “minoría dominante”. Careciendo ya de razones objetivas para mantener su posición privilegiada, acudió entonces, para la segunda mitad de su hegemonía imperialista, al uso de la fuerza para conservar la preeminencia que había dejado de merecer²²⁴.

El Imperio Chavín, entonces, inició su segunda fase, según parece, en torno al 800 aC. Ésta se caracterizó ya no por la adhesión voluntaria y pacífica sino por el violento sojuzgamiento de los pueblos y por la compulsiva rapacería de sus recursos.

Así, a diferencia de inermes “lanzón”, que presenta, representa y literalmente retrata el carácter pacífico del primer período de hegemonía Chavín, la afamada “estela Chavín” y las conocidas cabezas clavadas ponen de manifiesto la modalidad guerrera y la crueldad a las que tuvieron que recurrir los dirigentes *chavín* para mantener su imperio, o, mejor,

Mapa N° 12 El Imperio Chavín



para preservar sus privilegios. La “estela Chavín” y las cabezas clavos pertenecen –y no por simple casualidad–, precisamente a ésta, la fase tardía de Chavín.

La “estela Chavín” –de la que por ahora estamos presentando una versión interpretativa de perfil, elaborada por Kauffmann– muestra a un fiero y fuertemente armado guerrero, ataviado con su más vistoso traje militar y de desfile.

Esa imagen iconográfica, sorprendente y casi unánimemente, ha sido divinizada en la historiografía tradicional. Todos los pueblos de la antigüedad, ya en los Andes o en el resto del mundo, han tenido dioses y héroes. ¿Por qué razón la historiografía tradicional andina ve dioses y sólo dioses por todos lados? ¿Por qué no ve grandes líderes y/o grandes guerreros por ningún lado?

Las cabezas clavos –con las que quizá intentaron perennizar a sus más importantes

enemigos vencidos, que muy probablemente no eran sino los más rebeldes de los dirigentes de los pueblos dominados–, son, a su turno, evidente representación de decapitaciones.

Desfile triunfalmente y decapitar a sus enemigos derrotados debieron ser escenas con las que estuvieron familiarizados los pobladores *chavín* en esta etapa de la historia. Y muy significativamente habrá de ser esa imagen de cabezas cercenadas una de las más

Ilustración N° 10 Recreación y Estela Chavín



Fuente:
– Kauffmann, en Del Busto, *Perú Preincaico*, p. 105.
– Kauffmann, *Manual...*, p. 242.

Ilustración N° 11 Cabezas clavos de Chavín



Fuente:
– J.C. Tello, en Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 97.

extendidas en sus dominios: contribuía sin duda a crear un clima psicológico de terror y sumisión.

En el estudio de la iconografía *chavín*, por lo demás, queda patente la presencia reiterativa y enfática del ave de rapiña ²²⁵. Extraña, singular y notable coincidencia con la rapacería que en este segundo período de hegemonía debió llevar a cabo el Imperio Chavín en el territorio andino.

El Imperio Chavín puso de manifiesto en esta segunda etapa un gran aparato represivo –como afirma el arqueólogo e historiador peruano Luis G. Lumbreras ²²⁶. Con él pudo controlar y retener por otros quinientos y prolongados años el inmenso territorio dominado, en el que, muy posiblemente, organizó censos de población, de tierras, de animales, contabilizó la producción a fin de disponer las cargas tributarias que correspondieron a cada pueblo y a cada *ayllu* sometido. Además, el Imperio Chavín pasó a controlar administrativamente a cada uno de los pueblos sojuzgados, ordenando las faenas agrícolas, la construcción de caminos, canales, etc.

La difusión de las manifestaciones artísticas típicas de *chavín*, por todo el espacio

andino, no son sólo e incuestionablemente una prueba de que los pueblos las asimilaron y asumieron como propias, durante la primera fase imperial. Son, también, el testimonio de la presencia física de las huestes y representantes imperiales *chavín* –los primeros y más antiguos *mitimaes* militares de los Andes–, destacados a concretar el proyecto imperial de dominación y saqueo de la segunda etapa.

A consecuencia de la hegemonía militar sobre un espacio territorial tan amplio, el pueblo *chavín* experimentó a lo largo de sus últimos siglos importantes transformaciones. Por lo pronto, el conjunto de sus intereses se modificó sustancialmente. En efecto, su limitado y pequeño territorio inicial, en un valle de los Andes septentrionales, se agigantó, multiplicándose cien veces. Y los recursos de que dispuso, de todo género, se habían también multiplicado. Es decir, se dieron significativos cambios cuantitativos.

No obstante, la historia del pueblo *chavín* registró, además, otros cambios, esta vez cualitativos, y de enorme trascendencia. El reducido número de personas que tenía rol

Ilustración N° 12 El castillo de Chavín



Fuente:
– Foto de Carlos Sala, Grafitec 97.

dirigente en Chavín de Huántar multiplicó sus intereses con la apropiación, por lo menos de una parte, del excedente que aportaban los pueblos sojuzgados.

Todo el pueblo *chavín* usufructuó también de beneficios materiales. Directamente, a través del mayor abastecimiento que provenía de los pueblos sometidos. E, indirectamente, aprovechando los beneficios del crecimiento y embellecimiento de su propio territorio: caminos, canales y almacenes; templos y palacios, etc.

A expensas de la población agrícola y rural, la población no agrícola y urbana del pueblo *chavín* creció seguramente en proporción muy considerable, a efectos de cubrir cuanta nueva ocupación administrativa y organizacional había aparecido a la sombra de la hegemonía imperialista. Así, el centro urbano-teocrático debió crecer para dar cabida a los nuevos e improvisados funcionarios recién reclutados dentro del campo.

Complementariamente, otra parte de la población campesina *chavín*, militarizada de improviso, tuvo que ser desplazada a los territorios sojuzgados, a fin de garantizar la dominación y la captación de los recursos que cada pueblo fue obligado a entregar. El Paraíso, en las inmediaciones de Lima, por ejemplo, habría albergado al importante destacamento enviado para controlar esa parte del territorio imperial.

No menos espectaculares fueron los cambios que se operaron en el seno de los pueblos dominados. A la autoridad local se superpuso la del Imperio Chavín, para cuyo sostenimiento vieron incrementadas sus obligaciones tributarias. Pero, además, tuvieron que enviar parte de su producción con destino a Chavín de Huántar. Una parte de sus tierras –probablemente las mejores– fueron expropiadas para destinarlas al abasto del

grupo de pobladores *chavín* que había sido destacado a controlar y administrar al pueblo sometido. Además del tributo en especies, los pueblos, en su propio territorio, debían trabajar –en faenas agrícolas y de construcción de viviendas y murallas– las tierras que les habían sido expropiadas. Y en las tierras sobre las que mantenían posesión no tenían siempre libre disposición: el Imperio Chavín decidía qué sembrar, cómo y dónde se construiría el nuevo canal de riego, etc.

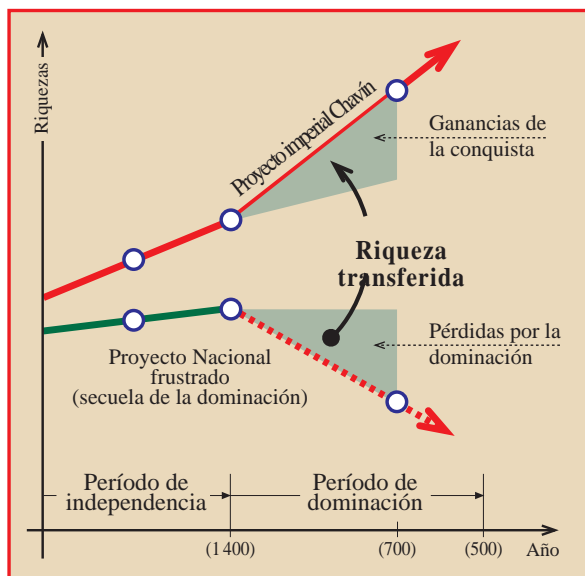
La producción agrícola y ganadera, en las tierras de libre usufructo, continuó revistiendo su forma comunitaria ancestral: el *ayni*. Mas apareció una nueva obligación: la *mita*. Es decir, el trabajo comunal por disposición y en beneficio del poder imperial: grandes caminos troncales, puentes, fortificaciones, adoratorios, etc.

Por último, los pueblos contribuían con cientos de individuos que marchaban a trabajar en la sede imperial, y a quienes se dio un trato esclavizante. Fueron encargados de acarrear gigantescas piedras para las formidables construcciones magalíticas de Chavín de



Huántar ²²⁷, que la práctica social de los pueblos de la antigüedad ha demostrado que fue posible realizarlas sólo mediante el esfuerzo de esclavos ²²⁸.

Gráfico N° 32 Proyectos Nacional e Imperial y transferencia de riquezas



Por primera vez de manera compulsiva, en el vasto territorio andino se materializaba una gran transferencia de riquezas: los pueblos sometidos hicieron converger en el pueblo *chavín* –y en particular en Chavín de Huántar– quizá la mayor del excedente que generaban.

No es casualidad que Chavín de Huántar sea el único grande e importante monumento arqueológico de los Andes en ese período de la historia. El esplendor de *chavín* tuvo pues como precio el drástico estancamiento y empobrecimiento de los pueblos sojuzgados. O, si se prefiere, los intereses de Chavín se acrecentaron a costa de la merma de los correspondientes de los pueblos sojuzgados.

Esa transferencia, subsidiante para uno y desangrante para los demás, ayuda a entender

cómo, de un gran número de pueblos que florecía contemporáneamente con Chavín hacia 1500 aC, en los casi mil años siguientes sólo floreció este, al precio de “apagar” a todos los demás.

El Imperio Chavín, pues, frustró y liquidó, temporalmente al menos, el fructífero proceso descentralista que se había estado dando en los Andes, instaurando por primera el más nefasto centralismo. Y los grandes excedentes que generaba la agricultura en el territorio andino no disminuyeron, sino que fueron a parar todos a manos del poder hegemónico.

A despecho de que formara o no parte del conjunto de sus propósitos explícitos, dentro del amplio espectro de elementos culturales que de hecho difundieron los conquistadores *chavín*, estuvo sin duda –y como ya hemos advertido– su propio idioma.

Larguísimo mil años de dominación habrían sido absolutamente suficientes para terminar imponiéndolo. Ya sea desplazando y sustituyendo las lenguas de pequeños pueblos. Ya sea convirtiendo en bilingües a una buena proporción de los habitantes de las naciones más grandes. Como fuera, es completamente verosímil que tras ese dilatadísimo período de hegemonía, el idioma de los *chavín* terminara expandiéndose en una vastísima porción del territorio andino, quedando pues en los labios de millones de personas y de muchas generaciones por delante.

En todo el planeta, y desde tiempo inmemoriales, muchos pueblos han construido civilizaciones portentosas cada uno en su propio idioma. Así, salvo subjetivismos acientíficos e inaceptables, ningún pueblo tiene razones solventes para esgrimir que sólo su idioma da curso al progreso. Ni para de manera igualmente sesgada sostener que el idioma propio es mejor que el ajeno.

Sin embargo, invariablemente todos los imperios, pisoteando esas verdades, y empujándose sobre la fantasía y la soberbia, mañosamente han enarbolado como una de las mejores herencias de sus conquistas la divulgación de “su” idioma entre los pueblos dominados. Y el hecho de que en los textos de historiografía tradicional, de manera virtualmente unánime, se haya admitido y aceptado esa trampa, pero sacralizándola hasta presentarla como un “mérito”, no convierte a éste en tal, ni al embuste en verdad.

El idioma del pueblo hegemónico, más aún si el proceso de dominación es largo, inexorablemente se difunde pero por razones distintas a la de su falaz y pretendido mayor valor intrínseco. Se difunde, en primer lugar, y por ridículamente obvio que parezca, (a) porque es el único idioma que habla la inmensa mayoría de los habitantes del pueblo conquistador. ¿Qué más podrían, pues, sino hablar y difundir la única lengua que conocen? A este respecto, la historiografía tradicional sigue cayendo en el mismo ridículo del despistado y candoroso gallego que en el siglo XV se asombraba del “mérito” de los niños de Francia que sabían hablar francés.

El idioma del conquistador se difunde además, y compulsivamente, (b) para poder extraer más eficientemente riquezas a los pueblos dominados. Pero también (c) porque en el proceso de la conquista los nativo-hablantes, víctimas de las guerras de conquista, del genocidio y la sobreexplotación, son relevados por niños que, casi sin alternativa, asumen la lengua del conquistador impelidos por sus padres, como último recurso en legítima defensa de la vida y futuro de sus hijos.

Se difunde asimismo, (d) porque cientos y miles de niños de los pueblos dominados son hijos mestizos de los conquistadores. Pero también (e) porque miles de adultos de

los pueblos sojuzgados pronto aprenden que la única manera de conseguir aunque fuera algunos peldaños de ascenso social es hablando la lengua del conquistador. Y, (f) porque sin ninguna duda, sólo hablando el idioma del conquistador puede asimilarse bien el cúmulo de elementos culturales nuevos que lleva sus dominios.

¿Tenemos derecho a presumir que los pueblos dominados por Chavín escaparon a ese esquema? No. Porque nada hay en la historia andina que insinúe siquiera que los pueblos de esta parte del mundo eran sustancialmente diferentes a los de otras latitudes. Y que haga presumir, en consecuencia, que aquí se dieron fenómenos profunda y cualitativamente distintos.

¿Y a suponer por el contrario que todo ello también se dio en los Andes en aquél remoto período de la historia? Sí. Porque como venimos encontrando hasta aquí –y como extensamente se verá más adelante en este libro y en *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte*, pero asimismo en *En las garras del imperio*– prácticamente todo muestra que la historia del mundo andino ha respondido a las mismas grandes constantes de la historia mundial. Salvo las formas externas, es decir, salvo las apariencias, esencialmente encontramos y encontraremos lo mismo en ésta y aquélla.

¿Cuál habría sido, pues, el idioma que difundió Chavín en los Andes durante los diez siglos de su hegemonía? Pues el *quechua*. O, en términos caros a la lingüística, el *proto-quechua*. Esto es, ni más ni menos que la lengua que la historiografía tradicional, ha atribuido su difusión panandina al Imperio Inka.

Mas nuestra hipótesis es el resultado de una larga deducción lógica retrospectiva que parte de la realidad idiomática que encon-

traron los conquistadores españoles en el siglo XVI. Y se sustenta además en los valiosos, aunque muy poco difundidos, aportes del reputado lingüista peruano Alfredo Torero ²²⁹.

Permítasenos, sin embargo, dejar el desarrollo de esa hipótesis para cuando enfrentemos el análisis del Imperio Inka en *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte*.

El colapso del imperio

A despecho del sueño de sus mentores y adalides, la vida del Imperio Chavín no fue eterna. Diversos son los factores que concurrieron en el progresivo minado de sus fuerzas hasta llevarlo al colapso. Veamos pues las que asoman como más relevantes:

- 1) Los *kurakas* de los pueblos dominados cumplieron el papel de intermediarios entre los miembros de su pueblo y las autoridades imperiales. En un sentido, para transmitir y organizar el cumplimiento de las disposiciones que llegaban al pueblo, o que emanaban del representante del imperio en la localidad. Y, en dirección contraria, disponiendo y organizando el envío de los tributos y excedentes a Chavín de Huántar.

Administrando esos envíos, los *kurakas* locales y los representantes imperiales lograron conocer de cerca cuán grandes eran los beneficios que recibía el pueblo hegemónico y, en particular, el grupo dominante en Chavín de Huántar. No es difícil imaginar cuántas desmedidas ambiciones se fueron gestando en el proceso.

El excedente que generaban los pueblos fue además usufructuado de manera dis-

criminatoria. En efecto, una parte del excedente de producción era apropiada y consumida por el *kuraka* del pueblo sometido. Y otra parte fluía para ser consumida por la élite hegemónica. Así, en los pueblos sometidos, entre el *kuraka* local y el poder hegemónico externo fue apareciendo un común denominador: sus intereses crecían a expensas de los del trabajador. En esa alianza implícita se irían exacerbando los afanes autonomistas que cada vez más, entonces, adquirirían mayor envergadura.

- 2) De otro lado, la riqueza que los pueblos sometidos transfirieron al pueblo *chavín* sólo podía tener dos formas de uso –consumo o inversión–, aunque múltiples versiones de cada uso.

Gran parte de ese excedente, quizá la inmensa mayoría en los últimos siglos, fue orientado al consumo, fundamentalmente de la élite *chavín*. Sea en las versiones de consumo directo, en forma de alimentos, bebidas, fiestas, vestidos o adornos personales (para lo que el personaje retratado en la “estela Chavín” resulta un ostensible e insuperable ejemplo); o bajo las versiones de consumo indirecto: centros cívico–religiosos, palacios, y, por cierto, un presupuesto militar exorbitante. Ello a la postre crearía lo que hoy denominamos presupuestos crecientemente deficitarios.

- 3) Mas no sólo eso. Es una constante en la historia que la altísima proclividad al gasto ha ido siempre de la mano con el abuso por el fasto y la ostentación; la lujuria y el desorden anímico y espiritual y, en general todo tipo de privilegios excluyentes. Y en el caso de Chavín innumerables esculturas líticas (que los textos muestran hasta la saciedad), reflejan ese clima de superficialidad, ese ambiente suntuoso y de frívola ostentación que, sin duda, fue

también minando paulatinamente la fuerza hegemónica. Y no dejan de ser harto significativas otras evidencias. Se ha comprobado, por ejemplo, que mientras las poblaciones pobres de Chavín de Huántar –los esclavos y los servidores de la élite– comían carne de auquénidos viejos, duras, magras y de menor valor nutricional; la élite se alimentaba exclusivamente de animales tiernos, sabrosos y nutritivos ²³⁰.

- 4) La amplia hegemonía territorial del Imperio Chavín supuso el sojuzgamiento de muchos pueblos con los que no había similitud idiomática. Los dominadores *chavín*, por consiguiente, sólo contaban consigo mismos para la materialización de su proyecto imperialista. Así, la más importante restricción para acrecentar y retener sus dominios estuvo constituida por la magnitud de su propia población: se extendió tanto como se pudieron desperdigar sus habitantes en el territorio imperial (hasta aparecer débilmente en pequeñas guarniciones de frontera).

Ello, a la postre y contraproducentemente, terminó gestando y desatando la que fue una de sus mayores debilidades: su población dispersa y la sede imperial repleta de extranjeros. Si esto último fue constatado en el viejo mundo en el caso de la Roma imperial; y a su turno lo atestiguaron aquí en los Andes los conquistadores y cronistas españoles en el caso del Cusco ²³¹, ¿qué nos podría hacer suponer que eso mismo no ocurrió pues también en Chavín?

- 5) De otro lado, potenciadas las ambiciones autonomistas internas, muchos *kurakas* locales y delegados del imperio no pudieron resistirse a la tentación de reproducir, en distintas dimensiones, las modalidades imperiales de Chavín.

Sin embargo, al cabo de siglos de iniciada la dominación militarista, muchos de los representantes imperiales en los pueblos sometidos pertenecían a destacamentos cuyas familias tenían cientos de años fuera de Chavín de Huántar. Eran lejanos descendientes de los primeros que habían llegado a someter militarmente a la población en la que residían. Muy probablemente, pues, estaban experimentando el tránsito entre la identificación con el centro hegemónico a la identificación con el pueblo en cuyas tierras habían nacido ellos, sus padres y abuelos.

En ese contexto, en los pueblos sometidos de los extremos del imperio, quizá a iniciativa del *kuraka* local y en connivencia con los representantes *chavín*, se fue gestando la ambición de ampliar los dominios conquistando pueblos allende las fronteras del imperio. Si la conquista resultaba exitosa, los protagonistas se fortalecían, aunque desarrollando un espíritu cada vez más autonomista.

Así se fueron fortaleciendo algunos de los pueblos de los confines del imperio, que, finalmente, aprovecharon ese mayor poder para escapar de la esfera del imperio y adquirir total autonomía. De manera concurrente, algunas aventuras de expansionismo autonomista habrían tenido resultado adverso y, a expensa de los intereses de sus promotores y del centro hegemónico, fueron derrotadas, mermándose así el territorio del imperio.

- 6) Durante la primera fase del Imperio Chavín, de expansión y dominación pacífica del territorio, el pueblo *chavín* y los pueblos que aceptaron su hegemonía tecnológica, tenían objetivos complementarios. Ello permitió que durante varios siglos intercambiaran mutamente intereses –recursos materiales a cambio de tecno-

logía—, en proporciones tales que todos los pueblos comprometidos encontraban equidad.

Pero el proyecto imperial en su segunda fase resultaba intrínsecamente inaceptable para los pueblos dominados. A la permanente usurpación de recursos se agregó, qué duda cabe, una crueldad muy grande. Ningún pueblo podía suscribir como propio y aceptar un proyecto que en lugar de beneficiarlo lo perjudicaba. Así, a las condiciones objetivas para la rebelión —siempre presentes— sólo tenían que adicionarse los detonantes.

- 7) Postula la arqueóloga peruana Rebeca Carrión que habría tocado también a la naturaleza jugar un rol protagónico (y detonante). Recordémoslo: “... aluviones, cuyas huellas quedan en muchos sitios arqueológicos... [En la costa] se produjeron lluvias torrenciales e inundaciones que asolaron zonas íntegras; valles antes florecientes con densas poblaciones y vida económica próspera fueron sepultados o arrasados por violentos aluviones. Ciertos valles sufrieron más que otros, entre ellos los de Lambayeque, Nepeña y principalmente Casma.

¿Fue acaso el fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur el detonante final? Quizá. Muy probablemente.

Lo cierto es que hacia el año 600 aC empezó a producirse, progresivo e inexorable, prolongándose hasta por dos largos siglos, el proceso regresivo que no terminó sino con el colapso del imperio. Si durante la segunda fase del período de hegemonía *chavín*, el argumento de dominación más importante había sido la fuerza, su fin ocurrió cuando los pueblos sojuzgados estuvieron en condiciones de recurrir al mismo expediente.

Fue sin embargo necesario que se diera una condición insustituible: que todos los pueblos sometidos, simultáneamente —o casi simultáneamente—, se enfrentaran al conquistador. En efecto, una fuerza tan grande como la que debió acumular éste, sólo podía ser vencida con otra equivalente, constituida por la suma de muchas fuerzas, medianas y pequeñas, de otros tantos pueblos sojuzgados, medianos y pequeños.

Ubicados en los extremos del Imperio Chavín, quizá correspondió a los *chankas* e *icas* (*paracas*), en la cordillera y costa sur, respectivamente, y *tallanes* de Piura, en el límite norte, ser los primeros en lograr su liberación del imperio. Su ubicación, alejada del centro hegemónico, contribuyó quizá a facilitar su objetivo. Y cuando estuvo debilitado el poder imperial, llegó el turno a los pueblos *limas*, *cajamarcas* y *chimú* (*moches* y *mochicas*). Pero también a los *huanucas* y *tarmas*, en el macizo cordillerano central.

Entre los años 600 y 400 aC el territorio de los Andes fue escenario de una oleada de prolongadas y sangrientas guerras de liberación. En ese período de la historia andina convergen dos hechos muy significativos reportados por la arqueología, y que mal puede dejar de relacionarse: la repentina generalización de múltiples evidencias de guerra, entre ellas los primeros indicios de militarización de los pueblos que habían estado bajo la férula *chavín*, y, precisamente, la liquidación del imperio. Difícilmente esa conjunción fue sólo coincidencia. Parece, por el contrario, un sólido indicio de que los pueblos sometidos, alzados en armas, liquidaron al primer imperio andino.

En Piura —en el extremo norte de la costa—, los *tallanes* (Vicús) han dejado porras estrelladas de cobre fundido ²³², hachas y petos protectores ²³³; cerámica que presenta personajes con cabezas—trofeo colgando del

Ilustración N° 13
Manto *paracas* con cabezas-trofeo



Fuente:
 – Kauffmann, *Manual...*, p. 305.

cuello o acaso ensartadas a manera de collar ²³⁴ y otra muy variada cuya iconografía reproduce prisioneros y guerreros ²³⁵.

Los *moches* de Salinar y de Gallinazo, dejaron en los valles de Chicama y Virú edificios fortificados ²³⁶, mazas con puntas de cobre, escudos ²³⁷ y fortalezas ²³⁸.

En la famosa textilería de los *icas* (*paracas*), es muy frecuente la presencia de personajes armados provistos de una o varias cabezas trofeo ²³⁹. Han quedado también puntas de dardos, estólicas y fortificaciones ²⁴⁰. Incluso la especializada trepanación craneana que practicaron pudo surgir a consecuencia de la guerra ²⁴¹.

A los *huaraz* y *recuay* las víctimas más cercanas de los *chavín*, les correspondió la tarea de invadir Chavín de Huántar. Arrasaron con la mayor parte de las edificaciones y, en simbólica manifestación de odio y desprecio a quienes habían sido sus opresores, utilizaron como vivienda el gran templo castillo de Chavín de Huántar ²⁴².

Algunos autores –Del Busto entre ellos– atribuyen la “muerte” de la Cultura Chavín “a invasiones de pueblos poco conocidos, como los Huarás [o huaraz] primero, y los Recuay después” ²⁴³.



Mapas N° 13 - 14
Inicio y fin de la destrucción del Imperio Chavín



Dicha aseveración encierra un grave error de análisis e interpretación histórica. En efecto, sólo podrían haber invadido el territorio imperial aquellos pueblos que no formaban parte de él. Y ese no era, ni mucho menos, el caso de dichos pueblos.

Obsérvese otra vez el Mapa N° 12, y se verá que ningún otro pueblo estaba físicamente tan cerca de los *chavín* como precisamente los *recuay* y *huaraz*, ubicados nada menos que en el Callejón de Huaylas, esto es, en las inmediaciones de Chavín de Huántar.

Por su proximidad, ellos habrían sido, sin duda, los primeros en caer bajo la hegemonía *chavín*, antes incluso del triunfo de éstos sobre los *sechín*. Por lo demás, no existe la más mínima duda sobre el control absoluto que los *chavín* ejercieron sobre todo el Callejón de Huaylas y los distintos pequeños pueblos allí asentados. ¿Cómo imaginar entonces a súbditos del imperio invadiéndolo? Absurdo, por decir lo menos.

Entre los *cajamarcas*, fortificaciones e iconografía con escenas de violencia ²⁴⁴ son también indicio de la presencia de conflictos armados. Y entre los *lima*, en los valles de la costa central, aparecen construcciones que sugieren esfuerzos de fortificación ²⁴⁵.

Es decir, *tallanes*, *chimú* (*moches* y *mochicas*), *cajamarcas*, *huaraz*, *limas* e *icas* (*paracas*), pero también los *chankas*, evidenciaron, repentina y simultáneamente, las huellas de un violento proceso de independentista.

Mil años del primer imperio de los Andes concluyeron tan dramática y ferozmente como había comenzado su segunda fase. La violencia que había caracterizado el surgimiento y consolidación de la misma adquirió quizá tanta o mayor gravedad durante las largas y sangrientas guerras que acabaron

Gráfico N° 33
Detalle Cronológico (1 500) - (500)



con él, y que exterminaron a la propia élite *chavín*.

“Los datos de que se dispone sugieren que un dominio creciente sobre los contornos es un concomitante de la desintegración más que del crecimiento. El militarismo [es] un rasgo común del colapso y la desintegración...” ²⁴⁶. El comentario de Toynbee, dentro del contexto de la historia mundial, se ajusta a cabalidad a este crucial pasaje de la historia andina.

Ése fue el contexto en el que cayó el primer imperio de los Andes. Y luego del que cada uno de esos pueblos reemprendió, con autonomía, la tarea de concretar su propio proyecto nacional. Esto es y usando nuevamente la analogía empleada por Toynbee, tras la marejada *chavín*, los pueblos dominados “emergieron” otra vez a la superficie.

¿Fuerza objetiva o desconcierto subjetivo?

Durante la vigencia del proyecto imperial *chavín* los proyectos de los pueblos sometidos habían quedado pues transitoriamente frustrados. A título de hipótesis, ello pudo ocurrir por distintas razones: a) porque esos pueblos, sin excepción, cayeron en desconcierto y se equivocaron, y en vez de actuar en la dirección

necesaria para conseguir sus objetivos tomaron erróneamente otra, o b) porque, a pesar de que actuaron en la dirección correcta, una fuerza externa, más poderosa, actuando con violencia, frustró el proyecto original e impuso uno imperial.

No existe información suficiente para aceptar ni para descartar la primera hipótesis. Pero, en todo caso, sería harto sospechoso que, salvo *chavín*, todo el resto de los pueblos errara en tomar la dirección que les permitiera alcanzar sus objetivos. Los hechos, en cambio, parecen dar cuenta de que, en su segunda etapa, de modo cruento el pueblo *chavín* invariable e inexorablemente impuso su fuerza militar y hegemonizó sobre el resto impidiéndoles materializar sus proyectos.

En otros términos, muy difícilmente ocurrió que todos los diferentes pueblos dominados desconocieran cuáles eran sus objetivos. Ni que no supieran cómo alcanzarlos. Ni que perdieran la brújula que los orientaba en la dirección de sus objetivos. Ni que fueran incapaces de alcanzarlos. Y, tampoco que, alienados, suicidándose inadvertidamente, actuaran todos ellos en contra de sus propios intereses.

Ocurrió, simplemente, que a pesar su natural aspiración de autonomía, el pueblo *chavín* los dominó por la fuerza y les impuso su proyecto imperial.

Durante los dos primeros grandes períodos de la historia andina –recolección–caza y agricultura incipiente–, los grupos humanos habían tenido a la naturaleza como el más significativo límite para la consecución de sus objetivos. Pero cuando los *ayllus* y los

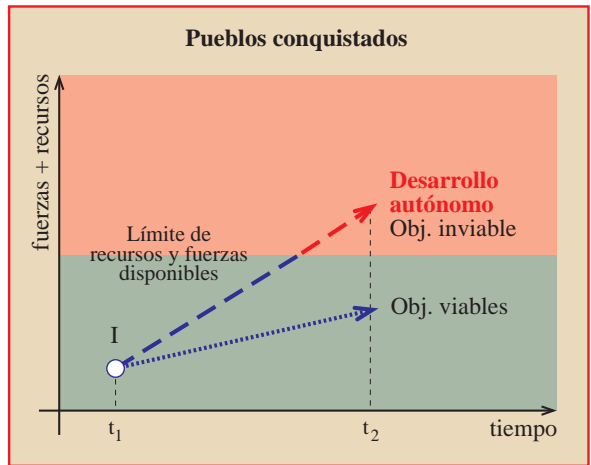
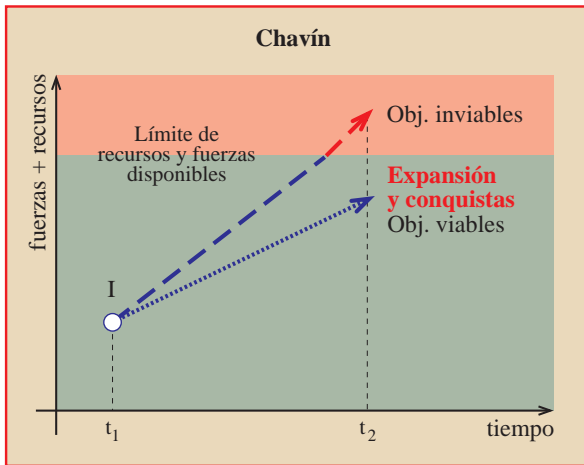
pueblos andinos, en razón del copamiento de los espacios, empezaron a enfrentarse unos a otros, descubrieron que, además de la naturaleza, otros hombres, otros grupos, eran también un escollo para poder alcanzar sus objetivos.

Si hasta antes sólo habían enfrentado y paulatinamente ido venciendo a la naturaleza, con la hegemonía del pueblo *chavín* se había presentado la circunstancia de que el hombre andino debía, en adelante, enfrentar también, e intentar vencer, a otros grupos andinos. Si antes se había enfrentado la fuerza dinámica y consciente de los grupos contra la naturaleza, había llegado la hora de contrastar también a otras fuerzas dinámicas, a otros grupos humanos.

Cada grupo, para alcanzar sus objetivos, se comportaba como una fuerza. La dirección (I → O) en que actuaba esa fuerza era aquella que apuntaba hacia los objetivos. Y la magnitud o intensidad de esa fuerza estaba directamente relacionada con los intereses que tenía y defendía cada grupo. Mayores intereses –más población, más tierras, mejores técnicas y mejor tecnología, etc.– implicaban mayor fuerza. Y, a mayor fuerza, la obtención de los objetivos se concretaba con más facilidad y rapidez.

En definitiva, al iniciarse el proceso del imperalismo militar *chavín*, fue la suma de recursos y fuerzas disponibles de cada uno de los protagonistas la que definió la viabilidad o inviabilidad de sus respectivos proyectos nacionales. Así, mientras los objetivos de expansión y conquistas resultaban viables para Chavín, los de desarrollo autónomo –por lo menos

Gráfico N° 34
Proyecto Nacional: objetivos viables e inviables



durante un período— eran inviables para los pueblos de su entorno.

Mas durante el cruento proceso, cada pueblo dominado conservó latente su propio proyecto. En expresión de Toynbee, cada pueblo se “sumergió”²⁴⁷ en tanto pasaba la oleada de violencia y de hegemonía que había impuesto Chavín, para emerger nuevamente al cabo del colapso y caída definitiva de éste.

Chavín y la historiografía tradicional

Permítasenos aquí, a modo de colofón de este capítulo, hacer una digresión final en torno al Imperio Chavín y, en general, en torno a los fenómenos imperiales e imperialistas del mundo andino.

¿Período Formativo o Imperio?

La historiografía tradicional reconoce generalmente la milenaria e intensa experiencia que vivieron muchos de los pueblos andinos entre 1400 – 500 aC como “Período Formativo”. ¿No es arbitrario —y erróneo— sentenciar que la “formación” de la cultura andina empieza con Chavín, cuando realmente empezó miles de años antes, al iniciarse el proceso de poblamiento del territorio? ¿Cómo puede sostenerse que esa milenaria experiencia anterior de “formación” no cuenta, o cuenta muy poco, cuando fue realmente sobre esos cimientos que se edificaron la Civilización Chavín y las siguientes?

Pero en esa misma escuela se nombra y tipifica al “Período Formativo” también como “Civilización Chavín”, “Primer Horizonte”, “Horizonte Temprano” u “Horizonte Chavín”. El historiador peruano Del Busto, que habla de la “Cultura Chavín”²⁴⁸, recuerda que se le denomina además “Cultura Matriz” y “Horizonte Viejo”²⁴⁹.

Por su parte, muy desusadamente, el historiador arequipeño Eloy Linares usa la genérica e imprecisa expresión “Primera gran conquista”, al referirse a la “evolución socio política del Primer Horizonte” —y luego hablará de la “Segunda gran conquista”, para referirse al “Segundo Horizonte” u “Horizonte Intermedio”²⁵⁰ (al que en este texto denominamos Imperio Wari).

¿Son realmente esclarecedoras y adecuadas todas

esas denominaciones? ¿Son las más correctas? ¿Existe la posibilidad de que arbitraria e inadecuada, y quizá hasta inadvertidamente esos nombres estén sustituyendo a otro u otros más adecuados, y con ello subrepticamente se esté encubriendo y retaceando parte de la verdad?

Lo cierto es que la historiografía tradicional casi unánimemente desconoce la existencia de un imperio —el Chavín— durante ese prolongado período de la historia andina. ¿Pero cuál es el criterio que se ha utilizado para llegar a esa conclusión? ¿Ha sido acaso definido clara y explícitamente alguna vez?

Por su parte, el historiador peruano Luis G. Lumbreras afirma que es “difícil sustentar la tesis de que Chavín llegó a constituir un imperio”. Pero admite que “*no deja de ser tentadora la proposición, sobre todo para las fases más tardías de Chavín...*”²⁵¹. ¿Pero cuál es pues este segundo y distinto criterio que convierte en tentadora para Lumbreras la propuesta de que Chavín fue un imperio? Tampoco ha sido clara, completa y formalmente explicitado.

¿Y cuál ha sido tercero y necesariamente distinto a los de los anteriores el que permitió al historiador alemán Ernst Middendorf intuir la existencia del Imperio Chavín²⁵²? ¿La grandiosidad relativa de las obras materiales de un pueblo y la vasta difusión de sus manifestaciones culturales en el tiempo y en el espacio son criterios suficientes y concluyentes? ¿Y cuán relevantes resultan los indicios de violencia y de relaciones de dominación, y los de transferencia de recursos hacia la sede del principal protagonista?

Estamos sin duda frente a un problema metodológico muy serio e irresuelto. En efecto, un mismo objeto de conocimiento (la experiencia histórica Chavín) viene todavía dando lugar a tres “verdades” distintas y mutuamente excluyentes: “no fue”, “es tentador admitirlo” y “sí fue un imperio”. Estamos pues a este respecto como cuando hasta el siglo XV se sostenían como “verdades” irreductibles y también excluyentes la forma plana y esférica del planeta.

¿Llegaremos para el caso de Chavín a desentrañar finalmente la verdad, de la misma manera que hoy nadie duda que la Tierra es un globo casi esférico. Y de la misma manera que todos han convenido en que el Romano fue un imperio, y que en Egipto se sucedieron hasta tres, el Antiguo, el Medio y el Nuevo? ¿O mantendremos una ambigüedad como la que, al fin y al cabo, prevalece sobre el caso de la Grecia antigua, para la que un conspicuo historiador como Carl Grim-

berg concibe la existencia del “imperio ateniense”²⁵³, en tanto que la inmensa mayoría de los historiadores lo niega?

¿Cómo definimos “imperio”?

¿Con qué criterio han definido los historiadores por ejemplo que sólo a partir de las primeras décadas del siglo I dC el Romano fue un imperio acaso el imperio por antonomasia—?

Casi unánimemente se acepta que desde que Octavio: a) concentró todo el poder político en su persona; b) recibió el título de imperator (que dará origen a emperador) con lo que se le concedió el poder absoluto sobre el ejército; c) recibió además el título de princeps (que dará origen a príncipe) o primer ciudadano, y; d) el Senado Romano lo nombró *augusto* o *divino* (grande y honorable, según otras fuentes). “Así empezó una nueva fase en la historia romana: *el imperio*”²⁵⁴ se dice entonces clara, rotunda y textualmente a nuestros estudiantes—. Pero no son más elaboradas ni sofisticadas, sino exactamente esas mismas las razones que utiliza un erudito y enjundioso historiador profesional como Carl Grimberg²⁵⁵. Y a la postre también las de Geoffrey Barraclough y sus colaboradores de Oxford y Cambridge²⁵⁶, y de muchos otros.

Muy extrañamente, y con alta dosis de ambigüedad, porque ninguno lo explicita con claridad meridiana, para ninguno de ellos la conquista, dominación y expoliación de territorios extranjeros son factores relevantes en la definición de “imperio”.

Y conste que los enormes, densamente poblados y ricos territorios de Cartago, Egipto, España y Francia habían sido conquistados y comenzado a ser saqueados por los romanos antes del advenimiento de Augusto como emperador. De allí que, según parece con mayor objetividad y acierto, “los historiadores de la Antigüedad [vieron en César, el padre adoptivo de Augusto] el primer emperador de Roma” —como bien nos lo recuerda Grimberg²⁵⁷. Así, desdeñando criterios sustantivos y relevantes, y acogiendo más bien formalismos legalistas, la historiografía tradicional ha hecho suya una subjetiva versión de “imperio”, de inocultables raíces romanas.

Y mal puede extrañarnos que sea precisamente ésa la que se ha terminado imponiendo en los diccionarios a los que recurre el ciudadano común y corriente. Así, en el Pequeño Larousse Ilustrado, entre

otras, se encuentra esta esencial, metodológica y científicamente inútil definición: “Estado gobernado por un emperador”²⁵⁸.

Veamos. A ella se ajustan, entre muchos otros, los casos del Imperio Faraónico, el Imperio Persa que gobernaron Ciro, Darío y otros, el del propio Imperio Romano que gobernaron Augusto, Trajano y otros; del Inka que gobernaron Huayna Cápac y otros; y del Español que gobernaron Carlos V, Felipe II y otros. Nadie en cambio invistió como emperador a Pericles. Grimberg sin embargo no duda en reconocerlo como primer ciudadano del imperio ateniense.

Alejandro (“Magno”) nunca fue tampoco formalmente investido como emperador. ¿Significa eso que no formó ni gobernó un imperio? Claro que lo formó. ¿Por qué Barraclough —incurriendo en flagrante contradicción— habla de la existencia del Imperio Romano desde antes de la investidura de Augusto, cuando formalmente aún no había emperadores? Quizá nunca sabremos si Chavín y Wari tuvieron emperadores, ¿significa eso que estamos condenados a no saber nunca si hubo esos imperios? ¿Qué definición es pues aquella que es válida en unos casos e inválida en otros? Simple y llanamente, no sirve.

Mas hay otra definición de “imperio” que sin haber sido adecuadamente explicitada es implícitamente muy socorrida en los textos de Historia. Según ella, hay o hubo imperio allí donde además de emperador o emperatriz (o sus equivalentes, faraón, inka, monarca, rey, soberano o sha; y, entre otros, zar y kaiser, derivados eslavo y germánico de César), hay consortes y príncipes herederos, palacios y castillos, pléyades de cortesanos y cortesanas, lujo, fasto, boato, esplendor, despliegue escénico y cursilería, grandes bailes y festines, amantes y validos, artistas en mecenazgo y bufones, etc. Y, complementaria, aunque no necesariamente, poder omnímodo, prepotencia, abuso, injusticia, conquistas y expoliaciones. ¿Cómo negar que esta definición está más bien cargada de ribetes versallescos, pero donde una vez más prevalece básicamente la apariencia sobre la esencia de los hechos y procesos históricos?

No es pues que la confusión del hombre común y corriente, y de los textos que maneja, sea ajena y opuesta a la claridad de los historiadores. Es más bien una consecuencia de la oscuridad y vaguedad y hasta trivialidad de los conceptos que muchos de éstos manejan. ¿Cómo sino entender que el concepto “imperio” tampoco esté definido en un texto tan significativo y especializado como el *Diccionario de términos*

históricos, donde sí figura en cambio “imperialismo”, extrañamente definido como “adquisición y administración de un imperio...”²⁵⁹. Y que tampoco aparezca en el *Diccionario del mundo antiguo*, donde en cambio aparece “imperium”, definido como “poder originario y soberano de vida y muerte (...) del que eran investidos los altos magistrados [romanos]...”²⁶⁰. En uno y otro diccionario están sin embargo definidos con precisión conceptos tan poco trascendentes como, por ejemplo, “infangentheof” (ladrón...) e “impilia” (medias o polainas...).

“Imperio” es sin género de duda uno de los términos más importantes, característicos y recurrentes en Historia, esta milenaria e importante área del conocimiento humano. No obstante, resulta hartamente evidente que no tiene una definición explícita, de sentido unívoco, preciso e indubitable.

Por analogía podemos preguntarnos: ¿habría podido progresar la Química si los especialistas aún no hubiesen definido “átomo”, o la Física si todavía se vacilara en torno a lo que debe entenderse por “gravedad”? ¿Quién ha dicho que a la Historia no le corresponde definir, precisar y formalizar sus conceptos?

Ése –debemos reconocerlo– es parte del largo y costoso camino hacia la construcción científica de la Historia, que no tendría porqué no transitar por él.

Pues bien, a nuestro juicio, a Chavín –pero también a Wari, Tiahuanaco y Chimú, como veremos más adelante, pero además al Inka, al que analizamos en *Tahuantinsuyo, el cóndor herido de muerte*–, y a muchos otros en la historia mundial, corresponde tipificarlos como “imperios”, más allá de sus enormes y múltiples diferencias de apariencia. Para tal efecto, la hipótesis general que hemos manejado se sintetiza y abstrae en la siguiente definición:

Imperio es el dominio (estructural y sistemático) que ejerce un pueblo, nación y/o Estado (hegemónico) sobre otra u otras naciones, pueblos y/o Estados (dominados), y a través del que aquél obtiene beneficios objetivos (identificables y mensurables) a costa del perjuicio (también objetivo) de éstos.

Nuestra hipótesis es pues que bajo los imperios hay una nítida relación asimétrica entre las partes: una domina de manera clara e irrecusable. Y es precisamente la única que se beneficia, habida cuenta de la sumatoria total y objetiva de los bienes y servicios que circulan desde y hacia ella.

El dominio, predominio, hegemonía –o como preferiera llamarse– puede ser militar, comercial, político, tecnológico, o de una cualquiera de las múltiples combinaciones de esos e incluso otros factores como la religión y/o la ideología.

Típicos imperios militares fueron, por ejemplo, los que formaron, contribuyeron a formar y/o gobernaron, Ciro desde Persia, Alejandro desde Grecia, César desde Roma y Carlos V desde España. Militar y comercial fue el Imperio Ateniense sobre el resto de los pueblos del Egeo y de gran parte del Mediterráneo. Militar, tecnológico e ideológico –pero también militar– fue el Imperio Egipcio sobre gran parte de los pueblos de su entorno en África y Asia Menor. Militar, comercial y tecnológico fue el Imperio Inglés a partir de la Revolución Industrial, etc.

Así, y volviendo otra vez sobre el mundo andino, Chavín habría experimentado dos tipos de hegemonía imperialista: tecnológica, durante sus primeros quinientos años; y militar en los siguientes quinientos y hasta su liquidación. En el decurso de uno y otro proceso habría obtenido beneficios gigantescos a cambio de un equiparable perjuicio material y humano en los pueblos sojuzgados. Pero nada menos que por espacio de casi mil años.

La caída y colapso de los imperios

Resulta suficiente esa última razón para entender la violencia –en evidente, generalizada, prolongada y costosísima insurrección– con que a todas luces habría sido derruido el Imperio Chavín.

Insistimos en la hipótesis de que el colapso del imperio habría sido causado por una insurrección generalizada contra Chavín –catalizada por una grave crisis climática que habría generado hambruna–, porque no puede considerarse una simple casualidad la coincidencia en el tiempo de:

- a) el masivo proceso de militarización de los pueblos sojuzgados y;
- b) la caída del imperio. Uno y otro hechos históricos necesariamente estuvieron relacionados.

No obstante, la historiografía tradicional se niega a plantearse esa hipótesis. Tanto para Chavín como para otros imperios andinos. No enfrenta problema para explicar la caída del Imperio Chimú, que fue conquistado militarmente y pasó a formar parte del Imperio Inka. Ni para explicar la caída de éste, que fue conquistado por el Imperio Español.

Las invasiones bárbaras en los Andes

¿Pero cómo ha resuelto la historiografía tradicional el importantísimo y trascendental enigma de la caída y colapso final de los imperios Chavín, Tiahuanaco y Wari?

Pues recurriendo, invariablemente –y sin rubor–, a un expediente de también inocultable tinte romano: la hipótesis de las “invasiones bárbaras”²⁶¹. Veámoslo pues, recurriendo a Del Busto y su emblemático texto *Perú Preincaico*:

- 1) Chavín: “se ignora como murió, aunque se sospecha que se debió a *invasiones* de pueblos poco conocidos...”²⁶².
- 2) Tiahuanaco: “...cayeron sobre [sus protagonistas] unos *bárbaros*...”²⁶³.
- 3) Wari: “Los (...) habrían sido el *pueblo bárbaro* que (en opinión de muchos) dio el golpe de gracia al presunto Imperio Huari”²⁶⁴.

La hipótesis de las a su vez presuntas “invasiones bárbaras” contra Chavín, Tiahuanaco y Wari es, en todos los casos, absurda e insostenible. Ninguno de los supuestos “pueblos bárbaros” a los que se atribuye la acción eran ajenos o extraños a dichos imperios.

Los *huaraz* y *recuay*, en el primer caso; unos parientes de los *kollas* o *aymaras* actuales, en el segundo, y; nada menos que una parte de los *chankas*, en el tercero; eran, sin asomo de duda, parte de cada uno de esos respectivos imperios. Pero ni siquiera formaban parte de los alejados extremos de los territorios dominados. Sino que más bien estaban ubicados en las propias inmediaciones del centro hegemónico. ¿Cómo podían pues invadir un imperio quienes formaban parte de él²⁶⁵?

Podían sí, llegado el momento, y dadas una serie de circunstancias favorables, invadir el centro hegemónico de la nación y/o la élite que los había sojuzgado, y saquearlo hasta terminar destruyéndolo. Mas ello sólo alcanza a explicarse como colofón de un proceso de insurrección generalizada en todo el territorio imperial.

Es decir, luego de que el poder hegemónico, derrotado en mil frentes de batalla, había perdido todas sus fuerzas, hasta ser incapaz de dominar una incursión física que, en otras circunstancias, habría sido fácilmente doblegada, como en efecto muy probablemente había ocurrido en más de una ocasión anterior.

Los mayores vacíos de la Historia

La caída, colapso y desaparición final de los imperios es probablemente, entre los temas sustantivos, el menos estudiado de la historia andina. Aunque, dicho sea de paso, no es más desarrollada, estructurada, coherente y verosímil la versión que se nos da sobre su gestación y consolidación. Pues bien, revelando la insignificante importancia que la historiografía tradicional concede a la caída, colapso y desaparición final de los imperios, este tema ocupa en ella menos de la centésima parte del espacio que le dedica al estudio de la cerámica precolombina, quizá su tema de más absoluta predilección.

Del Busto, por ejemplo, tras treinta páginas mostrando con fruición la “Cultura Chavín”, vertiginosamente concluye su relato dedicando siete líneas a la muerte del Viejo Horizonte. Más adelante le resulta suficiente un párrafo, entre dieciséis páginas, para el caso de Tiahuanaco. Y medio párrafo entre nueve páginas para dar cuenta del fin del que asume como “presunto” Imperio Wari.

Así, virtualmente se nos presenta esas centenarias experiencias históricas muriendo de improviso, como producto de un inesperado, lamentable e inexplicable infarto masivo e indefectiblemente letal.

No deberíamos sin embargo hablar de “muerte por infarto” allí donde el historiador recurrentemente nos presenta a quienes debemos imaginar como los “victimarios” de sus respectivos imperios: los “bárbaros” pueblos invasores. Siendo así, insinuándonos sendos “asesinatos”, la historiografía tradicional debería sentir la imperiosa obligación y necesidad de una seria y profunda “autopsia” que defina con meridiana claridad las causas del deceso.

No obstante, en ostensible inconsecuencia con sus insoslayables y subjetivas simpatías (que nada tienen de científicas y sí mucho de ideológicas), e incurriendo en incongruencia con la hipótesis implícita, no emprende sino que rehuye acometer la “autopsia”.

Así, pues, en el contexto de los brevísimos y documentalmente pobres desarrollos sobre la caída, colapso y desaparición de los imperios andinos, la filoromana hipótesis de las presuntas “invasiones bárbaras”, tiene serios e insuperables vacíos y debilidades.

En efecto, no se nos explica: a) cómo repentinamente perdieron su extraordinaria fuerza (económica, política, social y militar) los pueblos que fueron ca-

paces de crear grandes civilizaciones o culturas; b) dónde estaban (supuestamente fuera del ámbito hegemónico por aquéllas) y qué hacían durante el esplendor de las mismas los presuntos “pueblos bárbaros”; c) cómo adquieren éstos esa cierta fuerza (social y militar) que les permite finalmente adquirir un rol protagónico, y; d) por qué, en fin, se nos presente a estos importantes protagonistas sólo en el desenlace final, y nada menos que liquidando o contribuyendo a liquidar a aquéllos.

Las causas objetivas y silenciadas del colapso

La pérdida de fuerza de las grandes civilizaciones, que erróneamente la historiografía tradicional insinúa como un fenómeno de repentina aparición y vertiginoso, debió ser, más bien, un proceso muy prolongado –una larga “agonía”–.

Debió ser un proceso lento y progresivo. Debió resultar imperceptible durante mucho tiempo incluso a los ojos de la élite protagonista. E irreversible para cuando eventualmente se dieron cuenta del inexorable fin que se cernía sobre su protagonismo, la sede hegemónica, y sobre sus propias testas.

Pero, por sobre todo, nuestra hipótesis general es que el colapso final de los imperios andinos debió ser el resultado de la conjunción de algunos o muchos de los siguientes factores objetivos:

- 1) Expansión geográfica desmedida, con la consecuente dispersión y fraccionamiento de las fuerzas sociales y militares de la nación hegemónica.
- 2) Haber generado su propia vulnerabilidad al dejar en manos de los pueblos sojuzgados el íntegro del abastecimiento (alimenticio, maderero, minero, etc.) del poder hegemónico.
- 3) Haber poblado mayoritariamente la sede hegemónica con esclavos y servidores de los pueblos y naciones dominados;
- 4) Haber desatado desmedidas ambiciones (económicas y de poder), e incluso autonomistas, entre cientos y miles de funcionarios de la propia nación hegemónica y de los propios pueblos sometidos;
- 5) Haber predominado una altísima proclividad al gasto por sobre la inversión, destinando proporciones exageradas del excedente económico generado dentro del imperio a:
 - consumo ostentoso y suntuario
 - obras materiales de carácter no reproductivo,
 - gastos militares de ocupación y sometimiento.
- 6) Haber concentrado casi el íntegro de los beneficios en manos de una élite privilegiada y excluyente muy reducida;
- 7) Haber concentrado casi el íntegro del consumo y de las obras no reproductivas, así como el íntegro de la escasa inversión, en la sede central del poder hegemónico; esto es, centralismo económico.
- 8) Haber impuesto métodos de sojuzgamiento y represión violentísimos, cometiendo innumerables crímenes y excesos y muy probablemente genocidio;
- 9) Haber realizado masivos y compulsivos traslados de las poblaciones dominadas dentro del territorio imperial;
- 10) Haber impuesto una gigantesca maquinaria de amedrentamiento, chantajes, delación y espionaje;
- 11) Haber impuesto, como compensación a los privilegios de la élite, un sistema generalizado de corrupción a cargo de todos los estamentos del aparato de administración imperial;
- 12) Haber sometido a los pueblos dominados a un exagerado sistema impositivo confiscatorio, condenándolos a la más extrema pobreza, con sus secuelas de miseria material, hambruna, enfermedades y muerte.
- 13) No haber tomado provisiones adecuadas para casos de masivo desabastecimiento alimenticio;
- 14) Haber sido objeto de graves agresiones externas;
- 15) Haber sido objeto de graves inclemencias climáticas y/o de otras formas lesivas de fenómenos naturales;
- 16) Haber la élite dominante ideologizado y mitificado las razones objetivas de la generación inicial de su fuerza, habiendo además creído que tales

condiciones serían estables e inamovibles, autoasumiendo por último que su poder omnímoto sería eterno;

- 17) Haberse desatado al interior de la élite dominante feroces e implacables luchas por el poder, con grave merma del poder hegemónico;
- 18) Haber creído la élite dominante que los pueblos sojuzgados estaban dispuestos a aceptar, por eterna memoria, una situación tan degradante y pernicioso, y;
- 19) Haber creído la élite dominante que, cualesquiera que fueran las circunstancias, los pueblos dominados eran absolutamente incapaces de acometer la tarea de su propia liberación.

El análisis y contrastación de esas hipótesis, o aunque sólo fuera de algunas de ellas, habría ocupado a la historiografía tradicional un espacio (y esfuerzo) bastante más abultado y sustantivo que el que hasta ahora, que no pasa de ser lacónico y epidérmico, le ha dedicado a un tema tan trascendental. Y habría sido suficiente para que, con un mínimo de escrupulosidad, un capítulo estelar como la historia de Chavín hubiese dejado de cerrarse en términos tan poco científicos como: “Acaso todo sucedió en un tiempo impreciso, tiempo en el que las serpientes talladas se retiraron a invernar, los caimanes se confundieron con el lodo, las harpías plegaron sus alas, y el terrible felino se quedó dormido”²⁶⁶.

No, el colapso y desaparición del Imperio Chavín –como el de todos los imperialismos que ha conocido la historia– no es un asunto de serpientes, caimanes, harpías y felinos. Es el resultado de infinidad de gravísimas fallas, errores, crímenes e injusticias. Y, en definitiva, la consecuencia inexorable de un ominoso modelo político-social que engendra y desata al interior de sí mismo los mecanismos de su propia destrucción.

El ahistórico y antipedagógico disfraz

Desde que asumió la tarea de “estudiar” las experiencias del Viejo Mundo, la historiografía tradicional ha incurrido sin embargo en el error de evadir el serio y concienzudo análisis del colapso sucesivo de sus grandes civilizaciones e imperios. Los casos de Grecia y Roma resultan paradigmáticos. Con ellos se diseñó la matriz con la que luego habrían de concluirse todas

las historias imperiales. Apenas –casi como un simple ritual–, se cumple apretada y escuetamente con el compromiso incómodo de señalar algunas probables causas. Mas generalmente se señala sólo las subalternas. De consuno se obvia señalar más más importantes.

Así, la Historia –contradiciéndose con sus más valiosos pero líricos postulados– no contiene realmente el recuento desarrollado y analítico de los graves y reiterativos errores en que han incurrido las élites y los pueblos durante su desarrollo histórico. Que objetivamente merece tanto o más desarrollo que el recuento de fechas y batallas, de personajes y pequeñas aventuras.

Desconociéndolos, y sin ninguna posibilidad entonces de poder asumirlos concientemente, las élites y los pueblos empecinadamente han vuelto sobre sus pasos incurriendo una y otra vez en los mismos errores, con lamentablemente los mismos e inexorables resultados. De allí que, tras espectaculares y harto ponderados despliegues de civilización, al cabo de los imperios subsecuentes y tras sobrevenir el colapso de éstos, gigantescos espacios del planeta han caído en penosos y costosos períodos de retroceso y oscurantismo, casi volviendo a construirse otra vez desde cero.

Pero, ¿puede seguirse considerando que esas tan graves omisiones de la historiografía tradicional son errores inadvertidos e involuntarios? No, no podemos caer en tamaña ingenuidad. Si por un instante dejamos de analizar y enjuiciar a la historia (el pasado), y pasamos a enjuiciar la Historia tradicional (las versiones oficiosas de aquél), nuestra primera hipótesis es que dichas omisiones serían quizá la mejor evidencia de que –como harto y desde antiguo se sospecha– ésta ha sido escrita desde la perspectiva y en función de los intereses del poder, esto es, de los poderes hegemónicos.

Y una segunda y estrechamente relacionada hipótesis es que los poderes hegemónicos de turno, conciente o inconcientemente, están identificados con los que lo precedieron: unos y otros, al fin y al cabo, se sustentan en los mismos mecanismos de dominación, esto es, en los mismos errores y latrocinios. Tienen pues también, entonces, un común aunque implícito interés en ocultarlos y silenciarlos.

Así pues, pero además en el contexto de su penosa incapacidad de crítica a la matriz histórica greco-romana, grotescamente transplantada a nuestra histo-

ria, la historiografía tradicional andina viene ocultando y retaceando la existencia de precisamente los tres imperios que no sucumbieron ante las armas de otro: Chavín, Tiahuanaco y Wari.

Ello, además de darle licencia para dejar de explicitar sus errores y latrocinios, le permite obviar el señalamiento de las correspondientes responsabilidades de las élites, pero también de los pueblos involucrados. Y, en lo que a la postre parece ser su objetivo más caro, le permite silenciar importantísimos procesos de insurrección generalizada y de liberación, que sin duda resultan tan comprometedores e incómodos a los intereses de los poderes tiránicos e imperialistas de ayer, hoy y de siempre.

Cuán ideológicamente incómoda le debe resultar a la oficiosa historiografía tradicional poner a prueba, primero, y eventualmente probar, luego, que es una constante histórica que todos los imperios –salvo que antes sean conquistador por otros– están condecados a sucumbir ante la fuerza de los pueblos que dominaron.

Mas como a todas luces la farsa le resulta pesadísima y enorme, la historiografía tradicional ha sentido la imperiosa necesidad de llenar el vacío de algún modo. He ahí que, de improviso, sin escrúpulos, sin el más mínimo fundamento, y tan breve como un slogan, se hace aparecer por lo menos algunos culpables: los invasores bárbaros. Y para que los textos no pierdan su inútil pero sacralizada prosa romántica, se adiciona serpientes, caimanes, harpías y felinos.

Hasta diríase que, sibilinamente, para que nuestros estudiantes terminen internalizando y asimilando la existencia de misteriosas e ineluctables manos en los asuntos de la historia. Santo remedio y a revizar otra “cultura”, con la misma superficialidad y con las mismas deformaciones con que se revisó la precedente.

Mas para que el conjunto de la obra tenga ribetes formales (a duras penas cuasicientíficos), y para terminar de escamotear la verdad, se sustituye entonces en el caso de Chavín “imperio” por los inocuos y asépticos “formativo” u “horizonte” o, más eficazmente todavía, con un término reputadísimo: “civilización”.

Formación de las naciones andinas

El Imperio Chavín interrumpió durante casi mil años el proceso de gestación–formación de las naciones andinas. Las acercó sin embargo mutuamente. Y, de hecho, concretó algunos niveles de homogenización étnica y cultural.

Tras la caída y el colapso definitivo del Imperio Chavín, cada uno de los pueblos que había estado sometido se encerró otra vez en sus fronteras. Y durante varios siglos trabajó intensamente en su propio territorio, sin trasladar ningún tipo de riqueza o de excedente a ningún dominador foráneo. Y retomó en la práctica el proceso de formación definitiva de su nación o de aquella de la que formaba parte. El beneficio de los proyectos autónomos, descentralizadores desde la perspectiva de todo el conjunto, asomarían sin atenuantes.

Otra vez descentralización y progreso

La bondad del proyecto autónomo que pudieron materializar en este período se muestra irrecusable en el desarrollo agrícola y pesquero, minero y metalúrgico, y en textilería, cerámica y orfebrería que se alcanzó en prácticamente todo el territorio andino. Y una magnífica evidencia son también los cen-

tros urbanos y grandes edificaciones que al cabo de siglos muchos de ellos lograron erigir: Batan Grande y Túcume, en Lambayeque; Moche, en el valle del mismo nombre; Playa Grande, en Chancay, poco al norte de Lima; Maranga y Pachacámac, en Lima; Cahuachi, en Nazca; y Ñawinpuquio, en Ayacucho. Pero también las Necrópolis de Paracas, que Engel reputa como “verdaderas ciudades”²⁶⁷.

Y, aunque parece ser que en sólo dos casos por igual interrumpidos uno y otro (para lo que, como se verá más adelante, parece haber una explicación convincente), debe destacarse que dos de los más importantes pueblos de la costa alcanzaron a desarrollar, o por lo menos a sentar los cimientos, de lo que ha sido considerada una “verdadera escritura”²⁶⁸, basada en el “signo pallar”, recurrentemente presente en la cerámica y textilería de este período.

Fue, extrañamente uno al norte y otro al sur del pueblo *lima* (más no en éste), el caso de los *moche* (*chimú*) y de los *paracas* (*icas*) –véase el vestido del personaje *paracas* en la Ilustración N° 6–. Y portada por estos últimos llegó también a Nazca, según lo evidencian también abundantes testimonios textiles.

Aquellos otros que no estuvieron bajo dominación *chavín* siguieron concretando sus propios proyectos. Entre ellos, los *inkas*,

en el Cusco, creando ahora la cultura Chanapata; y los *kollas*, en torno al lago Titicaca, consolidando las culturas Qalullo y Pukara, en una vertiente, y Chiripa y Tiahuanaco, en la otra.

Los pueblos más numerosos terminaron finalmente constituyéndose en naciones. En ese sentido, los integrantes de cada una de ellas se sentían mutuamente identificados. Se reconocían como poseedores únicos del territorio sobre el que se asentaban. Estaban organizados para convivir, compartir, hacer producir y defender ese territorio. Tenían acumulada una tradición común que se remontaba a miles de años.

Cada pueblo había desarrollado un idioma o dialecto con el cual todos sus miembros podían comunicarse. Compartían los mismos valores y prácticas religiosas. Sus costumbres más importantes –vestido, comida, música y baile– eran comunes. Y eran compartidos usos como la cerámica y la arquitectura; etc.

Es decir, al cabo de un proceso que completaba ya miles de años de maduración, y habida cuenta de la interrupción durante el Imperio Chavín, hacia el siglo V dC habían quedado consolidadas en los Andes varias naciones y otras estaban en trance de lograrlo.

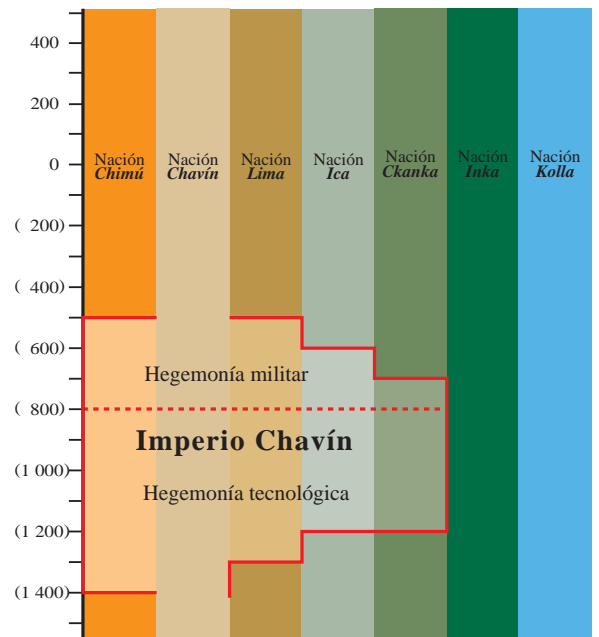
Las grandes naciones andinas

En el norte, como herederos de los viejos agricultores de Chongoyape, el pueblo *mochica* lambayecano se había posesionado y explotaba los valles de Zaña, Reque, Lambayeque, La Leche, Túcume, e incluso el actualmente casi seco valle de Olmos. Los núcleos más numerosos habrían de erigir Batán Grande, en las inmediaciones de Chongoyape, y las grandes pirámides de Túcume, ligeramente más al norte. Sicán, Sipán e Íllimo serían otros de muchos núcleos poblacionales menores.

Mapa N° 15
Pueblos y naciones andinas (siglo V dC)



Gráfico N° 35
Detalle Cronológico (1 500) - 500



Con la denominada Cultura Lambayeque²⁶⁹, por ejemplo, el pueblo *mochica* alcanzó a dominar una tecnología hidráulica muy avanzada. Y logró extraordinario virtuosismo y fama en la metalurgia del oro, que hábilmente combinaron con la plata y el cobre. Dominaron pues las aleaciones. Pero también la soldadura, el repujado, el burilado y el calado.

Son particularmente célebres los *tumis* y las máscaras ceremoniales. E igualmente notables son muchísimos de sus trabajos de joyería en los que incrustaron esmeraldas, turquesas, amatista, lapislázuli, cuarzo rosado y cristalino, cristal de roca y perlas blancas, rosadas y negras²⁷⁰, muchas de las cuales eran obtenidas, a través de los *tallanes*, de pueblos norecuatoriales.

Inmediatamente al sur de aquéllos estaba el pueblo *moche* de La Libertad. Eran los sucesores y descendientes de los remotos hombres de Paiján, los aldeanos de Los Chinos, Huaca Prieta, Las Aldas, Cerro Prieto y Culebras, y de los grupos de Salinar y de Gallinazo.

Estaban ahora en posesión de los valles de Virú, Moche, Chicama y Jequetepeque. Pero los centros organizativos y religiosos más importantes estuvieron en los valles de Moche y Chicama donde, entre otras, erigieron las huacas del Sol y de la Luna, y el complejo El Brujo, que recién ha empezado a conocerse²⁷¹, respectivamente. Los *moches*, pues, como tantos otros, se levantaron sobre los escombros de los viejos dominios *chavín* —como afirma Lumbreras—²⁷².

Como hemos postulado anteriormente, puede presumirse que tanto *mochicas* como *moches* albergaron en sus territorios y se mezclaron étnica y culturalmente con los *sechín*, al cabo de la huida de éstos tras su derrota por los *chavín*. Como bien se vio en la Ilustración N° 6, y como muy significati-

vamente veremos más adelante, hay fundadas razones que avalan esa sospecha. Así, con el concurso y aporte de los *sechín*, *mochicas* y *moches* iban dando forma a lo que a la postre se reconocería como nación *chimú*.

En la costa central, los primitivos y pequeños grupos de Ancón, Chivateros, Oquendo y Arenal; los grupos aldeanos de Canario y Cucaracha; de El Encanto y Chilca; de las Colinas de Ancón y de Pedreros; de El Paraíso y Curayacu, así como los de Miramar y de Tablada de Lurín, habían precedido pues a quienes, contemporáneos con los *moche*, debemos considerar conformantes de la nación *lima*.

A la constitución de la nación *ica*, en la costa sur próxima a Lima, contribuyó —por ahora como la versión más remota— el hombre de San Nicolás. Más tarde los grupos que ocuparon las aldeas de Cabeza Larga, Otuma y Las Lomas. A ellos sucedieron los hombres que dieron origen a las culturas Paracas: Cavernas y Necrópolis. Y luego, coetáneos con los *moche* y los *lima*, los que crearon la cultura Nazca.

El remotísimo hombre de Pacaicasa y los hombres de Ayacucho, Huanta, Puente, Jaywa, Piki, Chihua y Cachi; los que después forjaron las culturas Chupas y Ranca y en esta etapa daban forma a la cultura Huarpa; todos ellos, fueron dando forma a la nación *chanka*. Y, como está dicho, en el extremo suroriental del territorio, alternaban las naciones *inka* y *kolla*.

Hacia los años 200 – 300 dC ésas eran las naciones más grandes del territorio andino. Sin embargo, alternaban con ellas otras distintas colectividades humanas, en otras tantas porciones del territorio: los *tallanes*, dando forma a la cultura Vicús, en el extremo septentrional de la costa; los *cajamarca*, vecinos de aquéllos, pero en el área cordillerana; los

casma, en la costa, los *recuay* –que en el Callejón de Huaylas adyacente habían desplazado en importancia a los *huaraz*– y los *conchucos* –en el callejón del mismo nombre– contribuían a la recomposición de la nación *chavín*–; los *tarmas* y *huanucas*, en la zona central de la cordillera, en torno al valle del Mantaro. Pero además *huancavilcas* y *cañaris*, así como *cañetes* y *yauyos*, etc.

Guerras inter–nacionales: causas y secuelas

Entre los *mochicas* lambayecanos, durante ese mismo lapso se había ido poniendo de manifiesto una diferenciación social que mostraba tendencia a ser cada vez más pronunciada. En el apogeo, la élite *mochica* se diferenció nítidamente del resto de la población llegando a extremos increíbles de boato y despilfarro, reservándose asimismo el derecho a la poligamia –anota Lumbreras–²⁷³.

Mas ello ocurrió también entre los *moches*. Los privilegios de unos contrastaban significativamente con las formas sencillas de vida que caracterizaban a otros²⁷⁴. Hoy una vez más ha sido puesto esto de manifiesto con el descubrimiento de los murales multicolores y en alto relieve del centro arqueológico El Brujo (Cao Viejo, en el valle de Chicama, en las proximidades de la ciudad de Trujillo).

Entre los *lima*, ubicados básicamente en los valles de Chancay y Chillón, la presencia de cadáveres degollados, mutilados y descuartizados, en torno a otros intactos²⁷⁵, sugiere una modalidad de estratificación social. En la nación *ica*, dominada en este período por los *nazca* (que habían arrebatado ya la hegemonía a los *paracas*), el grupo urbano fue poderoso, y sus integrantes eran enterra-

dos con gran boato²⁷⁶. Entre los *kollas*, en las inmediaciones del lago Titicaca, las famosas *chullpas* funerarias²⁷⁷ siempre han sugerido la existencia de diferentes estratos sociales.

En la diferenciación social, a los grupos dirigentes les correspondió asumir la responsabilidad de conducir a sus pueblos en procura de alcanzar su objetivo fundamental: consolidar la unidad y organización de la multitud de *ayllus* que formaban parte de cada una de dichas naciones y pueblos.

No obstante, y aun cuando debía estar todavía fresca en las distintas tradiciones la experiencia *chavín* –y sus consecuencias–, las élites dirigentes que se habían consolidado en el poder de las distintas naciones pusieron pues en evidencia que tenían objetivos de grupo diferentes a los de la gran mayoría del resto de los habitantes de sus pueblos.

Empezaron a repetir entonces algunos de los hechos del fenómeno imperial *chavín*. Así, para alcanzar sus particulares objetivos, lanzaron a sus naciones y pueblos en pos de los pequeños pueblos que los rodeaban. Es decir, en campañas de conquista como las que sus propios antecesores habían repudiado.

Así, entre los años 200 y 300 dC –según apunta Lumbreras–²⁷⁸, los Andes fueron entonces el escenario de un nuevo proceso de efervescencia bélica. Naciones y grandes pueblos se lanzaron a expandir sus fronteras dominando a los pequeños pueblos del contorno afirma Kauffmann²⁷⁹.

Los recientemente descubiertos murales de El Brujo insinúan en múltiples imágenes un clima bélico muy acentuado: guerreros fuertemente armados, degolladores y prisioneros esclavizados. Los hechos parecen sugerir que había empezado a operarse en los Andes un hecho novedoso y de grandes consecuencias.

Todo sugiere, en efecto, que –a la luz de las lecciones del imperialismo *chavín*– había aparecido una nueva motivación para las guerras. Las principales motivaciones de éstas ya no eran pues apropiación de tierras y bosques; acceso a fuentes de agua; disposición de bancos de peces y canteras; recuperación de bienes que habían sido arretabados por otros pueblos; vengar agresiones; liberación nacional; etc.

La nueva motivación para la guerra era ahora capturar prisioneros, que, en vez de ser eliminados –como había estado ocurriendo antes de Chavín–, pasaban ahora a constituir fuerza de trabajo al servicio del conquistador –anota Lumbreras²⁸⁰. Los nuevos brazos reforzaban la fuerza de trabajo existente y sustituían a quienes habían ocupado las novísimas plazas militares de los pueblos agresores.

Aparentemente los primeros prisioneros sometidos a trabajo esclavizante fueron llevados a explotar las inhóspitas y nunca antes habitadas islas guaneras²⁸¹ que explotaban los *moche* (*chimú*). Quizá ese era el destino de los prisioneros que han aparecido en los murales de El Brujo, donde, a partir de las imágenes encontradas, los arqueólogos especialistas han recreado la pintura que aparece

en la Ilustración N° 14, que a todas luces muestra prisioneros cuyo destino difícilmente sería otro que el trabajo esclavizado.

Permítasenos sin embargo una nueva observación. La prensa (en este caso el diario “El Comercio” de Lima, que con gran despliegue difundió en setiembre de 1999 los descubrimientos de El Brujo), haciendo suya las especialísimas interpretaciones de la historiografía tradicional, no duda en que la imagen corresponde a la “presentación de quienes habían sido vencidos en los *combates rituales*”²⁸². ¿Combates rituales? ¿Representación teatral tragicómica y/o místico-religiosa?

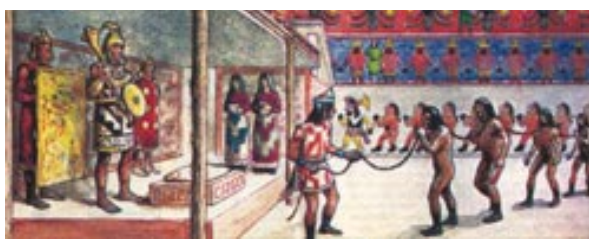
Mal haríamos en desconocer que esa puede ser “una” hipótesis. ¿Pero ésa es acaso la única hipótesis? ¿Y acaso la más verosímil? No, en absoluto.

El contexto histórico al que pertenecen los murales de El Brujo, larga y sólidamente permite la formulación de otra, bastante más probable: que efectivamente se esté ante la representación de prisioneros, reales y no rituales, de una guerra, real y no ritual. ¿Acaso la presencia de armas y guerreros en los murales no coincide con las evidencias guerreras que ha encontrado la arqueología? ¿Y una y otra evidencia no concurren también a explicar el expansionismo *moche*?

Según los “especialistas”, las muy diversas y complejas imágenes de los murales de El Brujo corresponden –en la hipótesis que implícitamente han formulado– a un “secreto calendario”, plagado de “dioses y otras imágenes mitológicas”.

Habría en ellas pura abstracción y simbolismo mas nada de realismo. Que sepamos, ellos no se han planteado, alternativamente, una igualmente verosímil pero más prosaica hipótesis: que los artistas *moche* hayan retra-

Ilustración N° 14
Prisioneros (esclavos) de los *moches*



Fuente:
– *La búsqueda recién ha comenzado, El Comercio*,
Lima, 14 de setiembre de 1999, p. A 10.

tado el rico y complejo mundo en que vivían; esto es, a sus dioses, pero también a sus héroes militares; sus sueños, pero también sus hazañas; sus miedos, pero también sus fortalezas; sus soldados, pero también sus prisioneros; sus armas, pero también sus animales; etc.

La Arqueología y la Historia tradicionales tienen obligación moral y profesional de explicar por qué, sistemática y recurrentemente, haciendo tabla rasa de los más elementales criterios metodológicos, sólo ven escenas ritual-recreativas allí donde más probablemente hubo guerras sangrientas y conquistas, sufrimiento y muerte. Y por qué sólo ven dioses allí donde muy probablemente hay héroes legítimamente divinizados por la ideología de las élites y el imaginario popular. Y, tanto o más importante, por qué sólo y exclusivamente formulan sus apriorísticas y prejuiciosas hipótesis y silencian las otras.

¿No son acaso concientes de que formulando sólo una hipótesis, por lo demás apriorística y prejuiciosa, lo más probable es que sin rigor científico terminen artificial y artificiosamente “probándola”? ¿Y que al negarse a plantear hipótesis alternativas nunca las someterán siquiera a contraste y nunca entonces podrán probarlas?

¿No son concientes de que su obsesiva y nada científica tendencia a divinizar cuanto observan, contribuye decididamente a mitificar el pasado, esto es, al fortalecimiento de la Mitología, a despecho y con sacrificio del desarrollo de un área del conocimiento tan trascendental como la Historia?

¿No son concientes, por último, de que, a fin de cuentas, su persistente mitologización contribuye al encubrimiento y escamoteo de la verdad histórica? ¿No se cometería mañana un error monstruoso si, escribiéndose la

historia de hoy, los historiadores, además de las imágenes de que están llenas las iglesias, vieran en los monumentos de Grau y Bolognesi, Cáceres y Quiñones, seres divinos? Pues de tamañas distorsiones están plagados los libros de la historia andina.

Quizá básicamente pues, con el expediente de la guerra, en el norte, los *moche* (*chimú*) hicieron efectivo su dominio sobre los valles de Chicama, Moche, Chao y Virú. Más al sur, pero siempre en la costa, el pueblo *lima* terminó de ocupar plenamente los valles bajos y medios de Chancay, Chillón, Lima y Lurín. Y en territorio aún más austral, los *nazcas* hegemonizaron sobre el conjunto de la nación *ica*: por el norte del área hasta el valle de Chincha, dominando en el camino a los *paracas*, y por el sur hasta Acarí.

Al lado de la nación *ica*, pero al otro lado de la cordillera, fue éste también el período en que los pueblos que estaban dando forma a la nación *chanka* consolidaron su dominio sobre toda la cuenca del río Pampas. Y, quizá también, fue éste el tiempo en que los dispersos *ayllus* de los pueblos *inka* se posesionaron de manera definitiva del área del Cusco. Por su parte, los distintos grupos *kollas* se afirmaron sobre el vasto territorio altiplánico, e incluso sobre las costas de Arequipa, Moquegua, Tacna y el norte de Chile.

Es decir, virtualmente todas las naciones y grandes pueblos conquistaron sus objetivos de consolidación territorial y de desarrollo autónomo de su propio proyecto. Algunos de ellos, sin embargo, y por lo menos en parte, a costa de pequeños pueblos que fueron sojuzgados.

Estando poblados todos los valles del territorio de los Andes –tanto en la costa como en la cordillera–, la demanda alimenticia que planteó el crecimiento poblacional significó escasez relativa de tierras. Al fin y al cabo, la

Cuadro N° 3
Población andina 0 - 500

Año aC	Población (miles)	Tasa de crec. por siglo
0	2 176	9,05
100	2 347	7,85
200	2 535	8,00
300	2 750	8,50
400	2 998	9,00
500	3 283	9,50

población andina habría crecido entre 40 y 50% durante esos cinco siglos.

Todo parece indicar pues que, para ampliar la frontera agrícola, entre la construcción de andenes, canales de riego y otras soluciones pacíficas y de inversión, los grupos dirigentes optaron por las guerras de expansión y conquista. En ese momento, sin embargo, ya no se trataba de enfrentamientos entre pequeños pueblos, sino de las primeras guerras inter-nacionales en los Andes.

No hay aún evidencias, pero compartiendo fronteras comunes, puede presumirse que los *moche* (*chimú*) rivalizaran con sus cercanos parientes los *mochicas* lambayecanos y otros de sus distintos vecinos: los *tallanes*, al norte; *cajamarcas*, *huaraz* y *recuay*, al este; y *limas*, al sur.

Es probable, también, que los *ica* rivalizaran con los *chankas* y que éstos tuvieran en esta etapa sus primeros enfrentamientos con sus vecinos *inkas*. Y es posible que, a su turno, estos últimos soportaran diversas formas de penetración y dominación a cargo de la nación *kolla*, donde con singular éxito des-puntaba ya la cultura Tiahuanaco.

La presencia de individuos y pequeños grupos rodeados de ostentación y privilegios ponía en evidencia que la estratificación social –en pocos siglos, a la sombra de las gue-

rras y de sus correspondientes botines–, se había hecho más pronunciada en algunas naciones. Ello demostraba que los beneficios que se obtenían estaban siendo concentrados por los grupos internos dominantes. Esto, a su vez, probaba que los proyectos nacionales estaban siendo sustituidos, subrepticamente, por proyectos de grupo, cada vez más ambiciosos y agresivos.

Las guerras de conquista no eran precisamente un buen remedio para esa sustitución. Muy por el contrario. Con ellas las élites dirigentes mostraban un completo dominio y control sobre el proyecto que se venía materializando en sus naciones. Si en la paz las mayorías concretaban algunos beneficios, con las guerras esas mayorías no sólo no obtendrían mayores ventajas sino que, incluso, iban a perder sus propias vidas. Sin embargo, las minorías dominantes, las élites, lograron imponerse.

Hacia los años 500 –según Lumbreras²⁸³ el espacio andino presentó un nuevo cuadro bélico generalizado. Los artesanos se encargaron de dejar expresa constancia del feroz y decidido espíritu guerrero que primó durante esta fase del desarrollo de las grandes naciones andinas.

También cuando hablamos del fenómeno océano atmosférico del Pacífico Sur –tomando referencias de Peter Kaulicke y de Walter Alva–, dijimos que hay serias evidencias de una sucesión de graves alteraciones climáticas y aluviones, que coinciden en el tiempo precisamente con el generalizado período de violencia de que venimos hablando. Hay evidencias de cuán afectados habrían quedado las poblaciones *tallanes* de Vicús (Piura), *mochicas* de Sipán (Lambayeque) y *moches* de La Libertad.

Una vez más, pues, tenemos obligación de preguntarnos: ¿cuánto de aquella generali-

Ilustración N° 15
¿Divinidad Moche?



Fuente:
– Kauffmann, **Manual...**, p. 362.

Ilustración N° 16
¿Divinidad Tiahuanaco?



Fuente / Versión de color por A. Klauer:
– Kauffmann, **Manual...**, p. 438.

zada violencia bélica fue desencadenada por la destrucción material y hambruna a que habría dado lugar esa dantesca sucesión de 4–5 fenómenos “El Niño”?

¿Y cuán proporcionalmente débiles habrían quedado todas aquellas sociedades? ¿Habrían tenido virtualmente que comenzar casi desde cero nuevamente, como podría suponerse en función de la precariedad de las viviendas, y de la enorme destrucción de sus sistemas de regadío? Cabe no obstante también preguntarse, ¿habiendo perdido gran parte de las fuentes de sus privilegios, no ambicionarían obsesivamente las élites volver a alcanzarlos?

Entre los *moche* (*chimú*), en la cerámica quedaron ilustradas violentas escenas y la existencia de prisioneros de guerra ²⁸⁴. Por lo demás como se aprecia en la Ilustración N° 15, la que la historiografía tradicional presume como la más importante divinidad de ese pueblo ²⁸⁵, no era sino un fiero personaje armado ²⁸⁶.

La representación de un “degollador” en Pukara, y la macrocéfala y también presunta divinidad Tiahuanaco, representada en la Puerta del Sol, provista de instrumentos contundentes ²⁸⁷, sugieren también un clima de violencia más en esta última, como se ve en la Ilustración N° 16, resulta elocuente cuán

lejos había llegado la influencia Chavín: la similitud entre esta imagen y la del personaje de la estela de Chavín es hartamente evidente. Por su parte, los múltiples motivos iconográficos de la elaborada cerámica Nazca muestran, inequívocamente también, agresivo espíritu guerrero y gran ferocidad como anota Kauffmann ²⁸⁸.

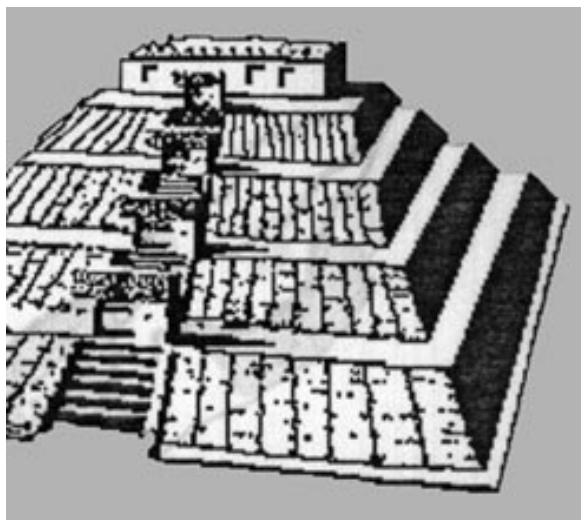
Los prisioneros de guerra, es decir, la fuerza de trabajo esclavizada o casi esclavizada que fue puesta al servicio de las naciones vencedoras y, en particular, de los grupos dirigentes, resultaron ser una nueva modalidad de *mitimaes* y *mitayos* en el espacio andino, de momento que eran desarraigados de su territorio y obligados a trabajar en uno lejano y extraño. Sobre ellos recayó, muy probablemente, el mayor peso en la construcción de las grandes obras que se erigieron en ese período. Obras que, no por simple casualidad se levantaron generalmente allí donde residían los grupos de poder.

En el dominio central del pueblo *moche* (*chimú*) quedan aún los restos de un enorme sistema de irrigación que se cuenta entre las más sorprendentes realizaciones ²⁸⁹ en los Andes. En el valle de Chicama, en efecto, es posible rastrear, en casi 110 Kms, el trazo de un importante y profundo gran canal de irrigación ²⁹⁰: el canal de La Cumbre. Pero asimismo otra asombrosa demostración de ingeniería hidráulica: el acueducto de Ascope que como señala Del Busto— “midió 1 400 metros de largo, 15 de alto, y tuvo un volumen de terraplenado que llegó a los 785 000 metros cúbicos” ²⁹¹.

En imponentes centros religiosos administrativos como la Huaca de la Luna y, mayor aún, la Huaca del Sol, gigantesca pirámide de 280 mts. por 136 mts. de base, y 48 mts. de altura ²⁹², en cuya construcción, según la leyenda —como registra Kauffmann— habrían intervenido 200 000 hombres ²⁹³, apilándose

tanto como 50 millones de adobes —como a su vez escrupulosamente registra Del Busto ²⁹⁴—. Así también el enorme complejo administrativo—religioso que erigió el pueblo *lima* en Pachacámac. La nación *kolla* —a su turno, y en Tiahuanaco— se encargó de repetir de *chavín* la erección de obras que implicaron el traslado y no menos asombroso trabajo de gigantescas piedras ²⁹⁵. Según ha ilustrado Stingl, la Akapana debió ser una pirámide de piedra de dimensiones y acabados portentosos.

Ilustración N° 17
Versión presunta de la Akapana de Tiahuanaco



Las grandes construcciones, ¿cuánto costaron?

Así como algunas de las grandes edificaciones antes citadas, medidas con cuidadosa y sin duda profesional minuciosidad, nos encontramos reiteradamente en la historiografía tradicional con muchos otros datos que con seguridad tienen la misma precisión.

Se conoce, para citar sólo otros dos entre innumerables ejemplos, las dimensiones exactas del Castillo Nuevo (o Templo Tardío) de Chavín de Huántar (75 x 72 mts. de base, pudiendo presumirse que su altura fue de 13 o más metros, a estar por la de la pared más alta que aún se conserva en pie) ²⁹⁶. Y que en

Tiahuanaco la pirámide de plataformas escalonadas de la Akapana, tuvo nada menos que 300 x 200 metros de base y 32 de altura ²⁹⁷.

Cómo dudar que esos valiosos datos son una magnífica base quizá hasta suficiente para multidisciplinarios cálculos subsecuentes que, sin embargo, hasta ahora no han sido emprendidos. Y cuyos resultados tendrían un valor incluso más trascendente que las dimensiones mismas de los edificios: cuánto habría costado erigirlos.

¿Por qué, por lo menos en las últimas décadas, al no haberse convocado el concurso de la ingeniería, la arquitectura, la economía y la informática, los arqueólogos peruanos vienen negándonos los importantísimos datos de cuánto –siquiera en órdenes de magnitud y en sus equivalentes de valor actual– habría costado levantar esos imponentes edificios (gastos) y obras hidráulicas (inversiones)?

O, si se prefiere, y además con el concurso de la agrimensura y la agronomía, ¿cuánto –en términos absolutos y en porcentaje– del excedente agrícola generado por los pueblos correspondientes se habría destinado a esos usos? ¿No permitirían acaso esas estimaciones tener una idea más cercana de cuánta proclividad al gasto y a la inversión fueron nuestros antepasados?

¿No se estima acaso que esos cálculos son incluso más relevantes y trascendentes que, por ejemplo, el meticoloso estudio de las formas y colores que se usó en la cerámica precolombina? ¿E incluso mucho más representativos y reveladores del mundo concreto y tangible, de sus prioridades, de su organización económico-productiva y de su organización y jerarquización político-social, que sus conocimientos astronómicos y sus creencias mágico-religiosas?

Tenemos todo el derecho a preguntarnos todavía, ¿por qué la historiografía tradicional sigue empecinadamente desdeñando el valor enorme de la información económica del mundo prehispánico? ¿Por qué, siendo que incuestionablemente hace décadas que está a un paso de poder emprender su estudio, no ha incurrido hasta ahora en ese capítulo de la historia? ¿Qué la inmoviliza, qué la ata, qué la ancla, cuál es la rémora que le viene impidiendo dar ese trascendental paso que aportaría valiosísima información para conocer mejor la historia?

Esa sorprendente “parálisis” no es, a nuestro juicio, el resultado de carencias de orden técnico, cientí-

fico o metodológico. Transitoriamente, mientras estuvieron alhelados ante las monumentales obras, quizá no se hayan hecho preguntas tan prosaicas como éstas: ¿cuánto pudo costar esta obra en la que se apilaron 50 millones de adobes? O, ¿qué inversiones agrícolas dejaron de hacerse por construir este templo y aquél palacio? Mas, tras el natural asombro, ¿no ha sobrevenido acaso después un período reflexivo? ¿Por qué entonces tampoco allí surgieron esas interrogantes? Y si eventualmente surgieron, ¿por que, entonces, no se ha dado respuesta a ellas?

Esa parálisis, a nuestro juicio, connota una dependencia ideológica. Inconciente y quizá inadvertida, pero no es un problema científico. Es un problema resultante de prejuicios y escala de valores. Y, a la postre, un asunto inconciente de compromiso y hasta de arraigada e incontrolada sumisión al poder, que de hecho explica muchas formas conocidas de “pereza intelectual”

¿Por qué? Porque como en el también inabordable estudio político-social profundo de la caída de los imperios, ahondar en lo económico-social puede “des-cubrir” y traer a la luz incómodísimas y hasta “subversivas” respuestas. Mas en esto no hay tampoco ninguna originalidad en la historiografía tradicional andina. También en esto ella soporta con asombroso estoicismo el viejo corsé diseñado por la historiografía filogreco-romana.

Un magnífico ejemplo nos lo acaban de proporcionar los arqueólogos italianos que, con el auxilio de las más modernas técnicas de diseño gráfico, pero tras costosa tarea, han recreado en imágenes virtuales de tercera dimensión la esplendorosa Roma de la cúspide del imperio. La acaba de difundir en Lima la televisión por cable. Mas se plantaron allí: en la versión arquitectónica. Que se sepa –no lo anunciaron, cuando bien pudieron hacerlo–, no han dado el único paso que faltaba: empezar a calcular cuánto costó ese portento. Ese valiosísimo dato actualizado –que para cuando se estime no dudamos que alcanzará cifras astronómicas–, habrá de contribuir a mostrarnos cuánto aportó al debilitamiento del imperio la absoluta pero intrínseca proclividad al gasto (en detrimento de la inversión) de las élites hegemónicas.

Nuestra hipótesis es pues que la historiografía tradicional andina, siguiendo meticolosamente la senda de aquella, tampoco acomete el estudio económico-social de nuestra historia por el muy fundado –aunque quizá sólo inconciente temor– de con ello empezar a derruir el enorme castillo de naipes que ha

creado. Porque no otra cosa es esa imagen idílico-mística y “gloriosa” del pasado prehispánico, que sólidamente han sembrado nuestros viejos y reputadísimos historiadores de las primeras décadas de este siglo. Cómo replicar a tan incontrastables maestros. Si se atreven, que lo hagan los de las generaciones que vienen –debe tener en la mente más de uno–. Y así van pasando las décadas y los siglos. Y nuestros estudiantes continúan sumidos en el engaño.

Pero tampoco se emprende el estudio económico-social del pasado antiguo, porque entonces debería seguirse con el correspondiente al Virreinato. Y éste es todavía más incómodo. Cómo enfrentar a la Madre Patria. Y cómo desacralizar a Isabel la Católica y a Carlos V, al inefable virrey Toledo y a Fernando VII. Cómo sacudir las tranquilas conciencias de España y otros pueblos de Europa, recordándoles que inicua-mente, y a cambio de nada, extrajeron de los Andes riquezas de valores astronómicos. Mas de ello y otros latrocinios equivalentes veremos extensamente en *En las garras del imperio*.

¿Y para cuando finalmente se haga ese estudio completo de la Colonia –porque inexorablemente terminará por hacerse algún día–, ¿no habría que acometerse entonces un genuino y profundo estudio económico-social del período correspondiente de la República y hasta nuestros días? Innumerables indicios permiten suponer que las revelaciones serían asombrosas: crímenes, ambiciones enfermizas, corrupción desembosada, fraudes económicos y electorales, estafas de todo género, grotesca proclividad al gasto inútil y otros latrocinios por doquier.

¿Cómo sino entender que, tras Virreinato y República, a pesar de la extraordinaria riqueza natural que se ha explotado en el Perú, no somos sino un pueblo pobre y subdesarrollado, en el que se ha impuesto –en palabras de Rocío Silva Santisteban– la “cultura de la indigencia”²⁹⁸? Cuando como ha dicho el historiador peruano Pablo Macera, de haberse manejado los recursos de otra manera “el Perú hubiese tenido un desarrollo histórico económico similar al de Japón al otro lado del Pacífico”²⁹⁹.

Pues bien, “des-cubrir” todos los latrocinios de la República ya no sólo es incómodo: hay familiares, amigos y conocidos en la escena. Y resulta peligroso: están vivos, e incluso usufructuando del más onmímido poder muchos de los responsables. ¿No resulta entonces ostensible que el silencio y esa extraña “pe-reza intelectual” de la historiografía tradicional tienen

que ver –como lo advertíamos y eventualmente pareció hasta forzado– con el temor al poder de turno?

He ahí pues cómo 50 millones de adobes nos han mostrado el temible callejón sin salida de la historiografía tradicional. He ahí, pues, por qué a muchos ha resultado más cómodo y sensato dejar las cosas en adobes inertes, harpías de fábula y seres mitológicos inofensivos.

Pachacámac y la nación lima

Pachacámac fue quizá, desde muy antiguo e incluso durante la dominación *chavín*, el más importante centro religioso-ceremonial del pueblo *lima*.

Si un milenio atrás los sacerdotes del templo Chavín capitalizaron el fervor por la derrota de *sechín*, todo parece indicar que a la postre los sacerdotes de Pachacámac lo-graron otro tanto tras la derrota de *chavín*.

Quizá desde esa fecha Pachacámac dejó de ser un centro religioso local y nacional, y se convirtió en centro religioso ecuménico, internacional –como anota Torero, quien recuerda además que, más tarde, algunos cronistas la compararon con Roma y La Meca–³⁰⁰.

Pachacámac se erigió en efecto en importantísimo centro en el que convergían pobladores de gran parte del territorio andino. Eso, a la postre, tendría enorme significación. Pachacámac, de hecho y como había ocurrido antes con Chavín de Huántar, facilitó el intercambio de bienes, servicios y tecnología entre los pobladores de las distintas naciones y pueblos que allí concurrían.

Con ello coadyuvó a la difusión y homogeneidad cultural, y en particular, idiomática³⁰¹. Todo hace suponer que como postula el lingüista Torero después de Chavín, Pacha-

cámac tuvo un protagónico rol en la difusión panandina del *quechua*.

Desde muy distantes confines fueron llegando al templo de Pachacámac multitudinarias delegaciones de peregrinos *moche* (*chimú*), *tarmas*, *huancas*, *icas*, *chankas*, etc. Los sacerdotes contaron así con el apoyo suficiente para engrandecer las edificaciones hasta que el conjunto adquirió dimensiones desproporcionadamente grandes en relación con la magnitud poblacional del pueblo *lima* que lo albergaba.

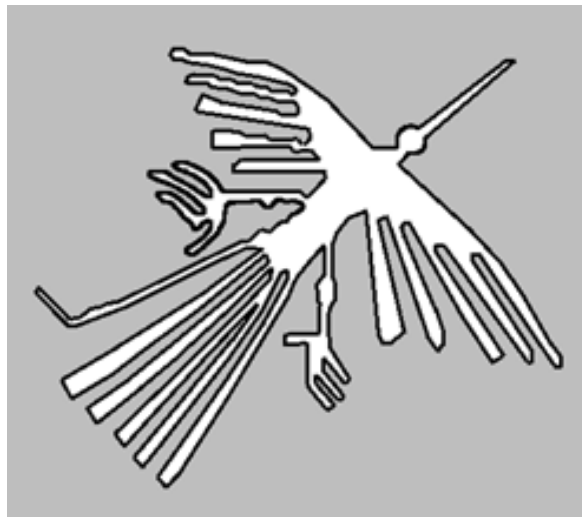
La cultura Nazca y la nación ica

En la costa sur, por su parte, tras aprovechar y potenciar las influencias que les llegó de la Cultura Paracas Necrópolis (entre el 370 aC y el 100 dC), de entre los grupos de la nación *ica* largamente habían empezado a destacar los *nazcas*, desde su sede central en Cahuachi (a pocos kilómetros al sureste de la actual ciudad de Nazca), en el área sur del territorio de dicha nación.

Presumiblemente entre el 100–200 dC habrían realizado los primeros de sus gigantes y asombrosos geoglifos hendidos en el suelo de cascajo en la Pampa de El Ingenio (ligeramente al norte de la actual ciudad de Nazca). Éstos, a la postre, llegaron a ocupar un área de más de quinientos kilómetros cuadrados. Hay allí aún hoy hasta 32 grandes figuras bien definidas, entre ellas un ave de 127 metros de largo y una araña que mide 42 metros ³⁰².

El conjunto de geoglifos de Nazca es sin duda el más grande y asombroso de los Andes. Sin embargo –a despecho de lo que cree la inmensa mayoría de las personas– no

Ilustración N° 18 El cóndor de las Líneas de Nazca



Fuente:
– Stingl, *Templos...*, p. 100.

son los únicos. También los hay en Arequipa: una enigmática espiral, en la Pampa de Majes; un bellissimo manto, en la pampa de Santa Isabel de Sihuas; y varios en Toro Muerto, en el valle medio del río Majes cerca de Aplao. Y en el norte del Perú, dentro del territorio *mochica* en Lambayeque, en Oyotún, en la cabecera del río Zaña. Pero también hay otros en el desierto de Antofagasta, en el norte de Chile ³⁰³.

A diferencia de otras grandes realizaciones materiales en los Andes, las ya célebres Líneas de Nazca representaron exclusivamente un gran despliegue de esfuerzo humano: infinidad de horas de trabajo. No fue necesario explotar canteras de piedra y por tanto tampoco el concurso de pacientes picapedreros.

Las asombrosas Líneas de Nazca –que aún vienen dando lugar a innumerables investigaciones, hipótesis y fantasías pseudo científicas–, representaron por sobre todo un

extraordinario despliegue de ingenio y habilidad. No tanto para definir las líneas rectas, sea en el llano o superando montículos, pues para ello era suficiente el auxilio de pequeñas estacas de madera de huarango alineadas con la vista humana. Sino para concretar lo que en la moderna topografía se conoce como “replanteo”, esto es, el traslado al terreno, en sus dimensiones finales, de los pequeños trazos bosquejados en una superficie menor.

El arquitecto Carlos Milla ³⁰⁴ postula como hipótesis que bien pudieron los *nazcas* conocer el principio de ‘ampliación a partir de la diagonal del paralelogramo’ (el sencillo método que se usa en la ampliación fotográfica). A partir de ese principio, y con el auxilio de bastones y cordeles, habrían podido los *nazcas* construir un pantógrafo gigante capaz de ampliar una figura en grandes proporciones. Por lo demás, habrían recurrido también a un simple artefacto de cerámica (dos pequeños tubos huecos cruzados en ángulo recto) para concretar el replanteo de ángulos de 90 grados ³⁰⁵.

Todo ello pudo lograrse porque muchos de sus especialistas, los ingeniosos creativos, y muchos de sus hombres, la insustituible fuerza de trabajo, habrían dispuesto de tiempo suficiente para concretar ese cuantioso despliegue de energías. Mas ello, a su turno, sólo podía lograrse obteniendo grandes excedentes en las campañas agrícolas.

Y no fue precisamente porque las tierras del área fueran proverbialmente fértiles. Sino, por sobre todo, porque los *nazcas* habrían tenido siglos de una vehemente proclividad a la inversión.

De ello dan fiel testimonio las innumerables obras hidráulicas que se construyeron en Matará, Achullo, Aja, Bisambra, Curve, Orcona, Cantayo, Tejeje, Bijuna, Pangaravi, Huairona, Majorito, Majoro Grande, Anclia,

Agua Santa, San Marcelo, Gobernadora, O-cangaya, Soisongo, Conventillo, Llicuas, Copara, Taruga y Soisonguillo ³⁰⁶.

“Los acueductos y reservorios de la región todavía sorprenden por su eficacia” afirma con certeza Del Busto ³⁰⁷, pues efectivamente muchos están aún en uso. Se conoce de artificiales conductos subterráneos de agua, de más de un kilómetro de largo y que llegan a tener la altura de un hombre.

En otro orden de cosas, los *nazcas*, dado su circunstancial desarrollo y su posición geográfica –como se verá en el Mapa N° 18–, adquirieron una gran importancia comercial enlazando Tiahuanaco con Pachacámac, y seguramente hasta con *moches* y *mochicas*. Lo cierto es que adquirieron también reputación como mercaderes ³⁰⁸. Hacia el sur de su territorio, dejaron testimonios de intenso comercio con Huacapuy (Camaná) y Majes (Arequipa) hasta por lo menos el 600 dC.

Fueron pues sin duda significativos los testimonios de desarrollo técnico y económico que alcanzaron los *nazcas*. No es difícil imaginar que con todo ello asombraran a los restantes pueblos de la nación: *icas* propiamente dichos, *paracas* y *chinchas*, alcanzando a predominar sobre todos ellos. Hasta puede presumirse que al principio –como había ocurrido con Chavín– habría sido sólo una hegemonía tecnológica y pacífica que, como sugiere la iconografía de su cerámica, se mantuvo durante los siglos I y II dC.

Es difícil definir cómo y por qué se operaron drásticos cambios en la sociedad *nazca*. Lo cierto es que su cerámica y otras expresiones culturales de los siglos III y IV retratan, entre otras imágenes, dantescas cabezas–trofeo. Había pues asomado el período de los guerreros *nazcas* que, hasta su conquista por el Imperio Wari, concretaron un segundo período de su historia, pero de hegemonía militar.

“Gustaron de traer atados al cinturón los cráneos de sus enemigos. Son las famosas cabezas–trofeo que penden también de los tobillos, rodillas y manos de los vencedores” –registra Del Busto ³⁰⁹.

Quizá del mismo período es la ya citada cabeza–trofeo lítica de características faciales negroides, encontrada en el sitio de Que-rullpa Chico II, en el valle alto del río Majes –que Linares Málaga presume de origen Tiahuanaco ³¹⁰–. Y otra evidencia de una fuerte presencia y eventual expansión conquistadora hacia el sur de su territorio, la constituyen los geoglifos de la Pampa de Majes, así como los de las cercanas áreas de Santa Isabel (Sihuas) y de Toro Muerto (Aplao), todos ellos en Arequipa.

El Titicaca: la común historia de las naciones *inka* y *kolla*

Tiahuanaco fue sin duda la más grande realización cultural y material de esta parte de la historia andina. Sus enormes y costosísimas construcciones de piedra primorosamente trabajada, como la pirámide de la Akapana –que se mostró en la Ilustración N° 17–, y el palacio de Kalasasaya –al que pertenece la Puerta del Sol–, alcanzaron tal envergadura que implicaron un conjunto de decisiones tomadas al nivel de un poder central suficientemente fuerte –como afirma Métraux ³¹¹.

Lo suficiente como para decidir incursiones guerreras de conquista y/o de reclutamiento forzoso de fuerza de trabajo. Suficiente como para organizar y obligar después a los prisioneros a trabajar. Suficiente para decidir en qué tipo de obra se concen-

trarían los esfuerzos de cientos o miles de prisioneros y/o los campesinos de pueblos aledaños (como parece haber sido el caso de los *inkas* en el altiplano tiahuanacuense).

Es decir, suficiente para decidir el uso del excedente generado por su propio y otros pueblos. Sin duda se trataba de varias e importantes decisiones, en manos de un poder que, sólo siendo muy fuerte, podía materializarlas.

Siglos más tarde, sin embargo, el pueblo *inka* sería el protagonista del habría de ser el más extenso y militarmente poderoso imperio que llegó a conocer el mundo prehispánico. Pero, como bien se sabe, el mito fundacional más importante del pueblo *inka* relata el mitológico surgimiento de su legendario fundador, Manco Cápac, de las frías aguas del lago Titicaca.

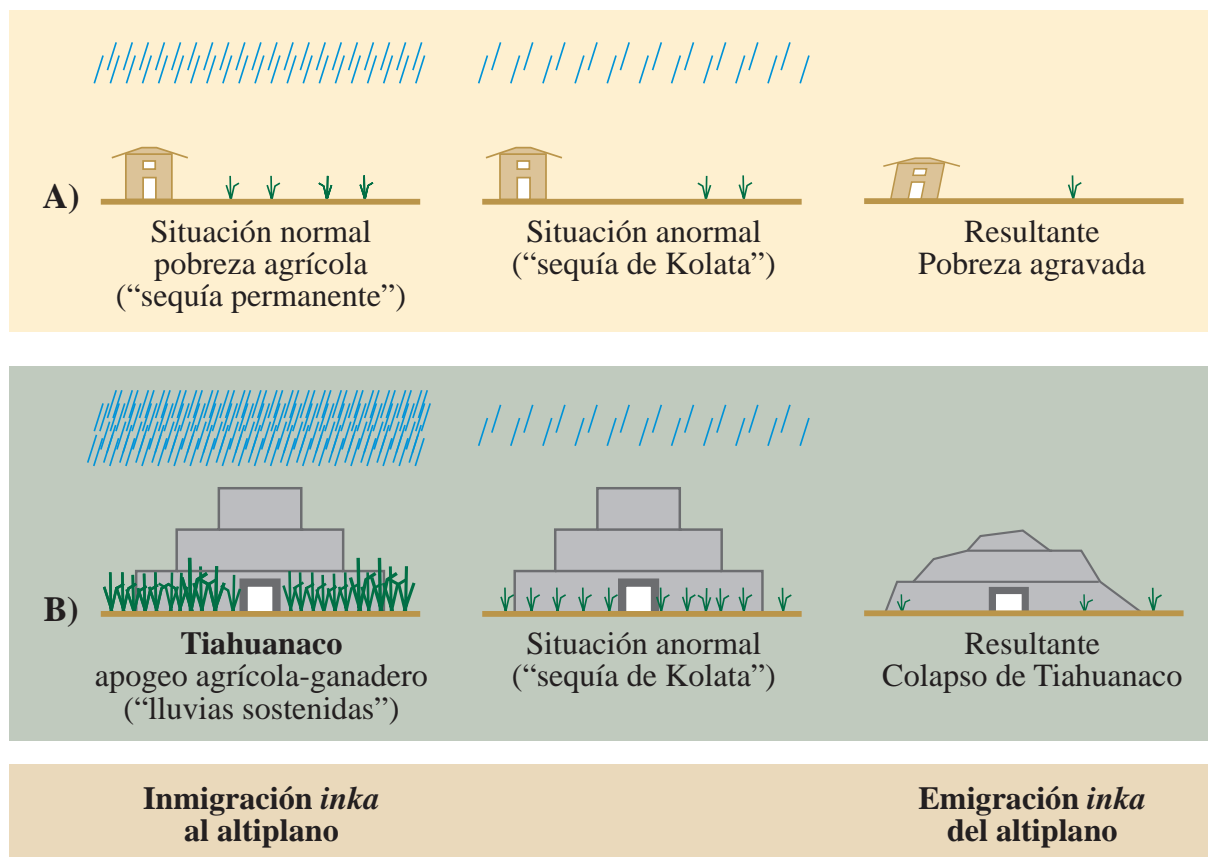
Ello, sin ápice de duda, revela la fortísima y muy prolongada relación que en algún período tuvieron los quechua–parlantes *inkas*, con los aymara–parlantes *kollas* del Altiplano. Relación intensa y prolongada que –todo parece sugerirlo– se dio precisamente durante el esplendor de Tiahuanaco, donde aquéllos, por asimilación, hicieron suyo el mito fundacional de éstos.

De la misma manera que la asimilación andina del mito fundacional más importante de la cristiandad –que a su vez es de lejano origen *judeo–mesopotamio*–, fue el resultado de la estrechísima y por tres siglos duradera relación de los pueblos dominados y “paganos” de los Andes con los hegemónicos del “cristiano” imperialismo español.

¿Cómo y por qué se produjo esa estrechísima relación *quechuas inkas* – *aymaras kollas*? ¿Cuándo empezó y qué tan prolongada fue? Lejos está aún la historiografía tradicional de dar elementos de juicio para res-

Anexo N° 6

Tiahuanaco y la hipótesis de Kolata



ponder adecuadamente esas interrogantes. Aún cuando, de hecho, el famoso mito es parte de la historia más y mejor estudiada del larguísimo período prehispánico de la historia del Perú.

Sólo cabe pues formular hipótesis, como las que pasaremos a enumerar. Debe sin embargo advertirse que el elemento central, la esencia de la cuestión, es la mitológica leyenda de Manco Cápac. Los restantes puntos de partida tienen base científica y son bastante conocidos:

a) Tiahuanaco fue la culminación de un gigantesco y costosísimo proceso de capitalización material;

b) ello no se había dado antes, y no ha vuelto a repetirse;

c) los yermos y agrícolamente pobres campos del Altiplano –como se les conoce hoy– no pueden explicar un fenómeno de acumulación de excedentes tan gigantesco, y;

d) es virtualmente imposible que la ganadería de auquénidos del Altiplano hubiera podido generar masivamente tantos excedentes, ni siquiera en el caso de que la hambruna de la periferia hubiera sido gravísima (a menos que la ciencia demuestre que varias generaciones sucesivas pueden alimentarse única y exclusivamente de carne).

Nuestras conjeturas e hipótesis son entonces las siguientes:

- 1) Hoy la ciencia conoce perfectamente de la existencia y consecuencias del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur. Y también perfectamente conoce que afecta selectiva y discriminadamente, con consecuencias distintas en unos que en otros rincones del territorio andino.

Así, las frecuentes y reiteradas versiones de “El Niño” representan lluvias torrenciales en la costa norte, por sobre todo, e invariablemente sequías en el Altiplano. Y, a la inversa, las versiones de “La Niña” producen sequía en la costa norte y lluvias en el altiplano. En uno y otro caso, tanto más graves unas y otras cuanto más grave es el fenómeno.

Pero la “selectividad espacial” es tal, que a un lado y otro de la Cordillera de Carabaya –la que separa el surcordillera con el Altiplano–, se dan procesos climáticos distintos. Así, mientras en el área *inka* puede estar dándose un estado de lluvias, en el área *kolla* puede estar dándose sequía, y a la inversa.

- 2) También es claro hoy que no todos los fenómenos de dicho tipo tienen igual duración, los hay de meses y años.
- 3) Como parece estar ocurriendo actualmente, y a lo largo de las últimas dos décadas, hay razones para presumir que la convergencia del fenómeno planetario con fenómenos localizados en el Altiplano, dan lugar a períodos largos de sequía cada vez más aguda.

Recientemente el arqueólogo norteamericano Alan Kolata, ha mostrado que estudios del lecho del lago Titicaca muestran en efecto que el colapso de Tiahuanaco

coincide en el tiempo con evidencias de una grave y prolongada sequía³¹². Ella se habría producido –presumimos a manera de hipótesis– en torno al año 900 dC, esto es, poco después del inicio de la expansión del Imperio Wari.

El fenómeno eventualmente habría tenido proporciones planetarias. Porque casi coinciden en el tiempo los colapsos por sequía de las culturas:

- Tiahuanaco, en los Andes
- Maya, en Centroamérica
- Anazasi, en Norteamérica (California)
- Khmer, en Oriente

Como resulta obvio deducir, ese fenómeno no pudo ser de aquellos a las que estaba habituada la población del Altiplano. Y menos aún posterior a una cualquiera de sus consuetudinarias sequías, pues simplemente de la precedente sólo habrían podido resultar, aunque agravados, los mismos resultados de pobreza agrícola mileraria del Altiplano (“A” en el gráfico de la página precedente).

- 4) Aún no está comprobado, pero de lo dicho y de lo que se conoce del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, es razonable presumir que, en sentido inverso (“B” en el gráfico), pueden haberse dado –y repetirse en el futuro– procesos de prolongadas, intensas y generosas lluvias que –así como transforman ahora en un gigantesco pastizal desierto de Sechura–, podrían haber convertido el Altiplano en un asombroso y extenso aunque pasajero vergel.

Eventualmente, entonces, un fenómeno natural de este tipo –espacialmente muy focalizado–, repentino, explosivo y fugaz, en simultaneidad con sequía prolongada en la periferia –incluido el territorio

inka–, se habría dado en el Altiplano en torno al 600 dC. Y, en efecto, parecen confirmarlo las modernas investigaciones –referidas en la primera parte de este texto–, realizadas en los hielos de los nevados Quelcayo y Macusani del Altiplano.

En todo caso, habrá que reconocer que las posibilidades que ha tenido la ciencia para construir y confrontar esta hipótesis llevan acumulados 450 años. Esto es, desde que en 1553 Cieza de León publicó *La crónica del Perú*. En ella, hablando de los *kollas*, el cronista nos dice ³¹³:

Muchos destos indios cuentan que oyeron a sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande...

Y efectivamente, los “diluvios” son, por naturaleza, intrínsecamente repentinos, y de consecuencias explosivas y fugaces. Ese “diluvio grande” del Altiplano –secularmente seco–, no debió ser sino uno o varios conjuntos anuales de grandes lluvias que, por comparación con aquellas precipitaciones anuales promedio a las que estaban acostumbrados los *kollas*, debieron parecerles gigantescas.

Pero, dados los resultados objetivos que ha ofrecido Tiahuanaco, habrían sido de magnitud tal que, no siendo destructivas, fueron por el contrario inmensamente productivas. Sobre todo por el hecho –pocas veces bien tenido en cuenta– de que el Altiplano es enorme. Bien puede sumar tanto como 100 000 Km² ³¹⁴.

Sólo un inusitado evento climático de esa naturaleza explicaría el carácter repentino y fugaz de Tiahuanaco. Pero explicaría también además su carácter explosivo. O, si se prefiere, el hecho de que alcanzó el esplendor “de la noche a la mañana”. Y una vez más corresponde recurrir a Cieza

de León ³¹⁵. Dice en efecto:

...oyeron a sus pasados que en una noche amaneció hecho lo que allí se veía.

Si como todo parece indicar, efectivamente ocurrió ese “generoso y constructivo diluvio” –aunque no hubiera habido sequía en la periferia–, mal podemos extrañarnos de sus abrumadores resultados en infraestructura material. Porque con esa enorme superficie, el Altiplano es la llanura potencialmente fértil más grande del conjunto del territorio Perú–Bolivia.

Los *kollas* del área circunlacustre, casi permanentemente en sequía, estaban pues acostumbrados a los rigores de una vida de subsistencia, casi sin capacidad de inversión o acumulación. Y, derrepente, sorpresivamente, se vieron obteniendo cosechas 10, 25 o quizá hasta 50 veces mayores.

Así, dadas las magnitudes del Altiplano, puesto repentinamente en producción ese vasto territorio, el imprevisto e impredecible –pero fugaz– excedente generado debió resultar absolutamente gigantesco. Puede incluso hasta sospecharse que no se dieron abasto para secar toda la producción de tubérculos, como estaban acostumbrados. Así, no habrían alcanzado a convertir buena parte de su primera gran cosecha en no percedera y aprovechable. Quizá, pues, la mayor parte de ella se les pudrió, volatilizándoseles así gran parte de sus primeros grandes excedentes.

Todo sugiere que al año siguiente –y durante muchos más– volvieron a darse nuevas grandes lluvias. Mas éstas ya no habrían tomado a los *kollas* de sorpresa. La experiencia anterior resultaba invaluable. Probablemente lo primero que se

decidió fue que regresaran al Altiplano todos los *kollas* desperdigados por el flanco costero de la cordillera Occidental, desde Ocoña hasta el norte de Chile. Y todo parece sugerir que ni siquiera ello fue suficiente.

Así, para el tercer año, habrían ya tomado conciencia de que su capacidad de reclutamiento de mano de obra extranjera era enorme. Pero además, les resultaba insustituible para concretar la materialización lítica de sus enormes excedentes.

Mal podría extrañar entonces que, eventualmente por las buenas a unos, y por las malas a otros, fueron a traer fuerza de trabajo ajena. Y, entre sus muchos vecinos, los noroccidentales inmediatos, los *inkas*, eran precisamente quienes estaban más al alcance de la mano.

Y si, como seguimos presumiendo, éstos llevaban el mismo tiempo en aguda sequía, habrían llegado entonces, virtualmente, en condición de esclavos. Como quizá también llegaron muchos campesinos *chankas*.

Todo ello, pues, ayudaría a explicar una muy prolongada presencia en el Altiplano de pueblos de la periferia, incluidos miles de campesinos del pueblo *inka* –voluntaria o forzosamente captados–, cuyos brazos –como veremos– habrían contribuido decididamente a levantar las monumentales construcciones que dispuso erigir la también fugazmente poderosa élite *kolla*.

Por lo demás, ésta, suponiendo que los dioses se habían vuelto de su lado para siempre, destinaron el íntegro de sus excedentes a financiar la construcción de obras faraónicas típicas de gasto, y no de inversión, que, seguramente, también habrían podido hacerse.

5) La extraordinaria situación, el insólito e inopinado escenario, se habría prolongado tanto como muchas décadas. Y –como también está dicho– vuelta a repetir en torno al 800 dC.

Es decir, ya fuera en una sola gran estadía, o en dos o más tramos parciales, se habría acumulado en el Altiplano una permanencia *inka* suficientemente prolongada como para que, con varias generaciones en proceso de aculturación, y eventualmente hasta en agradecimiento, los *inkas* adoptaran al Titicaca como su mítico lugar de origen.

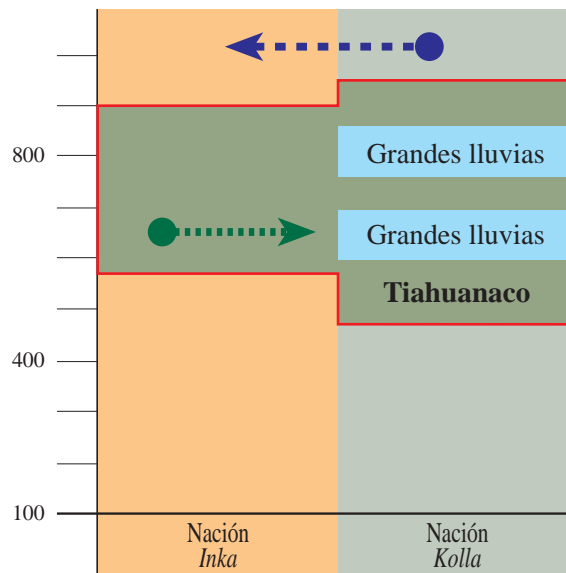
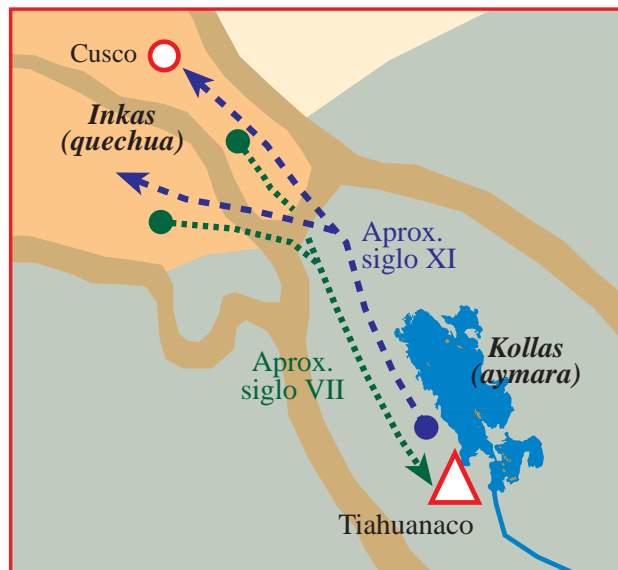
Mas al retornar definitivamente al Cusco, cuando las condiciones climáticas “definitivamente” se hubieron “normalizado”, y ya no había ni trabajo ni alimento suficiente para ellos, Manco Cápac y los suyos efectivamente “llegaron desde las orillas del Titicaca”. De allí, a la versión legendaria de que los fundadores del Cusco surgieron del lago, no hay, pues, sino un paso.

Adicionalmente, debe sin embargo destacarse que, a pesar del tiempo transcurrido, que eventualmente pudo ser incluso de cautiverio, toda o una parte del tiempo, Manco Cápac y el redimido pueblo *inka* que quizá masivamente lo acompañó ³¹⁶ en el retorno, llegaron al Cusco con un mito ajeno, pero manteniendo su propio idioma.

Es decir –valga la insistente perogrullada–, sin haber asumido como propio el del anfitrión Este “dato” –sobre el que volveremos en otro momento–, es sumamente importante. “Mostraría” cuán lenta y difícil era en la antigüedad la transmisión de un nuevo idioma. Y cuán lenta y difícil la asimilación por un pueblo de un idioma que no era el materno.

Anexo N° 7

Hipótesis: Tiahuanaco y Manco Cápac



Esta hipótesis específica se sustenta también en la misma experiencia histórica de la conquista española de los Andes. En ésta, en efecto, tras siglos de intensa relación, aún cuando mantuvieron sus idiomas nativos, muchos de los pueblos andinos adoptaron, aunque con diferentes variantes de mestizaje, el mito fundacional de la cristiandad que había impuesto el poder hegemónico.

De consuno, la etnología, la lingüística y la psicología social, deben contribuir a explicar por qué a los pueblos les resulta más fácil adoptar la ajena ideología de un pueblo que el ajeno idioma de éste.

¿Acaso no viene ocurriendo hoy lo mismo? ¿Acaso no se ha extendido más y más rápido el “modo norteamericano de vivir” que el idioma de sus mentores? Y dos mil años atrás, ¿acaso no resultó a los romanos “más fácil” sembrar en Europa su ideología, usos y costumbres, sin que lograran en cambio imponer el latín, que a la postre devino lengua muerta? ¿Será quizá porque el idioma quedó instalado en la mente humana mi-

llones de años antes que la ideología, que no es sino parte de la cultura, creación humana ésta muchísimo más tardía que aquél.

Pero –como resulta obvio–, los inmigrantes que retornaron a la tierra de sus padres, no sólo habrían llegado entonces con un nuevo mito. Sino, entre otras, con una enorme experiencia como finos constructores y alarifes.

He oído afirmar a indios [kollas] –dice una vez más Cieza de León³¹⁷ reafirmando la validez de nuestras hipótesis– que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo; y aun dicen más, que los primeros ingas practicaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco.

¿No resulta cada vez más consistente la presunta estancia de buena parte del pueblo *inka* en el Altiplano? La historiografía tradicional tendrá que explicar, muy sólida y consistentemente, porqué habiéndose tomado a los cronistas con tanta fidelidad en cosas

intrascendentes y anodinas, se les ha desechado, sistemática y tercamente, en estas otras tan importantes.

Nuevamente el centralismo en los Andes

La riqueza y el esplendor de sus centros urbanos, a juzgar por la enorme diferencia con el desarrollo de las áreas rurales en cada una de esas naciones, sugiere que los grupos dirigentes optaron por modalidades centralistas, urbanas y consumistas en el uso de los excedentes que generaba cada una de las grandes y los pueblos a los que habían dominado.

Pero Batán Grande y Túcume, Moche, Maranga y Pachacámac, Cahuachi y Tiahuanaco, los más importantes centros urbanos, demuestran, además, que el excedente generado fue concentrado en el área de residencia de los grupos dominantes de cada una de las correspondientes naciones. Éstos, cada vez

que tomaban una decisión en relación con el uso y destino de los recursos, lo hacían, pues, privilegiando aquellas obras con las que alcanzaban sus propios objetivos de grupo.

En cada una de las grandes naciones se repitió entonces el mismo fenómeno: la riqueza extraída de las zonas periféricas, fluyó hacia los centros hegemónicos. internos. Así, éstos se enriquecieron a costa del empobrecimiento de aquéllos. O, si se prefiere, los espacios urbanos a costa de los espacios rurales. Mas, en definitiva, las élites dirigentes a costa de los pueblos sojuzgados y del resto de los habitantes de sus propias naciones.

En todos los pueblos y naciones de los Andes, el grueso de la actividad productiva era realizado en las áreas rurales por los *ayllus*. En ellos el trabajo agrícola, ganadero, forestal, minero, pesquero, etc. seguía revistiendo su forma comunitaria primigenia –*ayni*–. A través de este trabajo comunitario, de recíproca y equivalente cooperación entre los individuos, los *ayllus* producían lo suficiente para su consumo. Pero producían, además, un excedente.

Con una pequeña parte de ese excedente, y seguramente autorizados por el poder central, los propios *ayllus* solventaron las faenas, también comunitarias, que les permitieron concretar la construcción de andenes, canales, depósitos, puentes y caminos de uso local.

Mas el grueso del excedente era trasladado a la sede del poder central y administrado por las élites dirigentes.

Éstas, prescindiendo generalmente de si la obra beneficiaba o no a los miembros del *ayllu* al que pertenecían los *mitayos*, a través de la *mita*, emprendieron las obras de mayor envergadura: grandes construcciones urbanas, fortificaciones y caminos nacionales, etc.



Camino, chasquis y desarrollo náutico en los Andes

Si ya los ejércitos, administradores y peregrinos habían atravesado gran parte del territorio de los Andes durante el Imperio Chavín, mil años después, hacia el 500 dC, los pueblos y naciones andinas contaban, por consiguiente, con un sistema vial más extenso y mejor acabado.

La red andina de caminos posibilitaba el peregrinaje religioso panandino hacia Pachacámac, por ejemplo, pero también facilitaba el tránsito de los contingentes militares y permitía el intercambio comercial a través de las fronteras entre los pueblos.

Las redes nacionales permitían que los arrieros –y sus tropillas de auquénidos– trasladaran los considerables volúmenes de alimentos que diariamente demandaba el sostenimiento de las cada vez más numerosas

Ilustración N° 19
Chasqui moche



Fuente:
– Kauffmann, *Manual...*, p. 371.

poblaciones urbanas en Moche, Pachacámac, Cahuachi y Tiahuanaco. Y permitía el tráfico masivo de *mitayos* y la circulación de los excedentes necesarios para solventar las obras de diversa índole que disponían los poderes centrales.

Pero la red vial no sólo permitió el flujo de la producción. Facilitó también, ya en ese período, el tránsito rápido de la información que portaban los primeros *chasquis* del pueblo *moche* (*chimú*)³¹⁸, cuyo uso y aplicación con seguridad imitaron los pueblos y naciones vecinas. Y, por mediación de éstas, probablemente también las más alejadas, como quizá debió ocurrir con los *nazcas* y *kollas*.

Siendo tan clara y elocuente la imagen, y de tanto tiempo atrás la evidencia, resulta patético constatar que la gran mayoría de los peruanos cree, erróneamente –como reiterada y sistemáticamente se lo repiten los más conocidos textos de historia–, que el sistema de correos a pie o *chasquis*, fue uno de los grandes aportes de la cultura imperial *inka*. Se trata, pues, de una errónea e injustificada expropiación a la historia del pueblo *moche*. Y de una gratuita y falsa atribución al mitificado Imperio Inka.

No obstante, quizá incluso se esté también cometiendo un error al atribuirle esa innovación al pueblo *moche*. Porque ciertamente, aún cuando nunca se ha planteado, quizá corresponda aquí –aunque tardíamente– preguntarse: ¿pudo un territorio tan grande como el que alcanzaron a dominar los *chavín*, manejarse sin un sistema de correo rápido y de señales de emergencia a distancia, con humaredas desde las cumbres de cerros distantes?

Las comunicaciones, sin embargo, ya no sólo eran terrestres. En la costa norte, por lo menos ahí, habían adquirido un notable desarrollo las comunicaciones marítimas. Allí,

destacando largamente sobre el resto de los pueblos ribereños, los *moche* (*chimú*) hacían gala de lo que bien podemos llamar una gran técnica de construcciones náuticas. Prueba incontrovertible de ello la constituyen las imágenes de naves para varios tripulantes, y con bodega y hasta cubierta. Difícilmente puede pensarse que ese despliegue técnico estuvo sólo reservado para la pesca.

Ilustración N° 20
Nave y faena de pesca *moche*



Fuente:
– En Del Busto, *Perú Preincaico*, p. 215.

Corresponde pues traer aquí nuevamente dos de las hipótesis que habíamos planteado cuando hablamos de los *sechín*: a) su muy posible llegada por mar desde las costas del Pacífico *mexicano*, y; b) la también muy posible incursión y final fusión de la mayor parte de los sobrevivientes *sechín* con los predecesores de *moches* y *mochicas* luego de la derrota aquéllos por los *chavín*.

Así, la convergencia de una y otra hipótesis permitiría plantear entonces una tercera. En efecto, el significativo mayor desarrollo naval que habían alcanzado los *moche* en la etapa de su historia que venimos revisando, muy superior al del resto de los pueblos de la costa peruana, ¿no tendría una sólida explicación en el importante despliegue náutico que ya varios siglos atrás habrían tenido los

inmigrantes que según la leyenda de Naylamp llegaron desde lejanas tierras al norte del Perú? En todo caso, la nueva hipótesis deducida asoma verosímil y consistente con las anteriores.

Entre los *ica* (*nazcas*), en cambio, los indicios apenas pueden permitir hablar de una cierta actividad pesquera, aunque importante en el contexto de su economía productiva³¹⁹.

Parece ser éste el primer contexto histórico que da pie a un ensayo de imaginación histórica, retrospectivo–proyectiva esta vez, distinto pues de los que hasta aquí hemos esbozado. Asumamos primero que, a diferencia de la hipótesis sobre el desarrollo naval “importado” que acabamos de plantear para los *moche*, suponemos que ese desarrollo náutico fue completamente autóctono. ¿Cómo explicar entonces que los *ica* (*nazca*), con iguales y milenarios antecedentes, y con extraordinario desarrollo en esta etapa no hubieran llegado a otro tanto?

El Mapa N° 25 –que se presenta bastante más adelante– claramente muestra, en el territorio de la nación *ica*, la ubicación costera de los pueblos *chíncha*, *pisco*, *paracas* y *acarí*; y la ubicación mediterránea de los pueblos *ica* y *nazca*.

Los *paracas*, como se recuerda, fueron quienes más antiguamente destacaron entre ellos. (1): ¿No es razonable imaginar que, siglos después, es decir, ya para la época de la que hablamos ahora, el desarrollo naval y marítimo–comercial del conjunto de esa nación habría sido grande, de haber seguido predominando el pueblo *paracas*, eminentemente ribereño?

La hegemonía, sin embargo, había cambiado de manos y estaba ahora en las de los mediterráneos *nazcas*. (2): ¿No es lícito su-

poner entonces que, precisamente por su ausencia de vocación marítima, la élite *nazca* desatendió –y probablemente hasta reprimió– el desarrollo náutico, porque no lo controlaban directamente, y no tenían experiencia personal en ello, y en consecuencia no estaba dentro del conjunto de sus propios y directos intereses?

Mediterráneos como eran, sí estaba en cambio dentro de sus intereses inmediatos el comercio terrestre. Y en efecto tanto que lo desarrollaron, enlazándose con ese propósito con sus vecinos *chankas*, con los lejanos *kollas* del Altiplano, e incluso hasta con pueblos de la amazonía ³²⁰.

Una y otra hipótesis parecen tanto verosímiles, de momento que, cuando siglos más tarde, la hegemonía sobre la nación *ica* volvió a la costa, pero esta vez a manos de los *chinchas*, éstos efectivamente alcanzaron un sensacional despliegue naval y marítimo–comercial, como habrían de constatar asombrados los *inkas*, primero, y los conquistadores *españoles*, después.

No se crea que pretendemos mostrar o insinuar que el desarrollo del transporte terrestre y el complementario del comercio por tierra que hicieron los *nazca*, es menos importante que el marítimo que podrían haber llevado a cabo los *paracas*, o que el que efectivamente llevaron a la práctica los *chinchas*. O, a la inversa, qué este es mejor que aquél. No.

Pero sí pretendemos sugerir que, cuando el modelo de desarrollo histórico–económico–productivo es centralista –aunque sólo lo sea de manera implícita–, sólo termina destacando, selectiva y excluyentemente, la o las actividades económicas en las que la élite hegemónica concentra efectivamente sus intereses: agricultura o pesca, comercio terrestre o comercio marítimo, etc.. Y que, por el

contrario, bajo modelos sensatamente descentralistas, en cada sector del territorio, concurrente y complementariamente, se desarrollan las actividades para las que hay vocación natural (agricultura aquí, pesca allá y minería más allá, etc.).

Y, para complementar la propuesta, no es difícil imaginar cuán vulnerable e intrínsecamente frágil –tanto en términos económicos, políticos y hasta militares–, resulta el pueblo o la nación que sustenta su desarrollo en una sola o pocas actividades productivas. Y, por el contrario, cuán más resguardado y sólido resulta aquél que se apunala en todos los sectores productivos que tiene a su alcance.

Parece pues una verdad de perogrullo, mas hay que decirla explícitamente y con todas sus letras –sobre todo porque en los textos clásicos de la historia del Perú es todavía una monumental omisión–: la descentralización económico–productiva (y la consecuente descentralización poblacional), es invariablemente ventajosa, y el centralismo es en cambio inexorablemente pernicioso.

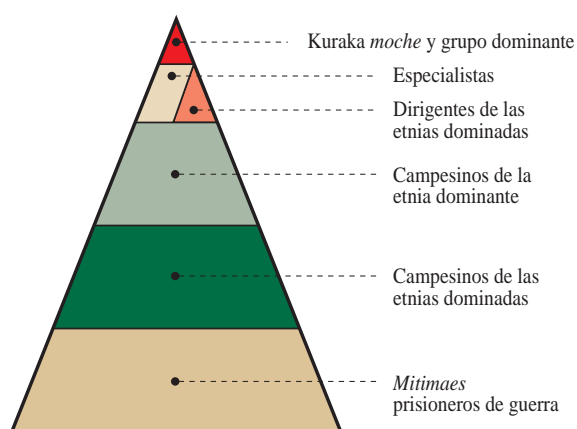
Las culturas *moche* y *mochica*: paradigmas de la estratificación social

Las guerras acabaron de perfilar la profunda estratificación social en los grandes pueblos y naciones de los Andes.

Los *mitimaes* prisioneros de guerra –y sus descendientes– ocupaban el peldaño más bajo de la escala social. El grueso de la población campesina de los pequeños pueblos vencidos cubría, probablemente, el escalón siguiente. Más arriba se ubicaba la población campesina de la nación dominante o con-

quistadora. En el siguiente escalón, habitando las ciudades, la población de especialistas y, con consideraciones posiblemente equivalentes, los *kurakas* de los pueblos sojuzgados. Finalmente, en la cúspide, el gran *kuraka* y el grupo que con él compartía en las ciudades los más altos privilegios y el poder en los pueblos y naciones dominantes.

Gráfico N° 37
Pirámide de estratificación social en el territorio dominado por los *moche*



En la nación *moche* (*chimú*), los vestidos y ornamentos con los que se ataviaba la población se encargaban de poner de manifiesto las grandes diferencias sociales.

El grupo dirigente se vestía y ataviaba ricamente, con mantos de plumas de aves exóticas, grandes aretes de concha o piedras semipreciosas, adornos nasales, pintura facial, argollas, brazaletes y riquísimos tocados en forma de turbantes o coronas con plumas multicolores. Los campesinos, en cambio, vestían en forma sencilla –confirma Lumbreras–³²¹.

Los grandes personajes eran cargados en literas por sus servidores³²² que muy probablemente eran prisioneros de guerra. También esta práctica cundiría luego por los Andes (recuérdese, por ejemplo que, siglos más

Ilustración N° 21
Litera *moche*



tarde, Atahualpa llegó a su cita con Pizarro cargado precisamente en andas, y en una similar lo hizo el gran *kuraka* de Chincha).

El boato de algunos entierros en la nación *moche* (*chimú*), así como entre los *ica* (*nazcas*), en comparación con la sencillez de otros, evidenció también la marcada estratificación social³²³.

Es hargo elocuente el testimonio de algunas tumbas *moche* (*chimú*) en el área de La Libertad: los personajes importantes eran enterrados en ataúdes que contenían varios símbolos de poder. E inmediatamente a su lado, haciéndoles compañía, habían sido enterradas varias mujeres estranguladas poco antes de cerrarse la tumba. Todos quedaban “protegidos” por un guardián colocado sobre el ataúd, que había muerto de asfixia con la arena que sellaba la tumba³²⁴.

250 Kms. más al norte, en el área de Lambayeque, y correspondiendo al 200 dC, el entierro del que ha sido denominado “Señor de Sipán”, encumbrado personaje del pueblo *mochica*, revistió idénticas características.

Es decir, incluso durante los períodos de paz, y no solamente en tiempo de guerra, el proyecto de los sectores dominantes incluía la muerte de individuos del sector dominado de la población.

Pero también en este aspecto los artesanos y artistas dejaron constancia de los extremos de la estratificación social. Ceramios *moche* (*chimú*), así como el imponente mural multicolor en el complejo arqueológico El Brujo, muestran en efecto –como se ha visto en la Ilustración N° 14– grupos de personas desnudas, con la sogá al cuello y las manos atadas.

Estas mismas representaciones talladas aparecen enterradas junto a los muertos encontrados en las islas guaneras. ¿Eran éstos esclavos remitidos a dichas islas de por vida –se pregunta el historiador Lumbreras³²⁵? Muy probablemente.

En todas las primeras naciones andinas la diferenciación social se fue dando conjuntamente con la segregación física: el grupo dominante y la población esclavizada que estaba a su servicio– habitaba las ciudades. En ellas residían además los integrantes de la burocracia administrativa, militar y religiosa, así como los especialistas: constructores, alfareros, orfebres, etc.

Los centros urbanos, magníficamente equipados con palacetes, grandes centros ceremoniales cívico–religiosos, fortificaciones, pistas y jardines, puentes y acequias, concentraban gran riqueza en comparación con las pequeñas y desprovistas aldeas rurales. Mas no sólo eso. En múltiples almacenes los grupos dominantes disponían de abundantes recursos de todo género.

La marcada estratificación social entre ricos habitantes de la ciudad y pobres habitantes del campo, ponía de manifiesto que, en los hechos, el proyecto nacional había sido ya traicionado.

El proyecto original, en cada una de esas naciones, buscaba alcanzar el beneficio de toda la nación. No obstante, cuando se había

avanzado ya bastante del primer milenio de nuestra era, al interior de las naciones andinas sólo obtenían beneficios los habitantes de las ciudades y, dentro de ellas, grandes y exclusivos privilegios un grupo muy reducido de personas. Es decir, el proyecto del grupo dirigente se había impuesto en sustitución del proyecto nacional.

Coherentemente, el proyecto del grupo dirigente permitía el beneficio del grupo dirigente. O, lo que es igual, el “sujeto protagónico” del proyecto era el lógico “beneficiario” del mismo.

Sustituido el proyecto nacional, la mayoría de la población vio una vez más frustradas sus expectativas. Esa mayoría quedó incorporada al proyecto del grupo dirigente. Mas no como “sujetos protagónicos” del mismo, que habían dejado de serlo, sino convertidos en “objetos”. O, si se prefiere, no como beneficiarios, sino en calidad de tributarios.

Los trabajadores del campo y los prisioneros de guerra habían pasado a ser un “recurso” más en manos de la élite dirigente. Con su trabajo en el *ayni* y en la *mita* generaban esa riqueza de la que gran parte era llevada al centro urbano de poder, atentando contra la descentralización consustancial –aunque implícita– del proyecto original.

Las trampas de la divinización del poder

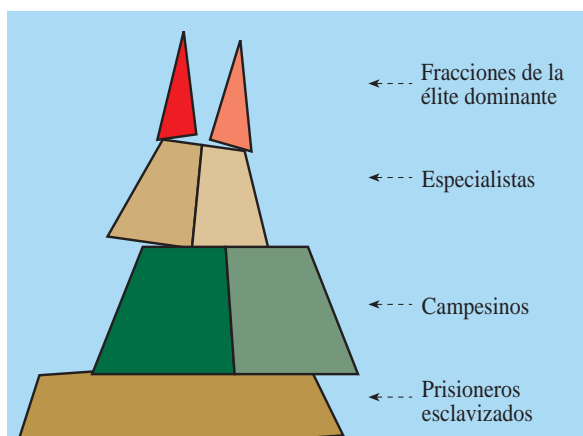
En aquel primer milenio de nuestra era, para todos debe haber sido harto evidente que los pobladores del campo trabajaban tanto como los de la ciudad (quizá 12 horas diarias unos y otros). En razón de ello, las élites *moche*, *nazca* y/o de Tiahuanaco difícilmente

habrían proclamado la falacia de que los beneficios y privilegios de que disponían eran el fruto de “su” trabajo.

Ello equivalía a proclamar el absurdo de que el trabajo producía a unos riqueza y a otros pobreza. Y difícilmente se argüiría por entonces que los privilegios se debían a las distintas “calidades” del trabajo que desempeñaban unos y otros (aparentemente este argumento sólo se esgrimió mucho más tarde).

Frente a los desiguales resultados de similares esfuerzos, al interior de cada grupo humano fue necesario e importante encontrar y dar una explicación convincente. Era imprescindible tener una justificación consistente para mantener la unidad y estabilidad de esas sociedades estratificadas, evitando la escisión, la fragmentación; porque la frustración y la insatisfacción alimentan el fenómeno escisionista, fragmentalista. Siempre han sido su mejor fermento.

Gráfico N° 38
Pirámide de estratificación social, fragmentada e inestable



Los grupos o subgrupos descontentos siempre han pugnado por cambiar el proyecto en vigencia por uno en el que, legítimamente, también ellos alcanzaran beneficio. En unos

casos con objetivos transformadores –revoltosos, revolucionarios o subversivos, diríamos hoy, dependiendo de la virulencia de los gestos y palabras y de la violencia de las acciones–. Y en otros, alternativamente, con objetivos escisionistas, los grupos descontentos buscaban conquistar un territorio propio donde aplicar autónomamente un proyecto que los beneficiara.

No obstante, debe reconocerse que los objetivos transformadores –como los escisionistas– no necesariamente eran conscientes ni explícitos cuando recién empezaban a gestarse. Como en todo proceso, sólo alcanzaban ese nivel al cabo de un período de maduración. Alcanzado éste, o en trance de serlo, también el mundo andino asistió a episodios violentísimos en los que se registró innumerables casos de magnicidio, por ejemplo. Si se dio entre los *inkas*, muy probablemente también se dio desde mucho antes.

La estratificación social daba cuenta del conjunto de subgrupos de que realmente estaba compuesta cada grupo social –nación o pueblo–. O, si se prefiere, mostraba las fracciones en que, de hecho, y más allá de la conciencia lúcida de sus miembros, estaba dividida cada sociedad. Cada uno de los subgrupos era internamente homogéneo: tenía y defendía los mismos intereses y aspiraba alcanzar los mismos objetivos.

En definitiva, cada subgrupo, cada estrato, era implícitamente portador de un proyecto, de su propio proyecto. Con excepción del grupo dirigente, el resto de los subgrupos enarbolaba, implícitamente, con mayor o menor énfasis cada uno, objetivos transformadores o, en el extremo, escisionistas.

Si no había una explicación clara y contundente de por qué el todo –esto es, la nación o el pueblo– debía permanecer unido, el grupo dirigente corría riesgos muy graves:

el riesgo de transformación de la sociedad, en el que, necesariamente, quedaría desplazado –y hasta podía quedar exterminado–; o, tan grave como aquél, el riesgo de escisión, esto es, el de quedar privado del concurso de muchos de aquellos que generaban la inmensa mayor parte del excedente, y por ende, el riesgo de perder la posibilidad de seguir acumulando privilegios.

Alguna poderosa razón debía enarbolarse pues para que no se produjera el rompimiento o la escisión del conjunto social, para evitar que cada subgrupo emprendiera autónomamente su propio proyecto.

Debía existir “algo” que mantuviera unida, re–unida, a la sociedad. Era necesario “algo” que, manteniendo la división social, fuera argumento suficiente para mantener la unidad nacional. “Algo”, pues, que garantizara la unidad espacial, esto es, manteniéndose la unidad del territorio

“Algo” debía esgrimirse, además, para que los sectores que se perjudicaban con el proyecto en vigencia aceptaran que era “lógico”, “natural” e “inevitable” que así fueran las cosas. Para que aceptaran que “no debía ni podía” ser de otra manera.

Y para que, sin mayores objeciones, siguieran creando excedente y aceptando, hasta de buen grado, que otros se beneficiaran de él.

“Algo” debía explicar consistentemente por qué las cosas ocurrían así, habían ocurrido así en el pasado y deberían seguir ocurriendo así en el futuro.

En definitiva, “algo” debía garantizar también la unidad temporal, que el mismo conjunto social se mantuviera unido en los siglos siguientes. La exigente explicación tenía que ser capaz, pues, de asegurar unidad en el espacio y en el tiempo.

Para justificar los privilegios y la estratificación social, en ausencia de razones objetivas, en los pueblos y naciones se habían estado gestando, desde tiempo atrás, intrincados conjuntos de ideas, o, si se prefiere, elaboradas formulaciones ideológicas. A través de ese conjunto de ideas, a través de la ideología, los seres humanos buscaban tener una apreciación de su historia, de sí mismos y del mundo que los rodeaba y, del futuro.

El contorno físico, las propias experiencias vividas, el idioma, etc. condicionaron que en cada nación la formulación ideológica fuera propia. Sin embargo, más allá de las distinciones aparentes, prácticamente todas las ideologías andinas coincidieron en dar esencialmente la misma explicación para el fenómeno de la división y la estratificación social y sus resultados selectivos y excluyentes.

En efecto, todas las versiones ideológicas atribuían a razones divinas la existencia de grupos privilegiados: los *kurakas* –se decía– eran descendientes del fundador y éste había sido dios o hijo de dios. Según esto, la existencia del *kuraka*, del grupo dominante que lo rodeaba, y de los privilegios de que gozaban, era, entonces, voluntad divina y sabia, decisión suprema, incuestionable e inapelable.

Si ese fue el caso del Inka entre los *inkas*, nada impide pensar que también lo fue el del presunto Chimo Cápac *chimú* –al que derrotaron los *inkas*–, y el del no menos presunto Chincha Guavia Rucana de los *chinchas*. Y que mucho antes lo habría sido el Cie–Quich entre los *moches*. Y el de Cium, el primogénito, y el del resto de los demás descendientes del divinizado Naylamp³²⁶ de los *mochicas*.

En tanto decisión divina, “tenía” pues que ser acatada por todos. Con lo cual se garanti-

zaba la necesidad de unidad espacial. Y, como decisión divina, “era válida” en el presente, había sido válida en el pasado y era válida para el futuro. Garantizaba, también, entonces, la unidad en el tiempo.

La ideología era, precisamente, entonces, el elemento que jugaba el papel de “cemento” aglutinador –en el espacio y en el tiempo– de las distintas partes en que estaba dividida cada nación, cada sociedad.

La mística justificación ideológica era, pues, falaz y encubridora. Con gran eficiencia, en efecto, disimulaba que, como el que se aplicaba era el proyecto del grupo dominante, tenía, lógicamente, que beneficiar a ese grupo –perjudicando al resto–.

Ese encubrimiento sólo beneficiaba a los grupos dominantes. De allí que esa ideología encubridora, ese “cemento” aglutinador, constituía un elemento importantísimo en el proyecto de las élites dominantes. Así las cosas, al cabo de varios siglos de frustrada aplicación y distorsión de sus proyectos nacionales, las diversas naciones en los Andes vieron sobrevenir, otra vez, e idéntico, al mismo cataclismo político-social que siglos atrás había liquidado al Imperio Chavín.

El exceso en concentrar riqueza improductiva, el lujo estéril, el abuso y la prepotencia, eran latente exteriorización de la decadencia en que caían y arrastraban a sus sociedades algunos grupos dirigentes. Esos vicios se comportaban como “disolventes”, como factores disgregantes, neutralizando y debilitando el papel cohesionante y aglutinador de la ideología.

Como insinúa el Gráfico N° 37, las exigencias de las poblaciones sojuzgadas y dominadas no fueron sin embargo los únicos elementos de desestabilización de las sociedades andinas. Ni los vicios de las élites

sus únicos factores disgregantes. Las ambiciones internas y pugnas entre las distintas fracciones de la élite dominante, que por lo general involucran al todo el cuerpo social de una nación, fueron muchas veces la más eficiente modalidad de debilitamiento y quiebre de las sociedades. Sin duda ningún ejemplo fue tan patético y trágico como el prolongado y cruento enfrentamiento que lideraron Huáscar y Atahualpa.

¿Por que no suponer que se dieron sucesos parecidos y hasta equivalentes también en Chavín y el Imperio Wari, y acaso también en Chimú y Tiahuanaco? Quizá nunca se sepa. Pero la hipótesis no puede descartarse desde que Del Busto recoge la versión de que, muchos siglos antes el surgimiento del Imperio Inka, Fempellec, el último de los monarcas *mochicas* supuestamente descendientes de Naylamp, fue asesinado y “lo arrojaron al mar debido a sus muchos vicios y alianzas con el demonio”³²⁷.

Quizá el demonio no era otro que el expansionismo *moche*. ¿Quizo Fempellec, influido por sus demonios míticos, enfrentar decididamente al corporalizado demonio *moche* –como más tarde haría Pachacútec frente a la amenaza *chanka*–? O, por el contrario, ¿fueron sus demonios míticos los que lo impulsaban a claudicar ante la amenaza *moche* –como ocurrió con Huiracocha, ante la amenaza *chanka*–?

Las distintas fracciones de las élites ponen muchas veces de manifiesto conductas abiertamente discrepantes que, en el fondo, desnudan diferencias de intereses. Así ocurrió en el pueblo *inka* entre las fracciones lideradas por Pachacútec y Huiracocha en el siglo XV.

Y no otra cosa ocurrió un siglo después en el enfrentamiento militar entre Huáscar y Atahualpa. Aparentemente al menos, habría

ocurrido algo parecido en el episodio en el que fue asesinado monarca *mochica* Fem-pellec.

Porque siglos más tarde, cuando los *inkas* a su vez asediaban al Imperio Chimú, “la *quinta columna* de la Corte de Chan Chan presionó a [su] monarca a aceptar el yugo [inka]” –afirma del Busto ³²⁸. En definitiva siempre habremos de encontrarnos con individuos y grupos que, en función de sus intereses, luchan; y con otros que, también en función de sus intereses, están dispuestos a claudicar ante el enemigo.

Cierto y definitivo es en cambio que cuando las ambiciones de las élites llegan a extremos, se constituyen en los más eficaces agentes de ruptura de las sociedades. Si ello se ha dado en la historia de prácticamente todos los pueblos del planeta, y aquí ostensiblemente entre los *inkas*, ¿por qué no habría de darse en el antiguo mundo andino?

También parece ser cierto que las ambiciones nunca son tan perniciosas como cuando el poder, la riqueza y los privilegios en juego son enormes. Y ese es precisamente el caso de los grandes excedentes que producen los pueblos sojuzgados. Entre tanto, a despecho de lo que siempre creen las élites dominantes, los pueblos siempre están pendientes de la riqueza que producen y del destino arbitrario que dan a ésta quienes los dominan.

En ese complejo contexto de injusticias, vicios, errores y ambiciones desembosadas, cuando se presentó una amenaza externa, y las élites urgieron a “sus” poblaciones para que salgan en defensa de “sus” intereses, ya no fueron escuchadas.

Ostensiblemente ocurrió en presencia de los conquistadores *españoles*. Virtualmente todos abandonaron a su suerte a las élites. ¿Por qué no habría de ocurrir también antes?

La mayor parte de los campesinos de los pueblos sometidos se negó a tomar bandería (que en muchas ocasiones dio origen a atrocidades represalias). Las huestes extranjeras incorporadas a la fuerza al ejército imperial abandonaron en estampida los campos de batalla. Los *mitimaes* trasladados a tierras ajenas precipitadamente las abandonaron, agudizando el desabastecimiento.

E incluso dejaron en la orfandad a las élites los propios campesinos de su nación. Así, en el período histórico que estamos analizando, debió ser que, con enorme facilidad, todas las grandes naciones andinas cayeron dominadas por las armas del segundo imperio andino: Wari.

Como había ocurrido antes con el Imperio Chavín, pero esta vez en torno al siglo VIII dC, también la marejada Wari bajó indetenible desde la cima de los Andes. Y –como ha registrado Toynbee para el resto de la historia mundial–, aquí también los sectores dominados de cada nación probablemente miraron con indiferencia, y aun con satisfacción, el destino que cayó sobre sus minorías dominantes ³²⁹: fueron aplastadas, derrotadas y exterminadas.

La naturaleza, sin embargo, habría dado una considerable cuota de ayuda al aluvión imperialista de los *chankas*. No tanto catapultándolos directamente, que eventualmente también pudo ocurrir. Sino afectando a quienes habrían de ser sus víctimas.

Considérese en efecto que la seguidilla de los graves episodios climáticos que remecieron gran parte de la costa entre el 550–600 dC estaban relativamente cerca en el tiempo.

Así, por ejemplo, *moches* y *mochicas*, los más desarrollados de la costa, apenas habían tenido dos siglos para recuperar el nivel que, antes de tan graves siniestros, habían alcan-

zados tras casi ocho siglos de liberarse del Imperio Chavín.

El Imperio Wari, pues, los habría conquistado cuando apenas estaban reponiéndose (en el Gráfico N° 7, página 33) mostramos cuán próxima estuvo la expansión Wari de los citados episodios de “El Niño”).

Notas bibliográficas

- 1 Gloria Winffel Ríos, *La renovación de la historia*, en Gladys Calderón, Jorge Dajes y otros, **Sociedad y cambio en Occidente, siglos XI XX**, Univ. de Lima, Lima, 1998, 2ª edic., p. 18. Las palabras en cursiva están entre comillas en el original.
- 2 María del Rosario Vesga. *Los abismos del cóndor*, Rev. Oiga, V etapa, N° 435, 12 de junio de 1989.
- 3 Sólo 15 países abarcan 18 o más grados latitudinales del globo terráqueo.
- 4 Exposición en el Congreso de la República, 1997, INTERNET.
- 5 Durante mucho tiempo se creyó que la corriente marina descubierta por Humboldt era de aguas frías. Hoy se sabe que la verdadera razón de las bajas temperaturas del mar costero peruano es el afloramiento constante de frías aguas profundas. No obstante, la antigua y errónea versión sigue estando generalizadamente presente en la mente de la inmensa mayoría de peruanos. En particular, porque la mayoría de los textos, incluso los más recientes, siguen difundiendo (véase por ejemplo **Mi Tierra, Perú**, El Comercio, Lima, 1999, p. 58).
- 6 Los riquísimos yacimientos polimetálicos de Cerro de Pasco están en producción continua desde hace 400 años.
- 7 Ramón Ferreyra, *Registros de la vegetación en la costa peruana en relación con el fenómeno El Niño*, en **Registro del Fenómeno El Niño y de eventos ENSO en América del Sur**, Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, IFEA, Lima, 1993, Tomo 22, N° 1, p. 260.
- 8 Pedro Cieza de León, **La crónica del Perú (1548 1550)**, PEISA, Lima, 1973, p. 157.
- 9 Cieza de León, **La crónica...**, p. 158.
- 10 La tradición atribuye a pescadores de Sechura (Piura, Perú) tal denominación, en razón de la recurrente aparición del fenómeno en las proximidades de Navidad.
Como bien está haciendo ver la Cruz Roja Colombiana (véase INTERNET), la significación de “Niño” difiere sustantiva y diametralmente con las amenazantes y altamente destructivas manifestaciones del fenómeno. Igualmente fallidos resultan entonces los nombres que de aquél se han derivado: “La Niña”, “No–Niño”, “Anti–Niño”, ENOS, y, de muy reciente aparición, “La Mamá”.
- 11 **Atlas universal y del Perú**. Edic. Bruño, Lima, 1995.
- 12 **Atlas básico universal y del Perú**, Edic. Bruño, Lima, s/f.
- 13 Juan Augusto Benavides Estrada, **Atlas del Perú**, Edit. Escuela Nueva, Lima, s/f.
- 14 Neville Nicholls, *Impactos ecológicos de El Niño–Oscilación Sur en Australia*, Bureau of Meteorology Research Centre, Melbourne, Australia, INTERNET.
- 15 En José Macharé y Luc Ortlieb, *Registros del Fenómeno El Niño en el Perú*, en **Registro del Fenómeno...**, Ifea, p. 43.
- 16 Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 43.
- 17 En Peter Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas en asentamientos del Alto Piura durante el período Intermedio Temprano*, en *Registro del Fenómeno...*, p. 285. El dato de tiempo consignado es nuestro.
- 18 Amanda Díaz y Luc Ortlieb, *El Fenómeno “El Niño” y los moluscos de la costa peruana*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 170.
- 19 En Díaz & Ortlieb, *El Fenómeno “El Niño”...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 171.
- 20 En Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 43. El dato de tiempo consignado es nuestro.
- 21 Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 286.
- 22 Rebeca Carrión Cachot (1948) en Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 286.

- 23 En Luis Guillermo Lumbreras, **Origen de la propiedad, el estado y la guerra en el Perú pre inkaico**, manuscrito.
- 24 En Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41; Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 307.
- 25 En Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41.
- 26 En Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41.
- 27 Alfonso Klauer, **Los abismos del cóndor**, DISELPESA–IMPROFFSET, Lima, 1989, p. 181.
- 28 Josyane Ronchail, *Variabilité pluviométrique en Bolivie lors des phases extrêmes de l’Oscillation Australe du Pacifique (1950 1993)*, en **Variations climatiques et ressources en eau en Amérique du Sud: Importance et conséquences des événements El Niño**, Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines, IFEA, Lima, 1998, Tomo 27, N° 3, p. 687.
- 29 En INTERNET: webnino@cepes.org.pe
- 30 De Ronchail, *Variabilité pluviométrique...*, en **Variations climatiques...**, p. 695; y Reinaldo Maldonado & Santos Calle, *Comportamiento de las precipitaciones en el sector del lago Titicaca (Bolivia) durante “El Fenómeno El Niño”*, en **Variations climatiques...**, Ifea, pp. 706–707.
- 31 Eloy Linares Málaga, **Pre–Historia de Arequipa**, Tomo II, CONCYTEC–UNSA, Arequipa, 1993, p. 44.
- 32 En Linares, **Pre–Historia...**, T. II, p. 44.
- 33 Pedro Cieza de León, en Francisco Carrillo Espejo, **Cronistas del Perú antiguo**, Edit. Horizonte, Lima, 1989, pp. 67–68.
- 34 En Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 307.
- 35 Nials y otros (1979), en Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41.
- 36 En Gloria Cristina Flórez Dávila, *La Europa feudal: sociedades en expansión (1000–1270)*, en Calderón y otros, **Sociedad y cambio...**, p. 45.
- 37 Deducido de las cifras de población que proporciona K. Bennett en Flórez, *La Europa feudal...*, en Calderón y otros, **Sociedad y cambio...**, p. 47.
- 38 El nombre de la leyenda de origen del pueblo de Lambayeque tiene aún hoy una grafía y pronunciaciones muy diversas: Naylamp, Naimlap, Ñaiñlap (Del Busto, **Perú Preinkaico**, Edit. Studium, Lima, 7ª edic., pp. 244 245); Ñyamlap (Craig & Shimada); Naymlap (Kaulicke). En adelante usaremos la versión que está más arraigada en Lambayeque: Naylamp (¿acaso porque “lamp” remite fonética y directamente a “Lamb –ayeque”?)
- 39 Craig & Shimada (1986), en Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41.
- 40 En Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 286. El Niño de Naylamp fue, en todo caso, el primer evento del que hay referencias escritas: las del cronista español Cabello Valboa.
- 41 En Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 286.
- 42 Quinn, *The large–scale ENSO...*, en **Registro del Fenómeno...**, pp. 17–18.
- 43 José A. del Busto D., **La conquista del Perú**, Lib. Studium, Lima, 1984, 3ª edic., pp. 39–63.
- 44 Busto, **La conquista...**, p. 62.
- 45 El territorio agrícola que en Tumbes conocieron los conquistadores españoles es sustancialmente distinto del actual. Mas no precisamente como cabría esperar porque hoy sea más grande, sino al contrario. Según el científico Antúnez de Mayolo, a la llegada de los conquistadores se cultivaba en Tumbes 114 000 hectáreas, a diferencia de sólo 10 000 hectáreas en la actualidad. En Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 289.
- 46 Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41. La cursiva es nuestra.

- 47 Orefici & Grodzicki (1990), en Macharé & Ortlieb, *Registros del Fenómeno...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 41.
- 48 Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 284.
- 49 María Rostworowski (1961), en Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 290.
- 50 Macharé y otros (1992) y Cárdenas & Milla (1980), en Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 290.
- 51 Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 284.
- 52 Quinn, *The large-scale ENSO...*, en **Registro del Fenómeno...**, pp. 17–18.
- 53 Quinn, *The large-scale ENSO...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 18.
- 54 Éste y la mayoría de los datos que se muestra en los párrafos siguientes han sido extraídos de *Episodios de El Niño* (Rosa Zeta de Pozo, INTERNET), en la que la autora ha recopilado información proporcionada por varios autores.
- 55 Ricardo García Rosell, en Antonio Mabres, Ronald Woodman y Rosa Zeta, *Algunos apuntes históricos adicionales sobre la cronología de El Niño*, en **Registros del Fenómeno...**, p. 400.
- 56 Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 397.
- 57 Ronald Woodman Pollit, *El Niño de 1983 en Piura*, INTERNET.
- 58 Víctor Eguiguren, *Las lluvias en Piura*, Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Tomo IV, N° 7, 8 y 9, 1894. Hace pues más de un siglo que se publicó esta valiosísima información que, de haber tenido una acogida responsable de parte de gobernantes, políticos y académicos, muy distinta habría sido la historia de las consecuencias en el Perú –y el mundo– del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, particularmente en este último siglo.
- 59 Juan de Helguero (en el diario “El Amigo del Pueblo”, de Piura, 28–11–1906), en Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 398 y p. 400.
- Harto elocuente de la indiferencia (para no decir desprecio) con que se enfrentaba un asunto tan importante y trascendental, es el hecho de que la valiosísima información apareció publicada en el diario en la sección “Vejees y Cachivaches” (trastos, cosa inútil).
- 60 Woodman, *El Niño...*, INTERNET. Sin embargo, Bernex & Revesz (1988), así como Emperaire (1990), hablan de “200 mm de promedio anual” (en Kaulicke, *Evidencias paleoclimáticas...*, p. 288).
- 61 Ver Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 62 Juan Quispe Arce, *Variaciones de la temperatura superficial del mar en Puerto Chicama y del Índice de Oscilación del Sur: 1925–1992*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 116.
- 63 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 64 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 65 Felipe Gutiérrez, Tom Piechota y John Dracup, *Conexiones entre caudales de algunos ríos de la costa norte y central del Perú y El Niño*, en *Variations climatiques...*, pp. 830–831.
- 66 En INTERNET: webnino@cepes.org.pe.
- 67 En INTERNET (webnino@cepes.org.pe) se afirma en cambio que en todo el año la descarga fue sólo de 4 000 millones de metros cúbicos.
- 68 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 69 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 70 Lo que se desprende del hecho de que el Ministerio de Agricultura (INTERNET) informa que el aforo total del año se elevó a 18 788 millones de metros cúbicos.
- 71 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 72 J. Maeda, en Ferreyra, *Registros de la vegetación...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 262.

- 73 Woodman, *El Niño...*, INTERNET. Y Soldi (1985) en Díaz & Ortlieb, *El Fenómeno “El Niño”...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 159. Las comillas son nuestras.
- 74 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 75 Absalón Aguilar, en Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 76 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 77 En INTERNET: webnino@cepes.org.pe
- 78 Ministerio de Agricultura del Peru, **Primer Compendio Estadístico Agrario 1950–91**, Oficina de Información Agraria, Lima, diciembre 1992, cuadro 7.78, p.g. 774), en INTERNET: webnino@cepes.org.pe
- 79 Díaz & Ortlieb, *El Fenómeno “El Niño”...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 171.
- 80 Y eventualmente antes, pues la fuente (ver Nota 23) no registraba la fecha.
- 81 Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, pp. 397–398.
- 82 Jorge Moscol Urbina, en Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 399.
- 83 Moscol, en Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 399.
- 84 Helguero, en Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 398.
- 85 Moscol, en Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 399.
- 86 En Mabres, Woodman & Zeta, *Algunos apuntes...*, en **Registro del Fenómeno...**, p. 403.
- 87 En INTERNET: NOAA La Niña page
- 88 Woodman, *El Niño...*, INTERNET.
- 89 Robert López, **El nacimiento de Europa**, p. 29
- 90 Véase Herodoto, **Los nueve libros de la historia**, p. 119.
- 91 Federico Kauffmann, **Manual de arqueología peruana**, Edic. PEISA, Lima, 1983, p. 102.
- 92 Kauffmann, **Manual...**, p. 102.
- 93 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 19.
- 94 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 19.
- 95 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 49.
- 96 Kauffmann, **Manual...**, p. 103.
- 97 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 33.
- 98 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 35.
- 99 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 43.
- 100 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 44.
- 101 Kauffmann, **Manual...**, p. 104.
- 102 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 28.
- 103 El austríaco Oswaldo Menghin sostiene que pudo ocurrir hace 70 000 años o más. En Del Busto, **Perú preincaico**, p. 15.
- 104 En Del Busto, **Perú preincaico**, p. 50.
- 105 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 85.
- 106 Burga, Manuel. *Los abismos de Klauer*, revista “Sf”, 26 de junio de 1989, p. 59.
- 107 Bryce Echenique, Alfredo, *Un agudo repaso al Perú completo*, prólogo de **Mi tierra, Perú**, El Comercio, Lima, 1999, p. 15.
- 108 Pablo Macera, **Las furias y las penas**, Mosca Azul Edit., Lima, 1983, p. 17. Las cursivas son nuestras.
- 109 Francisco Del Solar, *ADECAEM: Proyecto Nacional*, “El Nacional”, Lima, Julio, 1989.

- 110 Macera, Pablo. **Los proyectos nacionales**. Lima, versión mimeografiada, s/f (sin fecha). Debemos, o mejor, debo confesar que en 1986, cuando como participante de la XXXVI promoción del CAEM y responsable del trabajo sobre Proyecto Nacional, formulé por primera vez esta propuesta, no había pasado por mis manos el texto que citamos en esta nota.
- 111 Nos la hizo públicamente y por primera vez, en una de las presentaciones de este libro, un académico dotado de gran erudición, pero cuyo nombre, desgraciadamente, no recordamos. Y ha sido además la crítica oral más recurrente entre críticos, conocidos y amigos.
- 112 Huarcaya, Luis (Apu Warkay). **Kusi Huarcaya, La Historia Prohibida de los Inkas**, Fondo Edit. Colegio de Arquitectos, Lima, 1999, pp. 12–13. La cursiva es nuestra.
- 113 Huarcaya, **Kusi Huarcaya...**, p. 12.
- 114 Luis G. Lumbreras, **Los orígenes de la civilización en el Perú**, Edit. Milla Batres, Lima, 6ª edic., 1983, p. 32.
- 115 Kauffman, **Manual...**, pp. 114–122.
- 116 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, ob. cit.
- 117 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 35.
- 118 Se tuvo ocasión de recoger esta idea del manuscrito del texto en que Lumbreras desarrolla la tesis del **Origen de la propiedad, el estado y la guerra en el Perú pre-inkaico**.
- 119 Burga, *Los abismos...*, p. 59.
- 120 Benavides, **Atlas del Perú**, p. 145.
- 121 **Atlas...**, Bruño, p. 143.
- 122 Véase, por ejemplo, Macera, **Las furias...**, p. 155.
- 123 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 57.
- 124 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 58.
- 125 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 54.
- 126 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 61.
- 127 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 64.
- 128 Es harto discutible esta categórica afirmación que con tanta fruición recogen muchos textos de Historia del Perú. De allí que nos hemos permitido incluir un precautorio “hasta ahora”. Y es que bien puede esperarse que los cultivos más antiguos se hayan realizado en Mesopotamia y/o Egipto. El hecho de que aún no se haya encontrado las pruebas si en efecto aún no se las ha encontrado no descarta la hipótesis. Sólo significa que aún no se ha probado.
- 129 Lumbreras, en **Origen de...** (manuscrito citado), da la primera fecha. Geoffrey Barraclough y otros (en **Atlas de la historia universal**, The Times – El Comercio, Lima, 1994, p. 84), dan la segunda.
- 130 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 70.
- 131 Del Busto, **Perú preinkaico**, p. 70. Véase la cronología de los hallazgos en la cueva de Pikimachay en Kauffman, **Manual...**, p. 116.
- 132 En Luis Valcárcel, **Historia del Perú antiguo, a través de la fuente escrita**, Edit. Mejía Baca, Barcelona, 5ª edic., Tomo 6, 1985, p. 76.
- 133 En Lumbreras, **Origen de...** (manuscrito citado).
- 134 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 40.
- 135 Margaret Towle, en **Atlas histórico, geográfico y de paisajes peruanos**, p. 29.
- 136 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 40.
- 137 Lumbreras, **Origen de...** (manuscrito citado).
- 138 Lumbreras, **Origen de...** (manuscrito citado).

- 139 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 46.
- 140 Los *ayllus* según el historiador peruano Jorge Basadre parecen corresponder a los clanes, sibs, gens y fratrías que se dieron en otras latitudes. Citado por José Antonio Arze, *¿Fue socialista o comunista el imperio inkaico?* En Waldemar Espinoza, **Los modos de producción en el imperio de los incas**, Edit. Amaru, Lima, 1ª reimpresión, 1985, p. 135.
- 141 Arze, *¿Fue socialista...*, pp. 118 119.
- 142 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 84.
- 143 Maurice Godelier, *El concepto de formación económica y social: el ejemplo de los incas*. En Espinoza, **Los modos...**, p. 266.
- 144 Jürgen Golte, *El economía del estado inca y la noción de modo de producción asiático*. En Espinoza, **Los modos...**, p. 287.
- 145 Godelier, **El concepto...**, p. 266.
- 146 A los que de manera sistemáticamente errónea se les viene dando exclusivo carácter religioso o cívico religioso. Muchas de estas edificaciones, generalmente piramidales, que en el lenguaje común de los Andes se conocen genéricamente como “huacas”, permanecen aún cubiertas y semiderruidas, asomando en la superficie como simples cerros.
- 147 Lumbreras, **Origen de...** (manuscrito citado).
- 148 Lumbreras, **Origen de...** (manuscrito citado).
- 149 Valcárcel, **Historia...**, T. 6, p. 76.
- 150 Luis Valcárcel, en Alberto Flores Galindo, **Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes**, Inst. de Apoyo Agrario, Lima, 1987, p. 19.
- 151 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 118.
- 152 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 222.
- 153 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 279.
- 154 Richard Burger, director del Museo Peabody de Historia Natural de la Univ. de Yale. En *Los orígenes de la civilización en los Andes*, conferencia en el Congreso peruano, Lima, 25 de febrero del 2000.
- 155 Burger, *Los orígenes...*, conferencia citada.
- 156 Maurice Godelier, **Teoría marxista de las sociedades precapitalistas**, Edit. LAIA, Barcelona, 1975, p. 63.
- 157 Godelier, **Teoría...**, p. 123.
- 158 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 81.
- 159 Miloslav Stingl, **Templos, fortalezas, observatorios y otros enigmas del Peru preincaico**, Mosca Azul Edit., Lima, 1984, p. 62. El autor checoslovaco, sin embargo como igualmente más de un autor peruano, identifica (confunde) “sechín” con “chavín”. En efecto, en la cita que hemos transcrito debe en realidad leerse: “...con los tan afines de los indios chavín de Cerro Sechín...”. Esta identificación “sechín” – “chavín”, como habrá de verse en el cuerpo central de este libro, no sólo no la compartimos, sino que nos hemos permitido rebatirla. En síntesis, y adelantándonos, nuestra hipótesis es que los afamados y asombrosos restos arqueológicos de Sechín no fueron una creación del pueblo *chavín*. Los *sechín* no sólo no habrían sido *chavín*, sino que, además, habrían sido sus más porfiados e irreconciliables vecinos y enemigos.
- En abundamiento de su (errónea) identificación “sechín” – “chavín”, Stingl recuerda en su libro que el profesor Julio C. Tello “descubrió que el nombre [Chavín] procedía de un idioma del Caribe” (p. 41). “Tello confirmó que el vocablo ‘chavi’ significa ‘jaguar’ en caribe y que el nombre derivado de éste, ‘chavinari’, se traduce como ‘hijos con lanzas del jaguar’ (p. 41).
- El dato proporcionado por Tello puede servir, sin embargo, de punto de partida para, por lo menos, dos hipótesis alternativas, aunque no completamente excluyentes:
- (a) que los *chavín* también fueran de procedencia *caribeña-centroamericana*, o;

- (b) que, como ha ocurrido con otros pueblos de la Tierra –nada menos que con los *fenicios* y *griegos*, entre muchos otros–, haya sido otro pueblo (los *sechín* en este caso) quienes terminaron por imponer el nombre con que la posteridad conoce a los *chavín*. Por ahora nos inclinamos más por esta segunda posibilidad.

En todo caso, resulta harto significativo que el más ilustre de todos los arqueólogos peruanos haya sido quien advirtiera la raíz *centroamericana* del nombre *chavín*. Porque en coherencia con la hipótesis (b) que acabamos de plantear, ello abundaría en la sospecha cada vez más vehemente de que los *sechín* habrían procedido de Centroamérica.

- 160 Kauffmann, **Manual...**, p. 183.
- 161 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 87.
- 162 Coe, en Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 81.
- 163 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 82.
- 164 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 82.
- 165 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 83.
- 166 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 49.
- 167 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 84.
- 168 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 83 p. 87.
- 169 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 87.
- 170 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 87.
- 171 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 244.
- 172 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 244.
- 173 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 192.
- 174 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 211 y p. 220.
- 175 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 247.
- 176 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 112.
- 177 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 306.
- 178 Bill Collins, *Mitos, misterios, maravillas*. Documental de TRANSTEL, Deutsche Welle. En Cable Canal de Noticias, Lima, 27 de febrero del 2000.
- 179 Véase, Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 252.
- 180 Kauffmann, **Manual...**, p. 172.
- 181 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 182 Earl. Smith, en Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 183 Véase Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 91.
- 184 María Rostworowski, **Historia del Tahuantinsuyu**, IEP, Lima, 1988, p. 209.
- 185 Esta hipótesis ha sido formulada en Ecuador por Jorge Marcos. En Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 186 Mario Benavides Calle, **Carácter del Estado Wari**, Univ. de Huamanga, Ayacucho, 1984, p. 26
- 187 Rostworowski, **Historia...**, p. 210.
- 188 Véase, Barraclough, **Atlas de la Historia...**, p. 86.
- 189 Linares, **Pre-Historia...**, T. I, p. 456.
- 190 Stingl, **Templos, fortalezas...**, p. 41.
- 191 Según refiere el historiador José María Morante M. en **Monografía de la provincia de Camaná**, Munic. de Camaná, Camaná, 1993, p. 116.

- 192 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 77.
- 193 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 84.
- 194 En Del Busto, **La conquista...**, p. 106.
- 195 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 48.
- 196 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 62.
- 197 Según Del Busto, eran los “reyezuelos” vasallos de Cie–Quich. En **Perú Preincaico**, p.211.
- 198 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 209 y p. 220.
- 199 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 293.
- 200 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 291.
- 201 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 245.
- 202 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 244.
- 203 En Linares, **Pre-Historia...**, T. I, p. 319.
- 204 El doctor Luis Castillo Yáñez.
- 205 **Pequeño Larousse Ilustrado**, Edic. Larousse, Buenos Aires, 1986, p. 303.
- 206 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 54.
- 207 Macera, **Las furias...**, p. 11.
- 208 Del Busto, **Perú Preincaico**, pp. 89 93.
- 209 Morante, **Monografía...**, p. 67.
- 210 Linares, **Pre-Historia...**, T. I, p. 135.
- 211 Arnold Toynbee, **Estudio de la historia**, Compendio de D.C. Somervell, Tomo 2, Alianza Edit., Madrid, 1981, 5ª edic., pp. 19 y siguientes.
- 212 Luis G. Lumbreras. **El Perú prehispánico**. En Luis G. Lumbreras y otros, **Nueva historia general del Perú**, Mosca Azul Edit., Lima, 1982, 3ª edic., p. 18.
- 213 Valcárcel, **Historia...**, T. 6, p. 76.
- 214 Tan grande como los actuales territorios de Italia o Noruega, por ejemplo.
- 215 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 216 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 217 Como lo denomina Lumbreras en **Origen...** (manuscrito citado).
- 218 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 97. El destacado en cursiva es nuestro, y ha de ser enjuiciado más adelante.
- 219 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 220 Liliana Regalado de Hurtado, *¿Los abismos de la historia?*, “Expreso”, Lima 4 9 89.
- 221 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 222 Burger, *Los orígenes...*, conferencia citada.
- 223 Como no es difícil constatar que ocurre hoy en los grandes centros hegemónicos del Norte del planeta.
- 224 Seguimos pues en esto el razonamiento de Toynbee (**Estudio...**, p. 24 y p. 74).
- 225 Kauffmann, **Manual...**, p. 264.
- 226 Lumbreras, **El Perú...**, p. 19.
- 227 Horst Nachtigall, *El Estado estamental de los incas peruanos*. En Espinoza, **Los modos...**, p. 190.
- 228 Carlos Núñez, *Teoría del desarrollo incásico*. En Espinoza, **Los modos...**, p. 44.
- 229 Véase Alfredo Torero, **El quechua y la historia social andina**. Edit. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

- 230 Burger, *Los orígenes...*, conferencia citada.
- 231 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 73.
- 232 Kauffmann, **Manual...**, p. 349.
- 233 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 155.
- 234 Kauffmann, **Manual...**, p. 343.
- 235 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 236 Justo Cáceres, **Las culturas prehispánicas del Peru**, Cáceres, Lima, 1987, 2ª edic., p. 45.
- 237 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 241.
- 238 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 242.
- 239 Kauffmann, **Manual...**, pp. 328 333.
- 240 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 241 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 127.
- 242 Cáceres, **Las culturas...**, p. 49.
- 243 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 118.
- 244 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 245 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 246 Toynbee, **Estudio...**, p. 17.
- 247 Toynbee, **Estudio...**, p. 318.
- 248 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 89.
- 249 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 89 y p. 118.
- 250 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 60.
- 251 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado). Lo destacado en cursiva es nuestro.
- 252 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 91.
- 253 Carl Grimberg, **Historia Universal**, Edit. Gente, Lima, 1987, Tomo 8, pp. 107–108.
- 254 En **Historia Universal 1**, Santillana, Lima, s/f, p. 146. El texto en cursiva figura en negritas en el original.
- 255 Véase Grimberg, **Historia...**, T. 8, pp. 107–110.
- 256 Véase el **Atlas de la Historia Universal** de The Times, El Comercio, Lima, 1994, p. 66.
- 257 Grimberg, **Historia...**, T. 8, p. 78.
- 258 **Larousse**, p. 563. Aparte de otras acepciones no pertinentes dentro de nuestra digresión, la que habla de “estados sometidos a una soberanía común”, aunque importante, difícilmente puede aplicarse el mundo antiguo.
- 259 Chris Cook, **Diccionario de términos históricos**, Alianza Edit., Madrid, 1993, pp. 264–265.
- 260 Pilar Fernández Uriel y Ana María Vázquez Hoys, **Diccionario del mundo antiguo (Próximo Oriente, Egipto, Grecia y Roma)**, Alianza Edit., Madrid, 1994, p. 298.
- 261 En nuestro libro **En las garras del imperio**, hacemos un extenso enjuiciamiento sobre la tan famosa hipótesis de las invasiones bárbaras al Imperio Romano. A nuestro juicio es uno de los más grandes y graves errores de la historiografía tradicional. Y, como podrá apreciarse, ha sido transplantado, sin enjuiciamiento alguno, para explicar también cruciales episodios de la historia andina.
- 262 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 118. La cursiva es nuestra.
- 263 José de la Riva Agüero, en Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 269. La cursiva es nuestra.
- 264 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 330. La cursiva es nuestra.
- 265 Suponer a los *huaraz* y *recuay*, parte de los *kollas*, y parte de los *chankas* como “invasores bárbaros”, es

como si mañana, escribiéndose la historia de los “eventuales” colapsos de los Estados Unidos y España actuales, alguien sostuviera la peregrina tesis de que fueron el fruto de invasiones de “barbaros de Harlem” y de “bárbaros vascos”, respectivamente.

- 266 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 118.
- 267 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 138.
- 268 La hipótesis de la escritura *moche* a partir del estudio de pallares punzgrabados, fue formulada por Rafael Larco. En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 206. Y la hipótesis de la escritura *paracas* –temeraria según Del Busto–, fue formulada por Victoria de la Jara y confirmada por reputados especialistas en la materia como Marcel Cohen (Francia), Thomas S. Barthel (Alemania) y Daniel Cazes (México). En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 147.
- 269 Véase Kauffmann, **Manual...**, pp. 488–503.
- 270 Del Busto, **Perú Preincaico**, pp. 246–247.
- 271 El sensacional hallazgo de Arturo Carrera, trabajado y estudiado por los arqueólogos peruanos Régulo Franco y Juan Vilela, fue por primera vez presentado por el diario “El Comercio”, Lima, 12, 13 y 14 de setiembre de 1999.
- 272 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 72.
- 273 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 111.
- 274 Lumbreras, **Los orígenes...**, pp. 73–74.
- 275 Del Busto, **Perú preincaico**, pp. 234–235.
- 276 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 81.
- 277 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 268.
- 278 Lumbreras, **El Perú...**, pp. 24–25.
- 279 Kauffmann, **Manual...**, p. 424.
- 280 Lumbreras, **El Perú...**, pp. 24–25.
- 281 Lumbreras, **La arqueología como ciencia social**, Edic. PEISA, Lima, 1981, p. 125.
- 282 “El Comercio”, Lima, 14 de setiembre de 1999, p. A–16. Lo destacado en cursiva es nuestro.
- 283 Lumbreras, **El Perú...**, p. 25.
- 284 Véase, por ejemplo, Kauffmann, **Manual...**, p. 357.
- 285 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 209.
- 286 Kauffmann, **Manual...**, p. 362.
- 287 Kauffmann, **Manual...**, p. 439.
- 288 Kauffmann, **Manual...**, pp. 398–399.
- 289 Alfredo Métraux. En Virgilio Roel, **El modo de producción inca**. En Espinoza, **Los modos...**, p. 208
- 290 En Espinoza, **Los modos...**, p. 208.
- 291 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 196.
- 292 Kauffmann, **Manual...**, p. 366.
- 293 Cifra (probablemente muy exagerada) pero que permite una comparación con aquella otra que indica que en la construcción del templo de Amón en Egipto intervinieron 86 000 esclavos, según registra Luis Vitale. **El imperio Incaico: una sociedad de transición**. En Espinoza, **Los modos...**, p. 237.
- 294 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 198.
- 295 Nachtigall. En Espinoza, **Los modos...**, p. 190.
- 296 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 92.
- 297 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 158.

- 298 Rocío Silva Santisteban, *El 'tele-pobre'*, "El Comercio", Lima, 27 de febrero del 2000, p. 5.
- 299 Macera, **Los proyectos...**, p. 10.
- 300 En Torero, **El quechua...**, p. 144.
- 301 Torero, **El quechua...**, p. 132.
- 302 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 175.
- 303 Véase, incluso algunas de las ilustraciones correspondientes, en Eloy Linares Málaga, **Pre-Historia de Arequipa**, Tomo I, CONCYTEC-UNSA, Arequipa, 1987.
- 304 Carlos Milla Villena. **Génesis de la Cultura Andina**, Edic. Colegio de Arquitectos, Lima, 1983, p. 113.
- 305 Milla, **Génesis...**, p. 113 (ilustración en la p. 118).
- 306 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 173.
- 307 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 173.
- 308 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 170.
- 309 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 179.
- 310 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 252.
- 311 Métraux. En Espinoza, **Los modos...**, p. 208.
- 312 Alan Kolata, Universidad de Yale. En *Arqueología*, Discovery Channel, octubre, 1997.
- 313 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 51. Los subrayados son nuestros.
- 314 Más del doble que Holanda.
- 315 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 55. Los subrayados son nuestros.
- 316 Como estamos insinuando, eventualmente la gesta de Manco Cápac fue la reedición andina de "Moisés y el pueblo judío" saliendo de Egipto y retornando a la tierra de sus padres.
- 317 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 55. Los subrayados son nuestros.
- 318 En José A. Del Busto, **Perú incaico**, Edit. Studium, Lima, 1986, 6ª edic., p. 247.
- 319 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 170.
- 320 Véase Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 170.
- 321 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 74.
- 322 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 73.
- 323 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 81.
- 324 Lumbreras, **La arqueología...**, p. 119.
- 325 Lumbreras, **La arqueología...**, p. 125.
- 326 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 245.
- 327 En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 245. La cursiva es nuestra.
- 328 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 310. La cursiva está entre comillas en el original.
- 329 Toynbee, **Estudio...**, p. 41.

Índice de cuadros, gráficos, ilustraciones, mapas y anexos

Cuadros		Pág
1	Evolución probable de la población andina (20 000) – (2 000)	78
2	Población andina (2 000) – (1 000)	97
3	Población andina 0 – 500	150
Gráficos		
Cronología general andina		
18	Panorama cronológico andino (20 000) – (5 000) / Sitios	71
22	Panorama cronológico andino (20 000) – (1 500) / Períodos y Sitios	81
Detalle cronológico		
30	Detalle cronológico (1 500) – (1 000)	125
33	Detalle cronológico (1 500) – (500)	135
35	Detalle cronológico (1 500) – 500	145
Perfiles altimétricos		
1	Perfil altimétrico: Perú – España	21
Diagramas		
15	Pasado = presente (ausencia de proyecto)	59
16	Diagrama básico (I) de proyecto nacional	60
17	Diagrama básico (II) de proyecto nacional	68
20	Agricultura y ganadería como proyectos	76
21	Proyectos nacionales simultáneos	77
23	Primera diferenciación social: proyectos resultantes	82
24	Segunda diferenciación social: proyectos resultantes	82
26	Proyectos Nacionales conflictivos	83
27	Riqueza disponible y Proyecto Nacional	100
32	Proyectos Nacional e Imperial y transferencia de riquezas	129
34	Proyecto Nacional: objetivos viables e inviables	136
Ilustraciones geográficas		
2	Grandes regiones naturales del Perú	21
19	Procesos típicos de expansión territorial	73
25	Expansión territorial conflictiva	83
28	Expansión Sechín – Chavín	114
29	Área de influencia inmediata de Chavín	121
31	Excedentes a Chavín de Huántar	128
36	El fenómeno centralista en Moche, Nazca y Tiahuanaco	163
Pirámides sociales		
37	Pirámide de estratificación social en el territorio dominado por los moches	167
38	Pirámide de estratificación social, fragmentada e inestable	169
Del Fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur		
3	Vientos alisios, C. de Humboldt, afloramiento e inversión térmica	22
4	Temperaturas y precipitaciones	25
5	La mayor variedad climático–ecológica en el mínimo espacio	26
6	Anomalías de temperatura (°C) en la superficie del Pacífico Ecuatorial / 1977	32
7	“El Niño” y “La Niña” en la historia: grandes eventos y su impacto probable	33

8	La temperatura superficial del mar (TSM) en relación con la latitud	39
9	1983 y 1998: Precipitaciones extraordinarias	40
10	El fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur y las descargas de los ríos Tumbes y Chira	41
11	Elevación del nivel medio del mar (Callao – Perú)	42
12	La TSM fue generalmente una buena advertencia temprana	46
13	“La Niña”: temperaturas absolutas en el océano / Noviembre 1999	48
14	IOS positivo, escasas precipitaciones y bajas descargas del río Chira	49

Ilustraciones

1	Vivienda primitiva	74
2–3–4	El Aspero, Kotosh, El Paraíso	99
5	Monolitos Olmeca y Sechín / Guerrero sechín	103
6	¿Presencia y/o influencia sechín en toda la costa?	107
7	Lanzón de Chavín	112
8–9	Víctima de sechín / Detalle del Lanzón	115
10	Recreación y Estela Chavín	126
11	Cabezas clavos de Chavín	127
12	El castillo de Chavín	127
13	Manto paracas con cabezas–trofeo	134
14	Recreación de pintura mural moche	148
15–16	¿Divinidad Moche? ¿Divinidad Tiahuanaco?	151
17	Versión presunta de la Akapana de Tiahuanaco	152
18	El cóndor de las Líneas de Nazca	155
19	Chasqui moche	164
20	Nave y faena de pesca moche	165
21	Litera moche	167

Mapas

1	El territorio andino	19
2	Los grandes ecosistemas del planeta	20
3	El complejo territorio andino central	23
4	Lagos y lagunas en el desierto de Sechura	44
5	El estrecho de Bering	52
6	Australia, Polinesia, América	53
7	Sitios de recolección y caza	57
8	Sitios de Recolección–Caza y de Agricultura Incipiente	72
9	Agricultura desarrollada (1 500 sC) – Naciones en formación	97
10	África – Vientos alisios – G. de México – Olmecas	108
11	Yungay – Chavín de Huántar – Lauricocha	111
12	El Imperio Chavín	126
13–14	Inicio y fin de la destrucción del Imperio Chavín	134
15	Pueblos y naciones andinas (siglo V dC)	145

Anexos

1	Diagramas teóricos de Proyecto Nacional	63
2	Hipótesis de crecimiento poblacional	90
3	Agricultura: fuente de poder y sustento de culturas	92
4	Hipótesis de mestizaje étnico y cultural	94
5	Hipótesis: toponimia de origen centroamericano en los Andes	118
6	Tiahuanaco y la hipótesis de Konata	158
7	Hipótesis: Tiahuanaco y Manco Cápac	162